

MHAVEL N.

Ojos
de gato
Ácrux



Nova Casa Editorial

Publicado por:

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2017, Mhavel N

© 2017, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Abel Carretero Ernesto

Autores de la cubierta

Viclehydís Fuenmayor

Génesis De Sousa

Portada

Vasco Lopes

Maquetación

Eric Balbàs

Corrección

Alberto Márquez

Primera edición: noviembre del 2017

ISBN: 978-84-17142-55-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si

necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Mhavel N.

Ojos de gato

Ácrux



Nova Casa Editorial

Índice

Prefacio

Capítulo 1 El último día de mi vida

Capítulo 2 Pérdida

Capítulo 3 Despertar

Capítulo 4 Un gusto inoportuno

Capítulo 5 Extrañas sensaciones

Capítulo 6 La chica de ojos verdes

Capítulo 7 Queriendo impresionar

Capítulo 8 A tratar con el gatito

Capítulo 9 El recuerdo

Capítulo 10 Vaya sorpresa

Capítulo 11 Seducción

Capítulo 12 Defensor

Capítulo 13 Nuevo paradero

Capítulo 14 Una celebración

Capítulo 15 Descubrimiento inoportuno

Capítulo 16 Asuntos por arreglar

Capítulo 17 Adiós silencioso

Capítulo 18 Remordimientos

Capítulo 19 Perdido

Capítulo 20 Recuperar

Capítulo 21 Quédate

Capítulo 22 Partida

Capítulo 23 Ciudad conocida

Capítulo 24 El ensueño que no dura

Capítulo 25 Ataque

Capítulo 26 Mi frialdad interior

Capítulo 27 Rendida

Capítulo 28 Vacío

Capítulo 29 Interminable pesar

Capítulo 30 Tal vez la última vez

Capítulo 31 Arder

Capítulo 32 Aprovechar la calma

Capítulo 33 Caprichos

Capítulo 34 Iniciar el final

Capítulo 35 El círculo vicioso de la muerte

Capítulo 36 Yo te seguiré

Capítulo 37 Epílogo

Especial 1 Reinención

Paz

Historia de Ursa

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

PREFACIO

Rosy García. Asistente de especialista en toxinas. ¿Por qué? Simple: «H.E».

El mundo colapsó tras los desastres naturales, guerra, y escasez. Más un castigo igual de malo, esos humanos evolucionados. Salvajes, despiadados, fuertes y mejor adaptados a la naturaleza. Sus ojos eran algo para resaltar, colores variados y vivos, pupilas rasgadas, como los de un gato, pero con la capacidad de ver más colores. H.E contra nosotros, nos atacamos sin descanso, hasta que se decidió proteger mejor las ciudades y mantenerlos alejados.

Al ser seres humanos también, sociedades protectoras se alzaron a favor de su respeto y protección. Los años pasaron así, pero no los intentos de estudiarlos. El gobierno, sin embargo, seguiría buscando cómo reducirlos en número, mantenerlos a raya y, de ser posible, si ellos se lo buscaban, desaparecerlos de la tierra.

Rosy les tenía miedo y fascinación. Había escapado por poco de que la mataran cuando atacaron el laboratorio en el que trabajaba. Eran tan o más inteligentes, lograban filtrarse a veces, de alguna forma, penetraban los muros de las ciudades. También se entendía que eran civilizados, pues se mantenían en colonias, con sus propias reglas y vidas, según los estudios.

Las disputas habían disminuido. Poco a poco los fue conociendo más, acostumbrándose a verlos. Ella estaba interesada en otros aspectos de su vida, había sido rechazada por un compañero de trabajo y eso la tenía en ascuas.

Su ánimo casi nunca flaqueaba, la conocían por ser la más risueña, a pesar de tener veintitrés años. Él le había dicho que era guapa pero no parecía de las mujeres con las que se podía tener algo serio, la consideraba infantil, y ella, para su pesar, no pudo refutar eso.

Resignada a vivir el resto de sus días en la investigación, sin hombre que la consolara, sin tener carne de dónde agarrar, se encontraba estudiando algo de tejido de un cadáver. John, su ex casi pretendiente, pasó corriendo por el pasillo y luego volvió a pasar de regreso, llamando su atención. ¿Algo había pasado? Se tomó un corto tiempo en guardar las cosas y muestras antes de ir a ver.

Al llegar a la zona de emergencias encontró a su amiga Marien y a otro amigo que tenían en común, uno de Seguridad Nacional, organización destinada a controlar H.E. John atendía a unos tres hombres. Luego de preguntar qué pasaba, no pudo evitar fijarse en los tres nuevos.

Eran evolucionados, los habían hecho entrar de forma encubierta seguramente. Requerían atención médica. Tuvo algo de miedo al inicio pero los demás le contagiaron el sentimiento de seguridad y, por supuesto, curiosidad por aquellos seres que siempre le parecieron peligrosos y majestuosos como depredadores.

Los recién llegados eran dos que parecían hermanos, de felinos ojos celestes y cabello oscuro, pero su vista se centró en el tercero. «Huy, pero si está lindo», pensó, un poco fuera de lugar. Cabello castaño bastante claro, barba apenas crecida de quizá un par de días, ojos color miel, intensos y bellos, pero con mucha, mucha tristeza. Tensó los labios.

Se le veía fuerte y debilitado al mismo tiempo, por el maltrato que debió de haber sufrido, sabía que el gobierno capturó algunos para estudios, pero no sabía hasta qué punto, si incluso se suponía que estaba prohibido tocarlos, los de las sociedades protectoras y la policía tal vez no estaban enterados. Notó que el H.E tenía algunas manchas de sangre también. Quería acercarse y curarle, pero no con cara de pena, no quería que pensara que le tenía lástima a pesar de que sí, un poco. Tenía entendido de que seres como él, altivos y llenos de orgullo salvaje, detestaban la compasión humana.

Respiró hondo, sonrió y fue hacia él, que ya había plantado sus intensos ojos de gato en los de ella. En ese segundo deseó poder saber su historia, formar parte de lo que le venía. Sintió que era como un

león que había estado enjaulado casi toda su vida, que tenía todo un mundo de cosas guardadas, esperando poder gritarlas.

CAPÍTULO 1

EL ÚLTIMO DÍA DE MI VIDA

Dos años atrás. Zona Sur.

«Siempre debes respetar a los que te rodean, nunca atacar a otro de tu especie, todos somos iguales, y debemos estar unidos. Siempre sé un hombre de bien...»

Nosotros, humanos evolucionados, o «H.E» como nos llamaban, éramos como una versión mejorada de ellos. Visión perfecta en la noche gracias a nuestros extraños ojos con pupilas rasgadas, caninos más desarrollados, uñas de las manos en punta, más fuerza, y uno que otro gruñido.

Ellos nos tenían mucho miedo y a la vez rencor, pero logramos alejarnos de sus territorios y así dejaron de molestar. Los humanos fueron víctimas del calentamiento global que ellos mismos ocasionaron, una guerra mundial que los acabó reduciendo, así que no fue nuestra culpa haber heredado la mayor parte del planeta.

Éramos más pacíficos en realidad.

Caminaba de costado mirando fijo a un par de ojos amarillos. Ambos estudiábamos los movimientos del oponente, íbamos a tener una lucha. Bueno, éramos pacíficos pero no significaba que no tuviéramos pequeños «duelos amistosos». Mi adversario: bastante masa muscular, garras y colmillos enormes, le calculé más de cien kilos de bestialidad.

Gruñó temiendo por su seguridad.

—No me mires así, solo te dejaré inconsciente. —El león de montaña no respondió, claro—. Será divertido —ronroneé.

Pero algo lo espantó y salió huyendo. De entre los arbustos apareció otro evolucionado como yo, le gruñí, ya que acababa de quitarme a mi oponente, ahora sería él.

Observé los ojos color miel de mi contrincante para ver si se intimidaba, en ese instante miró a los costados y sonrió.

—¡Una carrera hasta la casa!

Sonreí también. Él siempre me retaba y huía. Mi hermano «mellizo», según nuestros padres, siempre estábamos juntos, dejando de lado el hecho de que era un deber estarlo, simplemente éramos inseparables.

Sagitario me había salvado el pellejo de muchos leones de montaña, y era que me encantaba pelear con esos animales, podía ser que estaba loco, de hecho así me decía él. Algunos cazaban animales y además podíamos comer carne cruda, pero no era muy bien visto que digamos, luego nuestro estómago se mal acostumbraba y pedía más carne cruda. En la época oscura, como le decían, algunos llegaron a comer carne humana.

Habíamos dejado eso atrás, nos centrábamos en recordar las cosas de avance, las cosas buenas, pero quizá ellos no. Se decía que no olvidaban ninguna fecha en la que tuvieron peleas, las rememoraban y hacían que sus niños las aprendieran. No las dejaban ir, ni una sola, y no le hallaba sentido a eso. En fin, *humanos*.

Nuestros nombres eran un tanto diferentes a los de ellos, según escuché. La mayoría era de las estrellas del cielo, como el mío, Ácrux, la estrella de la constelación «Cruz del Sur». Pero había otros que preferían algo más terrestre, como fenómenos naturales, animales y demás. Fuera como fuera, y dijeran lo que dijeran, los humanos habían inventado esas palabras, así que no estábamos del todo desligados. La diferencia era que no usábamos «apellidos», nos bastaba el olfato para saber quién era y de qué familia venía, eso les faltaba a ellos.

Corrimos a mucha velocidad. Tenía entendido que los humanos no nos superaban tampoco en ese aspecto. Nuestra sociedad era sencilla pero con muchas reglas que acatar, reglas que nos permitían vivir mejor que ellos.

Recibí un empujón y rodé por la tierra. Tosí y reí sin poder evitarlo.

—¡Hiciste trampa! —reclamé.

Sagitario se detuvo y rio también, pero retomó la carrera asustado cuando me vio ponerme de pie y salir disparado a su alcance.

Justo a un par de metros antes de llegar a casa, brinqué sobre su espalda y caímos.

—¡Niños, tranquilos! —pidió nuestra madre.

Lluvia. Sus ojos claros como la miel siempre nos transmitían mucha dulzura.

—Están muy felices —comentó otra voz femenina.

Mi corazón dio un muy leve brinco, volteé a verla y le sonreí solo un poco, eso hizo que dejara de mirarme. Pradera, sus ojos verde oscuros hacían que me perdiera pero ella no lo sabía y nunca lo haría, no pensaba qué debía decirle, no existía ningún motivo útil en eso, solo le propondría unirse a mí en un núcleo cuando fuera el momento apropiado.

Núcleos. Era la forma que teníamos de juntarnos con una compañera o compañero para toda la vida, y yo quería que fuera con ella, eso sí quería decirle muy pronto.

—Bueno, fue un gusto ayudarla —le dijo a mi madre—, me retiro. Hasta luego —se despidió dándonos una rápida mirada.

—Hasta luego —respondimos.

Al sentarnos a almorzar, Sagitario no dejaba de mirarme con sospecha, bajé la vista algo incómodo porque pudiera haberse dado cuenta al fin de eso raro que sentía por la joven.

Mi madre se retiró y nos dejó en silencio.

—¿Qué es lo que haces en las noches? —preguntó de pronto.

Tragué con dificultad y respiré hondo, aplacando mis latidos para no delatarme, ya que teníamos muy buen oído, añadiéndole a eso, un muy buen olfato también.

—Voy a ver el lago, me gusta.

—Hum. Está algo lejos. ¿Puedo ir contigo esta vez?

Fruncí el ceño apenas al sentirme algo acorralado.

—Quizá luego, lo hago más por estar solo...

—Ya veo, ¿llegó el momento en el que te aburríste de mí?

—No, no, no, no —negué con prisa por lo que rio un poco.

—Tranquilo, lo sé. —Tomó su plato y se dirigió a lavarlo—. No puedes vivir sin mí, eso lo sé.

Respiré hondo y sonreí.

—Eres muy listo.

—He pensado en quedarme con mamá y no formar un núcleo con nadie... ¿Y tú?

Eso me dejó perplejo. Nuestro padre fue llevado por los humanos hacía años, éramos lo único que le quedaba a mamá. Mi cargo de conciencia atacó, no debería dejarla sola. Sagitario, como siempre, sabía bien cuáles eran las prioridades, mientras que yo solía soñar mucho más de lo permitido.

—Tranquilo —dijo, sacándome de mis pensamientos—. Soy veinte minutos mayor, soy yo el que debe tomar esa responsabilidad.

—Hermano... no. El que yo forme un núcleo no significa que los abandonaré. Viviré en la casa de al lado incluso... —Soltó a reír, cortándome el habla.

—Guau, qué sobreprotector. Seguiremos juntos, eso lo sé también.

Sonreí con leve alivio. Sin embargo, sentí tristeza, si no formaba un núcleo nunca le darían un hijo, de algún modo, eso te daba más renombre. No nos decían de dónde conseguían a los bebés para darles a las parejas ni nada más, los líderes nos ocultaban muchas cosas y no podíamos preguntar, como dije, para que viviéramos mejor que la otra especie inteligente de este pobre planeta.

Apenas bajó el sol, esquivé a mi hermano que quería jugar a algo en el salón con mamá. No me gustaba mentir ni alejarme de ellos, pero era por... No, no tenía excusa, querer ver a una amiga no era excusa, pero lo hice igual. Fui al lago.

Miré a los costados cuando escuché el muy bajo respirar de alguien, me dio un par de toques en el hombro desde atrás y volteé a verla.

—Vaya carrera la que tuvieron hoy —murmuró Pradera con una sonrisa.

No le vi los colmillos así que supe que estaba en transición a su etapa adulta. En esa época se nos caían los colmillos y crecían otros pero se mantenían pequeños, nuestros ojos cambiaban también. Nos decían que era lo más parecido a los humanos que podíamos ser, para luego volver a cambiar y lucir como verdaderos H.E. Yo ya había pasado esa etapa justo hacía poco que terminé mi carrera.

—Tenía que ganarle, había hecho trampa.

—Ya lo suponía.

Caminó acercándose más a la orilla, quedé viéndola un rato antes de darle alcance. Ella tenía algo que me atraía, sería su cabello negro o sus ojos, quizá su cuerpo, aunque eso era absurdo, su voz también. Era solo una chica, había jugado con ella desde niño y era casi tan o más salvaje que yo, lo cual me causaba gracia.

Era solo una chica. ¿Pero qué era eso especial que hacía que me atrajera?

—Ya acabaste tus estudios, ¿qué harás ahora? —preguntó, congelándome unos segundos.

—Justo quería hablar de eso —dije con un poco de nerviosismo. Me miró y esperó a que hablara pero no tenía el valor—. Mañana te lo diré, ¿sí?

Un aroma nos alertó y ambos volteamos a ver a los dos humanos que también se espantaron al vernos. Gruñí fuerte en forma de amenaza mientras Pradera se ocultaba detrás de mí.

—¡H.E! —gritó uno asustado—. ¡¿Qué hacen por aquí?!

—¿Que qué hacemos? ¡Es nuestro territorio! ¡Largo!

Sus rostros revelaron miedo y al mismo tiempo rencor. El que no habló tiró del brazo del primero para salir huyendo.

—¡Déjalo, nos matará, debemos avisarle al general! —Corrieron.

Me dio muy mala espina que creyeran que podían venir a nuestras tierras, ellos ya se habían quedado en sus ciudades, no tenían por qué salir de ahí ni intentar volver a recorrer el planeta que casi destruyeron.

Un leve toque en el brazo me devolvió la calma, Pradera me dio su leve sonrisa de consuelo y se alejó.

—Tranquilo, déjalos. Los humanos siempre han sido algo molestos.

Sacó una pequeña bolsa con comida para los peces, me había llenado de paz otra vez sin problemas, esos humanos podían estresar de forma tremenda. Luego de dar de comer a los peces y a algunos patos, me permitió acompañarla a su casa. Me despedí educadamente de su madre que salió a recibirla y me fui.

Todo era respeto en mi sociedad. Si fallabas, era una deshonra para ti y tu familia. Y siempre había que presentarse tranquilo, sin sonrisas, eso se reservaba para tus iguales, a veces, no para tus mayores.

* * *

Al amanecer me presenté en uno de los puestos de trabajo. Estudié comunicación, algo que me permitiría estar al tanto de lo que los humanos hicieran y avisarlo aquí si era necesario, y de ese modo proteger a los que me importaban.

Me habían aceptado, empezaba al día siguiente. Quedé en ir a casa luego, así que estaba de camino, pero un fuerte estruendo me sorprendió y asustó a la vez.

Volteé, y mis ojos no creyeron lo que veían. Toda una horda de armas humanas, esas cosas a las que llamaban tanques, autos, pistolas, tipos uniformados. Pánico.

Arranqué a correr como si fuera lo último que haría, y empecé a considerar que tal vez sí. Gritos y más gritos. ¿Y ahora qué pasó? ¿Por qué habían venido? ¿Qué era lo que querían con nosotros? Corrí, corrí a más no poder y entré de golpe a casa.

—¡Mamá! —la llamé.

—¡Ácrux, por aquí! —respondió mi hermano.

Los encontré en su habitación.

—¡Vamos, no es seguro! ¡Vámonos de aquí! —Tiré de sus brazos y salimos corriendo otra vez.

Pude ver a lo lejos cómo los más grandes y fuertes se lanzaban a atacar a los humanos. Traté de no prestar atención a los gritos, nunca me agradaron los enfrentamientos, era lo peor que había, sacaba lo peor de todos. Lamentablemente, los humanos tenían ventaja con sus armas, el olor de la sangre de mis congéneres me lo advirtió. Me dolió pensar en quienes estaban pereciendo.

Llegamos a un refugio que se ocultaba bajo una pequeña montaña vecina de la ciudad. Pradera y sus padres estaban ahí. Ella vino a mi encuentro y quedó frente a mí con una sonrisa de alivio. Su padre se acercó también.

—No tardarán en dar con nosotros —advirtió—, tienen perros para suplir su falta de buen olfato.

—Los distraeremos y dirigiremos a otro lugar —aseguré.

—Tengan cuidado, por favor —rogó Pradera.

—Corran y no dejen que los atrapen —pidió mi madre, llena de angustia.

Sufrió al verla así, todo por culpa de esos seres. Por un segundo me arrepentí de haber estado en el lago, no nos hubieran visto. Me hubiera quedado con mi familia, pero ya había acordado estar ahí.

Malditos, ¿qué era lo que querían? ¿Era porque éramos diferentes a ellos?

Me dispuse a salir con mi hermano y todo un grupo de hombres jóvenes decididos a dar pelea, pero una fina mano tomó la mía, acelerando un poco más mi pulso.

—¿Volverás? —Pradera se veía indefensa ahora con esa apariencia.

—Claro, lo haré. Quédate aquí hasta que todo acabe, que los humanos no te vean así.

Se empinó y juntó su frente a la mía. Era lo más cerca que habíamos estado nunca. Cuando se alejó el miedo se apoderó de mí pero no dejé que me venciera, debía salir y protegerla a ella, a mi madre, a todos.

No quería que esa fuese la última vez que los viera.

Sagitario tiró de mi brazo y lo seguí sin dudar. Una vez que cubrimos la entrada con muchas ramas de *molle*, un árbol muy oloroso de estos

bosques secos, corrimos para distraer a los odiosos humanos. De ser posible, detenerlos y saber qué querían.

—Vamos, Ácrux —dijo mi hermano—. Estaré contigo, descuida, podemos con esto, somos un equipo, ¿no?

Asentí con firmeza, sintiendo mi propia fuerza venir. Corrimos con los otros jóvenes y dimos con la horda de humanos. Enseguida arrancaron en nuestra dirección y nosotros tomamos otro camino que los alejara, para así evitar que sus perros lograran olfatear a los nuestros tras el molle.

Empezaron los disparos, el pánico me quiso invadir. ¿Habían venido a matarnos a todos? Di un vistazo para saber qué pasaba y vi a uno de mis compañeros atrapado en una red mientras los humanos lo rodeaban, luego sus gritos, y cerré los ojos, volviendo mi vista al frente para seguir huyendo.

Mi pulso martilleaba en mi cabeza, no estaba cansado pero sí angustiado. Nos perseguían en sus autos y antes de que reaccionáramos ya nos habían dado alcance. A pesar de que la naturaleza no los dotó con lo mejor, quizá por ser tan peligrosos e inconscientes, ellos se crearon sus propias armas y obtuvieron algunos aliados como los canes.

Escuché un disparo y nos lanzamos al suelo, sin pensar siquiera, esquivando una red que atrapaba a otro compañero. Gritó y gruñó intentando liberarse hasta que el vehículo llegó a su lado y lo dejaron inconsciente con una descarga eléctrica. Unos metros más allá, otros estaban siendo capturados.

El miedo quiso dominarme. Brinqué esquivando otra descarga y eché a correr al instante. Mi hermano me dio un empujón y recibió una red, para mi horror. Derrapé sobre la tierra para detenerme de golpe por la desesperación.

Grité e intenté liberarlo.

—¡VETE! —gruñó.

Sin hacer caso, tiré y mordí la red. Logró liberarse y le marcó la cara con las garras al primer humano que se acercaba. Otro lo golpeó con su arma, pero solo consiguió enfurecerlo más. Vinieron más, como

plaga, y empezaron a golpearnos con sus armas. Me desesperé más, ¿qué les habíamos hecho?

—¡Déjenlo! —grité.

Voltearon a verme. Uno sonrió y le apuntó a mi hermano, que ahora yacía en el suelo, quejándose de dolor.

Mi madre nos esperaba, Pradera me esperaba, no podíamos morir, se suponía que esto no debía pasar.

—¿Te preocupa este? —preguntó el humano. Ni siquiera pude reaccionar. Le disparó al instante y di un respingo, para que luego mi mundo se derrumbara como cristales—. Listo, ya estás solo y sin ataduras.

Las lágrimas inundaron mis ojos, empecé a gruñir de forma salvaje. ¿Cómo pudo? ¡¿Cómo pudo matarlo sin siquiera tomar en cuenta quién era él y lo que significaba en la vida de otros seres vivos?! ¡Acababa de destruir todo un pequeño mundo sin remordimiento alguno!

—¡INHUMANO! —Mi grito casi desgarró mi garganta.

—Quiero a ese —indicó el hombre—, se le ve joven y fuerte.

Me lancé al ataque, pero no pude hacer mucho. Una fuerte descarga eléctrica me hundió en la oscuridad.

CAPÍTULO 2

PÉRDIDA

Dolor, puro dolor.

Sentí algo como un tubo metido por la boca que llegaba hasta mi garganta y quizá más. Me quejé un poco, todo lucía irreal pero sabía que no lo era.

—La anestesia no le hace efecto del todo —escuché que murmuraron a mi alrededor—, deberíamos intentar ponerle más para que no sienta los cortes.

¿Cortes? ¿Qué demonios me iban a hacer? ¡¿Me iban a abrir como a un animal?!

Un insistente sonido como marcapasos aceleró su ritmo al igual que mi corazón, mi respiración se agitó, quise sacudirme de todas esas cosas que me habían puesto pero mi cuerpo no reaccionó. Algo parecido al terror me invadió, quise gritar. Logré verlos con extrañas navajas a mis costados y no podía huir, estaba a su merced.

—Más dosis de anestesia ingresando.

¡No! No, no, no, no... no...

* * *

Desperté adolorido en una celda oscura, en segundos el dolor se expandió y no pude evitar quejarme. Moví apenas mi brazo y palpé mi sien que era en donde más dolía. Solté un quejido por un raro ardor al costado de mi vientre bajo y en mi hombro izquierdo.

Malditos humanos, ¿qué me habían hecho? ¿Dónde estaba mi familia? Sentí que habían pasado años.

En ese instante recordé a mi hermano, que ahora estaba muerto, se me rompió el corazón otra vez y el llanto brotó sin permiso. Tapé mi boca y tragué saliva con mucha dificultad para calmarme, yo no era fuerte como otros, le tenía miedo a muchas cosas, no aguanté. Mi hermano lo único que hizo fue intentar darles pelea para protegerme a mí y a los nuestros. Sollocé y cubrí mi rostro, para luego soltar un grito de rabia.

Eso atrajo a algunos hombres.

—Ya despertó.

Gruñí furioso. ¿Esos malditos no entendían que debía salir e ir con mi madre? Gruñí con más rabia, mostrándoles los colmillos para hacerlos retroceder, pero no lo hicieron.

—Míralo, son tan salvajes —dijo otro.

Me les lancé, pero como la vez anterior, me recibieron con un choque eléctrico que me tumbó al suelo de golpe. Sin embargo, volví a gruñir, eso les enfadó y volvieron a electrocutarme, grité pero no se detuvieron hasta que todo volvió a oscurecerse.

* * *

Mamá...

La vi sonreír, sentada en la mesa del comedor.

—Ácrux, ¿cómo están tú y tu hermano?

—Mamá... él. —Mi voz fue un triste susurro.

—Tranquilo, todo irá bien, solo tienes que salir de ahí.

Se puso de pie, disponiéndose a salir de la casa, eso me desesperó, quise ir a abrazarla y pedirle perdón. Le rogué que esperara y fui con prisa a pesar del dolor.

—¡Mamá! ¡Por favor espera! —Pero era como si se hubiera vuelto sorda—. ¡Mamá! —Me golpeé contra una fría pared y me encontré en la oscura celda—. ¡No! ¡Quiero salir! —grité mientras golpeaba el muro.

—Son como animales, mira, ya se volvió loco solo por un mes de estar encerrado.

Volteé para gruñirles.

—¿Dónde está mi familia?! ¡Qué les hicieron!

Rieron.

—Listo para hacer más pruebas —le avisaron a alguien por una radio.

Me pegué a la pared, gruñéndoles de forma salvaje, pero solo les bastaron sus armas eléctricas para dejarme fuera de juego.

Cuando abrí los ojos estaba en una especie de lugar cercado en forma circular, como una especie de arena. Olfateé a dos de mi especie y giré enseguida para darles cara. Estaban ahí, inexpresivos, pero no me importó, no parecía haber humanos cerca así que me atreví a hablar.

—Oigan, no están vigilando, podemos escapar. —Ambos se acercaron, y para mi sorpresa, el de la derecha me dio un puñetazo que me hizo caer—. ¡Qué pasa con ustedes?! ¡Escapemos, no es momento de pelear!

Escuché las risas de los humanos, alcé la vista y ahí estaban, mirando a través de cristales.

—¿Qué esperas? Pelea —ordenó el tipo de ojos negros.

—No... —Traté de ponerme de pie pero una patada en el estómago me volvió a tumbar. Tosí—. ¡Basta! —le grité a mi atacante—. ¡Yo no te he hecho nada! —Dicho esto ambos empezaron a golpearme. Grité de dolor—. ¡Basta! ¡¿Por qué lo hacen?!

El dolor se disparó por todo mi cuerpo, y por más que gritaba que se detuvieran, no lo hacían. Los humanos reían, disfrutaban del espectáculo. No entendí por qué me atacaban, si éramos de la misma especie, ¿por qué les obedecían?

Yo no había hecho nada, no había hecho nada...

* * *

Siempre le prometí a mamá ser alguien de bien, y ahora estaba perdido en este lugar, deseando la muerte de estos seres sin piedad, sin esperanzas de escapar, salvo muerto, cuando se cansaran de hacerme quién sabía qué.

Pero si salía, ¿con qué cara le iba a decir a mi madre que no pude proteger a mi hermano? De seguro ya lo habían encontrado, y a mí no, y no estaba ahí para consolarla. Ni siquiera podía decirle o hacerle saber que seguía vivo, mi madre no merecía sufrir todo eso, ninguna madre debía pasar por eso.

Ahora estaría muy angustiada, sola.

La imagen de una joven de ojos verdes se hizo presente, sonrió un poco, pero no logré reconocerla. Ella quizá me conocía, pero tal vez solo de vista, quizá era alguna chica de mi ciudad...

Ya no recordaba muy bien.

* * *

Veía apenas a los humanos a través de un cristal, tenía el incómodo tubo metido por la boca, y al parecer estaba en agua, aunque ya no me ahogaba... ¿En algún momento me estuve ahogando? Sentí que sí, pero ya no estaba en mi mente el recuerdo.

¿Cuánto tiempo llevaba aquí?

—Sí, con eso va a ser muy útil —murmuró un hombre, apenas reconocí lo que dijo.

Volví a cerrar los ojos.

Un joven apareció en mi mente, sentado a mi lado en la cima de una pequeña colina. El sentimiento de felicidad me acompañó unos momentos mientras veía el horizonte, era un muy bonito lugar, ¿dónde quedaría?

¿Quién era él?

Volteó con una sonrisa y señaló a los árboles lejanos. Sus ojos eran de un color miel como los míos.

—Los humanos están por ahí, escuché que les gusta experimentar, pero no pueden venir por nosotros. Somos libres como las aves, por eso nos gusta perseguirlas...

* * *

Techo oscuro me dio los buenos días, aunque en realidad no sabía si era de noche siquiera. Dos hermanos de ojos celestes y cabello negro me miraban, entonces recordé que en algún momento o día los pusieron aquí como compañeros de celda.

—¿Ya estás mejor? —preguntó el de la derecha.

Mi respuesta fue un suspiro.

—Te vimos sonreír un poco.

—Seguramente, creo que soñé con algún amigo que tuve. Al menos ustedes se tienen, ojalá yo tuviera un hermano.

—Bueno, nos tienes a nosotros.

Asentí con un leve movimiento. A veces despertaba solo y a veces estaban ellos, los humanos decían que seríamos un equipo.

Equipo...

* * *

—¿Son los cinco? —hablaba alguien mientras era apenas consciente de que estaba de pie junto a los hermanos, y a otros dos extraños de ojos casi anaranjados.

—Sí.

—¿Son detectables con el escáner?

—No, señor.

Una sonrisa de satisfacción.

—Perfecto...

* * *

Si intentaba atacar recibía electricidad y golpes, aprendí a ser sumiso. Agua fría expulsada a chorros lavaba mi cuerpo de vez en cuando, podía saber que había más congéneres cerca, pero estaba perdido en mi mente.

En algún momento me di cuenta de que no recordaba de dónde venía, apenas uno que otro flash momentáneo, todo en mi cabeza era esta realidad. Celda, soportar que me hicieran exámenes extraños y me dejaran inconsciente en varias ocasiones, y más celda.

Confusión, risas de hombres.

Escuché mis gruñidos, sentí que corría, que volaba, pero era como si estuviera encerrado en la oscuridad, en algún pozo muy profundo de mi propia mente, sentía y escuchaba todo como si estuviera lejos...

De pronto se aclaró. La luz del local me hizo entrecerrar los ojos, respiraba agitado, los hombres decían frases aprobatorias. Me percaté del sabor de la sangre en mi boca, eso me hizo enfocar mi vista, y lo que vi me espantó.

Otro como yo, un evolucionado, muerto.

Abrí mucho los ojos, escupí la sangre y miré mis manos. Más sangre. El aire se me escapó por la sorpresa y horror, mis manos ensangrentadas temblaron ante mi vista. Eso no podía haberlo hecho yo, yo no mataba, no lo haría, solo era un ciudadano normal. ¡Yo no mataría!

—¡¿Qué me han hecho?! —les grité a los tipos que observaban tras un vidrio.

Hicieron caso omiso, solo siguieron asintiendo y haciendo anotaciones. Caí de rodillas. ¡Eso no lo podía haber hecho! Presioné mi cabeza con las manos, intentando hallar alguna explicación.

Una puerta se abrió y los vi ingresar, me abalancé lleno de ira, pero al instante todo se oscureció.

* * *

Perdí el sentido de las cosas. Vagaba en una especie de letargo constante, no era consciente, no manejaba mis movimientos. Solo quería no despertar nunca, así sabría que al que atacé no murió y me mató. No sabía cómo pero lo haría, y eso me llenaría de paz...

La oscuridad de mi celda me acompañaba, quería que alguien pudiera detener esto, me había convertido en el malo, el temido. Si tan solo pudiera decirles que no era yo, que estaba siendo controlado, antes de matarlos. Inclusive a los humanos. ¿Por qué se atacaban entre ellos? Y peor, ¿usándonos a nosotros? Nos llevaban por sus ciudades en ese estado de letargo, uniformados como su ejército, cubriendo nuestros rostros con cascos, y nuestras manos con guantes. Una vez que daban la orden de atacar, no podía ni era consciente de nada.

Lo que alguna vez fui ya había muerto, a veces sentía que llevaba así toda la vida, no había otro sentimiento en mi pecho más que el vacío, oscuridad, soledad. No cuestionaba nada, ni por qué lo hacían, ni qué había hecho yo para que me castigarán. Quizá maté a alguien, y por eso me condenaron a seguir haciéndolo. ¿Me habían mandado a este lugar? ¿Alguien vino a entregarme? ¿De dónde venía?

¿Quién era?

CAPÍTULO 3

DESPERTAR

Tiempo actual.

Por primera vez me sentí en caída. Vi el cielo y no entendí por qué, hasta que me di cuenta de que estaba sobre el asfalto. El viento sopló un poco, parpadeé confundido. ¿Dónde estaba mi casco? ¿Y mis compañeros? ¿El hombre que nos controlaba? Lo olfateé cerca, me reincorporé un poco y lo vi inconsciente, no muy lejos, eso me sorprendió.

Observé también un pequeño local que parecía haber sido destrozado y estaba seguro de que habíamos sido nosotros. Vi a Alpha y a Centauri ahí adentro, reincorporándose, confundidos. Éramos un equipo, ya lo recordaba.

Unas voces me hicieron ver al frente, sorprendiéndome aún más. Humanos, y un evolucionado como yo.

No había logrado matarlo, pero sí estaba herido. Él tampoco me había matado a pesar de todo. Fruncí el ceño al verlo tan cerca de esos, le hablaban como si fuese uno de ellos. Ya no perdía la cordura ni me lancé a atacar. ¿Era que acaso ya estaba libre? ¿Eso humanos iban a morir también en mis manos?

Me puse de pie con dificultad, de lo que ya se disponían a irse, el H.E se percató de mí y plantó su mirada en nosotros, mis compañeros salían a duras penas de ese lugar. Gruñó bajo, indicando que aún podía lanzarse y atacarnos, así que levanté las manos en señal de rendición, ya no quería más problemas, y estaba libre de ese infierno. Ya no quería matar.

—Lo sentimos, nos tenían controlados —expliqué, esperando que me creyera. Mil veces ensayé esa frase en mi mente y ahora al fin la decía—

. Soy Ácrux, ellos son Alpha y Centauri —los señalé—, supongo que... Gracias por no matarnos.

—Ni que lo digas —respondió un humano castaño.

—Nos desharemos del hombre y nos iremos, nadie nos verá —aseguró Centauri. Él también ansiaba libertad.

—Vayan al hospital luego —pidió otro—, los atenderemos ahí.

Quedé absorto con eso. ¿Nos acababan de tratar como iguales? ¿Convivían con ese H.E sin pelearse?

—Apresurémonos, Ácrux —dijo Alpha.

Recuperamos los cascos del lugar destrozado y proseguimos. Respiré el aire con detenimiento, era una ciudad muy poblada,apestaba a estrés. No asimilábamos aun el hecho de poder estarnos moviendo por nuestros propios medios, incluso me sentía temblar de forma leve. Los hermanos me miraron, y aunque estábamos con cascos, supe que estaban tan asustados como yo. Estábamos realmente asustados, mi cuerpo esperaba un castigo, estaba aterrado. ¿A qué le temía? Quizá a que nos vieran otros y nos volvieran a capturar. Empecé a temblar más. No, no, no. ¡Todo menos eso, prefería morir!

—¿Volverás a donde te han dicho esos humanos? ¿Confiarás? —preguntó Alpha—. Ya estamos libres, huyamos. ¿Qué pasa si nos vuelven a capturar?

—Tienen a uno de los nuestros, no creo que nos hagan daño. Además, no sé a dónde volver.

—Eso qué importa, iríamos a donde sea. Eso no es todo, ¿y si ese que vimos estaba controlado?

—No, lo vi en su mirada, no es controlado. Y si ellos no nos mataron, sino que nos liberaron, es porque deben saber que somos usados por alguien más. ¿No quieren preguntarles quiénes? ¿No quieren poder hacerles pagar? —La ira volvió a nacer en mí, dándome fuerza.

Fruncieron el ceño y asintieron con determinación.

—Tienes razón, vamos a buscar al que sabe de esto.

* * *

Después de dejar al sujeto en un contenedor de basura, seguimos el rastro del aroma de ese extraño grupo de personas, hasta llegar a una gran edificación que como vimos en su letrero, era un hospital. Caminamos hasta una especie de sala y ahí estaban, junto con otros que no habíamos visto antes, pero tampoco parecieron impresionarse con nuestra llegada. Nos esperaban.

Un joven se nos acercó.

—Por aquí, por favor. Los atenderé.

Hizo que nos sentáramos y retiráramos los cascos. Yo apenas tenía cortes y mordidas, pero Centauri tenía una herida de disparo en la pierna y su hermano otra por el hombro. Suspiré esperando a que los atendieran por estar peor. De algún modo no podía dejar de mirar a mi alrededor de rato en rato, temiendo la aparición de los hombres malos.

Una joven humana se acercó. La vi con extrañeza, ya que me sonreía, su cabello era de oscuros rizos y estos rebotaron cuando ella aceleró el paso y quedó frente a mí. Un intenso aroma a fruta me inundó. ¿Qué fruta era? Casi la recordaba.

—Hola —saludó. En respuesta, solo fruncí el ceño un poco más—. ¿Cómo te llamas?

—Ácrux...

—Como la estrella de la constelación «Cruz del Sur» —habló con emoción.

—Sí... —No entendí a qué venía todo esto. ¿Qué era lo que quería? ¿Por qué me hablaba con esa alegría? Solo era un monstruo más.

Miré a mi alrededor con temor otra vez.

—Déjame curar tus heridas —pidió despacio.

Asentí. Tomó mi camisa y empezó a desabrocharla, al instante la piel se me escarapeló y recordé las descargas eléctricas que me infligían por casi cualquier cosa. De un respingo la aparté para hacerlo yo. Miré nuevamente a mis costados, temiendo ver a los hombres viniendo por

mí. Respiré hondo y cerré los ojos, el leve temblor en mis manos no me dejaba maniobrar con los botones.

Fue raro, pero no me extrañaba que los recuerdos vinieran así de la nada, eso había sido parte de mi vida desde que tenía memoria.

Pareció recordar algo y volteó hacia el evolucionado de ojos verdes, que estaba al lado de otra humana quien al parecer lo estaba curando de lo que nosotros le hicimos. Le avisó sobre algo a lo que no atendí, me dediqué a revisar de nuevo mi entorno.

—¿Listo? —me preguntó ella al ver que ya había acabado de desabrochar la prenda.

Respiré hondo otra vez cuando la deslizó por mis hombros con cuidado para empezar a tratar mis heridas, me estremecí un poco, tenía algo de vergüenza, además. De algún modo tenía anclada en mí una especie de regla que decía que no debía mostrar mi cuerpo. Pero si era para que me trataran algún mal...

—Descuida, esto no te va a doler —aseguró con amabilidad.

—Gracias —fue lo único que pude decir. ¿Por qué me trataba así?

Sonrió, se le vio tan bien, quedé mirándola con los ojos algo más abiertos de lo normal, pero no tardé en reaccionar y revisar mi entorno nuevamente. Si algo sospechoso aparecía iba a salir disparado. Luego de asegurarme de que no venía nadie raro, volví a verla, y no le desprendí la vista en todo el rato, distraído en la forma en la que se concentraba, cómo arrugaba esas pequeñas cejas. Tenía un rostro dulce, si se le podía decir así, para ser humana. Aparte del olor, que ahora sabía que eran fresas, y venía de su cabello.

—Tienes unos muy bonitos ojos —comentó mientras me vendaba el brazo.

Otra extraña sensación se hizo presente y fruncí el ceño ante eso.

—¿No te atemorizan? —Bien recordaba los constantes gritos de las personas.

—No, son geniales. Bueno, antes sí, me daban miedo, pero ya me acostumbré.

—Qué extraño... No deberías. —Suspiré—. He hecho cosas que no quiero recordar, nada en mí puede ser «bonito»...

Sus ojos se plantaron en los míos, brindándome un dulce sentir, eso me produjo otra rara sensación al segundo.

—No ha sido tu culpa. No eres un monstruo si eso crees. —Me sorprendí—. De nada sirve sufrir, eso no te hará volver al pasado. ¿Sabes? Estamos con uno de los suyos y la verdad pienso que son geniales. Él está quedándose aquí y entrena también, lo han aceptado muy bien en el grupo de Max, nuestro amigo. Planean sacar al aire lo que está haciendo el gobierno con ustedes, eso de maltratarlos y...

Hablaba sin parar, pero en mi mente se había quedado lo que dijo sobre el tal Max y el H.E que había sido aceptado. Vi de reojo a Alpha y a su hermano y también estaban atentos. Sus ojos se posaron en los míos y asintieron, dándome a entender que también querían algo así.

Vi al de ojos verdes venir por un pasillo con tres más de mi especie, mayores, y uno de ellos era evidentemente su padre, se le parecía y olían similar.

—Ha sido un gusto —dijo este—. Gracias por la atención que nos han brindado.

—Descuide, el placer fue mío —respondió la chica de cabellos marrones—, pueden venir cuando gusten.

Asintieron y se retiraron. Me bastó con saber que otros de mi especie se habían quedado y estaban quedándose sin problemas aquí, eso me dio confianza y esperanza.

Me puse de pie junto con mis compañeros, luego de pedirle un segundo a la chica habladora, aunque no estuviese escuchándola ya, y nos dirigimos hacia el tal Max, que estaba con el brazo vendado.

—Queremos unirnos a tu grupo —pedimos.

—¿Qué?

Tomé la palabra:

—No tenemos nada ahí afuera, queremos quedarnos y ser útiles en algo, ya han aceptado a ese de ahí —señalé al H.E—. Tres más serían mejor.

El sujeto se encogió de hombros.

—Ya qué, vengan —volteó—. ¡Nos vemos luego!

Le di un último vistazo a la chica de rulos y seguí a mis compañeros.

¿Que no era un monstruo a pesar de todo? ¿Pensaba eso de mí? Bueno, no me conocía. De todos modos al estar cerca la vería seguido. No todos los humanos eran malos al parecer, aunque no bajaría la guardia, con el buen olfato que tenían los de mi especie, podrían no tardar en aparecer con dos de ellos y atraparme otra vez. Debía refugiarme aquí y a la vez tratar de olvidar lo que había hecho. Además, esperaba recordar de dónde venía.

Tuve la rara sensación de que alguien me esperaba. ¿Pero ya cuánto tiempo habría pasado? Quizá años.

* * *

Nos aproximamos a una edificación vecina con un gran campo en la parte posterior, pude ver un bosque algo seco más atrás, tuve el leve impulso de caminar en su dirección pero no lo hice. En mi mente rondaban dudas. Al ingresar al segundo nivel, nos enseñó las que serían nuestras habitaciones. Una cama, un escritorio, un pequeño baño. Sin duda mejor y más decente que la celda en la que me tenían.

—Lo que quisiéramos es saber cuándo haremos algo contra los que nos han hecho daño.

—Calma, primero hay que hacer las averiguaciones respectivas —insistió Max—. Ahora acomódense, ahí encontrarán ropas y uniformes de distintas tallas. Cuando terminen pueden bajar y servirse lo que gusten en el comedor.

Sentí mis ojos brillar. Comida, carne, la necesitaba. Ni siquiera era consciente de si la comía o no durante mi encierro, seguro sí, si no, no estaría vivo, pero no la había disfrutado durante años tal vez. Los hermanos me miraron, nos sonreímos apenas y nos apresuramos.

Claro que no duró mucho mi entusiasmo, ya que al ducharme, descubrí un par de marcas en mi cuerpo que no salieron por más que

sobé con jabón, esponja y garras. Un número siete en mi hombro izquierdo, y un ochenta y ocho pequeño al costado de mi vientre bajo. Esos malditos me tenían marcado, quizá podrían encontrarme gracias a eso, no podía dejar que se viera. No podía creer que nunca había sido consciente de que estuvieran esos números.

Bajé a comer, y recuperé un poco el ánimo al ver lo que había.

* * *

Me encontré en desesperación, intentando aferrarme a algo. Me ahogaba. Los humanos me tenían en un tanque de agua y los veía a través del cristal, hacían sus anotaciones sin inmutarse mientras me asfixiaba. Golpeé con fuerza soltando un grito sin importar que el agua ingresara en mí, y para suerte, el vidrio se rompió y caí.

El duro y frío piso me recibió, junto con la lluvia de cristales. Tosí y traté de expulsar el agua, sin embargo vinieron con sus armas de electrochoque, y de una descarga grité sin siquiera reconocermé. Gruñí con fuerza y volvieron a electrocutarme. Grité una y otra vez, la fuerte corriente me recorría, quemando, ardiendo, golpeando. Me sentí patético, tirado en el suelo, a su merced.

Desperté de un salto, gruñendo. Una silenciosa y tranquila habitación me recibió, respiraba agitado, mi pecho subía y bajaba con velocidad, y estaba empapado en frío sudor.

Froté mi cara y quedé acurrucado sobre el colchón. El ruido de mi respiración se fue acompasando, logré inhalar hondo y relajarme un poco más. *Ya pasó, solo fue una pesadilla, solo eso.*

Cerré los ojos.

—¡Es hora de despertar, señoritas! —llamó alguien desde afuera.

Reconocí al tal Max. Volví a respirar hondo y me preparé para iniciar el día, odiando las marcas en mi cuerpo durante la ducha, las odiaba en verdad.

Ya que había sido aceptado en el lugar, intentaba acoplarme. Algunos humanos nos miraban extraño a los hermanos y a mí, pero intentábamos no parecer «poco humanos» de todos modos. Dormíamos aquí, sin embargo el H.E al que había atacado no, venía del hospital que estaba al lado, de seguro era muy unido a los humanos como para quedarse allá con ellos. De hecho, traía un poco de su peste.

Max le dijo que nos indicara qué hacer y se aproximó a nosotros. Supimos su nombre, Sirio. Nos enseñó todo el equipamiento, las máquinas, las armas, el campo exterior, sus pistas y circuitos. Noté el anillo que llevaba en uno de sus dedos, y mi mente confusa me entregó cierta información sobre eso. Estaba unido a alguien.

Unión...

Una chica con ojos de verde oscuro me miró de forma inocente. Sacudí un poco la cabeza y fruncí el ceño al verla desaparecer de mi mente. Eso había sido raro, ¿quién era ella?

Empezamos con entrenamientos básicos, cosas que de algún modo ya sabía, que estaban en mis confusos recuerdos. Por ejemplo, no recordaba cómo fue que aprendí a disparar un arma y lanzar cuchillos, porque sabía hacerlo, y bien.

Dos mujeres humanas nos observaban desde el exterior, sentadas junto a las plantas. Las conocía a ambas, claro, a la chica de rizos sobre todo. Al verme observarla sacudió la mano y me sonrió. Mi única respuesta fue mi ceño fruncido con extrañeza, pero no me desagradaba que estuviera ahí, no olvidaba que ella había sido la primera en decir que no era un monstruo, eso hizo que sintiera algo parecido a lo que se decía era la calma. El olor a fresas de su cabello se quedó conmigo toda la tarde.

Al finalizar, salí y quedé cara a cara con la chica de rizos, bueno casi, porque estaba distraída mirando al cielo. Junté las cejas confundido y alcé la vista también, pero no había nada. ¿Qué observaba entonces?

No me importó, de forma inconsciente la contemplé el tiempo que pude.

CAPÍTULO 4

UN GUSTO INOPORTUNO

Rosy

Me acerqué a ese H.E., curé sus heridas, y sus ojos no se me desprendieron hasta que terminé. Marien tuvo razón cuando mencionó que mantenían muy fija la vista, podían mirarte por horas casi sin parpadear, podían acechar. Y yo me había sentido bastante nerviosa.

Regresé con mis compañeros, que conversaban algunas cosas. Marien acababa de curar las heridas de Sirio y estaba con el torso desnudo. Me quedé viéndolo, no pude evitarlo, todos ellos estaban en muy buena forma, sus músculos marcados y todo.

Marien se aclaró la garganta y reaccioné. Sonreí con culpa y ella rio en silencio. Sirio se retiró a ponerse algo y permanecí con ellos.

—Así que... —comentó Marcos—. Rosy intentando *ligar* con un H.E.

Me ruboricé, reí con vergüenza, no pensé que se darían cuenta, qué terrible...

—Es atractivo —me excusé. Aunque no era tanto una excusa porque era en verdad apuesto. Todos ellos tenían su encanto. Recordé otro detalle—, pero me miró como a bicho raro.

—¿Qué esperabas? Es un H.E. —Empezó a bajarme de mi nube rosa como solía hacerlo. Por eso era soltero. Traté de no escucharlo pero resultaba inútil—. No sabes nada de él, no sabes si era alguien normal o pertenecía a su ejército de H.E o lo que fuera, que es lo más probable. No sabes si ha matado gente, a cuántos «muchos» por cierto.

—Eso sí —murmuré—, solo que no sé... Pensé.

—Y otro punto más —agregó. No se iba a rendir hasta desanimarme por completo—. Me dijiste una vez que tú eres de las chicas que gustan

de que un hombre diga cosas como: «qué bonita te ves hoy» o «te invito a salir, tengamos una cita» o que te diga que te ama siempre y cosas como recordar aniversarios. Un H.E no hace eso, y ahí está Marien de testigo, ella trata con ellos.

—Eh —reaccionó—. Bueno, sí... Algo así.

—¿Ves?

Hice una mueca. Ya qué. Habían ganado, yo quería un hombre que me hiciera sentir amada, una relación normal.

—Tienes razón, ahora que lo pienso... —Sonreí—. En fin, igual quería experimentar. No sabemos cómo son en la cama —agregué en tono pícaro. Eran más fuertes y salvajes, eso en la intimidad, ¿cómo se interpretaría? Uf...

Ambos abrieron la boca casi espantados. Marcos alzó las manos.

—Ok, bien, ya oí suficiente —exclamó y se puso de pie, indignado y ruborizado. Pude ver que mi amiga se mordió el labio sonriente, seguro imaginando lo que acababa de decir, a mí no me engañaba—. Lo que me faltaba, dos chicas con las hormonas alborotadas. Ya no les bastan los hombres normales.

—¿Pero qué hablas? —interrumpió John haciéndonos brincar del susto—. Será que no puedes dar *pelea*, Max se enterará de esto. —Empezó a reír y a alejarse.

—Anda, imbécil, más te vale que no digas nada sobre esto, que hasta ahora no te he visto ni una novia —iba Marcos reclamándole y se perdieron por el pasadizo.

De camino al comedor, mi supervisor se cruzó con nosotros y me hizo recordar que debía llevar bien atada mi cabeza, o como él lo decía «la mata de pelos». Otro motivo para bajarme los ánimos. ¿Era que siempre el cabello rizado iba a ser víctima de *bullying*?

Nadie quería mis rizos y nadie me quería a mí.

* * *

Almorzaba en silencio mientras a mi alrededor los otros conversaban. No dejaba de pensar en los ojos mieles, tristes y vacíos de ese H.E, a pesar de que ya era otro día. No debía ilusionarme con él, no era humano siquiera, pero me había atraído.

—¿Harán algo más tarde? —quiso saber John, que estaba a mi lado.

—Iré a ver el campo de entrenamiento —respondió Marien con entusiasmo.

Se me iluminaron los ojos. Podía ir con ella y ver a ese evolucionado otra vez. ¿Pero qué le diría? No importaba, con verlo ahí era suficiente, con lo guapo que era...

Espera, no, no, Rosy. No debía buscarlo, no me iba a dar el amor que quería.

Luego de cambiarme la bata blanca del laboratorio, me encontré con mi amiga para ir al campo ese. Terminamos sentadas al otro lado de la cerca, observándolos entrenar. Estaban los cuatro con Max y otros de sus hombres. Miré a Ácrux, de espaldas a mí, su cabello destellaba como rubio dorado bajo el sol. Me detuve a deleitarme con la forma en la que su espalda formaba ese perfecto triángulo invertido desde sus hombros hasta sus caderas. Bajé un poco más la vista y mordí mi labio, sin duda quería darle un palmazo ahí... En eso volteó y quedó mirándome, poniéndome nerviosa. Logré levantar un poco la mano y moverla para saludarlo, sonreí.

Frunció el ceño y retiró la vista para atender al llamado de Max, sin darle importancia a lo que había hecho. Quedé congelada. Sin duda era un bicho raro para él.

Terminó con su entrenamiento y Marien se puso de pie para ir rápido al lugar. Suspiré, ella se moría por Sirio y tenía toda su atención, mientras que yo solo me había ganado un ceño fruncido del otro. La seguí al rato después de levantarme despacio, debía olvidarme de todo eso; total, si John había dicho que no parecía una mujer que buscaba algo serio, alguien que no era humano lo notaría aún más, al menos eso supuse.

Me senté al lado de un archivador semiabierto, así que entretuve mis nervios tomando y observando algo de papeleo. Encontré uno con todos los nombres de los generales de seguridad. Por un momento me pregunté si alguno de ellos sabría de dónde venía mi casi rubio H.E.

Ay no, ¿cómo que «mi»?

Creí reconocer a uno que tenía cara de muy malo, sus ojos negros, además, pero no tuve tiempo de analizarlo más, ya que me sobresalté cuando los hombres de Max empezaron a salir armando su alboroto de siempre. Cerré el folio con rapidez y lo puse de nuevo en el cajón, aunque no me fijé en qué letra iba. Supuse que no era problema.

Salí del lugar, presa de los nervios. No entendí por qué me puse nerviosa. Solo pensar en sus ojos, esa tristeza, vacío y frialdad que expresaban a pesar de su cálido color. Traté de distraerme mirando al cielo, esa era una buena idea.

Si quizá pudiese ayudarle a ver de dónde era, entonces posiblemente empezaba a tenerme confianza y nos hacíamos amigos. *Una nube tenía forma de avión*. Por otro lado, quizá no lo quería saber o lo sabía ya, aunque según lo que había escuchado, no tenía a dónde ir. Eso no significaba nada.

Dejé de ver hacia arriba y lo encontré frente a mí, observándome con esos ojazos de color miel. Di un respingo ahogando un pequeño grito.

—Ay, qué susto.

Ladeó apenas el rostro y me pareció ver una muy leve sonrisa traviesa y curiosa, aunque al segundo ya no estuvo. No parpadeaba, eso me puso más nerviosa, me ruboricé, era como un gatote. Marien salió con Sirio de la edificación y eso me puso más nerviosa aún, ya no tenía excusa para estar aquí.

—Creo que ya me voy. —Salí disparada.

Tropecé y solté un corto grito. Terminé mirando al suelo aún lejos de mi cara, con mis manos extendidas hacia este. Fui enderezada y puesta de pie como si pesara nada, él me había sostenido de la cintura.

—Ten más cuidado.

Asentí. Estaba contra su cuerpo pero no tardó en soltarme. Había vibrado con su voz al volverla a oír, bastante grave y bonita. Ellos tenían esas voces, sus cuerdas vocales eran un poco más gruesas, por eso gruñían y demás cosas.

—Hora de comer —le avisó otro de los que vinieron con él.

Ese era más musculoso, igual que su hermano. Ácrux era casi como Sirio, alto, músculos marcados pero de textura normal, cuerpo perfecto, aunque podía ser tal vez un par de años mayor, o más. No le pregunté su edad, quizá ni él la recordaba. Con barba parecía de veintisiete, pero ahora que se había deshecho de ella, parecía de veinticuatro.

Me despedí y retiré antes de que pudiera decirme algo más. No quería seguir pensando en él, iba a quedar en nada.

* * *

—No, papá, moriré sola y solterona —me quejaba por teléfono mientras Marcos casi se ahogó con la comida al escucharme.

—Pero, hija, exageras, apenas tienes veintitrés, acabas de terminar la universidad, eres una genio. ¿Qué hombre no te querría?

—Uno normal.

Marien rio en silencio también.

—Bueno, te dejo, debo atender el negocio. Y ánimo, quítate esa idea, estás joven. Nada de que el mundo ya se acabó, ni que la humanidad desaparecerá. Ánimo.

Nos despedimos, le mandé besitos como solía hacerlo. Como ya había terminado de comer, revisé un artículo en mi móvil, las posiciones más difíciles de kamasutra. Me mordí el labio preguntándome si los H.E podrían con eso, aunque claro que sí. ¿Cómo sería él? ¿Su cuerpo? Uf. Otra vez yo alucinando.

Le mostré a Marien una.

—¿Has intentado esta?

—Oyeee —reclamó riendo avergonzada y volviéndose completamente roja.

—Ay. Ellos pueden, tienen fuerza, solo imagina las posibilidades.

Se echó aire con las manos mientras trataba de calmarse.

Hice un gesto de negación, la chica no quería admitir nada de su vida privada. Aunque quizá por eso era privada.

—¿Qué pasó? —le preguntó Sirio preocupado. Ella negó sonriéndole.

Escribí un texto en el móvil:

«No toda la vida lo vas a mantener puro, tiene 23, vas a tener que enseñarle los placeres carnales en algún momento»

Sonreí inocente y se lo mostré. Sus ojos se abrieron más y se tapó la boca para ahogar su risa. Borré y escribí algo más:

«Si no le muestras, se llegará a enterar de todos modos, ¿y tú crees que te dejará descansar una sola noche? No, porque va a querer recuperar el tiempo que está perdiendo»

Le mostré y continuó riendo en silencio. Sacó su móvil, escribió y me lo mostró:

«No me importaría mucho no descansar en las noches»

Abrí la boca, soltando un suspiro de exclamación mientras ella reía un poco más.

Marcos sacó una pequeña pelota de su bolsillo de esas que rebotaban mucho, para luego sacudirla un poco frente a los ojos de Sirio, la movió a la derecha y él la siguió con la vista, la movió a la izquierda y sucedió igual. Parecía un gato bien concentrado.

—Marcos —le recriminó Marien.

—Vamos, le gusta —se quejó él—. Mira su concentración, ni siquiera parpadea.

Recordé la mirada fija de Ácrux, eran buenos cazadores por eso, se decía que incluso antes nos cazaban a nosotros. Sirio hizo un veloz movimiento y le arrebató su botella de leche a Marcos, que aún no había tenido oportunidad de tocarla, aprovechando que estaba distraído distrayéndole. Reclamó pero era tarde, el otro ya la estaba abriendo para tomarla.

Tomé nota mental, a ellos les gustaba la leche.

* * *

Escondí una botella de leche en una pequeña lonchera, planeaba ponerla en las cosas de Ácrux. Si descubría dónde las dejaba, claro. No se lo encargué a Sirio porque él de seguro se la tomaba y no se la daba. Quería no ser tan cobarde y dársela en persona, por lo menos intentarlo.

Los vi debatirse en una especie de duelo, a él y a los hermanos. Escuché que no se conocían bien, según Max, eso les ayudaba, los H.E solían conocerse un poco mientras peleaban, medían la fuerza del otro, sus capacidades y eso. Tan raros. Ácrux no aceptó que Sirio le ayudara contra los dos hermanos, así que estaba solo, quizá era algo orgulloso.

Me asusté un poco porque él casi no podía. Uno lo arrojó al suelo de un puñetazo y el otro ya casi estaba sobre él, pero rodó para esquivarlo y lo hizo tragar tierra. Gruñeron como perros salvajes o algo así, despertando leve miedo en mí, ya casi olvidaba que eran peligrosos. Volvieron a agarrarse a golpes tras eso. Me preocupé porque alguien de afuera escuchase, felizmente para atrás estaba ese bosque seco y feo, además de las pampas, el hospital nos cubría.

—Ya no exageren, no va a poder contra los dos —aclaró Max.

—¡No! —insistió Ácrux—. ¡Claro que podré!

Max negó con la cabeza y resopló. Quise morder mis uñas aunque sabía que era solo un simple duelo amistoso. Logró inmovilizar a uno atrapándolo del cuello pero el otro lo hizo caer de un golpe, recibió con una patada al primero y se puso de pie, pero el otro lo embistió y di un brinco tras el fuerte impacto que dieron contra una de las casetas metálicas de armas. Le escuché dar un corto grito que ahogó con un fuerte gruñido, dándole un empujón al grandote.

—Oye —reclamó Max—, ¡sin morder! ¡No se muerdan!

—Perdón —dijo el hermano, no sabía aún diferenciar quién era quién—. Me dejé llevar.

Ácrux se alejó bastante molesto, apretando su hombro. Lo seguí al interior de la edificación y lo vi apoyar la espalda contra la pared.

—Déjame ver tu herida. —Me congelé de golpe al recibir su mirada de cólera. Sus felinos ojos color miel parecían brillar más por la furia que a veces sabía que los dominaba—. Por favor... —Retomé mi camino hacia él con algo de temor.

Soltó un muy bajo gruñido y miró a otro lado. Me sentí fría, o era que él me acababa de pasar su fría actitud. Sus pocos sentimientos eran algo que debía recordar, pero yo de terca no lo hacía. Respiré hondo para deshacer el leve nudo de dolor que se había instalado en mi garganta.

—Vas a estar bien. —Cubrí su mano que estaba contra su hombro con las mías—. Déjame verte. —Me miró con recelo—. Anda —le pedí sonriéndole con cariño.

Su mirada se suavizó y suspiró en silencio. Retiró la mano y pude ver la mancha de sangre que se había esparcido por su hombro. Busqué el botiquín, lo tomé de los hombros y lo hice sentarse en una banca. Ahora me miraba con curiosidad y ya no como un tigre a punto de atacar. Dejé la lonchera que había traído a su costado y preparé algo de algodón.

La camisa que ellos usaban era de una tela bastante resistente, aunque los colmillos a veces lograban traspasar, ayudaba de todos modos. Empecé a desabrochar sus botones pero él, con algo de duda o quizá temor, volvió a mirarme con recelo, levantando un poco las manos al parecer para hacerlo él mismo.

—Solo esto —le dije con calma—, no necesito desabrochar más botones. —Descubrí su hombro y se relajó.

No era necesario ponerle puntos ni nada, tan solo puse algo de agua oxigenada con el algodón.

—No es tan necesario que desinfectes —murmuró de pronto—, estaré bien...

Su ceño casi fruncido ya era una expresión natural en él, al parecer, pero seguía triste. No me gustaba, quería ayudarlo.

—Bueno, tan solo un poco... —Terminé. El sangrado ya había parado también así que eso me alivió, sí que eran fuertes—. Listo.

Regresó la prenda a su sitio y empezó a abrochar los botones, no me miró mucho a los ojos, estaba concentrado en sus pensamientos, con su ceño fruncido como de costumbre. Tensé los labios y tomé la lonchera para irme.

—¿Qué tienes ahí? —Observaba mi lonchera con algo de intriga.

Era el momento.

Abrí el cierre y saqué la botella bajo su mirada expectante. Se la mostré y le sonreí como la primera vez que lo vi, sentándome a su lado.

—Prueba un poco.

La recibió y mis nervios se volvieron emoción. La olfateó luego de abrirla, eso me produjo una leve risa. Sus cejas se curvaron apenas ante eso y me mostró el fantasma de una sonrisa de lado por unos segundos. Mi estómago revoloteó.

—No está nada mal. —Di un par de palmas. Éxito, le gustó—. Gracias.

Sonrió de forma leve y esta vez ya no desapareció ese gesto. Levantó la mano que tenía libre y paseó su dedo por uno de mis rizos. Mi corazón se disparó, me perdí en sus ojos que miraban fijo, luego en sus labios mordisqueables.

—No sé si te has dado cuenta, pero tu cabello huele a fresas.

—Ah... Sí. —Mi voz salió casi en susurro.

—Lo olfateé desde que llegaste. —Tomó otro sorbo de la botella—. En fin. Gracias. —Se puso de pie—. Hasta luego.

Ya sola de nuevo, habiendo cumplido mi objetivo, no podía creer que me gustaba un H.E.

CAPÍTULO 5

EXTRAÑAS SENSACIONES

Max trajo un grupo de mujeres de su misma asociación, que al parecer iban a entrenar con nosotros, o por lo menos aquí mismo. Una de ellas, tal vez la líder, vino con Sirio. Se presentó como Tania y nos miró a todos de una forma un tanto extraña. Se le veía fuerte y eso me agradó de algún modo.

Nos hicieron memorizar un par de planos de otras instalaciones. Vi que había zonas censuradas y Max aseguraba que ahí debían tener a otros como yo. Era raro que incluso a él se lo ocultasen, así que de seguro tenía razón. Dijo que siempre les habían entrenado con maniqués, o máquinas, sin embargo no hacía mucho descubrió que, en secreto, a algunos los entrenaban con H.E reales, y al aparecer nosotros corroboramos eso.

Nos mostró fotografías. Los muros, el color, los olores, distintos recuerdos que solo duraron milisegundos vinieron a mi mente, pero nada más. Otra fugaz imagen de un humano de ojos negros se hizo presente, pero así como las otras, no pareció ser muy importante, salvo por el leve temblor que sentí en mi piel.

Nos dieron unos móviles, que según ellos servían para comunicarse. Nos enseñaron a usarlos y explicaron lo importantes que eran en situaciones de emergencia.

Había logrado reconocer bien a los hermanos que siempre me habían acompañado, Alpha y Centauri. Ambos de cabello negro y ojos celestes, trabajaban perfecto en equipo, con movimientos sincronizados, no había forma de derribar a uno sin que el otro contratara antes. Eran más musculosos que yo, así que su fuerza era el doble de la mía. Se les hacía dificultoso aprender las técnicas de pelea, como a mí. A pesar de eso, nos manteníamos serios y dispuestos.

Y era que de seguro las habíamos sabido antes pero con lo que nos hicieron los humanos ya lo habíamos olvidado.

Sirio era diferente, cada caída que tenía le sacaba alguna que otra carcajada. ¿Cómo podía estar tan tranquilo? Pero a pesar de que estaba siempre dispuesto a jugar, era excesivamente agresivo con los maniqués que Max nos hacía «matar» a veces. Alguien lo había entrenado, alguien de nuestra especie, sin mucha ética, ya que morder y arrancar partes del cuerpo era cosa de los salvajes desterrados, no de ciudadanos decentes, eso lo tenía latente en mi memoria, como muchas otras reglas. Aunque a veces se nos saliera lo salvaje.

Sabía que en una pelea real no iba a poder inmovilizarlo, así que no podía subestimarle por nada del mundo. Desperté y estaba aquí justamente porque no había podido matarlo estando en aquel letargo.

Me propuse vencer a estos tres de mi especie para probarme a mí mismo, algún día aunque fuera, lo haría. A pesar de todo, empezaba a confiar en ellos, no pude evitar preguntarme si alguna vez fui tan animado como Sirio, o estuve en algún equipo como los hermanos.

«Eres joven y fuerte, deberías aprender a matar como todos»

Esas palabras se fueron tan rápido como vinieron. Di un rápido parpadeo, confundido.

La chica de rizos me observaba con su amiga a lo lejos, como siempre, solo la miré, a pesar de que me saludaba. Me había hecho sonreír, apenas, pero lo había hecho, cuando insistió en curarme a pesar de que no era necesario. Era por eso que de rato en rato había estado volteando para verla de reojo sin que lo notara para no parecerle mal educado.

Tania interrumpió mis pensamientos cuando se puso a insistirle a Sirio que peleara con ella, como él se negaba, quizá por ser amable, me le acerqué.

—Puedes pelear conmigo si gustas —le sugerí a la joven.

Sonrió y sus ojos me barrieron de arriba abajo.

—Claro, fortachón. —Una extraña sensación me recorrió al oírla decirme eso—. A ver, enséñame tus técnicas.

Saltó y giró sin previo aviso, dando una patada que esquivé por puro impulso, agachándome. Golpeé su pierna y cayó contra la tierra, soltando un grito ahogado, para luego sorprenderme riendo un poco. Era ruda. Sonreí por eso sin poder evitarlo. Se puso de pie de un salto y me lanzó un puñetazo, detuve su brazo sin problemas y con un rápido movimiento terminé dándole la vuelta, aprisionándola contra mi cuerpo.

Se le veía fuerte pero seguía siendo bastante frágil.

—Podría matarte así sin problemas —le advertí.

Forcejeó, me dio con su talón en la pierna, logrando hacer que aflojara mi agarre alrededor de su cuerpo, giró y me dio un codazo. Quedó libre así. Reí un poco con el dolor, quizá era la primera vez que reía, aunque hubiera sido tan solo ese poco. Pelear con ella se me había hecho ligeramente familiar, como si antes hubiera hecho algo similar. Seguro sí. Seguimos con lo mismo unos minutos más hasta que terminó exhausta.

Se estiró levantando los brazos, me guiñó un ojo, y de algún modo eso me causó otra rara sensación.

—¡Bien, vengan! —nos reunió Max.

Quedamos los tres de mi especie, él y Tania. Empezó a hablar sobre las otras instalaciones, y de un momento a otro, Sirio nos dejó hablando solos, no le tomamos importancia ya que solía hacer esas cosas. Max siguió sin darse cuenta pero no tardó en percatarse de que las dos chicas habían entrado, se acercó a saludarlas. Era hora de descansar, así que me dirigí al interior, los hermanos me siguieron.

—Bueno, nos vemos más tarde —me despedí de todos.

Le di una fugaz mirada a la chica rizados, ella también me estaba viendo; en sus ojos había un algo que no podía descifrar, quizá esperaba que le hablara, o que la saludara, pero algo me lo impidió. Como siempre, a pesar de la corriente horrenda que me recorría y a la vez me hacía querer acercarme, era eso que había sentido cuando la olfateé y supe que había llegado. Cuando toqué su cabello esa corriente apareció, y me había tenido que contener las ganas de alejarme porque no quería.

No pudo ser inseguridad o nerviosismo, no. Me dio a probar de esa botella rara que siempre veía que Sirio jalaba a la hora del almuerzo, y no estuvo nada mal, ahora yo también jalaba una gracias a ella.

Me alejé para dejar de lado esa sensación, pero aumentó. Suspiré frustrado. Ya estando cerca de las escaleras ella vino, aliviándome de un modo extraño.

—¿Cómo te va, ya estás mejor?

Tenía una dulce sonrisa que no correspondí. El recuerdo de otra leve sonrisa vino y se fue tan veloz como siempre. No solo eso, no merecía su amabilidad, era un asesino después de todo. No la entendía.

—Sí, gracias.

—Oh, ¿te han dado un móvil? —preguntó al ver mi bolsillo—. ¿Me lo prestas unos segundos?

Se lo di, tocó un rato la pantalla y otro móvil sonó, era el suyo. Al parecer todos tenían uno. Sonrió y me devolvió el aparato raro. Pareció rebuscar en su mente algo más para decirme, frunció un poco el ceño, juntando sus pequeñas y finas cejas, sus latidos se aceleraron apenas y noté su estrés. Aun así, disfruté de forma rara al verla debatirse tanto, era muy curiosa... y pequeña...

—Tienes nombre humano —dijo acercándose más a ver la placa que me habían dado—. Christopher Ácrux, mmmm. Yo soy Rosy García. —Hablabla y hablaba. ¿Cómo me la sacaba de encima? Busqué de reojo algo que pudiera distraerla, pero nada—. Sirio también tienen un nombre humano, con esos pasan desapercibidos en el sistema. ¿Y tus amigos?

—No sé —respondí sin mucho ánimo.

—Bueno, no importa. —Sonrió otra vez y empezaba a agradarme mucho ese gesto en ella—. Eres tú el que me interesa. —Puso las manos hacia atrás y se meció de un lado para otro.

—Um. Lo he notado.

—Oh sí, después de todo, no dejabas de mirarme —canturreó.

Quedé pasmado y con mi pulso algo acelerado. Parpadeé varias veces mientras mis mejillas se calentaban al verla reír en silencio y morderse

el labio inferior, seguro por verme así. Parecía feliz, bueno, como siempre. ¿No estaba molesta?

—Perdón. —Le retiré la vista y recobré la fría compostura—. Fue sin querer, no volveré a mirarte.

Eso pareció preocuparla.

—No, tranquilo. Si gustas un día puedes hablar conmigo de lo que sea, puedo ayudarte. Según sé, no recuerdas mucho de tu pasado, ¿verdad?

Eso hizo que me pusiera más frío aún, recordar las pesadillas.

—Sí... Pero siento que si lo recuerdo, no me agradará para nada. Así que por ahora, no, gracias.

Suspiró cerrando los ojos, como si lamentara algo. Nuevamente su pequeña carita arrugada. Me provocó sonreírle, pero por educación no lo hice. No podía ser que con sus gestos removiera mis barreras.

—Perdón... Te veo luego... —susurró apenas—. Solo... Puedes verme como tu amiga, ¿sí?

Me dio otra dulce sonrisa y se fue, para mi sorpresa, sin esperar a la otra chica.

* * *

Tocaron a mi puerta y sabía que era Tania. Al abrir quedé pasmado. Estaba con una ropa bastante... descubierta. No pude evitar dirigir mis ojos a su pecho, lo cual, mi confusa mente dijo a gritos que no debía hacer. Aclaré mi garganta, forzándome a verla a los ojos. Sonrió, al parecer satisfecha con algo.

—Saldré con Max y unas amigas de aquí —dijo—. Ya le avisé a Sirio. ¿Vienes también?

Junté las cejas con confusión. ¿Iban a salir? ¿Para eso estaba vestida así, para salir aquí a la calle? O quizá a algún lugar o evento de ellos.

—Salir... ¿A dónde?

—A bailar, beber un poco. —Me dio un toque en el brazo—. Anímate, vas a ver que te diviertes mucho, y algo me dice que nunca te has divertido. —Guiñó un ojo. ¿Otra vez? Quizá era un tic nervioso.

Suspiré.

—No, gracias. Por hoy quiero descansar.

Cruzó los brazos, y nuevamente una fuerza antinatural guio mis ojos a su pecho, a su tremendo y desvergonzado escote.

Guau.

Sacudí apenas la cabeza y volví a sus ojos.

—Mañana tenemos cosas que hacer —insistí—, gracias. —Cerré la puerta.

Me dirigí a la cama, quedé mirando al techo, con miedo a dormir, miedo a esas pesadillas. La imagen del escote volvió, sin darme cuenta había sentido curiosidad por esas dos formas que se apretaban cuando cruzó los brazos. Mi mente me entregó vieja información, no tenía permitido ver el cuerpo de otra persona, y mucho menos tocar.

El móvil sonó, haciéndome renegar por el respingo que di. Lo tomé de mala gana, tenía un nuevo mensaje.

«Espero duermas bien. Rosy»

Fruncí el ceño, era la rulitos. Después de luchar contra el aparato, y mis uñas en punta que no me dejaban tocar bien las letras, logré escribirle.

«No creo que duertma bien, gracias»

Dudando si eso era considerado como respuesta, aparte de lo mal escrito que estaba por mi falta de práctica, dejé a un lado al aparato. Sin embargo, volvió a sonar.

«¿Por qué?»

Me molestó pensar el porqué, pero el impulso me hizo seguir respondiéndole.

«Pesadillas»

Entró una llamada, haciéndome sobresaltar, la cual respondí tras un largo suspiro.

—Hola, soy yo —balbuceó—. No te molestes, solo quiero hacerte escuchar esta melodía que tengo grabada.

Resoplé.

—Claro... como gustes.

—Es solo instrumental, ¿bien? Espero duermas bien...

Empezó a sonar una música sumamente dulce, suave, un instrumento que sonaba familiar a una caja musical o algo así, alguna vez había visto alguna. Leves recuerdos de una mujer de ojos claros como los míos vinieron a mi mente, de algún modo supe que eran recuerdos felices. Me dejé ir sin siquiera darme cuenta, cayendo en un bonito y profundo sueño, gracias a esa chica.

* * *

Un hombre de cabello y ojos negros me miraba expectante, mientras me encontraba tendido en una camilla sin poder moverme. Ahora estaba seguro de que aquel sujeto era el causante de lo que me pasaba, algo en mi interior lo gritaba. Debía buscarlo y vengarme, pero ¿vengar qué? ¿A quién?

«Vaya, no eres capaz de matar bajo tu propia voluntad, habrá que hacer algo al respecto»

Abrí los ojos, nuevamente la habitación tranquila. Esas extrañas palabras se repetían en mi mente y fue así durante un par de segundos más. Suspiré con pesadez. No estaba logrando nada, sabía que no había terminado con los humanos por casualidad, me atraparon, pero en dónde, esa era la cuestión.

Después del medio día logré escabullirme en lo que supuse era un almacén de documentos o algo. Max ya había estado aquí intentando averiguar, quejándose de no encontrar un folio con nombres importantes, finalmente se rindió y salió porque Sirio lo distrajo con algo de que iba a salir temprano o algo así. A mí me convino.

Revisé los archivos por letra, buscando mi nombre, pero no tenía indicios de que lo usaran para identificarme en sus documentos, tal vez los números marcados en mi piel eran parte de un código. Sin embargo no hallé nada, no había, al menos en este establecimiento. Decidí buscar por fecha, pero como no tenía pistas de cuándo había sido capturado, empecé buscando desde tres años atrás.

Solo eran informes de ataques, y sobre posibles ubicaciones de ciudades H.E, o como les llamaban ellos, «agrupaciones».

—Un gatito anda husmeando —canturreó Tania.

Me observaba apoyada en el marco de la puerta, le dediqué una mirada de reojo y tomé otro grupo de papeles. No tenía nada parecido a un gato, salvo los ojos, quitando el hecho de que nosotros sí veíamos a colores.

—Ustedes todos son tan serios —se lamentó, aunque no pareció un lamento muy real—. Pero felizmente estamos en este continente y no en otro. Los H.E del continente asiático son un poco más fríos quizá por el clima, aunque igual de agresivos. Los del continente africano tienen dos dientes afilados extra en cada mandíbula. Así que para mí, es un sueño hecho realidad tenerte aquí a un par de metros, y que seas solo serio.

La miré intrigado. Se acercó, se me pegó tanto que retrocedí, ya que la cercanía no me agradaba para nada, pero terminé topándome con uno de los estantes. Prácticamente tenía todo su cuerpo contra el mío, sentí todas esas curvas. Fruncí más el ceño cuando deslizó su mano por mi pecho.

—Estoy en algo importante, ¿podrías retirarte, por favor?

Rio un poco. Paseó su dedo por mis labios y eso me estremeció. Argh, la corriente. La tomé de los hombros y la aparté, detestaba la corriente con todo mi ser. El gruñido de Sirio se escuchó por otro lado y Tania salió a ver enseguida, dejándome al fin. Suspiré y guardé los papeles.

Salí tranquilo y me reuní en donde estaban todos murmurando. Parecía haber un pequeño alboroto en el otro ambiente, ya veía que si

alguno de nosotros parecía estar molesto, estos humanos preferían mantenerse un poco alejados.

Max entró de golpe.

—Escúchenme —ordenó—. Iremos a las instalaciones de la salida oeste. Han llevado a dos amigas incautas. Está más cercano a la alcaldía, así que es muy probable que estén ahí. —Todos se pusieron de pie—. ¡Traigan los explosivos y los sedantes! ¡Salgan a las camionetas! ¡Corran! ¡Corran!

Los hombres se pusieron en marcha. Me acerqué a Max que estaba alistando sus cosas.

—¿A quiénes se han llevado? —quise saber.

—A las chicas, Marien y Rosy.

Ni bien escuché su nombre sentí una opresión en el pecho, así que corrí a tomar mis cosas. Rosy, la rulitos. Gracias a esa pequeña humana logré dormir, lo mínimo que podía hacer era sacarla de las garras de esos tipos. Con lo frágil que era, debía de estar asustadísima, eso no lo perdonaba.

Por otra parte, sería divertido atacar ese establecimiento.

CAPÍTULO 6

LA CHICA DE OJOS VERDES

Iba en la camioneta que guiaba al resto de vehículos por la ciudad, también iban aquí los tres de mi especie. Max tomó el micrófono de la radio.

—Sirio se encargará de olfatear —anunció—. Si las chicas están ahí, haremos volar la entrada y atacaremos. Pónganse los cascos, los sedaremos a todos, la idea es que no vean quiénes somos. Por la hora, no hay muchos hombres, solo los más calificados para quedarse a los entrenamientos secretos.

Durante el recorrido, Sirio se vio completamente impaciente, y debía admitir que yo también lo estaba. La pobre pequeña rulos, con esas pesadillas que tenía, me preocupaba que le hicieran cosas similares. Aunque los humanos no le harían eso a los de su propia especie, o eso quería creer, a pesar de que me habían hecho matar a unos cuantos.

Sacudí la cabeza. Mis manos estaban manchadas, mi ser entero estaba manchado de culpa y de sangre, no merecía nada si le había arrebatado la vida a otros...

—Llegamos.

Reaccioné. Nos pusimos los cascos, que eran especiales ya que se podía respirar a la perfección con ellos puestos, y si uno deseaba, filtrar gases tóxicos y muchas cosas más. Sirio bajó de prisa, y le bastó menos de un segundo para voltear y dar la señal. Max dio la orden de seguirlo.

Con velocidad y silencio, posicionaron los explosivos mientras nos alejábamos. Los guardias que vieron por la ventanilla se exaltaron y corrieron hacia el interior, pero era muy tarde para que alertaran. La puerta se destruyó y entramos corriendo. Empezaron los disparos y un segundo grupo de hombres corrió por otro sector para abarcar más espacio.

Sirio nos guio a toda velocidad, les disparamos sedante a los que venían, pasamos por una especie de arena, y múltiples recuerdos vinieron a mi cabeza.

Peleas, dolor, gruñidos, me sentí observado por miles de ojos y empecé a respirar con dificultad.

Una explosión me hizo regresar al momento. El otro grupo de soldados había liberado a los de mi especie, que salieron corriendo casi fuera de control. Muchos de los hombres que nos seguían se quedaron para mantener el orden pero yo seguí. Debía encontrar a la rulitos.

Corrimos a través de pasadizos que daban a pequeñas prisiones enrejadas. Dimos la vuelta por una esquina y logré verlas a lo lejos. Estaban afuera de una celda cuya reja estaba rota y abierta. Mi vista se centró en Rosy, que vino corriendo, y para mi sorpresa, me rodeó con sus finos brazos.

Quedé en blanco. Su olor a fresas me envolvió.

Me retiré el casco. La escuché llorar contra mi pecho, eso hizo que mi corazón hiciera un raro «bum». No quería que llorara. Con mucha duda, levanté mi mano y le di un leve toque a su cabello.

—Tranquila —fue lo único que logré decir.

Asintió pero no me soltó ni se separó ni un poco. Suspiré con alivio de que al menos estuviera bien. Le di un par de palmadas suaves en la espalda para que se calmara, vi que Sirio estaba calmando a la otra chica, aunque con muchísima más confianza.

Max recibió una llamada y nos hizo seguirlo.

La pequeña rulos finalmente me soltó y caminó más al lado de su amiga. No había querido que me abandonara tan pronto, pero ni supe por qué, últimamente me atacaban sentimientos extraños en cuanto a ella, y al mismo tiempo se me hacían familiares, pero muy, muy lejanos.

Mientras andábamos, encontré una oficina abierta y nadie adentro. Miré de reojo a los otros que se alejaban, y como no notaron que no los seguía, entré.

Revisé unos cuantos documentos que estaban sobre el escritorio. Tenían fotografías e imágenes de evolucionados como yo, con su

información. El horror se apoderó de mí cuando encontré imágenes de algunos que ya habían muerto, y describían la circunstancia y todo. Tragué saliva con algo de dificultad.

Me alejé de ahí y fui a los estantes y archivadores. Una imagen cayó de un folio y abrí mucho los ojos al ver que era yo. La recogí con prisa, me vi menor, asustado, triste, vacío. Rebusqué en el folio para ver mi hoja con información, hasta que encontré una cuya fotografía faltaba, asumí que era mía, y más al ver el número siete al inicio de un código, y al ochenta y ocho al final de este. Leí las características.

Edad: 23 aprox. Estatura: 1.90m. Peso: 100k. Cabello castaño claro, ojos color miel. Capturado en el sector sur 7-1988. Fecha 02/04/3205.

Eso me sorprendió. Entonces hacía más de dos años ya que me habían capturado.

«Pónganlos ahí».

Esa voz apareció en mi cabeza de forma repentina, y las imágenes vinieron a mi mente de golpe, siendo trasladado a mi propio recuerdo.

—Necesito a todos los nuevos capturados en esta jaula, ahora— ordenó un tipo.

El pecho me dolía, estaba asustado y desolado, había perdido a alguien, pero no sabía a quién. A pesar de todo, el canto de las aves del bosque llenó mis oídos, ellas gritaban su alarma, sabían lo que estaba pasando, sabían que estábamos en problemas.

Empujaron a varios en la jaula en donde estaba, entre ellos a una joven. Abrí mucho los ojos, con espanto, al verla ahí, ella no debía estar aquí. Me acerqué empujando a los otros que ya casi no cabían.

¿Por qué me angustié, la conocía?

Tomé su rostro entre mis manos, estaba aterrada, sus ojos eran verdes, profundos, como las praderas de los campos. La conocía. Parecía humana, sus ojos no eran como los míos.

Transición. Estaba en transición. Oh no.

—¿Y los demás?—pregunté angustiado.

Lágrimas brotaron de sus ojos. Sentí mi corazón estrujarse, mi temperatura bajó de golpe.

—No sé, huyeron —respondió en sollozo.

—¡Oye, Ácrux! —Di un respingo ante ese llamado, saliendo de ese recuerdo lleno de dolor. Caí sentado en la silla. Alpha se asomó—. Ya nos vamos, acompáñanos a guiar a los nuestros hacia la salida.

—Ya voy.

Se fue. Di un largo suspiro.

Quedé mirando la hoja que contenía mi información. Hacía más de dos años. Dos años. ¿Qué había pasado entonces con aquella joven? Me puse de pie y guardé el papel en mi bolsillo luego de doblarlo. Fui hacia la arena en donde estaban reunidos. Alpha y Centauri tenían manchas de sangre, y este último cargaba en la espalda a un evolucionado inconsciente.

—¿Qué pasó? —pregunté intrigado.

—Se salió de control y Sirio lo noqueó —respondió como si nada.

Caminaron y todo un grupo de H.E los siguió, lo hice también. Los guiamos hasta la salida, una que estaba por los pasadizos y daba hacia el exterior. Cuando Alpha la abrió, quedamos impresionados.

El bosque de algarrobos no muy lejos nos recibió, nos llamó. Las ganas de salir corriendo y no parar por días me inundaron. Olfateé el aroma de las plantas, el canto tranquilo de las aves en los árboles me trajo el sentimiento de añoranza, el olor de alguna feliz época. Quise correr y rodar por la hierba, enterrar mi rostro en ella.

Nuestros congéneres salieron corriendo, haciendo lo que tanto deseaba. Centauri dejó en el suelo al sujeto inconsciente, estaba tan impresionado como yo. Hacía dos años que no pisábamos un bosque.

—¿Se quedan con los humanos? —quiso saber uno de los rescatados.

Me di cuenta de que ninguno de los tres sabíamos qué responder.

—Hay cosas que hacer aún aquí —le dije con voz un poco trémula—. Luego nos iremos. —Aunque el llamado del bosque era como una especie de imán que al mínimo paso hacia adelante que realizara, no podría dar otro hacia atrás, quedaría atrapado.

El sujeto se encogió de hombros y se fue corriendo también.

Pronto quedamos solo nosotros, con los ruidos de la naturaleza. Alguien tiró de mi camiseta y me hizo retroceder, librándome del campo magnético que desprendía el bosque, evitando que me fuera y me perdiera.

Uno de los hombres de Max cerró la puerta y quedó oscuridad. Silencio. Ya no había luz, ya no había verde de los arbustos, ya no había cantos de aves, solo la lúgubre edificación.

—Vamos, la camioneta nos espera.

Fue como si hubiera salido de un encanto.

Fuimos en silencio durante el camino de regreso. Pensaba en lo que había pasado, en ese recuerdo que vino a mi mente, en el bosque. El bosque que estaba detrás de nuestro lugar de entrenamiento no me había llamado así, o era porque ese tenía la esencia de los humanos, o porque antes no me había detenido a extrañar a la naturaleza.

Alguna vez viví cerca de un bosque. Claro que sí, en mi recuerdo estaba.

—Llegamos, bajen, tengo hambre.

Le hicimos caso al que había conducido, aunque seguíamos como en una especie de letargo. Suspiré y dejé todo de lado. Pronto volvería, quizá al final los humanos tenían razón, un animal salvaje sacado de su hábitat siempre iba a querer volver a este con desesperación. Así me sentí yo.

Cenamos tranquilos. En eso recordé a la pequeña rulos. Ni siquiera sabía cómo estaba, ni si estaría bien, pero asumí que sí. Me comentaron en el camino que la habían atrapado por querer contactar con el gobernador. Ja. Humanos y sus cosas, ni sus líderes eran honestos.

* * *

—Saldremos de esta, lo prometo —le susurré a aquella joven de ojos verdes oscuros.

Asintió asustada. Quería calmarla.

Un humano golpeó los barrotes de la jaula con su bastón eléctrico y estos chispearon.

—¡A ver, leoncitos, a guardar silencio!

El hombre de ojos negros vigilaba con brazos cruzados. Me observaba y luego a la joven a mi lado, le dio unas indicaciones al de su costado, sin desprendernos la mirada. El tipo obedeció y se acercó.

—Tú. ¿Eres humana? —preguntó.

Oh no. Estaba en transición, pero ellos no lo sabían, y no debían hacerlo. Siempre nos dijeron que mientras menos supieran esos seres de nosotros, menos daño nos podían hacer. La chica guardó silencio, el hombre bajó la vista y vio sus garras. Sonrió de lado.

—Mi señor, creo que es de ellos, pero está defectuosa.

Rieron. La sangre me quiso hervir por la cólera. ¿Cómo se atrevía a decirle defectuosa, el inútil e inservible humano?

—¡Llévenlos! —dio la orden el de ojos negros—. Hay mucho por investigar.

Una maquinaria movió la jaula. Nos tambaleamos, me sostuve de un barrote y con mi otro brazo sostuve a la chica.

¿Por qué la cuidaba?

* * *

Desperté, ya era otro día.

Max nos hizo salir luego del desayuno y nos encontramos con cuatro autos. Tania estaba sentada contra uno, me llamó a que fuera a su lado.

—Este es el tuyo —dijo—. ¿Te gusta? —Arqueó una ceja.

Miré a mis compañeros. Alpha estaba olfateando, su hermano solo miraba el vehículo, y Sirio dio un paso hacia adelante, eso hizo que el aparato soltara un corto pitido que lo hizo dar un brinco hacia atrás y quedar estático.

Max rio.

—Estos son como un montón de aliens —habló entre risas.

—Sé que es un auto —se excusó Sirio—, pero de estos no tenemos en donde vivo.

En donde vive. ¿Él sabía dónde vivía y no se iba? Envidié su suerte.

—Si gustas, damos un paseo —murmuró Tania, acercándose y sacándome de mis pensamientos.

—Será más tarde.

Sonrió y se alejó. Max me dio algo de dinero.

—¿Qué esperan? —dijo—. ¡Conduzcan!

—Eh, no, gracias.

Todos negamos.

—Oye —se me acercó—. Imagina todo un mundo lleno de chicas que quieren conocer a un tío rudo que conduce un auto último modelo, y que es de seguridad nacional, ¿eh? Imagina las posibilidades.

Pensé unos segundos. ¿Tío rudo?

—No me llenaré de radiación con esa cosa —renegó Sirio.

—Eso no tiene radiación.

—Cuando me le acerco suena, significa que tiene algo que detecta mi cercanía, y eso es radiación.

—¡Oh, por favor! Vivimos siendo traspasados por señales de teléfonos móviles, televisión y demás.

—Aquí, pero no en mi hogar.

Max suspiró con pesadez.

—Piensa en que a tu esposa le va a parecer muy sexy que manejes esa cosa.

Eso le hizo reflexionar al parecer. Aunque ciertamente, creo que ni él ni ninguno sabíamos qué rayos significaba esa palabra, pero quizá era algo bueno.

Pensé en la rulitos. ¿Vendría más tarde? ¿Le parecería sexy que tuviera un auto? De algún modo me entraron ganas de mostrarle, a

pesar de que Tania había pedido primero... y a pesar de que no sabía qué era parecer sexy.

Sirio volvió al interior de la edificación, pero los hermanos y yo, no. Subí al automóvil.

—A ver, ¿cómo se supone que funciona esta cosa?

—Fácil. —Me habló Tania del otro lado de la ventana, asustándome un poco—. Presiona ese botón.

Presioné el botón con un triángulo rojo y el motor encendió.

Uh.

Ella me indicó con qué podía acelerar, con qué frenar, y algunas otras cosas técnicas. Sin embargo, apenas avancé un poco, tuve que frenar de golpe porque fue muy rápido. Decidí dejarlo para otra ocasión. Debía tratar de recordar más sobre aquella joven de mi mente.

CAPÍTULO 7

QUERIENDO IMPRESIONAR

Luego de estar revisando un rato los planos, entrenando un poco y pensar de vez en cuando en el abrazo de Rosy, escuché que hablaban por la cafetería del local, eran Max y Tania, que al parecer estaban molestando a Sirio por estar casado. Los humanos no consideraban que su unión fuese algo oficial. Recordé vagamente que si uno se unía a alguien, permanecían juntos siempre. Era como una especie de lazo de amistad y equipo. Pero para los humanos no existía eso quizá.

—Ella tiene razón —se burló Max—. Ustedes ni siquiera llevan una vida de pareja, solo paran juntos, eso no es. Hay muchas cosas que no entiendes sobre las parejas...

Sirio se puso de pie tras gruñir y ambos quedaron estáticos.

—No me interesa ni causa curiosidad salir con alguna otra mujer...

Suspiré y me acerqué. No debían molestarlo. Pero no supe a qué se referían ellos con «vida en pareja», y él estaba lo suficientemente loco como para estar aquí y no en su ciudad, junto con alguien que no era de nuestra especie. Luego de que les lanzara un par de amenazas, salió del lugar.

Max y Tania se miraban sorprendidos.

—¿Tanto defiende su dizque unión? —resopló Tania con decepción.

—Es eternidad —hablé. Ambos me miraron—. Ese anillo de núcleo es uno de los símbolos que más respetamos, puede decirse que es sagrado, nadie tiene porqué ponerlo en duda.

Alguien ya me había dicho esas palabras, así que las repetí. Sentí, además, que ya las había dicho antes.

Salí también del lugar, encontrándome con los automóviles. Como intentamos practicar un poco más temprano, estaban muy mal

estacionados. Empujé el auto de Sirio y lo llamé. Él, que ya estaba un poco lejos, se detuvo.

—Este es el tuyo, ¿recuerdas? —Le di otro empujón con fuerza y el auto rodó hasta él. Agradeció y se lo llevó empujando.

Al regresar, escuché que Max y Tania seguían hablando.

—¿Vas a salir con tu novio hoy también?

—Ya me aburrí de él, quiero algo más emocionante. —Dejó de arreglarse el cabello y me miró de reojo. Sonrió.

—Quería preguntarles... ¿Ustedes cómo se unen? —quise saber.

Max soltó una carcajada, por lo que Tania le dio un palmazo en el hombro.

—No te burles.

—Si mamá gato y papá gato se gustan... —Volvió a caerle otro palmazo y suspiró—. Nosotros nos... eh, damos besos —murmuró con desgano.

—Besos, ¿cómo?

—Puedo enseñarte, gatito —ofreció ella—. Es pegar tus labios a la piel y boca de otra persona.

Fruncí el ceño. No me agradaba que me dijera gatito, no tenía nada que ver con ese animal, y no me agradaba el tono en el que me lo decía. Esa corriente horrorosa me recorrió y me hizo estremecer.

La imagen de la mujer de ojos mieles como los míos, apareció. Ella alguna vez había pegado sus labios a mi frente, pero la idea de yo hacer eso con otra persona me daba otro estremecimiento que no me agradaba nada.

Para después del almuerzo, no aparecían las jóvenes. La rulitos no venía. Vi hacia el otro lado de la cerca, esperando verla, pero nada, sin duda parecía que no iba a llegar. Suspiré. Terminó la jornada y regresé a mi habitación sin muchos ánimos.

¿Por qué la echaba de menos? Extrañaba su olor a fresas. ¿Dejé de importarle?

¿Y por qué me lo preguntaba? Como si algo así fuera posible. Si, claro, solo era un evolucionado, y un asesino, fuera como fuera que lo hice, lo había hecho.

* * *

Fui lanzado a una celda. La chica de ojos verdes oscuros fue retenida por dos humanos, al verla asustarse, gruñí.

—¡Suéltenla! —exclamé.

Los tipos rieron.

—¿Qué pasa, salvaje? ¿Quieres aparearte con ella? —Continuaron riendo.

Yo gruñí de nuevo, porque aparte de que no supe qué quisieron decir usando esa palabra, no me sonó nada bien, así que no hice más que enfurecerme.

—Le haremos unos cuantos exámenes a esta defectuosa H.E.

—¡No! —Me lancé contra ellos.

Gritaron, soltaron a la chica, pero logré atrapar a uno y romperle un hueso antes de que huyera. Una fuerte descarga me recorrió y caí con un golpe sordo contra el duro y frío suelo.

El toque en la puerta me hizo despertar. Volví a la realidad, olfateé para ver quién era y gruñí por lo bajo. ¿Y ahora qué querría?

—Gatito —llamó Tania.

Oh, por favor. ¿Otra vez?

Me puse de pie y le abrí, llevándome la sorpresa del día cuando se lanzó a mis brazos.

—Ay, perdón, me tropecé —dijo.

—Descuida...

No supe con qué había tropezado, no había ningún desnivel o algo así. Cuando la solté, ella no lo hizo, quedó rodeándome por la cintura. Llevaba una ropa un poco holgada, y hasta un poco translúcida.

¿O era que estaba viendo mal? No, seguro sí, y ya debía dejar de tratar de ver.

—¿Puedo pasar? —preguntó con un leve pestañeo.

Su proximidad me incomodó, pero no quería parecer grosero quizá, o muy duro si le decía que se apartara como la última vez.

—Claro, aunque no sé qué buscas.

Empezó a caminar, haciéndome retroceder. ¿Era alguna especie de juego de ellos? Cuando llegué al borde de la cama me hizo sentar, posicionándose sobre mí, acorralándome con sus piernas. Jadeé por la sorpresa. Había algo raro, no se suponía que esto fuera normal. ¿Qué iba a hacerme?

—Solo quiero preguntarte algo. —Sus manos recorrieron mi pecho, sentí esas extrañas descargas recorrerme—. ¿Te gustaría experimentar algo muy nuevo, que te dejará deseando repetir y repetir?

Empezó a desabrochar los botones de mi camisa y la detuve.

—¿Por qué me desnudas?

Soltó una leve risa.

—No lo hago. —Sin perder tiempo continuó.

La volví a detener, pero era veloz, ya iba por más de la mitad.

—Me quieres sacar la camisa.

—No. —Sonrió de lado—. Por si no sabes, aquí es normal que un hombre ande con el torso desnudo. —Parpadeé confundido, pero la dejé terminar con un poco de duda todavía.

Algo de vergüenza vino cuando quedé con el pecho descubierto, volvió a recorrer mi piel con sus manos y eso me estremeció. Me gustó, pero ¿por qué lo hizo? Y sobre todo, ¿por qué algo me decía que no debía?

—Bueno, ya estuvo. —Intenté ponerme de pie, pero todo el cuerpo se me escarapeló al sentir algo muy suave y tibio por mi cuello.

Sin duda esto no era normal. Estaba paseando su boca por mi piel, y de algún modo, mi mente me dijo que debía dejar de pensar y ponerme a sentir más.

No.

Sus labios llegaron a mi mejilla, mi corazón se aceleró y eso me asustó. Besos, eso eran, y planeaba darme uno de esos en la boca. ¡Uj, no!

—No, no besos en la boca —ordené con frialdad mientras la apartaba.

—Claro, como gustes. —Sonrió de lado otra vez y arqueó una ceja. Abrí mucho los ojos al verla descubrirse un poco el pecho, pude ver apenas esos dos suaves bultos que tenían ellas ahí—. ¿Quieres tocarme? Por una vez que lo hagas no te van a castigar. Anda.

Tomó mi mano y la dirigió a su pecho izquierdo. Di un leve respingo. La sentí blanda y consistente al mismo tiempo bajo la fina tela, respiré profundo sin querer, toda una ola de extrañas sensaciones me recorrió. Apreté un poco mi agarre y ella se mordió el labio inferior. Por alguna causa desconocida, la imagen de la pequeña rulos vino a mi mente, pero Tania volvió a reclamar mi atención.

—¿Quieres más? —susurró—. Hay mucho más, y nunca te vas a olvidar, ya verás. —Tocó mi pecho y mordió mi mentón.

Realizó un suave movimiento de sus caderas contra la mía, y una fuerza antinatural se apoderó de mí, despertando una parte que ni conocía, ni había enfrentado antes. Ni siquiera me había dado cuenta de mi otra mano aferrada a su cintura, me había cegado por completo.

Lo peor era que me empecé a sentir apenas tensionado por eso, una tensión... rara...

—Si gustas, muéstrame —logré hablar—, pero... no besos...

—Hum, claro. —Su voz me estremeció—. Te voy a montar, aquí y ahora. Sin besos, sin compromisos. ¿Te gusta esa idea?

Fruncí el ceño con extrañeza.

—¿Me vas a qué?

—Oye Ácrux. —Entró Max de golpe y se espantó—. ¡Ay, por Dios, Tania! —Ella prácticamente brincó lejos de mí—. ¡Por Dios! ¡Por lo menos hubieras cerrado la puerta!

—¡¿Y a ti quién te dijo que molestaras a estas horas?!

Mientras discutían logré ver una imagen en el grupo de papeles que llevaba Max en sus manos. Un hombre de cabello y ojos negros. En ese instante el recuerdo de ese mismo sujeto vino a mi mente.

Era ese, el que me miraba con frialdad a través de los barrotes de una celda, mi celda. El que me miraba a través de un cristal.

¿Lo conocía? ¿Era él el que me hizo todo eso?

Ni bien me di cuenta, ya le había quitado la hoja a Max. Pude ver mejor la foto y la información.

—Oye...

—Necesito esto, ahora váyanse. —Los empecé a empujar.

—Pero, pero... —se quejó ella.

—Pero Tania te iba a hacer un favor...

—Ya luego me montará o lo que sea, adiós. —Cerré la puerta.

Max rio a carcajadas afuera y no supe por qué, ni me importó. Vi la hoja en mis manos, ya tenía dónde buscar.

Volví a la cama para leer.

Héctor Orlandini. Antiguo jefe del sector sur. Era justo el lugar en donde me capturaron.

«Los llevaremos lejos, sepárenlos».

Esa era su voz, y regresó a mi mente de golpe con otro recuerdo.

—Quiero que los seden y analicen su sangre, sus huesos, su piel, sus ojos.

—Pero señor, eso podría generarles daño permanente.

El hombre lo miró sin expresión alguna y el soldado asintió con su saludo militar, pidiendo perdón. Se retiró. El tal Héctor me miró y sonrió, pero esa sonrisa no tenía nada de buena.

—Vamos a ver qué tanto hemos mejorado nuestros chips.

¿Chips? Gruñí.

—¡Sácame de aquí, humano asqueroso! —exclamé sacudiendo los barrotes.

Miró de reojo a la chica de mi lado y se fue. Volteé a verla, estaba en el rincón, abrazándose a sí misma. Me le acerqué y volví a tomar su rostro.

—Vamos a salir, lo prometo.

Lo prometo. Yo no rompo promesas.

* * *

Sirio reapareció esta mañana después de haber escapado el día anterior antes de almuerzo, me agradeció por haberle explicado a Max y a Tania lo de los núcleos, le dije que no había problema y fui a jalar algunas armas. Aún no sabía cómo era capaz de irse así, sin más, hacía lo que le daba la gana, hasta pensé que quizá lo habían desterrado de su ciudad porque alguien así no era tan bien visto, eso explicaba también el hecho de que supiera pelear a lo salvaje aparte de saber las técnicas.

Estábamos preparándonos para ir a otra de las instalaciones.

—Es hora —habló Max—, ¡muévanse!

Nos dirigimos del mismo modo que la vez pasada, en camionetas y con cascos, hacia la edificación, mientras escuchábamos la repetición de las noticias sobre el ataque que hicimos por rescatar a Marien y a Rosy. Mencionaron que aún no se sabía quiénes fueron y de qué escuadrón, Max rio por eso. Una vez que llegamos, entramos del mismo modo.

Dormimos a todos con los sedantes y fuimos hacia donde tenían a los de mi especie. Nosotros guiamos a los hombres con nuestro olfato.

—Busquen lo que necesitan —nos dijo Max una vez que la zona estuvo despejada.

Ellos avanzaron a seguir con otros sectores.

Los hermanos y yo nos dirigimos a la oficina principal. Rebuscamos en los archivos, jalé y guardé todos los que pertenecían al año en el que

me capturaron, por falta de tiempo. Planeaba revisarlos con calma esta noche. Max volvió con los otros y dio la orden de salida.

En el camino de regreso la camioneta en la que iba se detuvo afuera de una tienda, algunos hombres bajaron a comprar uno que otro dulce así que también fui. Como estábamos con guantes negros y cascos, nadie notaría lo que era. Los hermanos compraron dulces de cacao solo porque Sirio había comprado uno, pero a mí me atrajo otro, uno que olía a fresas. Como ya tenía dinero, me tomé la libertad de comprar cuatro.

La pequeña rulitos. Esperaba que hoy sí fuera a verme.

—Sirio —volteó—. Tengo una duda, solo curiosidad. ¿Cómo se le trata a un humano? Bueno, específicamente a una chica...

Ambos nos dimos cuenta de que la mujer del mostrador nos miraba algo intrigada y espantada, así que nos alejamos con lentitud.

—Según sé, un hombre seduce a una mujer —se encogió de hombros—, la trata de impresionar de alguna forma, o algo así.

Se alejó, frustrándome, porque quería preguntarle cómo seducía a su esposa, pero con lo reservados que éramos ahora dudaba de que me lo hubiera dicho.

Al menos ya tenía algo, algo que podía servirme para acercarme a Rosy.

¿Por qué de pronto me importaba eso?

* * *

Nos encontrábamos en el inicio de una especie de pista de obstáculos. Max nos había explicado que el objetivo era correr, trepar el brazo de la grúa que veía a lo lejos mediante una red, bajar, esquivar los disparos falsos y llegar a él.

El aroma a fresas vino y volteé enseguida. Sí. Ahí estaba la pequeña, por primera vez le correspondí su saludo y eso hizo que se sorprendiera. Volví a ver al frente, completamente enfocado, era

momento de mostrarle que era el mejor. Ni siquiera supe aún por qué quería lucirme ante ella, pero no me importó.

Sonó la señal y salimos disparados. Sirio tomó ventaja como siempre, pero hoy no iba a ganar, no, no. Lo alcancé y lo empujé, chocó contra Alpha y rodaron por la tierra. ¡Ja! Ya casi llegaba a la red. Sin embargo, Sirio se plantó en esta de un salto desde quién sabe dónde, y trepó. Rayos. Trepé también a toda velocidad.

Lagrúa empezó a mover su brazo metálico y eso hizo que la red también lo hiciera, pero con las buenas garras que tenía, no me iba a hacer caer por nada del mundo. Llegué a la cima y la grúa hizo un movimiento brusco. Sirio perdió el equilibrio y cayó, pero quedó sostenido del metal. Aproveché y pasé de largo, adelantándome otra vez mientras Max lo regañaba por el altavoz.

Sentí algo de felicidad porque estaba quedando bien ante los ojos de Rosy.

Toqué suelo, y por distraído, me cayó un disparo de forma inesperada. Agh. Adiós buena imagen que había logrado.

Sirio no tardó en recibir otro disparo y todo acabó. Los hermanos se acercaron y les sonreí de lado. Perdieron por ser más pesados, aunque eran más fuertes igual. Max renegó y renegó que hoy estábamos distraídos. No sabía si nos creía máquinas o qué, pero me tomé la libertad no de prestarle mucha atención, total, de entre todos el más raro y distraído no era yo.

La pequeña rulos venía.

—Ahora pelea con Ácrux —escuché que Max ordenó antes de alejarse.

Bien, era mi segunda oportunidad de mostrarme como el mejor, aparte de medirme a mí mismo. Me encogí de hombros, Sirio ya me estaba mirando de forma fría, la típica postura para cuando íbamos a pelear.

El recuerdo de un joven de ojos mieles vino, era alguien con quien siempre estuve, con el que tuve alguno que otro duelo amistoso.

Medirse con la mirada solía ser lo primero, no era difícil ver qué probabilidades de ganar había. Masa muscular, edad, experiencia, uno que otro gruñido para intimidar.

Pero esta vez no iba a retroceder.

Me lancé con un puñetazo, se agachó veloz e hizo un barrido; de un segundo a otro me di contra el suelo de espaldas. Gruñí y me levanté de un salto, golpeándolo enseguida en el estómago. Giró de golpe y me volvió a tumbar con una patada lateral.

—Oye, está lastimando a Ácrux —escuché que reclamó Rosy.

¿Se preocupaba por mí?

Mi corazón se aceleró, sentí mis mejillas calentarse. La sensación fue rara, pero me llenó de adrenalina. Me reincorporé con rapidez y atacué a Sirio, pero me esquivó y me dio un golpe en el pecho que me hizo expulsar aire de golpe. Tosí. Me las iba a pagar. Le di un puñetazo en respuesta y giré de un salto, tumbándolo con una patada. Dio un barrido y me hizo caer otra vez.

Rayos.

Pelear con técnicas no me era tan fácil todavía, no sabía cómo había atacado cuando estaba bajo el control de esos hombres. Seguramente... de una forma muy salvaje.

CAPÍTULO 8

A TRATAR CON EL GATITO

Rosy

Me preocupé mucho al ver que era golpeado, aunque él también lo hacía y era fuerte, no podía evitar querer cuidarlo. Volvió a atacar pero fue inmovilizado por Sirio. Gruñían mientras forcejeaban, y cuando entramos, quizá eso les distrajo por unos segundos, ya que bastaron para que Ácrux le diera un codazo a Sirio y se librara.

Max se acercó a hablarle a Marien y quedé quieta y nerviosa cuando vi a mi «ojos mieles» venir a mí.

—Buenas tardes. —Quedó a la expectativa a ver qué hacía.

Quise tratar de lucir normal, aunque con los buenos sentidos que tenían, se decía que podían escuchar incluso nuestros latidos y oler la adrenalina.

—Hola. Lo venciste —comenté.

—Ah —pareció dudar un segundo—, sí. —Se cruzó de brazos con orgullo—. Sí, lo vencí.

Sonreí. Rebuscó algo en su bolsillo y me sorprendí al ver que era un dulce de fresa. Mi sonrisa se ensanchó cuando me lo dio.

—Gracias. —Me había ruborizado.

—Dije que olías a fresas, esto me recordó a ti.

Solté una muy corta y medio boba risa. Ese champú que tanto detestaba había resultado trayéndome buena suerte.

—Bueno, escuché por ahí que han ido a atacar a otra instalación.

—Así es —respondió satisfecho—. No saben qué los golpeó.

—¿Encontraste algo de utilidad? Ya sabes, sobre tu pasado.

—No sé, más tarde reviso lo que guardé... ¿Por qué no viniste ayer?

Esa pregunta inesperada me sorprendió.

—Eh... Bueno, como mi amiga salió a otro lado, pensé que no tenía motivo para venir. —Sentí algo de vergüenza porque no tuve el valor de venir a verlo sola, esa no era la Rosy que siempre había sido—. Quizá estorbaba o incomodaba... no sé...

Juntó las cejas con algo de preocupación.

—¿Estorbar? No, eso no —aseguró con suave voz.

Mi corazón se aceleró. Max los llamó para que continuaran con lo que tenían que hacer y se fue luego de ofrecerme una última mirada.

De rato en rato volteaba a verme y mi estómago hormigueaba. Se le veía mucho más atractivo cuando estaba buscándome con esos bonitos ojos.

* * *

Cuando acabaron vi que Marien ya estaba por irse. Le sonreí a Ácrux a pesar del leve nerviosismo y por primera vez también me correspondió, sonriendo a labios cerrados, haciéndome feliz. Había un cambio, ya que incluso me había saludado desde lejos cuando llegué.

Salí de la edificación junto con mis amigos. Luego de dar unos pasos sentí un suave toque en mi hombro.

—Hey, jovencita. —Era él, mi corazón se disparó. Volteé a verlo—. ¿Gustas cenar con nosotros?

Oh, Dios. Me estaba invitando a cenar... bueno, no solos, pero era una invitación. Miré a mi amiga y ella me dio ánimos con su expresión para que aceptara.

—Claro —respondí sonriente.

Lo vi sonreír, era la primera vez que me sonreía así, y su sonrisa era muy seductora. Incluso con los caninos más desarrollados que los de un hombre normal, era sexy. Caminé embobada a su lado y entramos otra vez al lugar, dirigiéndonos al comedor.

Max y Tania quedaron mirándome con la comida a medio comer en sus bocas. Me provocó reír, sobre todo de Tania, claro que estaba ardida por lo melosilla que se había puesto con mi H.E cuando

pelearon. Él lo había hecho sin saber, pero seguramente ella quiso seducirlo con eso de algún modo.

Muere, zorra.

—Tengo algo para mostrarte —habló él, llamando mi atención. Me dio una bandeja para que me sirviera algo de comer—. Pero primero comemos.

Asentí feliz y eso hizo que volviera a sonreír. Sí, sin duda haría lo que ese precioso gatote me pidiera. Me serví algo de arroz con pollo, mientras él y los otros prefirieron carnes rojas y casi nada de lo demás. Claro, debía recordar que eran depredadores.

Cuando nos sentamos, los evolucionados hermanos me miraron y luego dejaron de prestarme atención para concentrarse en mi plato de comida, al igual que Ácrux.

—Eso es bien poco —murmuró uno de los hermanos con su grave voz señalando lo que me había servido.

—Descuida, para mí es suficiente.

—Quizá por eso eres tan pequeña —murmuró el otro.

Reí y negué en silencio.

—No creo que sea por eso —dijo Ácrux. Mostró una traviesa sonrisa—. Pequeña rulitos. —Enredó su dedo índice en uno de mis rizos y me ruboricé de golpe.

Me acababa de decir «pequeña rulitos». Hizo rebotar mi rizo y jugueteó así un par de veces, me mantuve completamente quieta y roja, sintiéndome como juguete de gato.

Regresaron su atención a la comida, hice lo mismo, aunque en el estómago me revoloteaban muchos bichos.

Luego de terminar, Ácrux me llevó al estacionamiento.

—Esto era. —Señaló un auto.

—Está bonito. Sirio llevó uno ayer, no sabía que les habían dado a todos.

Eso era bueno. Nuestros autos eran especiales, funcionaban a electricidad, se les tenía que conectar a una fuente eléctrica, ubicación

exacta mediante satélites, equipados con sensores que evitaban choques contra otros vehículos, personas, etc.

—Sí —agregó uno de los hermanos—. Aunque no sé para qué, si no nos interesa conducirlo.

—Alpha, al menos inténtalo —le animó.

Tensó los labios y se cruzó de brazos resoplando.

—Ya qué, pero si Centauri también lo hace. —Miró a su hermano y este negó asustado.

Reí entre dientes.

—Les puedo enseñar.

—Gracias, pero primero a Ácrux. Max le dijo que muchas querían conocer a un tío rudo con un auto como él, así que le conviene saber primero.

¡¿Cómo que muchas?! Él era mío.

Lo vi fruncir el ceño.

—No... no necesito nada de eso.

Eso me alivió.

—Creímos que te agradaba que Tania te visitara. Si luego serán más chicas las que lo harán, quizá mejor para ti —habló Centauri.

Ahora sí que la sangre me hirvió. ¡¿Cómo que lo visitaba?!

—Ella no me visita —refutó él con el ceño más fruncido.

—Oh bueno, me pareció escuchar todo un griterío anoche... —Me bajó la presión arterial y el estómago se me hizo un nudo—. Incluso de Max también.

Espera. ¿Eh?

Ácrux negó sacudiendo la cabeza y se encaminó a su auto mientras los hermanos se miraban intrigados. Lo seguí por puro impulso, subió al vehículo y yo también.

—Así que... Quieres impresionar a Tania —murmuré con torpeza.

Era ridícula al ponerme celosa pero no podía evitarlo. Me miró preocupado.

—No, claro que no. —Alivio. Lo miré y me pareció verle una muy leve sonrisa—. ¿Me enseñas?

Asentí feliz.

Como estaba en el asiento del conductor me fue fácil indicarle para qué servía cada cosa, él miraba tan atento que causaba gracia. Encendí el motor y le enseñé cómo avanzar.

Me detuve y pedí cambiar de asiento para dejar que lo intentara.

—Bien —soltó en suspiro cuando estuvo con las manos en el volante—. Primero el botón —encendió el motor—, luego poner en «D» para que vaya hacia adelante. Y...

—Procura presionar el pedal muy despacio —le hice recordar.

Miró de forma fugaz hacia abajo, al pedal, y volvió su vista al frente. Me mantenía sonriente pues parecía un adolescente emocionado, de los que no lo expresaban con sus gestos, pero sus ojos lo decían todo.

Avanzamos con lentitud pero pronto se acopló al aparato y se sintió con más confianza para avanzar un poco más rápido. Giramos en donde acababa el estacionamiento. Al sentir mejor ambiente, encendí la radio y me emocioné, estaban dando el especial rock de los años dos mil, del muy, muy bueno.

—¡This is how you remind me of what I really am! —canté muy mal pero no lo pude evitar.

Moví mi cabeza sacudiendo mis rizos. Él me miró y sonrió ampliamente, encantándose, luciendo sus colmillos, haciéndose tan raro y exótico. No pude evitar pensar en cómo se sentiría que me besara y tocara, teniendo los caninos superiores así, y las uñas en punta. Sumándole a eso una fuerza que quitaría el aliento si me rodeaba con sus brazos.

De seguro Tania también lo había pensado.

—Bueno, ahora ya puedes sacar a pasear a las chicas —dije sintiéndome celosa otra vez.

—Te estoy paseando a ti —murmuró retomando su seria compostura.

Vi al frente, percatándome de que estábamos por llegar al límite del estacionamiento. Chillé y frenó de golpe. Me arreglé los rizos que se

me habían venido a la cara y le escuché reír, apenas una muy corta carcajada, tan varonil y bonita.

Se aclaró la garganta.

—Perdón... Y no digas que pasearé a las chicas, eso no me interesa. Tengo distintas cosas en mente.

Pero claro, era una tonta porque él lo que más quería era saber de dónde venía, era lógico. Sentí vergüenza de mí misma por haberme portado como niña, por ser egoísta y solo pensar en mí. Suspiré al ver que su expresión había cambiado y lucía un poco decaído otra vez. Activé el freno y me le acerqué, sentándome en su regazo. Era algo muy atrevido quizá o de extrema confianza, pero quería estar así de cerca.

—No estés con preocupaciones, dale tiempo.

Me miró sorprendido, pero pronto sonrió de forma muy leve. Jugueteeó con uno de mis rizos y reí en silencio por eso, mi corazón se había acelerado, mi estómago hormigueaba. Le gustaba hacer eso y no pude evitar pensar en un gato.

—Di «miau» —pedí.

Sus ojos se posaron en los míos con intriga. Negó en silencio por un segundo, pero al otro pareció resignarse de algún modo. Arqueó una ceja manteniendo su media sonrisa.

—Miau —dijo con esa grave voz, sonando y viéndose tremendamente sexy.

Reí feliz y me recosté contra su pecho. Él volvió a tomar otro de mis rizos.

—Si llegaras a saber algo sobre tu pasado... te irías —murmuré casi en susurro.

Tardó varios segundos en responder.

—Sí, es muy probable, pero vendría a visitarte. Claro, si gustas...

—Por supuesto que sí.

Me dio un poco de pena saber que se iría, mi ilusión se esfumaba, pero su hogar no era este, y nosotros los humanos se lo habíamos

arrebatado. No imaginaba cuánto daño le debían haber hecho, quizá incluso mataron a su familia. Eso me trajo otro temor.

—No me odias por ser humana, ¿verdad? —Me reincorporé para ver hacia sus hipnóticos ojos.

—No, claro que no. —Su grave y suave voz consoló mi preocupación. Sonreí y volví a recostarme en su pecho—. Sabes que me preocupé cuando te capturaron esos del gobierno. Esos son los humanos a los que odio.

Dejé de respirar unos segundos y solté aire. Sí, lo suponía. La tristeza me abrumó, pues él debía ser feliz y no vivir con odio, ese era el peor sentimiento. Miré con disimulo hacia su rostro y pude detectar su seriedad.

—No pudieron hacerme nada gracias a ustedes —lo calmé—. Les dieron una lección.

—Tal vez... pero siento que no es suficiente. Hay algo más por lo que debo hacerles pagar, pero no recuerdo qué es.

Mi mano se deslizó despacio por su pecho, traté de calmar su angustia.

—El recuerdo vendrá, estoy segura, pero no debes presionarte.

—Gracias. —Su frialdad y seriedad me abrumaban.

Volví a reincorporarme con el corazón latiendo casi a mil, me perdí un segundo en sus ojos. Estudié su rostro, tenía más brillo de cierta alegría que cuando lo conocí, deslicé mi dedo índice por el quiebre de su mandíbula, era tan masculino. Tomé su mentón con suavidad y vi sus labios, besables, mordisqueables.

Quería darle un beso, besarlo por horas, pero recordé que ellos no sabían de eso, ninguno de ellos. Marien me lo había explicado. En su sociedad las cosas eran diferentes, no se tocaban, no se besaban, apenas sonreían. Si lo hacía quizá me rechazaba o se espantaba.

Mi nariz rozó la suya, mis ojos estudiaron los suyos, me miraba con intriga. Apreté los labios formando una línea recta, desistiendo de mi objetivo, no quería arruinarlo. Rocé con suavidad mis labios con su mejilla y terminé recostando la cabeza en su hombro, respirando su

aroma que ya me estaba gustando demasiado. Rodeó mi cuerpo con algo de duda, pero finalmente me contuvo en sus brazos por primera vez.

—¿A qué se referían los hermanos con que escucharon todo un griterío? —quise saber.

—Ah... Ja. —Ese simple «ja» me hizo sonreír—. Tania entró en mi habitación e hizo cosas un poco raras, no sé si ustedes acostumbrarán a hacer eso, aunque veo que sí. Tú estás sentada sobre mí ahora, ella también lo hizo aunque un poco diferente. —Se encogió de hombros.

Mis mejillas quemaron por la cólera, el estómago se me estrujó hacia abajo, enfriándome. ¡¿Cómo se atrevió la muy maldita a hacer tremenda cosa?!

—¿Se sentó así? —pregunté con molestia mientras me acomodaba y quedaba a horcajadas sobre él.

Se sorprendió soltando un leve jadeo.

—Sí.

Arrugué la cara y gruñí para mí misma. Rio de pronto, rompiendo mi ira en pedacitos.

—¿Por qué arrugas tu pequeña carita? —preguntó. Me ruboricé, se puso serio de nuevo—. Perdón.

Sacudí la cabeza.

—Perdóname tú. Es que me dio rabia, es una desvergonzada, no dejes que vuelva a acercarse, ni ella ni nadie. —Sus ojos me recorrieron de arriba abajo, arqueó una ceja y reaccioné—. Ah, claro... —Me retiré enseguida y caí sentada en el asiento del copiloto tras un largo suspiro.

—Para que lo sepas... tú no me incomodas tanto como ella.

Eso me hizo cerrar los ojos y sonreír con algo de alivio. No le incomodaba «tanto», asumí que podía ser algo bueno. En eso me acordé de que los otros quizá nos habían estado viendo.

—Supongo que ya toca que les enseñe a los hermanos. —Volteé, pero ya no logré verlos.

—Hum, ya deben haberse cansado de esperar.

—Uh, lo siento.

—Tranquila, no pasa nada, me gustó que me enseñaras.

Me acompañó a la entrada posterior del hospital. Yo iba concentrada en otra cosa. Me preocupaba el hecho de que esa resbalosa de Tania estuviera tan cerca de él, no quería que lo tocara, me quemaba la cara de solo pensarlo. Cuando estuvimos en la puerta, lo miré y me sonreía de forma leve.

—Gracias.

—Un gusto —respondió con esa voz que me encantaba.

Me empujé veloz y le planté un beso en la mejilla. Quedó sorprendido e intrigado. Le sonreí con picardía y entré.

CAPÍTULO 9

EL RECUERDO

Rosy me dio un beso. No, dos tal vez, uno solo fue roce. No importaba cómo, me los había dado, pasamos una tranquila noche, y estuvo bastante cerca de mí. Fue muy distinto a cuando pasó con Tania, esta vez no me sentí incómodo en extremo, solo tenía que quitar de lado la sensación de electricidad extraña que me inundaba cuando estaba con ella. Su aroma me agradaba, eso podía estar haciendo la diferencia.

Le enojó saber que Tania había estado cerca también, no entendí bien por qué, pero me causó mucha gracia. Por otro lado, sentí malestar, justo en ese momento pensé en que hubiera querido que fuese Rosy la que me tocara y diera besos esa vez, y no Tania.

Suspiré.

Estaba tendido en mi cama, sin saber por qué había suspirado, ni por qué llevaba más de una hora pensando en ella, en ese fugaz beso que me dio. Mi estómago fastidiaba un poco, y más cuando estaba con ella...

Tal vez tenía una enfermedad y nunca me la habían tratado, si estuve encerrado, tenía lógica. Lo raro era que no parecía afectarme físicamente, en ese caso entonces solo eran reflejos de mis malos recuerdos.

Me entretuve mirando al techo, viendo la forma de las vigas, estaban pintadas de blanco y apenas se notaban. De un segundo a otro esa vista se me hizo conocida, en algún momento de mi vida estuve tendido mirando vigas en un techo, y no sabía dónde.

Recordé que tenía papeles por revisar, así que me puse de pie percatándome de lo fácil que me era olvidar los problemas si pensaba

en la rulitos. Fui a sacar los documentos de la pequeña bolsa en donde los escondí.

Pasé hoja por hoja, buscando si no había algo sobre mí, hasta que di con una. Estaba yo, sin duda había estado en aquella edificación durante mi encierro. Mencionaban los múltiples exámenes que me hicieron: rayos X, examen visual, examen de olfato, de audición, fuerza, resistencia ósea...

Se me escarapeló la piel al leer que me rompieron algún hueso para saber cuánto peso resistía. La punzada de dolor me recorrió todo el cuerpo tras el recuerdo de algún grito mío. Sacudí la cabeza y respiré hondo, mi visión se había puesto borrosa. Tras unos segundos volví a la normalidad, retomé la lectura y el último renglón me dejó frío.

«El sujeto escapó».

¿Qué?

Algo en mi mente afirmó eso, algo ahí me decía que sí, que escapé. ¿Entonces cómo regresé a su encierro? Con ese extraño sentimiento volví a tenderme en la cama y miré al techo. Las vigas... Abrí los ojos por completo al recordar.

¡Las vigas!

Estas tomaron otra forma, se hicieron de acero descubierta, el lugar era oscuro, algunos gruñidos en las lejanías. Era mi oscura celda, me habían arrojado aquí, mi cuerpo latía con dolor, mi mirada estaba perdida en las vigas.

El grito de la chica de ojos verdes me hizo dar un respingo.

Estaba en el frío suelo, mirando las vigas del techo. El terror y la angustia me devoraban, el recuerdo de su grito me había hecho reaccionar. Debía salir de ahí y evitar que le hicieran o le siguieran haciendo experimentos. Pensar en eso me angustió muchísimo más, busqué con desesperación un modo de salir, y ver las vigas me dio la respuesta.

¿Cómo no lo vi antes?

Me puse de pie con velocidad. Observé la litera en donde dormía, o intentaba hacerlo, y me era perfecto que estuviera en el rincón en

donde casi no llegaba luz, de por sí escasa en ese apestoso lugar. Acomodé mi dizque almohada y la cubrí con la sábana. Como la luz no llegaba bien, sería difícil que notaran que yo no estaba.

Les escuché, eran dos humanos, ya venían por mí. Miré a las vigas en el techo, me agazapé un poco y brinqué, aferrándome a las vigas con brazos y piernas, apretando las garras causando un leve chirrido, procuré pegar mi cuerpo lo más posible al techo para que no me notaran. El espacio era escaso, con suerte no caí.

Aparecieron los tipos.

—Hora de más diversión —dijo uno.

Como no respondí con un gruñido como de costumbre, se inquietaron.

—Bah. ¿Se habrá muerto o algo?

—No me extrañaría.

Abrieron la reja y entraron. El de la derecha sacó su bastón eléctrico y le dio un hincón a la almohada en la litera, frunció más el ceño y les caí de sorpresa. Aplasté a uno y al otro lo noqueé de un puñetazo. Ambos quedaron inconscientes en menos de tres segundos. Tomé el manojito de llaves y loguardé.

Aunque quise matarlos, debía darme prisa. Salí con cautela, mi olfato me ayudaba, debía encontrarla a ella primero, a la joven en transición. Ella, ella... significaba mucho para mí.

Fui en absoluto silencio por los pasadizos, varios de mis congéneres me vieron, y cuando pasé por el lado de uno que parecía estar más enfocado y no fuera de sí, usé el manojito de llaves para liberarlo. Una vez que estuvo afuera, se lo di, tras darle la orden de liberar a los otros procurando no hacer ni el más mínimo ruido.

Seguí por el pasadizo y escuché humanos.

—Ya deberían haber vuelto con esa cosa.

Me oculté y preparé para atacar. El tipo pasó por mi lado y me lancé.

Me senté de golpe, lo que me hizo salir del recuerdo. El eco de mi gruñido se escuchaba en mi mente pero la habitación estaba en completo silencio.

¿Qué? ¡No! ¡Debía saber qué más ocurrió!

La cabeza me dio una fuerte punzada y me obligó a apretármela con las manos.

* * *

Completamente frustrado me encontré aguantando otro nuevo día. Los hermanos Alpha y Centauri tenían un duelo amistoso. Cruce los brazos y suspiré. Tan solo quería recordar qué había pasado conmigo, con esa chica, pero el dolor de cabeza me obligó a dejarlo de lado otra vez.

Quizá si me iba recordaría algo más. Claro, buscando tal vez los lugares que estaban en mi mente.

Un aroma llamó mi atención, aunque no solo la mía, la de los otros también. Era un venado. Estaba en el bosque ralo del fondo, detrás de la cerca. Como los otros tres de mi especie también lo habían visto, pude olfatear de forma leve la adrenalina que empezaba a correr por su sangre. Querían cazarlo, y yo también, el deseo de perseguirlo empezó a quemar.

Sin más demoras nos lanzamos, así que eso se convirtió en una nueva especie de competencia. Sirio tomó ventaja con su velocidad otra vez y brincó la cerca sin problemas, le seguimos al segundo. Sonreí, se sentía bien cazar, se sentía bien correr.

Bajamos la velocidad y quedamos en grupo. No era necesario que alguno hablara, debíamos acorralar al animal en silencio. No sabía si era instinto eso de cazar como manada, o en algún momento nos lo enseñaron. Cada paso que dábamos no emitía ningún ruido, cuidábamos también que el viento estuviera en nuestra contra para que no llevara nuestro aroma al animal, que seguía comiendo hierba sin percatarse.

Estábamos casi a su alrededor. El venado alzó la cabeza y salió disparado levantando polvo, pero fue muy tarde para el pobre.

Volvimos. Sirio cargaba al animal, yo había querido hacerlo pero se adelantó como siempre. De un momento a otro dejó al venado en el suelo y aceleró el paso dejándonos atrás, lo recogí preguntándome qué le habría pasado y avancé. Mi leve cólera se esfumó al ver a Rosy con su amiga y otro humano esperando. Sonreí pero al acercarme y notar su angustia, dejé al pobre animal en el suelo también.

Les escuché decir que ahora el gobierno les había mandado una amenaza por haber estado «buscándoles» problemas. ¿Por qué se hacían los ofendidos? Si eran ellos los que ocultaban cosas, eran ellos los que las raptaron por haberles ido a ver. Me molestó saber que les querían hacer daño, Rosy no merecía amenazas de muerte ni nada por el estilo.

Hablaban sobre dónde se ocultarían y demás cosas, cómo contratacar a los sujetos esos, lo cual se me hizo una locura, hasta que aceptaron quedarse con nosotros, y eso se me hizo interesante. La pequeña Rosy más cerca de mí. Quise aproximarme pero Tania vino.

—Solo hay una habitación extra que era para Sirio, cuando se animara a quedarse aquí —dijo.

—Está de más decir que ellas se quedan conmigo —respondió él.

Rosy y su amiga se alegraron y lo abrazaron. Abrí mucho los ojos.

Oye, ¿por qué lo abrazó a él, si yo también estaba?

Crucé los brazos y resoplé. Algo en mi estómago quemó y se me hizo como un nudo.

Almorzaron con nosotros, pero ya no invité a Rosy a que se sentara conmigo, ella tampoco pareció esperarlo. Puse mi bandeja con comida de mala gana en la mesa y caí sentado en la banca. Centauri terminó de masticar lo que había mordido mientras me veía de reojo.

—¿Qué pasa? —preguntó finalmente.

—Nada.

—¿Desde cuándo «nada» es la cólera que tienes que puedo olfatear a la perfección? —Suspiré—. Qué raro que no le hayas dicho a la rulitos que venga con nosotros.

Miramos de forma fugaz a su mesa. Estaba con Max, Sirio, Marien y Tania.

—No. Está feliz ahí con *sus amigos*.

Los hermanos se miraron con confusión, pero terminaron restándole importancia. ¿Qué me pasaba? No tenía idea. Estaba algo triste porque no estaba aquí, sino allá, y enojado porque de seguro prefería estar allá. Urgh.

—He pensado... —agregué cambiando de tema—, ya que no hay mucho avance por aquí, irnos unos días, mañana, de ser posible, o lo más pronto, y buscar recuerdos en lugares... ¿No tienen sueños o recuerdos?

Entristecieron un poco.

—Sí —dijo Alpha—, alguna que otra visión.

—Entonces sería mejor olvidar la venganza por ahora e irnos —sugirió Centauri—. Luego, si queremos, volver.

No supe qué decir. ¿Quería volver? Si encontraba a alguien conocido para mí, ¿volvería?

* * *

Para la tarde, Max hablaba y hablaba de cosas pero yo apenas me concentraba. Miré de reojo a Sirio, y parecía estar distraído igual que yo, me miró de reojo también y fruncí el ceño. Le retiré la vista tensando los labios con molestia.

¡Jum!

Resoplé. Rayos, parecía niño. ¿Qué me pasaba?

Estaba molesto porque la rulitos lo había abrazado, eso pasaba. Pero él estaba casado, no iba a tocar a mi humana, ¿verdad? Ya no sabía qué pensar.

Un momento, ¿«mi humana»? Ya. Sin duda, estaba muy, muy mal.

Demoré casi toda la tarde en darme cuenta de que mi molestia era irracional, y lo mejor era dejarla de lado. Sucedió porque de algún modo me importaba mucho Rosy, tenía ganas de verla, o era eso, o era una especie de efecto secundario producido por esas raras corrientes eléctricas, de la supuesta enfermedad que podía estar padeciendo.

Agarré un cuchillo, observé su doble filo y suspiré al olfatear a Rosy luego de que la puerta se abriera y cerrara de forma automática a mis espaldas. Sonreí apenas, era un gusto que estuviera viéndome.

—¿Los lanzas? —preguntó.

—Sí.

Lo hice y el cuchillo se clavó con fuerza al segundo, justo en el centro del cuello del maniquí. Rosy aplaudió y la miré con sorpresa para luego volver a sonreír.

—¿Puedo intentar? —preguntó acercándose con entusiasmo.

Le di pase para que agarrara otro cuchillo. Tomó uno y manteniendo esa emoción que se estaba queriendo colar en mí, lo lanzó. Este hizo una curva y no cayó ni cerca del maniquí. Apreté los labios en otra sonrisa tras escucharla lamentarse de forma tierna.

—*Jaaiii* —se quejó—, parecía fácil.

—A ver, pequeña —dije acercándome y dándole otro cuchillo. Sus mejillas habían enrojecido y me miraba con ilusión. Se me instaló un cálido sentimiento—. Siente su peso. Estos están balanceados, pero en otro caso, ten en mente que debes lanzar la parte pesada primero. —Asintió. Acomodé el mango del arma en su mano y la cerré—. El agarre debe ser firme pero delicado, no mucho para que no se te caiga antes de tiempo. —Acomodé su pulgar sobre el costado del mango—. Bien.

Era increíble cómo cada roce con ella hacía flaquear mis nervios. La corriente se disparaba, y lo peor era que al parecer esa me gustaba, no era como la electricidad con la que me castigaban. Otra cosa que me traía como tonto era su aroma. ¿Qué me estaba pasando?

Se puso en posición y lanzó. El cuchillo le golpeó al maniquí apenas y cayó. Solté una suave carcajada que enseguida silenció temiendo

ofenderla, pero al mirarla, ella también me observaba con una sonrisa que me transmitía su dulzura.

—Practicaré más —aseguró poniendo sus manos hacia atrás. El movimiento afuera y el palabreo, indicaban que era hora de cenar—. Me gusta cuando ríes, no te fuerces a parar cuando lo hagas. Me encanta.

Eso aceleró mis latidos. El calor subió a mi rostro. ¿Qué? Cuando me di cuenta, estaba junto a mí, me hizo señales para que me inclinara, creí que quería decir algo más, pero se empinó y sus suaves labios volvieron a dejar su calidez en mi mejilla. Se fue feliz, canturreando algunas notas, como si hubiera logrado algún cometido, dejándome con el estómago hormigueando otra vez, y mi corazón queriendo hacer fiesta sin aparente motivo.

* * *

Estaba recostado en mi cama, viendo las vigas, sin lograr volver al recuerdo y saber cómo escapé, así que me rendí. Recordé que dijeron que la habitación en donde se quedaría la pequeña no tenía espacio, así que una rara idea se me cruzó por la cabeza: Rosy podía quedarse conmigo... No. Era ilegal. Bueno, no dormiría conmigo, le podía ceder mi cama e irme, claro, eso sería un buen gesto de mi parte. Eso haría.

Salí de mi habitación con prisa. Tania y Max empezaron a caminar detrás de mí de repente.

—No sé qué ideas raras tienes tú —le murmuró Max a ella—, pero no sé por qué vas por el mismo camino que yo.

—¿Acaso no puedo caminar por la edificación sin que quieras controlarme?

—Por cierto, Ácrux también está yendo en la misma dirección.

No les hice caso. Quedé frente a la puerta de la habitación en donde estaba Rosy y toqué. Sirio abrió.

—Aquí están, mis condenados a muerte favoritos —me burlé tratando de disculparme por mi rara actitud de más temprano—. Max dijo que

esta habitación no era más grande que las otras así que pensé que podía cederle mi cama a alguien.

Caí en la cuenta de que él estaba sin camisa, estuve por fruncir el ceño, confundido, pero Rosy me miró con entusiasmo y no pude evitar sonreírle apenas, olvidando pronto el asunto.

Tania se asomó.

—Las chicas pueden dormir juntas y Sirio puede venir con alguno de nosotros.

La miré con molestia. Ese no era mi plan, aunque lamentablemente era mejor.

—Marien —la llamó Max asomándose también—, si gustas ven conmigo, así tienen una cama cada uno.

Desvergonzado. Me dio cólera que hubiera sido más directo que yo. Sirio gruñó de repente, haciéndonos retroceder sorprendidos. Rosy vino y los apartó, para mi sorpresa, diciendo que ella venía con nosotros y que los dejáramos a ellos.

Cerró la puerta.

—Bueno, asumo que Tania tiene espacio —se libró Max de la situación.

Tania al parecer estuvo por decir algo, pero Rosy habló primero.

—No, iré con Ácrux —dijo sonriente.

Wow, no lo creía, funcionó.

Me fui con ella, bajo la mirada atónita de los otros, e incluso me pareció ver que le dedicó una mirada como de triunfo a Tania.

Puso su mochila con sus cosas a un costado, estaba lista para dormir ya porque tenía una ropa suelta y suave. De la nada, y sin saber por qué, empecé a sentirme nervioso.

—Puedes dormir en la cama.

Me miró un poco dudosa.

—¿Y tú?

—Descuida, no me acercaré, dormiré aquí —le aclaré. No quería incomodarla.

Sin dejar que respondiera jalé mis cosas y entré a la ducha.

Salí al rato, con un pantalón y camiseta de tela suave. Se suponía que no era permitido enseñar el cuerpo, aunque Tania había dicho que sí, creí que me había mentido. De todos modos no tenía costumbre y no quise meterme en posibles problemas. La vi tendida, mirando al techo. No quería irme dejándola sola, supuse que con que no durmiera en la misma cama, bastaría.

—Buenas noches.

Se apoyó en los codos, al parecer para decirme algo, cuando unos extraños ruidos surgieron desde otra habitación lejana. Eran como... gemidos o algo así, pero no de dolor ni nada por el estilo, al menos a mi parecer. Fruncí el ceño con confusión y Rosy se tapó la boca ruborizándose.

—Por Dios, lo sabía —susurró para ella, pero claro, pude oírlo.

—¿Lo sabes, sabes qué pasa? —pregunté.

Se ruborizó más y de pronto eso se me hizo encantador.

—Eh... Bueno, cuando una pareja son novios... —¿Novios? Al parecer notó mi creciente confusión y sacudió un poco la cabeza—. Cuando están casados, ellos... eh...

—¿Se dan besos?

Tensó los labios.

—Hum, algo así. —Soltó una leve risa.

—¿Algo así? ¿Hay más?

—Bueno, no solo hay besos, hay... eh...

Fui me senté a su lado.

—¿Qué hay? —Me mataba la curiosidad—. Porque pareciera que esos dos estuvieron gozando mucho.

Su pulso se aceleró, me miró con ese rubor que me estaba agradando bastante ya, estando cerca pude deleitarme mejor con su olor a fresas... y a ella.

—Mmm... pues, se tocan...

—¿Así? —Le toqué el hombro.

Soltó una risa corta.

—No. Se tocan... se desvisten...

—¿Y por qué querría desvestir a alguien?

—Quizá cuando llegue cierto momento querrás hacerlo —explicó con una leve sonrisa.

Bajé un poco la vista sintiendo ese hormigueo.

—No te molestes pero... Por simple curiosidad... —Volví a sus ojos con algo de temor—. Te desvestiría para ver cómo eres. Pero claro, no lo haré, jamás, jamás —aclaré para que no se ofendiera—, no es correcto.

Su corazón se aceleró más. Mis mejillas se calentaron, quizá se habían puesto rojas también, no supe por qué rayos había soltado algo así. Era el colmo de la vergüenza.

—Bueno. —Su voz fue casi un susurro—. Es que cuando pasa eso... es porque ella también quiere que lo hagas, ¿no crees? Es algo mutuo.

Me di cuenta de que estábamos a centímetros. Sus ojos se fueron a mis labios, mi estómago volvió a hormigear, algo de ansiedad vino, era como la última vez que estuvo así de cerca. La pregunta dio vueltas en mi cabeza, vueltas y vueltas, hasta que sin casi pensarlo hablé.

—¿Tú quisieras? —Me arrepentí al segundo y me alejé—. Perdón, no acabo de decir lo que crees que acabo de decir. —Me miraba casi atónita, seguro la había ofendido, era el colmo—. Disculpa, en verdad. No planeo desvestirte ni nada por el estilo.

—Eh...

—Es tarde. —Apagué la luz y fui a sentarme contra la pared—. Buenas noches.

—Buenas noches —murmuró en voz baja.

* * *

Vi a dos hombres inconscientes, yo los había derribado. Corrí por el pasadizo siguiendo el aroma de esa joven, debía recuperarla. Mis congéneres ya estaban corriendo por ahí y atacando a algunos sujetos, sabía que era de noche por la poca cantidad de humanos que olfateaba cerca.

Un llanto me hizo detenerme y estrujó mi corazón. Era ella, no quería escucharla llorar, no. Seguí en su dirección, un ruido ensordecedor golpeó en mis oídos y me los tapé tras soltar un corto grito. Me estallaba la cabeza, eran los humanos intentando que no nos moviésemos más, pero no me iba a dejar vencer. Avancé con dificultad, tratando de hacer a un lado el ruido que me dejaba prácticamente inutilizada la audición.

Mi concentración se fue a mi olfato, guiándome con eso. Llegué a un grupo de celdas y la vi, mi corazón se aceleró, angustió y quebró. Estaba tendida de costado en el piso, con lágrimas en las mejillas. Al verme sus ojos dejaron ver desesperación y esperanza a la vez.

Destapé mis oídos, aunque el ruido me hiciera sufrir en exceso. Tiré con fuerza de la puerta y gruñí al no poder, tuve que salir corriendo a buscar al H.E al que le había dado las llaves, fui un completo tonto. Sabía que quedaban escasos minutos hasta que aparecieran más humanos y nos detuvieran a todos. Mi pulso iba a mil, estaba contra el tiempo. Encontré con el olfato al que le di las llaves; también corría tapándose los oídos, confundido. Se las quité y regresé veloz.

Probé llave por llave con desesperación sin encontrar la que abriera la puerta. Escuché a los humanos entrar por algún sitio, gritando sus órdenes y se me enfrió la piel. Una de las llaves entró pero no giró, la saqué de un tirón mientras la joven estaba frente a mí, aferrada a los barrotes, mirando la cerradura con miedo. Otra llave entró y giró.

Respiré hondo, con alivio, como si el tiempo se detuviera. Tiré de la puerta y la chica se me abalanzó. La abracé fuerte.

La abracé...

Sollozaba contra mi pecho pero no había tiempo para consolarla. Tomé su mano y echamos a correr en dirección contraria a las voces y gritos de los hombres. Un leve aroma conocido se hizo presente. Era

el bosque, era el olor de las plantas en la noche. Era el bosque, no pude creerlo.

Mi corazón me golpeaba el pecho, no podía creerlo en verdad. Mi olfato me guio por unos pasadizos y terminamos corriendo hacia una puerta abierta. Al parecer otros ya habían salido y la habían dejado así. La chica que iba conmigo estaba agotada y de seguro adolorida, pero tiré de ella con la vista plantada en el exterior, la esperanza y la adrenalina corriendo por mis venas.

Vi la noche ahí afuera, vi los árboles bajo la tenue iluminación de las estrellas.

—Vamos, ¡vamos, Pradera, un poco más! ¡Ya casi estamos afuera!

* * *

Abrí los ojos de golpe, sudaba frío, respirando de forma agitada como si hubiera estado corriendo. La pesadumbre en mi pecho.

Pradera... Pradera. Ella...

Los recuerdos vinieron. Sus leves y tímidas sonrisas por educación, las veces en las que intentaba batirse a un duelo conmigo, sus bonitos ojos de verde oscuro. Escapé con ella, ¿qué pasó entonces? Quizá no, quizá no escapé. Pero en ese papel decía que sí. No entendía.

Rayos, ¿dónde estaba ella? Quizá esa sensación de que alguien me esperaba en alguna parte era...

Tenía que buscarla, tenía que ir por ella. Me puse de pie con la cabeza dándome unas pocas vueltas. Me saqué la camiseta de un tirón luego de suspirar, caminé hacia el baño mientras me sacaba el pantalón, lo dejé caer al suelo con todo y me froté el rostro. Abrí la puerta.

—¡Ah! —Rosy se cubrió con su toalla enseguida haciéndome dar un respingo. Su rostro se volvió rojo a medida que sus ojos me recorrieron.

El trapo ese le cubría del pecho hasta la parte alta de sus muslos. Me ruboricé de golpe y quedé con la boca semiabierta. Esa piel que parecía ser tan suave... Reaccioné.

—Demonios, ¡perdón! ¡Lo siento!

Salí y cerré la puerta. Quedé mirando espantado hacia la nada. ¿Cómo olvidé que ella estaba aquí? Pasó la noche en mi habitación, era el colmo. Aunque no pude evitar traer a mi mente su imagen, sus curvas, su piel. Incluso un pequeño lunar por sus caderas. Me ruboricé otra vez y mi presión arterial se aceleró. El extraño calor se movió por mi cuerpo, dirigiéndose a cierto lugar más abajo de mi ombligo. ¿Qué pasaba ahora? Mi vista también bajó.

Reaccioné otra vez al darme cuenta de que estaba solo en ropa interior.

¡OH RAYOS, CENTELLAS, COMETAS Y DEMÁS!

Tapé mi boca, espantado, la vergüenza me cayó como agua helada y me enfrió de golpe. Me vestí veloz con las mejillas quemando, debía estar tan rojo como un tomate o algo. ¿Qué había hecho? No podía ser. ¡Qué había hecho!

Caí sentado en la cama y respiré hondo.

No pasaba nada, también la había visto, así que podía decirse que estábamos a mano... pero era mi culpa, así que no. Si no hubiera cometido esa imprudencia no hubiera violado dos reglas al mismo tiempo, enseñar mi cuerpo y ver otro. No tenía perdón, era un inmoral completo. De seguro por algún descuido similar me habían expulsado de mi ciudad y por eso terminé viviendo en el bosque, para luego pasar a manos humanas.

El recuerdo de Pradera volvió. No, no había forma de que me hubieran expulsado con ella, estaba en transición, a ellos se les mantenía en resguardo. La pena y la soledad vinieron, la tristeza me inundó.

Pradera.

Esa chica no merecía sufrir lo que había sufrido. ¿Dónde estaría? Debía ir y encontrarla. Si quizá la tenían otros humanos en algún sitio, debía hallar la respuesta, debía saber por qué terminé aquí de nuevo, por qué me separé de ella.

Vino la esperanza de que estuviera en algún lugar o colonia nuestra. Si estaba a salvo me aliviaría. Si quizá la dejé en algún lugar seguro y me fui a buscar quién sabe qué, me quedaría tranquilo.

Claro que pensaba volver, Rosy estaba aquí. La idea de dejarla de ver para siempre me hacía sentir inmenso temor y no supe bien por qué, pero tampoco lo cuestioné.

Salió vestida al rato, con un pantalón y una camiseta ceñida a su cuerpo. Pasado lo que pasó, ya no me era tan difícil imaginar su piel tras la tela. Sacudí la cabeza. Otra vez con esas cosas. Estaba ruborizada y yo también de nuevo me puse así.

Nos miramos con incomodidad.

—Um... Por favor no le digas a nadie esto —pedí con un murmullo.

La vergüenza me atacó. Me había visto casi sin nada de ropa, no podía estar al lado de ella sin sentirme incómodo y avergonzado, sin sentir que se estaba acordando de mi cuerpo. Ni siquiera tenía nada bonito para mostrar, no como ella. Rayos, no podía estar a su lado, y estaba seguro de que se sentía igual.

—No, no diré nada —respondió con un hilo de voz.

Suspiré.

—Gracias.

—No sabía que tenías tatuajes.

Junté las cejas con confusión pero pronto fruncí el ceño por completo.

—No sabía que así se llamaban, pero no importa porque los odio, por más que he intentado, no se borran.

Bajó la vista, manteniendo el enrojecimiento en sus mejillas.

—Se pueden borrar pero, ¿sabes?... El siete es mi número favorito.

Saber eso me hizo querer flanquear en la decisión que había tomado de borrarlo al escucharla decir que se podía. Sin embargo, mi odio hacia él era más fuerte que eso.

—Haré que los borren, pero a mi regreso. —Eso la sorprendió—. Me iré.

—¿Qué?

Su semblante cambió, entristeció. No quería verla triste, si ella siempre estaba alegre, eso me incomodó muchísimo más que cualquier cosa. No lo soporté, así que me acerqué, tomé su rostro y mis labios mostraron una leve sonrisa, que podía considerar... ¿dulce?

—Volveré, ya lo dije, no estés triste, solo serán unos días. —Se alivió y eso me alegró—. Recordé algo, así que debo buscar unas cuantas respuestas, eso es todo.

—Está bien. Me alegra saber que quizá encuentres de dónde vienes.

No exactamente de dónde venía... sino a una chica. Pero algo me decía que no debía decirle ese detalle a Rosy. Asentí.

—Te veré en poco tiempo entonces.

—Bien. —Se empinó y me dio un beso en la mejilla.

Estaba un poco esperanzado de que hiciera eso, y lo hizo, mi corazón dio un pequeño brinco de satisfacción. Rodeó mi cuello y me abrazó, colgándose de mí, aunque no pesaba nada. Dudé unos segundos como la última vez, pero terminé rodeándola también y pegándola contra mí.

Sentir su cálido y frágil cuerpo junto al mío, me gustaba eso.

CAPÍTULO 10

VAYA SORPRESA

Corría por el bosque ralo de algarrobos, los hermanos Alpha y Centauri me seguían. Me sentía vivo, libre como los demás animales. El viento golpeaba mi cara, las aves cantaban en los árboles, algunas se animaron a volar cerca durante un trecho. Pronto se abriría ante nosotros un desierto, algo en mi interior me guiaba, quizá alguna brújula interna natural, sexto sentido animal. Conocía el pueblo al que me dirigía, hacia el sur. Quizá ahí había dejado a Pradera.

Lo recordé. Vine con ella por estos lugares.

—Ya estamos lejos. —El recuerdo de mi propia voz se hizo presente.

—Sí —respondió agotada.

Se detuvo y derrapé en la tierra para voltear a ver qué le pasó. Estaba apoyando sus manos en sus rodillas, me pidió un segundo de descanso.

Me aproximé mientras recuperaba la compostura. Aún estaba en transición, así que debía entender. Miré hacia la dirección por la que habíamos venido, temeroso de que aparecieran ellos, esos malditos en sus autos, con sus armas y demás cosas.

Agudicé el oído para estar alerta, pero sus brazos rodeándome me sacaron de foco.

—¿Pasa algo? —cuestioné casi en susurro.

Mis latidos se aceleraron.

—Es que no puedo creer que hemos salido, siento miedo.

Alzó la vista, apartándose un poco. Mis labios se curvaron en una muy leve sonrisa para calmarla.

—Estamos afuera, no voy a dejar que te toquen. Vamos, hay que seguir.

Asintió con leve entusiasmo...

Una ladera nos recibió, y aunque a mí me tomó casi por sorpresa por haber estado concentrado en mi recuerdo, a los hermanos no. Corrimos de bajada hasta llegar a llano, el desierto. Faltaba muy poco para ver aquel lugar...

A mi mente volvió Rosy. Volví a preocuparme por la situación en la que quedaron allá. Ya hacía casi unos cinco días que habíamos salido. Sirio también se fue, pero él tomó otra dirección en cierto punto. Justo cuando se presentó la oportunidad de poder irnos hubo un problema, H.E nos atacaron pero se solucionó. Logré escuchar algo sobre su último futuro paradero, así que pensaba avisar en cuanto volviera.

Primero tenía que llegar a esa ciudad y volver, quería ver a la rulitos, ya la extrañaba. Rogué que no le pasara nada mientras no estaba. Vimos a lo lejos lo que parecía ser el pueblo que recordaba y a la vez resistía a aparecer en mi mente.

Un aroma llamó mi atención. Pólvora. El recuerdo de eso me trajo otro. Humo de vehículos hizo volver el olor de los disparos, del metal caliente, el ruido. Sabor en mi boca a humo y polvo por haber corrido y caído contra la tierra.

Pero en ese recuerdo no estaba solo. Trataba de liberar a alguien, tiraba con desesperación de una red metálica al parecer. Gritó que me fuera, su voz me era muy familiar de toda la vida.

Toda una vida.

Tropecé y caí. Rodé por la arena, tosí un poco, Alpha tiró de mi brazo y pronto estuve de pie.

—Avancemos.

Retomamos la carrera. Ese sentimiento seguía en mí. Conocí a ese alguien de toda una vida, era aquel de ojos mieles como los míos. La idea de que fuera mi hermano surgió, quizá quien me esperaba en ese pueblo era un hermano al que había olvidado. Quizá era hasta mi antiguo hogar.

Quizá incluso mis padres estaban ahí. Eso me hizo sentir esperanza.

No aceleré porque no quería dejar a los hermanos atrás, pero ya quería encontrar a alguien, ya quería volver a sentirme acompañado. Era consciente del agujero en mi pecho al cual ya me había acostumbrado, pero ahí estaba, siempre.

Estando ya cerca volví a preocuparme por el leve olor a pólvora que habíamos olfateado. Cruzamos los primeros campos de sembrío, nos guiamos por un nuevo aroma: humanos. Gruñí sin planearlo siquiera y aceleré, los otros también.

Olfateé a varios congéneres en sus casas, por las calles no estaban. Esquivamos un grupo de patos que huían asustados, y al girar por una esquina solitaria al fin los vimos. Quedamos estáticos.

Un humano con tres evolucionados, rodeaban a uno de nosotros, uno joven.

—Ustedes no atacarían a otros de su especie sin razón pero estos tres sí —hablaba el humano—, y te harán pedazos si no vienes con nosotros.

Le hice señales a los hermanos. Ellos sabían bien ahora, al igual que yo, lo que debían buscar.

Echamos a correr de golpe, los H.E controlados voltearon pero no pudieron hacer nada. Gruñí de forma salvaje, como no lo había hecho hacía muchísimo quizá, y embestí al primero que estaba en mi camino. Rodamos con violencia por la tierra, gruñendo y rugiendo como leones. Tragué polvo pero no me importó, le arañé la cara con rápidos zarpazos, me dio un puñetazo y se lo devolví.

No sabía que podía agarrarme a pelear de esta forma, había creído que solo Sirio era así de agresivo, siempre creí que tenía mejor autocontrol y ética que él al pelear, pero ahora me desconocía. Era tan salvaje como cualquier H.E desterrado o que había crecido en el bosque.

Mordí, rasgué, golpeé, pero recordé entonces que el objetivo no era ese. Debíamos deshacer el control. Retuve del cuello al sujeto, miré al humano y vi que estaba retrocediendo tratando de llamar a alguien con su móvil.

Me le abalancé pero el tonto que tenía controlado me agarró la pierna y caí contra la tierra con un golpe seco. Lo pateé y arañé el piso en mi desesperación al ponerme de pie veloz. Solté un grito ahogado por los cuatro colmillos que se enterraron de golpe en mi hombro hasta el hueso. El dolor se disparó. Le di un codazo tras otro en el estómago al H.E., aunque con cada golpe sus colmillos parecían apretar más y empezar a rasgar. Grité y gruñí al mismo tiempo.

Centauri se lanzó a detenerlo, arrancándolo con una embestida y haciéndome gritar otra vez. Apreté mi hombro. El humano me miró sorprendido y asustado, me gustaba su miedo, despertaba mi rabia. Le mostré los colmillos en un salvaje y amenazador gruñido y me lancé.

Su grito patético fue lo único que soltó luego de que le quitara el control y lo estrellara contra el suelo de un golpe. No le había dado tan fuerte, pero los humanos a pesar de ser malos, eran débiles. Apagué el control de los evolucionados y los gruñidos alrededor se silenciaron.

Respiré aliviado. Los otros se miraron, miraron a los hermanos contra los que peleaban, a mí, y al hombre que aún estaba consciente en el suelo, asustado como un perro.

—Se lo dejo a ustedes —les dije.

Me alejé mientras los tres H.E se le acercaban y rodeaban, gruñendo bajo. Escuché los gritos del tipo y cerré los ojos. No lo iban a matar tal vez, pero jugarían un buen rato.

Una mujer salió de golpe de una de las casas y quedó mirándonos. La observé esperando reconocerla, esperando que significara algo. Era mayor ya, tenía algunas marcas de edad y parecía que la tristeza era parte de su expresión natural. Se tapó la boca y un par de lágrimas se asomaron por sus ojos celestes.

Celestes. Eran como los de...

Volteé a ver a los hermanos, ambos estaban con los ojos bien abiertos. Lo entendí enseguida, sintiéndome un poco celoso. Celoso de que habían encontrado a alguien y yo no.

—Mis hijos —murmuró ella.

Ambos se acercaron con prisa y se abrazaron. Pegaron sus frentes y ronronearon. Yo seguía atrás, y retrocedí un poco más. Creí que encontraría algo, pero mantenía la esperanza de que algún recuerdo surgiera.

—Joven, ¿de dónde vienen? —quiso saber un señor, sus ojos eran de color mostaza.

Suspiré.

—De la ciudad capital de los humanos, creo que se llama Lim o algo así.

—¿Cómo es que han escapado? Eh, espera —me miró de forma detenida—, te recuerdo. Estuviste aquí hace mucho, con una joven.

Me sorprendí.

—¿Dónde está ella? —pregunté enseguida—. ¿Qué fue lo que hicimos?

—¿No recuerdas? Se fueron, no se quedaron, dijeron que su ciudad estaba más al sur.

Retrocedí un paso por la impresión.

—*No podemos quedarnos.* —Su voz volvió a mi mente. Estaba sentada a mi lado, la miraba, su rostro estaba iluminado por el fuego de una fogata—. Debemos regresar a casa —continuó—, sea como sea. Y quiero que regreses conmigo.

—Yo voy a seguirte, lo sabes —aclaré con fervor, sin dudar nada—. Pero luego, debo vengar... —Negó asustada.

—No tienes que vengarlo.

La rabia e impotencia me inundaban.

—Sí que tengo, quiero hacerles pagar. No voy a poder ver a mi madre a los ojos sin decirle que al menos esos humanos lo pagaron con su sangre.

Juntó su frente a la mía y cerró los ojos. Dejé de respirar por un par de segundos.

—No quiero oírte decir eso —susurró—. No voy a estar tranquila si me dejas ahí y vuelves a irte. Sagitario no hubiera querido eso.

—Te equivocas, Sagitario hubiera hecho lo mismo.

Mi hermano... ¡Mi hermano...!

«Papá, una vez, sin querer, mató a un humano en defensa propia, sin darse cuenta de que su hijo pequeño veía... No tardaron luego en volver a atacarnos, ahí fue que se lo llevaron... A veces siento que volverá a pasar...»

Otro recuerdo vino de golpe. El hombre vestido de negro disparándole. Mi mundo destruyéndose.

¡Ese maldito!

Gruñí bajo, apretando los dientes y los puños. El señor que estaba conmigo retrocedió confundido.

—Recordaste algo, por lo que veo. ¿Es sobre ella?

Sacudí la cabeza en negación.

—Esos malditos mataron a mi hermano —dije entre dientes.

Estaba casi seguro de que había vuelto a buscar venganza y caí como tonto otra vez con ellos. Había estado perdido por más de dos años. ¿Con qué cara iba a regresar a casa, si fui un idiota? Deshonré, ¡fallé!

—Me llamo Jaguar. —El señor extendió la mano y le correspondí el saludo—. Aún no me cuentas cómo es que has escapado de la ciudad.

Sentí algo y volteé, dos de los evolucionados controlados me miraban, se habían quitado los cascos. Ambos con ojos anaranjados, estaba confundido, pero se me hacían conocidos, y al parecer yo a ellos también.

«¿Son los cinco?», ese leve recuerdo. Éramos cinco, ya recordaba, los dos hermanos, estos extraños, y yo.

—Nos recuerdas —murmuró uno.

—Sí. ¿Saben por qué?

—Algo que nos pusieron —dijo el otro—, hay algo que nos pusieron.

Estaba intrigado.

«¿Son detectables con el escáner?»

—Sí —dije más para mí mismo—. Serán los chips que nos ponen.

Alpha se acercó y le entregó su teléfono móvil a uno de los extraños, también se recordaban.

—Si averiguamos algo, les llamaremos, mi hermano tiene otro, no necesitamos más.

Asintieron.

Jaguar me hizo ir a su casa, sirvió agua y algo de comer. Su esposa le ayudó; al observarlos, leves recuerdos vinieron.

—¿Sabes qué es? Eternidad. Me uniré a ti y nada nos va a separar aunque estemos lejos, con eso te prometo en silencio que voy a volver a ti tarde o temprano... —Ella sonrió—. Entonces, ¿te unes a mí?

Sus ojos verdes oscuros brillaron con felicidad. Asintió.

—Sí...

Sí. Había dicho que sí. Resoplé pensando en mi pequeña rulitos, aún la extrañaba, pero al parecer estaba casado como Sirio. Tomé un largo trago de agua y Jaguar se sentó frente a mí.

—Estuve con los humanos —empecé a contarle—, con un grupo de personas que habían estado a cargo del estudio de una toxina para supuestamente matarnos, pero ya no, se la quitaron. El gobierno la tiene, y ahora esos humanos están decididos a evitar que su armada nos ataque ahora que nos han conocido mejor.

—Por casualidad... ¿Cómo se llaman?

Respiré hondo recostándome contra el respaldo de la silla.

—A ver... Rosy García —sonreí de forma fugaz al recordarla—, Marien Ramos, Marcos Castillo...

—Ramos —meditó—. Vaya, pues verás, tengo algo que darle a la chica Ramos. No sé si podrías guiarme a donde están.

Pensar en que quizá yo tenía una compañera de núcleo, o como decían los humanos: esposa, esperándome, me hizo tensar los labios. Pero no pasaba nada si guiaba a este señor, averiguaría más sobre el maldito que mató a mi hermano, vería a Rosy una vez más, avisaría lo de Sirio... Y vería a Rosy...

—Sí, le guiaré.

—Bien. Entonces mañana partimos. Puedes pasar aquí la noche.

—Gracias.

Se puso de pie para servirse su cena.

CAPÍTULO 11

SEDUCCIÓN

Rosy

Extrañaba al gatote dorado que se había ido con su especie, extrañaba a mi amiga que se había ido por Sirio, los extrañaba a todos. Mis días se redujeron a estar en el laboratorio, y en las tardes a nada. Aún recordaba el último día que lo vi, le conté a Marien que había dormido en su habitación pero no le dije más.

De todos modos estaba en *shock* por haber visto ese escultural cuerpo, santa madre de Dios. Mordí mi labio y se me calentaron las mejillas con solo recordar, yo que moría por verlo y ahí estaba, dorado como un atardecer, y de seguro igual de cálido, morí por tocar cada músculo. El número ochenta y ocho en el lado izquierdo de su vientre bajo, justo sobre una de las líneas que formaban la marca «v» en sus caderas, que señalaban y llevaba directo a la ¡santísima gloria! Quería sentirlo así desnudo y caliente sobre mí, ahogándome con su peso, jadeando y gozando.

¡Me había vuelto una lujuriosa por su culpa!

Apostaba a que él no se imaginaba eso ni de lejos. El problema era que Marien me había dicho que ellos no sabían nada sobre reproducción y esas cosas, lo comprobé, así que no sabía si él sentía deseo o siquiera cariño por mí, tampoco sabía cómo se tomaría el hecho de que yo...

—¿Sigues considerando mi propuesta? —me atajó John.

Suspiré con pesadez.

—No, creo que eso ya ha quedado claro.

—Bueno, trataste de lograr algo con ese evolucionado, según comentó Marcos, pero no pasó nada, así que...

Salí ruborizada deprisa hasta el laboratorio de análisis, dejándolo con las palabras en la boca. Marcos estaba mirando por un microscopio, ya era casi de noche y ya no teníamos que trabajar pero él era un fanático. Lo agarré de los hombros y lo volteé.

—Oye...

—¡¿Cómo se te ocurre contarle a todos que intenté ligar con un H.E?!

—Bah, si todo el mundo se dio cuenta, y además aquella noche que llegaste tarde aquí...

—¡No era asunto de ustedes! —Crucé los brazos, alejándome.

—¿Todo bien?

—No. —Estaba furiosa y avergonzada, solo me faltaba inflar los cachetes.

—Lo extrañas... Yo espero que a Marien le vaya bien. No nos avisó que se iría, es el colmo.

—Ahora John tiene para burlarse de mí porque me quedaré solterona.

—¿Me estás escuchando?

—Yo estoy segura de que a Marien le va a ir bien, estoy molesta contigo por ser chismoso.

—Mira. No vas a quedar solterona, y por último, si lo fuera, qué. Total, el mundo ya se acabó casi para nosotros así que de nada sirve.

Tomé una esponja que no supe de dónde salió, y se la arrojé.

—¡Eres un negativo! No vas a estar tan contento cuando seas tú el que se quede soltero, por eso Marien no te quiso.

—Ay, gracias, gracias —reclamó con sarcasmo—, eres tan buena amiga. Mira, sal con John ya que tanto quieres estar con alguien, puede que el tipo por ahora solo quiera un encuentro fugaz, pero quizá luego ya no, total también le va a molestar su reloj biológico un día, ¿no crees?

—¿Me crees tan desesperada?

—No lo creo, lo veo. —Le tiré otra esponja—. Oye, ya bueno, ¿al menos puedes hacerme el favor de ir allá y pedirle al hermano de Max que lo llame y preguntar cómo está Marien?

Suspiré y salí hacia el campo de entrenamiento, que ahora estaba a cargo de Jorge, hermano de Max, pues este se fue acompañando a Marien, para suerte.

Vi a la perra de Tania caminar de un lado para otro, esa maldita se había aprovechado de la inocencia de Ácrux, se atrevió a coquetearle, y quién sabe qué cosas más.

Le planté mi mirada de «muere zorra», sin embargo me miró triunfal, rodó los ojos y se alejó con otra de las chicas de su grupo hacia afuera de la edificación. Más le valía que no lo hubiera tocado mucho. Reaccioné, recordando lo que había venido a hacer.

—Jorge, Marcos me pidió que llamaras a tu hermano porque quiere saber cómo está la mujer que nunca lo va a amar.

Jorge rio entre dientes y tomó su móvil. Vi a Tania, la otra chica, y otros dos tipos alrededor de dos sujetos altos. Reconocí a uno, ese cuerpo, mi corazón se aceleró cuando se sacó el casco dejándose ver. Mi Ácrux. Tania se aferró a su brazo y fruncí el ceño.

Él me miró, sonrió y le dio su casco a Tania, para luego hacer a un lado a la gente y venir casi corriendo a mí.

Oh, por Dios, venía a mí.

Sonreí ampliamente, emocionada, corrí a darle alcance y brinqué, colgándome de su cuello, tomándolo por sorpresa. Soltó una suave y leve risa y me rodeó en brazos.

—Hola, pequeña...

Mi estómago hormigueó, estaba feliz porque había vuelto y porque acababa de rechazar a Tania.

—No sabía que vendrías tan rápido. —Aproveché y respiré su aroma.

Di un vistazo hacia los otros, estaban algo sorprendidos, sobre todo la sonsa de Tania. Ácrux me soltó con suavidad y terminé pisando suelo.

—He venido a avisar algo y a que mi amigo deje un encargo. —Señaló de forma fugaz al otro que estaba con el grupo, parecía que también era H.E—. ¿Me acompañas?

Asentí enseguida. Le hizo señales al otro para que lo siguiera y vino también. Entramos al local.

—Max dice que están bien, pero no saben dónde buscar —avisó Jorge apenas nos vio—. Hey, hola.

—Vuelve a llamarlo, tengo que decirle dónde está Sirio —habló Ácrux.

Lo vi tomar el móvil y alejarse un poco mientras les hablaba. Lo vi más guapo que antes, o ya estaba volviéndome loca... Loca por él. Ese perfil, sus cejas, sus ojos color miel, esa nariz perfilada, el quiebre de su mandíbula, todo él. Luego de colgar se acercó al otro H.E que había venido, hablaron un poco. Yo no prestaba atención a sus palabras, solo seguía embobada mirándolo. Tania se acercó y le dio su casco.

—¿Vas a pasar la noche aquí? —le preguntó.

Enseguida supe que era obvio que pasaría aquí la noche, y esa ya estaba planeando colarse a su habitación, pero para eso estaba yo también, me colaría primero. Empecé a acercarme a ellos.

—Sí, de hecho.

—¿Aún quieres que te muestre lo que quedó pendiente esa vez? —murmuró casi en susurro la odiosa, mientras se le pegaba más.

—Ejem —interrumpí—. Yo voy a enseñarle algo, ya hemos quedado.

Rabiaba por dentro al pensar en por qué le estaba diciendo eso. ¿Le habría gustado a él? ¿Había aceptado? Quizá no, porque sin duda no le habría preguntado por «la cosa» pendiente.

—Ay sí, claro. Ácrux, dile que ya tienes algo pendiente conmigo.

—Bueno —habló él, confundido con nuestra actitud—, prefiero que Rosy me lo enseñe, pero gracias por ofrecerte. Por favor, denle alguna habitación a mi amigo, hasta mañana.

Tania quedó sin poder creerlo, y ahora era yo la que la miraba triunfante. Aun así estaba molesta porque sabía que la muy pegajosa le había dado alguna especie de adelanto a mi hombre. ¡Mío!

Comimos algo mientras le contaba un poco sobre mi aburrida vida en el laboratorio y lo que había hecho esos días sin que hubiera H.E cerca. También preocupada porque el hermano de Max estaba

revelando algunas de las grabaciones en las que se veía el maltrato a los de su especie.

—¿Y me vas a contar qué fue lo que te iba a enseñar Tania? —pregunté ni bien entré a su habitación.

Me miró confundido.

—La verdad, no sé, creí que tú sabías.

—Um... —Di un par de pasos y dejé mis cosas en el escritorio—. Bueno, mencionaste que se había sentado sobre ti... —Lo miré con sospecha—, pero no dijiste qué más hizo.

Se dirigió a sentarse a su cama, mirándome con cautela.

—Interrumpiste...

Tensé los labios al recordar que sí, interrumpí porque me sulfuré con lo que había dicho.

—Ahora soy toda oídos. —Me senté a su lado con entusiasmo.

Sus bonitos ojos miel me recorrieron.

—No creo que sea correcto.

Desilusión. Un nudo se instaló en mi estómago. ¿No creía que era correcto? ¡¿Qué rayos le había hecho Tania como para que creyera que no era correcto decirlo y/o hacerlo conmigo?

Mis mejillas se calentaron por la cólera y me puse de pie casi de un salto.

—Bien —renegué—. Me daré un baño.

No estaba contenta, no estaba para nada contenta, sentí muchos celos pero no iba a rendirme. Quería conquistarlo, y no iba a esperar tanto tiempo a que él hiciera algo por propia iniciativa.

—Luego quizá quieras contarme —murmuré más tranquila. Empecé a desabrochar mi blusa frente a sus ojos, que se abrieron de par en par, incluso sus pupilas se dilataron como las de un gato curioso—. No me mires —le reproché—, no es correcto. —Se ruborizó, y eso me encantó, por supuesto.

Caminé lento hacia el baño mientras dejaba caer mi blusa, y supe que no era capaz de retirarme la mirada porque pude verlo seguirme con la vista con el rabillo del ojo. Tararéé una melodía al azar mientras desabrochaba mi pantalón, lo bajé de forma un poco sensual sabiendo que me estaba mirando aún, lo dejé en el suelo y entré al baño en ropa interior.

Reí en silencio por mi atrevimiento, con el pulso a mil. Era bárbara, pero igual no estaba muy satisfecha, la maldita de Tania me había ganado de alguna forma.

* * *

Salí envuelta en una toalla, solo me faltaba tomar mi pijama y ponérmela para dormir. Vi a Ácrux tendido de costado y dormido, no pude creerlo. Me acerqué, estaba aferrado a mi blusa, manteniendo una muy leve sonrisa, dormía en total paz como un león. Debía estar cansado en verdad, me apenó despertarlo.

¿Dónde dormiría yo?

Sequé mi cuerpo, mi cabello quedó húmedo ya que no quise usar la secadora para no hacer ni el más mínimo ruido, y me puse el pijama. Quedé pensativa. Podía dormir en la silla, en la cama no cabía muy bien, salvo que durmiera abrazada a él o encima... Umm. Oh sí... Espera, ¡no!

Hice puchero y suspiré. Me senté en la silla y me recosté sobre el escritorio, usando la almohada para que la superficie me fuera suave.

* * *

Un movimiento me hizo dar un leve respingo. Sentí calidez, al abrir los ojos vi que estaba oscuro, alguien me había alzado en brazos.

—Perdón, ya te desperté —se lamentó—, solo voy a ponerte en la cama, ¿está bien?

—Mmm... —Me aferré a su cuello—, descuida. —Me tendió sobre el colchón y lo retuve—. Quédate...

—Estaré aquí a un costado.

—Me refiero a aquí en la cama —aclaré somnolienta.

Tardó un par de segundos en responder.

—¿Segura?

—No te van a castigar.

—Ja... —Suspiró—. Bien.

Se acomodó a mi lado, sonreí satisfecha al sentir su calor. El calor del atardecer. Tomé su brazo e hice que me rodeara la cintura.

—Así no nos caemos —susurré.

Nos pegamos más, vibré por la fuerza con la que me acogió, respiró por mis cabellos, por mi frente, aproveché también y me deleité con ese aroma tan dulce y masculino, terminé dormida como si estuviera en el cielo.

* * *

Busqué su cuerpo pero solo encontré la cama vacía, eso me hizo abrir los ojos, ya era de día. Recordé que a altas horas de la madrugada había despertado de forma fugaz, y lo había visto mirando por la ventana. No tuve el valor de decirle nada, terminando dormida a los pocos segundos otra vez. Había creído que soñaba pero ahora era consciente de que no.

Giré y quedé viendo el techo hasta que lo vi salir de la ducha, con el cabello castaño casi rubio alborotado, los bonitos ojos color miel, y una caliente sonrisa, que él no sabía que era caliente, claro, nada acorde a la tristeza con la que lo había visto observar el horizonte.

—Buenos días —saludó con esa elegante voz. Ya estaba vestido con el uniforme de los de seguridad. Me sentí un poco decepcionada porque no lo vi salir solo con toalla.

—Hola —respondí tímida, a pesar de que anoche prácticamente me desnudé ante él.

—¿Te espero para bajar?

—No, no, ve, no quiero que se te haga tarde por mí.

Se encogió de hombros.

—No tengo nada que hacer en realidad.

—Yo tampoco, ¿recuerdas? ¿Averiguaste algo sobre tu pasado?

Su casi inexistente sonrisa se borró de pronto.

—Um... no mucho.

—Eh, espera me alisto y vamos por ahí, ¿te parece?

Asintió.

—Te esperaré abajo.

Tomé mis cosas con rapidez y corrí al baño.

* * *

Una vez en el comedor, me serví algo para desayunar. Ahí estaba él con su amigo, me acerqué despacio sin que me viera, pero no tardó en voltear. Había olvidado otra vez que tenían buen olfato y oído.

—Anoche no los presenté, perdón —dijo mientras me sentaba a su lado—. Él es Jaguar, esperará a que llegue Marien, porque ha venido a verla.

—Un gusto.

Hizo un gesto educado con la cabeza a modo de saludo. Parecía tener la edad de mi padre, o quizá un poco más. Sin embargo, estaba en muy buena forma, y parecía tener una salud fenomenal.

—Pero vaya que usted está muy, muy en forma, ¿eh? ¿Qué tanto hacen para mantenerse así?

Ácrux soltó una suave risa y el señor solo mostró una leve sonrisa.

—Pues no sabría decirle... pero según sé, ustedes los humanos no se ejercitan mucho, ni comen muy saludable.

—Um, eso es cierto.

—Asumo también que es porque no podemos estar quietos —agregó Ácrux—. Tenemos energía para gastar y la desfogamos corriendo, cazando o teniendo duelos, un sinfín de cosas.

—Yo sé otra forma en la que puedes desfogar tu energía —murmuré con una traviesa sonrisa.

Me miró confundido y esperando saber. Moví las cejas con picardía.

—Bueno —dijo estremeciéndose con otra leve risa—, ¿qué es?

—Quizá te lo diga si sales conmigo.

—¿Salir? ¿A dónde?

—Tan solo a recorrer algunos lugares. ¿Viene usted? —le pregunté al señor.

—No gracias. —Sus ojos felinos se pasearon con ligera diversión por nosotros. Sospeché que al ser ya casado, sabía a qué me refería, pero no lo diría frente a un joven que tenía prohibido saberlo... Aún.

—Está bien.

* * *

Salí feliz del lugar, y más aún porque tenía mi mano aferrada a la de mi bonito H.E., saqué unos lentes oscuros y se los di.

—Póntelos para que la gente no vea tus ojos.

—¿Segura que no pasará nada?

—Sirio también usaba unos así cuando lo he visto salir con mi amiga.

Frunció un poco el ceño.

—¿Tú has salido con él?

—¿Qué? —reí—. Nooo.

Pareció extrañamente aliviado. Se puso los lentes y me emocioné.

—Se siente un poco raro.

—Te ves tan guapo —murmuré embelesada.

—¿Qué?

—Vamos. —Tiré de su mano.

Caminamos por algunas calles, él guardó las manos en sus bolsillos por sus uñas que terminaban en punta. Me había olvidado de eso también, rayos. De todos modos no me rendí y me aferré a su brazo, fuerte brazo, aproveché en tocar sus bíceps, mordiéndome el labio. Algunas mujeres pasaban mirándolo y era de esperarse porque hombres esculturales como él ya no había; sí, la primera vez que vi a Sirio también quedé impresionada.

Estando con ellos uno no solo se acostumbraba a su buen porte y altivez nata, sino también a esa sensación de estar cerca de un león, sabiendo que estaba hecho para matar, con movimientos certeros y veloces, con un par de ojos que te podían congelar, y con una fuerza con la que no podías lidiar.

Me gustaba esa leve sensación de peligro, felizmente sabía que él no me haría daño, pero la esencia de depredador salvaje seguía ahí, seguía latente en cada uno de sus músculos.

Me dejé envidiar por las mujeres mientras iba a su lado, hasta que nos detuvimos frente a unos televisores en exhibición en una tienda, estaban pasando noticias. Apreté un poco mi agarre en el brazo de Ácrux al verlo a él y a los otros en pantalla. Distintas tomas de ellos conviviendo con nosotros en el centro de entrenamiento y, por último, de ellos defendiendo a los hombres de Max de otros que los atacaron, el día en el que mi Ácrux y los hermanos se fueron.

Los locutores hablaron, atando cabos, esa y las grabaciones anteriores solo indicaban que los H.E estaban siendo mal interpretados y muchos de ellos nos malinterpretaban a nosotros, ahora sabían por qué. Porque los humanos les habíamos estado utilizando, maltratando, quitándoles sus vidas. Las sociedades protectoras reclamaron, amenazaron con buscar y detener a los culpables. Las personas salieron pidiendo justicia, aunque uno que otro decía que los evolucionados se lo habían buscado.

Miré a Ácrux, estaba con el ceño fruncido.

—Vamos —susurré. Tiré con suavidad de su brazo y avanzamos—. ¿Todo bien? —quise saber.

Suspiró y su expresión volvió a ser serena, para alivio mío.

—Sí, creo que las cosas van a cambiar, quizá. Aunque los humanos en sí no, pero la situación entre las dos especies...

—Es verdad, dudo que los humanos cambiemos. Según sé, ustedes tienen otras reglas, ¿recuerdas alguna?

Meditó unos segundos.

—Solo algunas... como que no debo ver el cuerpo de alguien, ni mostrar el mío. —Me miró y sonrió de lado al parecer con algo de culpa, derritiéndome.

En eso recordé por qué lo decía.

—Ay... —me ruboricé—, je, bueno, me gustó verte igual... —¿Qué rayos acababa de decir?

Su suave risa se dejó escuchar.

—No creo tener nada para mostrar. —Estuve por refutar eso pero continuó—. Si eso hubiera pasado en una ciudad mía, le hubieras ido a contar a tus padres, se habría armado un escándalo, y nos habrían desterrado a los dos.

Quedé sorprendida.

—¿Y por qué a los dos?

—A ti por haber estado en mi habitación y haberme visto semidesnudo, y a mí por haberte visto y dejar que estuvieras en mi habitación.

Reí.

—Bien, entonces no tenemos salvación. —Su sonrisa me encantaba—. ¿Qué más? ¿Qué otras reglas hay?

Me hubiera encantado poder preguntarle sobre su vida, su familia, saber sobre él, qué le gustaba y qué no, pero no lo recordaba. No podía preguntarle cosas así, pero igual me interesaba.

—Ummm, tengo un vago recuerdo... No faltar el respeto a los mayores, no se les puede ni mirar mal; obedecer a tus padres, su palabra es ley; no tomar cosas de otros sin su permiso...

—Eso es como no robar.

—Claro. También reglas pequeñas, puede decirse, como aprender a cocinar, limpiar tus cosas, no hablar si un mayor lo hace, no decir

insultos ni malas palabras, no tocar el alcohol, eso es para mayores de veinticinco... y un sinfín de reglas. Todas están impregnadas en mí, asumo que porque desde pequeño me las deben haber exigido. Pero las últimas cosas no recuerdo, quizá por... los traumas o malos momentos. —Se tensó, su expresión de tranquilidad detrás de esos lentes oscuros se había ido—. Poco a poco he ido recordando... y no es nada agradable.

Apreté mi agarre en su brazo, no quería verlo sufrir, no era justo.

—Has recordado, ¿verdad?

—Sí...

—Vas a estar bien.

—Quizá no, hasta que vea que los hice pagar. —Hubo mucho rencor en su voz, me abrumó.

Me empiné, tirando de su brazo al mismo tiempo, y le di un beso en la mejilla. Los problemas que debía aguantar por ser baja de estatura. Arqueó las cejas con algo de sorpresa pero sonrió de forma leve. Vio a una pareja que pasó por nuestro lado, tomados de la mano, luego miró su brazo, al que yo estaba aferrada.

—¿Por qué ellos iban de manera similar a nosotros?

Los nervios me quisieron invadir, no entendí por qué.

—Son... novios...

—Es lo que explicaste... ¿Es como los núcleos, esposos?

Reí en silencio.

—No, ser novios es... eh... Como algo más que amigos, es...

—¿Mejor amigo?

Negué mientras controlaba mi risa.

—Sienten algo especial el uno por el otro, así que salen juntos, conversan, se cuidan, es casi como ser esposos, ¿sabes?

Frunció el ceño con extrañeza.

—¿Somos novios?

Mi sonrisa se amplió.

—No, a menos que tú quieras.

—Sí, quiero.

Lo abracé fuerte tras un impulso.

—Owww, genial —exclamé mientras lo apachurraba y reía.

Quizá me estaba aprovechando de que él no sabía exactamente qué estaba haciendo, pero ya qué, ya podía decir que era mi novio.

En eso recordé que era una tonta, claro que no podía decir que era mi novio, si él no sabía qué era, ni lo que incluía.

—Hay algunas reglas que debes acatar —comenté mirándolo con preocupación.

—Dímelas —pidió encogiéndose de hombros.

—No puedes ser novio de otra siendo el mío, no dejarte tocar por otra, ni que te de besos como yo lo he hecho...

Pensó un segundo.

—Creo que por eso no hay problema, no debes preocuparte.

Volví a abrazarlo feliz y continuamos caminando.

—Tania no ha hecho nada de eso, ¿verdad?

Guardó silencio. Oh no... No, no, no.

—Algo...

Lo que me temía. Maldita. Tragué un poco la cólera pasando saliva.

—¿Qué hizo?

Tardó otros segundos en contestar.

—Desabrochó mi camisa, dijo que aquí es normal mostrar el pecho...

—Se me enfrió la sangre casi de golpe—. Me tocó, he hizo que la tocara un poco... Tú sabes... Ahí... —Señaló uno de mis senos y se me hizo un nudo en el estómago—. Me dio besos. —Me miró, quizá tratando de ver cómo estaba, pero traté de lucir relajada viendo hacia el frente, a pesar de la rabia. Ya le había dado sus primeros besos, lo había tocado. Estaba por gritar e ir corriendo a jalarla de los pelos a esa tipa—. Me dio uno por el cuello, en la mejilla, mordió un poco mi mentón, ni sé por qué, dijo que me enseñaría algo que nunca olvidaría, pero Max apareció y la espantó.

Estaba roja otra vez por los celos, pero caramba, ¡bendito seas, Max! Respiré hondo, aliviada porque no le había dado un beso en los labios, vaya milagro. Pero no me servía de mucho consuelo...

—Es una zorra descarada.

—¿Zorra? ¿Te refieres al animal, qué tiene que ver?

Pausé mi andar para abrazarlo, cerrando los ojos.

—Eres mío —murmuré con dificultad—, que no vuelva a pasar...

Alcé la vista y pude ver su leve rubor. ¿Se había ruborizado porque le había dicho que era mío? Era adorable.

—No pasará —dijo casi en susurro.

Recosté mi mejilla contra su pecho y respiré su aroma. Me hacía sentir mejor que hubiera aceptado tener algo así de raro conmigo, pero al menos con eso me aseguraba de que ya no se iba a dejar tocar ni acosar por Tania. Además estaría yo para vigilar a esa tipa.

Quería darle mi amor, quería hacerlo feliz.

CAPÍTULO 12

DEFENSOR

Rosy

Después de pasear un poco, entramos a un restaurante para comer algo. Nos sentamos prácticamente juntos en una mesa pequeña y redonda, en la terraza en la parte exterior, daba a un bonito espejo de agua al cual le caía una pequeña cascada. Él pidió algo que contuviera carne, bajo la vista dudosa del que nos atendía, reí en silencio y busqué en la carta algo que tuviera eso, y algo para mí.

—Cómo quisiera no usar estas cosas —se quejó refiriéndose a los lentes, luego de que el hombre se fuese.

—Por ahora tiene que ser así, a pesar de que es raro. Pero se te ve bien.

—Gracias... —Se entretuvo viendo a los peces nadando, de hecho, los miraba muy, muy fijo.

—No vayas a intentar cazarlos, ¿eh?

Soltó su bonita risa suave.

—No.

—Cuéntame más de ti —pedí.

—No, creo que ya te toca a ti... —me dio un leve y rápido toque en la frente—, pequeña rulitos. Recuerda que ibas a decirme qué otras formas de desfogar energía puedo usar.

Me ruboricé. No podía contarle aquí, ¿en qué rayos pensaba? Apoyé los brazos en la mesa y él también lo hizo, pegándose más a mí, sentí todo su brazo contra el mío, me gustó y estremeció. El contacto de su piel quemó.

—Ah... Una es hacer deporte. ¿Haces deporte?

—Eso sería como lo que hago en el campo de entrenamiento.

—Oh, claro...

—Era algo más, tú dijiste. —Parecía divertirme mi evidente encrucijada.

—Prefiero contarte más tarde, ¿te parece? Cuando estemos en cama...

—¿Estemos? —Mostró una traviesa sonrisa, seguro sin querer—.
¿Dormiremos juntos otra vez? —Se acercó más.

—Sí. ¿No quieres? —Me ponía muy nerviosa.

—Claro que sí. —Terminó rozando apenas su nariz por mi sien, mi corazón se había disparado—. Tu olor me relaja, no sé por qué —susurró. Se alejó con preocupación—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué? —Estaba completamente roja.

—Tu corazón late muy rápido.

—Me lo causas tú —murmuré con timidez.

—¿Yo? —Estaba confundido.

¿Cómo decirle que me gustaba, que me estaba enloqueciendo, que ser novios era más de lo que él creía? ¿Qué pasaba si no me correspondía el sentimiento si le decía? Eso me deprimiría.

—No es que me incomodes, al contrario, me has hecho feliz, es por eso.

Se alivió claramente.

—Entonces es algo bueno.

La comida llegó. Suspiré, era tiempo libre.

* * *

Regresamos, cruzando por un parque. Ácrux tuvo que aguantarse las ganas de salir a perseguir a una ardilla, por mí, porque estaba aferrada a su brazo otra vez, acariciándolo con mi mejilla.

Para cuando llegamos al campo de entrenamiento, vimos una camioneta estacionada. La reconocí, Max había regresado, estaba hablando con su hermano. Corrí feliz pero me preocupé al ver que no había vuelto con Marien.

—Tranquila —dijo al leer mi expresión—. Ellos necesitaban otra pequeña luna de miel. —Guiñó un ojo y se acercó a responder las preguntas de los otros.

Sonreí feliz al saber que mi amiga y Sirio estaban bien.

Ácrux se le acercó y este enseguida lo hizo pasar junto con otros tipos de su grupo y Tania a su oficina. Quedé sola, tensé los labios, debían arreglar lo de sus asuntos, yo al menos ya estaba más tranquila.

Para la noche, cené algo ligero junto a ellos. Rocé mi mano por el brazo de Ácrux de rato en rato con disimulo, él sonreía a labios cerrados y hacía lo mismo, ocasionándome hormigueos en el estómago. Le di un suave hincón por su costado con el dedo y rio en silencio.

—Esta comida tiene un sabor distinto —comentó Jaguar.

—¿Distinto? —preguntó mi Ácrux.

—¿No lo sientes? Tiene algo de químicos raros... No todo, pero hay.

—No recuerdo cómo sabía la comida en donde habré vivido —dijo con cierta tristeza.

—Traeré avena, es natural —sugerí.

—Iré yo —intervino el señor—, descuide, jovencita.

Se puso de pie y se fue.

—Sirio había mencionado algo así —comenté—, sobre la comida.

—Debe ser, nosotros hacemos todo natural, de seguro sabe diferente. Como ha pasado bastante tiempo, debo haberme acostumbrado al sabor de la comida humana, a los aromas y todo aquello.

Luego de terminar fuimos a las habitaciones. Tania quedó mirando cómo me dirigí ya lista para dormir a la habitación de Ácrux, pasé triunfante con mi pijama de corazones, aunque aún me daba rabia que se me hubiera adelantado de alguna forma y que se atreviera a usar ese pijama casi traslúcido que parecía lencería fina. Quizá con eso se le había acercado, y yo solo tenía esto para dormir, nada sensual.

Eso no significaba que fuera a apurarme y aprovecharme del inocente evolucionado que creía que ser novios era como ser algo más que mejores amigos.

Quise tocar bajo su puerta pero abrió antes de que pudiera hacerlo. Sonrió, haciéndome olvidar mi cólera, luciendo sus bonitos colmillos y esos ojos que le hacían parecer un ser mágico traído de un libro de fantasía. Pero era real, y lo quería para mí.

Caminé hacia la cama para luego sentarme en el borde, lo vi acercarse mientras se quitaba la camiseta. Mi corazón se disparó. Ay Dios, sí, nene.

Mordí mi labio inferior. Volvió a sonreírme, se le veía tan caliente, y vaya cuerpo que tenía. Yo que nunca en la vida había pensado en siquiera tener la oportunidad ni de mirar en vivo y en directo un cuerpo así como el de los mejores modelos de la internet.

—Como no hay problema —se encogió de hombros—, es más cómodo, y no tengo nada para mostrar...

«Oh, gatito, tienes demasiado para mostrar aunque no lo creas», pensé enseguida. Me puse de pie antes de que se recostara en la cama y lo detuve.

—¿Puedo tocarte? —pregunté con los nervios de punta.

Juntó las cejas con intriga pero terminó sonriendo apenas.

—Claro... —levanté la mano con timidez—, aunque no sé para qué.

—Curiosidad. —Solté una tonta risita, sabía que estaba roja como tomate.

Toqué su abdomen marcado, era suave y firme a la vez, cálido... como el atardecer. Asenté toda mi palma contra su piel, alcé mi otra mano e hice lo mismo. Las deslicé hacia arriba, sintiendo todos esos músculos, llegué a sus pectorales, alucinando con la emoción que tenía. Y qué decir de su aroma, me encantaba, ya quería lamerlo, poco me faltaba. Acaricié sus fuertes hombros, mordiendo mi labio otra vez, y alcé la vista.

Tenía el ceño apenas fruncido, me miraba fijo y sus mejillas presentaban un tenue rubor.

—Me gusta que me toques —murmuró con esa voz grave que me estremecía más—, creí que me molestaría como veces anteriores ha pasado... pero no.

—Te incomodaba, ¿verdad? Lo recuerdo.

—Le tengo pavor a la corriente y tenerte cerca o que me tocaran me hacía sentirla, pero me he dado cuenta de que esta es algo distinta, la puedo aguantar... Bueno, sigue siendo rara para mí, pero como dije, es soportable y hasta... agradable.

Me empiné y casi colgué de su cuello para darle un beso en la mejilla. Me rodeó en brazos y su calor me envolvió. Nos quedamos mirando, tuve miedo de darle otro beso, otro en esos varoniles labios, y ser rechazada. Sus ojos bajaron a mi escote, haciendo que me ruborizara otra vez.

—¿Podré tocarte también? —quiso saber.

Sonreí de forma traviesa.

—Aaah, picarón, no-oh, hoy no.

Si me tocaba lo violaba, así que mejor no. Me miró como niño al que le acababan de negar un dulce mientras lo soltaba y me alejaba.

—Pero tú... pero somos...

Reí.

—Podrás... pero luego. —Le guiñé un ojo y le mandé un beso.

Me recosté en la cama para tratar de alejar el calor que me recorría por haber pensado en esa escena. Él apagó la luz y vino. Sonreí al ver sus ojos felinos brillar un segundo reflejando algo de la luz que entraba del exterior. Cerró las persianas.

—¿Qué tan luego? —preguntó mientras se acomodaba a mi lado. Me pegó a su caliente pecho.

Su cuerpo era la mejor cama que existía.

—Pronto... —susurré—. ¿Sabes que me haces pensar en un cálido atardecer?

Acarició con suavidad mi cabello, y de pronto sentí un aire de melancolía.

—Entonces de algún modo sabes que soy más noche que día...

Me aferré más a su cuerpo, queriendo calmar sus tristezas.

—No, no —dije preocupada—. Eres día.

Nos miramos por varios segundos, volvió a mostrar su leve sonrisa, aliviándome.

—O quizá tú —susurró—. Tú eres como mi amanecer...

* * *

Al despertar me encontré sola otra vez. Suspiré triste, debí decirle que me despertara, que no me dejara. Me espanté al ver la hora, casi las diez, qué bárbaro, era una dormilona, una marmota. Escuché el movimiento en el campo, ya hacía mucho que debían haber empezado, pero ya qué, al menos la zorra de Tania sabía que Ácrux me había dejado dormida en su cama.

El mediodía llegó bastante rápido mientras lo veía entrenar, sobre todo lanzando cuchillos y todo tipo de armas blancas, su amigo Jaguar no tardó en unirse solo para distraerse. Me puse a revisar las páginas de empleos a ver si alguien quería recibirme, pero nada.

Luego de almorzar y tener uno que otro jugueteo con Ácrux, dándonos toques y riendo un poco, continué buscando. Parecía que ya me tenían marcada, el gobierno me había marcado y con eso de que el gobernador estaba desaparecido, todo era un caos. No tenía caso, mi vida estaba arruinada.

Iba pasando cuando escuché una conversación. Me detuve contra la pared, cerca de la puerta, era mi Ácrux el que hablaba.

—Ese maldito mató a mi hermano, no voy a descansar hasta que le haga pagar, esté en donde esté, ¿escuchaste?

—Bueno, bueno —trató de calmarlo Max—. Pero es que no puedes ir a buscarlo, están tras el gobernador, y ahora lo que me interesa es saber si lanzan una noticia que nos diga dónde puede estar y así encargarnos también de ese tal Orión, el H.E que se lo llevó.

—Apenas se sepa iré tras él. Apenas se encuentre al gobernador, iré a buscar a ese sujeto.

—Pero vas a necesitar ayuda, si vas tú solo mueres.

—Ya no interesa eso. —El corazón se me estrujó al escuchar eso—. No pienso atacar mientras está acompañado.

—No te aconsejo dejarte llevar por el odio, podrías morir, ya te dije.

—Hay alguien esperándome, no pienso fallar.

Eso me intrigó. ¿Alguien lo esperaba? ¿Sería su mamá o algún familiar?

—Ah —soltó Max con afán de molestar—, ¿alguna novia?

Fruncí el ceño.

—Alguien nos escucha ahí afuera.

Me había descubierto. La puerta se abrió antes de que pudiera salir disparada, y ahí estaba Max.

—¿Pasa algo?

—No, no, no. Todo bien.

Ácrux salió también, me sonrió de forma leve pero no parecía muy contento. Entristecí también al pensar en que tuvo un hermano y alguien lo había matado, no imaginaba la rabia que de seguro sentía, la impotencia.

—Oye, ayudaré —insistió Max—. Déjame llamar a Sirio, iremos todos a deshacernos de ese H.E loco que tiene al gobernador y del tipo que asesinó a tu hermano, ¿bien? Mataremos dos pájaros de un tiro. Hay que cazar a todos los corruptos.

Entró a su oficina y cerró la puerta. Quedé mirando a mi gatote dorado.

—Siento lo de tu hermano —murmuré apenada.

—Descuida —dijo en un suspiro, alejándose y volviendo al campo.

Quedé sola otra vez. No quería que me dejara sola, quería darle cariño y calmar sus penas. Aunque ahora tenía la duda. ¿Se refería a mí al decir que alguien lo esperaba? No, seguro se refería a su mamá

o papá. Rayos, ni siquiera le había preguntado por ellos, por no querer hacerle recordar posibles cosas tristes.

Sin embargo, él tampoco lo había mencionado, no había querido. Quizá como se comportaba conmigo no era su verdadero «yo», solo era una capa superficial. Quizá en realidad yo estaba tan lejos de él como cualquier otro habitante de aquí. Mi Ácrux seguía sintiéndose solo, y yo no era más que otra rara y simple conocida, no me había hecho entrar a su mundo.

El día pasó, no pude hablar más con él ni pasar un bonito momento. Estaba en mi cama sin valor para ir a verlo, sintiéndome extraña, sin avance. Creí que era por lo menos alguien en verdad para él. Tal vez era nada en su vida, pero quería hacerle reír, hacerle sentir acompañado, así que meforcé a mí misma para ir.

Cuando salí, vi a Tania en su puerta, hablando con él. Quise inflar los cachetes y gruñir como niña, era el colmo. Ácrux volteó a verme y sonrió apenas como de costumbre, estaba con el torso desnudo como anoche y Tania un poco más y deslizaba sus manos por su piel con lo pegada que estaba a él.

—Buenas noches —se despidió tan tranquila que me hizo sospechar.

¿Por qué no puso su cara de «no puedo creerlo» otra vez?

Entré con Ácrux y cerró la puerta. Quise preguntarle qué hablaron pero no quería empezar a portarme como la novia celosa, psicópata y cotilla, debía confiar. Le sonreí y me correspondió.

—¿Estás mejor? —quise saber mientras me recostaba en su cama.

Apagó la luz.

—Sí. —Se echó a mi lado, su calor me llamó como un imán—. Solo algo estresado.

—Tengo un truco para eso. Haz rebotar tu cabeza contra la almohada. —Me miró al parecer con intriga, como estaba oscuro, solo él podía ver bien con esas pupilas grandes—. Así como estás, recostado mirando al techo, levanta la cabeza —levanté un poco la mía— y te das contra la almohada. —Lo hice y volví a hacerlo.

Reboté y eso me causó gracia. Él también lo hizo y terminó riendo a carcajadas, algo que hasta ese momento creo que no había hecho. Mi estómago hormigueó, le volaron mariposas, escarabajos y todo tipo de bichos al escuchar esa risa tan varonil.

De pronto me envolvió con sus brazos, su calor me embriagó, y respiró hondo por mis cabellos. Cerré los ojos y sonreí, disfrutando del aroma de su piel.

—Gracias —susurró—. Buenas noches.

—Buenas noches.

—Mientras esté aquí... voy a cuidarte.

Entristecí al saber que no iba a estar conmigo siempre, o al menos que no planeaba estarlo, y no tenía el valor para decirle que no se fuera. Tardé en dormirme, pues lo sentía jugar con algunos de mis rizos. Por casi media hora intenté memorizar eso para recordarlo siempre, su respiración acompasada, su jugueteo, hasta que finalmente me perdí.

* * *

Abrí los ojos de golpe. Sola en su cama otra vez, me estiré y suspiré. No estaba feliz, él no pertenecía aquí, apenas terminaba lo que tenía que hacer, se iba a ir.

Estaba odiando el sentimiento de vacío que me estaba causando. Tenía que hacer algo para que tuviera motivos de volver, si yo obviamente no era suficiente, si ya me había dejado claro todo con el «mientras esté aquí».

Era agridulce. Dolía y alegraba al mismo tiempo.

Cuando bajé, Max estaba alistando algunas cosas. Habían llegado los otros dos hermanos, Alpha y Centauri.

—Cuando vuelva vamos a partir en búsqueda del gobernador, así que no desesperes, no te vayas a ir sin nosotros —le advirtió a Ácrux mientras iba a la salida.

Luego de que se fue, me acerqué. Jaguar le dio un par de palmazos en el hombro a Ácrux y me saludó con una leve sonrisa.

—Apenas le de mi encargo a la jovencita Marien, ¿podrías acompañarme a mi ciudad? Ya que con lo que te acaban de decir...

—Claro.

Di un paso más, dispuesta a retenerlo de alguna forma, pensé en algo rápido.

—Y cuando lo dejes, ¿vuelves? —Volteó a mirarme—. Haré una ceremonia, o bueno —cerré los ojos un segundo para saber qué decir—, algo así, como una fiesta, para cuando hayan recuperado al gobernador y eso... Quisiera que estuvieras.

Mostró una leve sonrisa de disculpa, haciéndome sentir que ya lo perdía.

—Bueno, los hermanos me han dado algo de información así que debo...

—Por favor, sin ti no va a ser lo mismo. Un rato al menos, antes de que vayas a perseguir a aquel sujeto.

—Bien —suspiró—, no puedo negarte nada —sonrió—, no sé por qué.

Lo abracé feliz, haciéndolo soltar su risa suave. Luego de eso fue al campo de entrenamiento con los otros.

Pero no pasadas ni dos horas, algo sucedió. Una explosión se escuchó a lo lejos y el susto me invadió. Los hombres de Max se alertaron y empezaron a moverse de prisa y a gritar órdenes que no entendía bien.

Salí al campo, pero lo único que logré ver fueron las plantas del bosque de al fondo moviéndose. Salieron muchísimos evolucionados caminando directo hacia nosotros, la presión sanguínea me bajó, arrancaron a correr y de un brinco corrí hacia adentro de la edificación, no tardarían en saltar la cerca y entrar.

Alguien me tomó en brazos y me alzó del golpe, arrancándome un grito de sorpresa.

—Tranquila, no voy a dejar que te toquen. —La voz de Ácrux me calmó. Miró hacia atrás con preocupación y aceleró.

—¡Si corro es mejor!

—¡No!

—¡Sígueme! —ordenó Jorge.

Estábamos cerca de la salida cuando los gruñidos de los H.E se escucharon. Me aferré a Ácrux, asustadísima, cerré los ojos, yo le estorbaba al no poder defenderme.

—¡Al hospital! —escuché otra orden.

Cuando me di cuenta ya estábamos ahí, Ácrux me había hecho pisar suelo y se disponía a irse.

—¡No! —Lo detuve de la mano con desesperación.

—¡Debemos ir a ayudar! —exclamó uno de los hermanos.

Estaban ellos y Jaguar también.

No pude decir más, pues un estruendo me hizo gritar asustada otra vez. Los evolucionados habían entrado al hospital y el caos se armó. Escuché los gruñidos y gritos. Los hermanos se lanzaron a defender a las personas, Jaguar también.

Un H.E se me lanzó pero fue atajado por Ácrux, lo embistió y rodaron por el piso, gruñendo de tal forma que me asustó demasiado. Había olvidado lo peligrosos que podían ser, lo peligroso que podía ser mi H.E. Le golpeó la cabeza contra el duro suelo y se puso de pie, vino otro y le mordió el hombro, lo alejó de un codazo y fue embestido por un tercero, que lo mordió también por el brazo.

—¡DÉJENLO! —chillé envuelta en lágrimas y desesperación.

Otro vino con una mesa y antes de que pudiera advertirle lo golpeó. De forma violenta fui embestida y arrastrada, para encontrarme al segundo con la cara frente al piso frío. Reaccioné, habíamos caído al interior de una de las oficinas que daba a un laboratorio de sangre. La mesa terminó trabando la puerta al caer y quedar contra esta y la pared del costado, estaba siendo golpeada y empujada, me empecé a desesperar sabiendo que era un H.E queriendo entrar.

Mi Ácrux estaba a mi costado, inconsciente. Hice a un lado las punzadas de dolor en mi cuerpo por la caída, traté de moverlo, hacerlo a un lado, angustiada por los gruñidos salvajes que se escuchaban del otro lado. La puerta se abrió apenas y las garras del evolucionado queriendo entrar aparecieron, raspando la pared, más el ruido de la respiración agitada del furioso H.E y uno que otro gruñido.

Solté un gemido de frustración tratando de mover a Ácrux pero era muy pesado para mí. Ellos pesaban más que un humano promedio, eran pura fibra muscular, y para empeorarlo yo era una debilucha.

El evolucionado se embistió contra la puerta y la mesa crujió.

—Dios —sollocé. Tome el rostro de mi H.E—. Por favor, despierta...

Lo moví una vez más, apretó los parpados y al fin abrió esos felinos ojos mieles, para mi alivio, sonreí con las lágrimas ya corriendo por mis mejillas otra vez. Di un respingo ante un segundo golpe y crujido de la mesa. Él se alertó enseguida, se sentó con rapidez y acunó mi rostro en la palma de su mano.

—¿No te caí encima? ¿No estás lastimada? —Negué asustada. Otro golpe. Se puso de pie veloz—. Quédate aquí...

Agarró la mesa y rompió la puerta, llevándose de encuentro al evolucionado que había estado afuera. Lo dejó inconsciente y siguió a atacar a otro. Nuevamente lo vi envuelto entre zarpazos, golpes y mordidas feroces. Lo superaron en número, angustiándome. Pronto otro lo mordió.

—No. ¡No!

Alguien tiró de mí, jalándome fuera de mi voluntad mientras seguía gritando. Solo logré ver que mi Ácrux se liberaba dándole un rodillazo al H.E, lo mordió en el hombro y terminó arrancando carne, iniciando el frenesí de mordidas y tirones, otros tres lo ocultaron de mi visión. Grité su nombre y traté de liberarme del que me estaba alejando.

—¡Rosy, tranquila, van a estar bien! —Era Marcos.

—¡Déjame con él!

—¡¿A que le estorbes?! ¡Es mejor que peleen estando solos!

Terminamos entrando a una de las habitaciones más resguardadas, fría, en donde estaban varias toxinas, virus, y demás. Me apoyé contra la pared mientras lloraba llena de pánico, miedo y preocupación. Marcos vino y me abrazó intentando calmarme.

—Ya, no hagamos ruido.

—No quiero que lo dañen —balbuceé con la voz quebrada.

Sabía que eran salvajes, pero nunca me detuve a ver siquiera un poco de algún ataque suyo antes, hasta ahora, que uno de ellos era objeto de mi amor. Un amor no correspondido, debía recordar.

Entonces me di cuenta de que también lloraba por eso, por haber estado conteniéndolo. No podía estar siendo tan inmadura...

CAPÍTULO 13

NUEVO PARADERO

Mordía y golpeaba casi sin remordimientos a los que me atacaban, pude olfatear que el amigo de Rosy la llevaba, y esperé que fuera a algún refugio, pero no iba a tardar en buscarla luego.

El grito de uno de los hermanos me alertó, le di un puñetazo al que venía a atacarme y corrí. Embestí al que estaba mordiendo a Alpha, nos arrastramos por el suelo, lo mordí y arranqué carne de forma casi automática, recibí un puñetazo en respuesta y caí a un costado. Otro clavó sus garras por mi espalda frustrando mi huida, gruñí más y giré veloz para liberarme. El tipo estuvo por volver a atacarme pero Jaguar lo llevó de encuentro y me puse de pie aprovechando eso.

Un grupo de evolucionados fue por donde se llevaron a mi Rosy, eso me preocupó, quise ir tras ellos pero eran tantos los que me impedían avanzar que no lo lograba.

No, Rosy, no. Si la encontraban y le hacían algo no iba a poder perdonármelo nunca, si con la muerte de mi hermano no lograba descansar, ya no estaría ella con su felicidad contagiosa. La idea de perderla de pronto se me hizo insoportable, llenándome de un miedo indescriptible. Aparté a los evolucionados sin detenerme a pelear con ellos, uno vino de frente pero de un golpe lo aventé a un lado mientras corría hacia donde se fueron los otros.

En ese instante, los H.E detuvieron su ataque, pero no me detuve a ver por qué. Corrí por donde estaba el aroma a fresas, crucé por unos pasadizos vacíos, preocupado por no escuchar nada.

Olfateé a dos de mi especie pero era tarde. Salieron de un costado y me embistieron, nos estrellamos contra la pared de concreto y el aire se me salió de los pulmones. Gruñí, forcejeé para liberarme, terminamos entrando a la extraña habitación. Me tenían casi

inmovilizado cuando alguien más se hizo presente, y al saber quién, la sangre se me detuvo.

El humano vestido de negro, cabello negro, y ojos negros. Los recuerdos vinieron de golpe.

—Vaya, has vuelto, por lo que veo siempre vuelves. ¿Dónde está tu amiga? —preguntó en tono de burla.

Solté un salvaje gruñido, enseñándole los colmillos, el pecho me vibraba, parecía perro rabioso. El muy maldito se había atrevido a hablarme, el muy maldito se había atrevido a venir. Estaba hirviendo en rabia.

—¿Sabes? Hiciste mal en no quitarte el chip rastreador —camino a un costado sin preocupación—, eso me ha ahorrado la búsqueda. Por lo que veo los hermanos también te han seguido.

—¿Acaso no estaban buscando a su gobernador? —gruñí entre dientes.

—Él está a salvo. —Me sorprendí un poco—. Oh sí, se ha aliado con los evolucionados, y están por esparcir la peligrosa toxina en la ciudad, morirán todos pero los culpables serán ustedes, ¿no te parece ingenioso?

—¡Claro que no, están locos!

El llanto de Rosy me produjo un bajón de temperatura, volteé solo para ver cómo dos evolucionados la tenían a ella y a su amigo.

—Nosotros ya no estaremos aquí para cuando pase, pero cada segundo cuenta. Ven conmigo y mis hombres pondrán a salvo a tus amiguitos humanos.

—¡No Ácrux, no...! —El H.E le tapó la boca y ella lloró.

¿Por qué insistía tanto en que no me fuera? Iba a ir si sabía que así podría vengarme, sin embargo ellos me pondrían bajo control otra vez y eso lo impediría. Por otro lado, no quería que Rosy muriera, ella tenía mucho aún, yo nada, solo sed de venganza y muerte.

El hombre sacó un arma y me apuntó. Rosy soltó un grito tras la mano del que la callaba y siguió llorando. Le gruñí al tipo otra vez, retándole a que lo hiciera, que disparara.

—Esa es la actitud —dijo con su sonrisa cínica. Alguien lo llamó a su móvil y su expresión se borró cuando escuchó lo que le decían. Logré oír que su plan con la toxina había sido arruinado—. Vaya —guardó su móvil—. Creo que hay cambio de planes. —Volvió a sonreír aunque su nerviosismo era evidente—. Lo que importa es que, por mi parte, ya tengo lo que quería. En cuanto a ti, al parecer no te importa morir, y sin duda vas a volver a verme porque hay algo que te impulsa a buscarme, ¿o me equivoco? Quieres venganza... Me pregunto qué harías si...

Dirigió el arma hacia Rosy y una fuerza antinatural se apoderó de mí, lanzándome al sujeto, y aunque los otros evolucionados reaccionaron y me detuvieron, logré cortarle la ropa de un zarpazo en el brazo y el disparo cayó por el techo. No me detuve ni un segundo en querer atraparlo y romperle en cuello pero consiguió salir corriendo, dejando el rastro de su sangre.

Le di un codazo al H.E de mi derecha y los atacé por haberme impedido matar al humano. Arranqué la carne de alguno sin saber quién y recibí un golpe, di un puñetazo pero el otro me pateó por atrás y caí. Salieron corriendo también junto con los otros, quise ir tras ellos pero Rosy gritó mi nombre y me detuve.

Apenas era consciente de mí mismo sintiendo sus finos brazos rodearme por la espalda. Respiraba agitado todavía pero la rabia empezaba a bajar.

—Tranquila, pequeña —la calmé—, ya se fueron.

Asintió en silencio. Tomé sus brazos para hacerla soltarme y voltee para volver a abrazarla. No podía creer que había estado por perderla. Las heridas que tenía empezaban a doler, pero no me importaron.

—Antes de que aparecieras se llevaron unas cajas de aquí —avisó Marcos.

—Quizá alguna toxina.

—Bueno, solo sé que ninguna toxina es tan poderosa como la que teníamos...

—De todos modos el tipo tiene razón, lo voy a buscar, él sabe bien que lo quiero matar. —Rosy apretó su abrazo a mi alrededor y sollozó.

Marcos tensó los labios e hizo una expresión de negación.

—Cómo les gusta sufrir —susurró para sí mismo, aunque pude escucharlo bien.

¿Sufrir? Sí, quizá estaba haciendo sufrir a mi chica rulitos, aunque no sabía porqué sufría por mí. No era ese mi objetivo, quería verla feliz y sonriente como siempre lo estaba, no le encontré motivo a su llanto.

—Vamos, quiero curarte —dijo separándose y limpiando sus lágrimas.

Tomé su pequeño rostro y se las terminé de limpiar.

—No llores —pedí con una dulce sonrisa que me salía solo para ella—, no me gusta verte triste.

Sus labios se curvaron con dificultad formando una leve sonrisa y asintió. Tomó mi mano derecha con la que le estaba limpiando el rostro y le dio un beso, para luego acunarla contra su mejilla y sonreír un poco más. No pude evitar acariciar su mejilla.

Marcos salió y lo seguimos a los pocos segundos. En la zona de ingreso estaban los hermanos y Jaguar siendo atendidos, Rosy me llevó a una silla y me hizo sentar, fue por sus cosas y las puso a un costado. Me desabroché la camisa mientras ella alistaba algodón y demás, aunque sabía que no era muy necesario porque me curaba bien solo.

Trató las pocas mordidas que tenía, no tardó mucho. Apenas volví a abrochar los botones me dispuse a bajar de la silla pero me abrazó fuerte, soltando un profundo suspiro. No pude evitar cerrar los ojos y quedarme así, contra su pecho... blando pecho, respirando su aroma.

—Tranquila, ¿qué pasa?

Acarició mi cabello y leves corrientes me recorrieron.

—Me asusté mucho.

—Soy fuerte, más me preocupaste tú.

Apretó un poco más su abrazo.

—Debemos volver —interrumpió Centauri—, apenas estamos recuperando tiempo con nuestra familia.

—Lo sé. Iré con ustedes.

Me habían dicho que encontraron a alguien que sabía de mí, debía ir a hablar con él.

—¿Te vas ya? —susurró apenada.

—Sí pero ya sabes que volveré, descuida —le susurré también sonriéndole como ya sabía.

Terminamos encontrando a Marien con Sirio y Max, ya habían vuelto y de seguro ellos también habían peleado porque estaban empapados con agua, manchados de sangre, sobre todo Sirio. Rosy corrió a abrazarlos feliz, tensé los labios, ya había creído que era el único al que abrazaba, quizá no era tan especial para ella.

Jaguar le dio una nota a Marien, era el mensaje que tenía para ella, al parecer de familiares a quienes había conocido. Ella entristeció un poco pero Sirio la consoló enseguida con un beso en la frente, eso pareció devolverle la felicidad.

Quedé con la intriga, yo no le había dado ni un beso a Rosy, y ella a mí sí.

Los hermanos me hicieron saber que ya era hora de irnos. Miré a Rosy entretenida con sus amigos, volteó a verme y su expresión cambió.

—Volveré en unos días —le recordé.

La vi sonreír, y ya más tranquilo con eso, seguí a los otros.

* * *

—¿Deseas algo de desayuno? —me preguntó aquella joven de oscuros ojos verdes.

Se puso de pie pero tomé su mano y volví a sentarla con delicadeza a mi lado en el sillón, rio en silencio.

—Quédate un rato.

Alguien se aclaró la garganta y nos separamos.

—Buenos días —saludó un señor de nuestra especie. Era bastante fornido, sus ojos como ámbar o similar, usaba una camisa roja oscura, como la sangre, sabíamos que era alguien que estaba reclutando

hombres para hacerle frente a la humanidad—. Entonces, ¿te irás? ¿No tomarás venganza? —Se cruzó de brazos.

—Bueno —dudé. Ahora que Pradera me había dicho que sí...—, yo...

—¿Piensas perdonarlo?

—N-no, pero...

—Si no vas, sería como perdonarlo.

—No le diga esas cosas —pidió Pradera asustada.

—Es que no quieren verlo. Esos humanos han matado a los suyos — eso nos hizo entristecer—, les han arrebatado mucho, merecen por lo menos morir. ¿O acaso eso no hubieran hecho ellos por ustedes?

Sabía que sí, sabía que mi hermano lo hubiera hecho. Apreté los puños con solo recordar.

—No quiero que le pase nada, no quiero quedarme sola —murmuró Pradera.

—No seas egoísta —le recriminó—, armar un núcleo no lo es todo, pero no puedo pedirle a una niña que lo entienda. Él tiene asuntos pendientes.

—¿Usted está solo?

—Claro, y estoy bien así.

—Ácrux —la miré, estaba enojada y asustada—, si vas... te olvidas de mí.

¿Qué? ¡No! Fruncí el ceño, estuve por reclamar aunque no supe qué. El señor soltó una muy corta y leve risa.

—Vaya, me recuerdas a alguien que conocí hace muchísimos años. — Lo miramos intrigados—. Iba a unirme con ella, pero terca, prefirió unirse a otro.

—Entonces usted guarda rencor —se atrevió a decir mi compañera.

El hombre frunció el ceño con amargura.

—No, está bien, así me demostró que no era digna de mí. Me mudé de ciudad pero pronto volveré, ahora tienen un hijo tan perdedor como ellos. —Caminó a un costado, con evidente diversión—. Esta

joven no está dispuesta a apoyarte, no vale la pena. Debes vengar lo que te hicieron, por el honor de tu hermano.

Era verdad, debía hacerlo, y quería hacerlo, por eso escapé también, era uno de los motivos, el más fuerte. Sentí que Pradera apretaba su agarre en mi mano y fijé mis ojos en los suyos.

—Tengo que hacerlo. —Tensó los labios y supe que empezaba a tratar de retener sus lágrimas. Pegué mi frente a la suya—. Oye... tranquila, voy a volver.

—¿De qué sirve? —Su voz salió quebrada.

—Tengo que hacerlo —susurré. Me atreví a envolverla en mis brazos—. Te dejaré en nuestra ciudad, y cuando acabe todo esto... volveré a ti. Sacudió la cabeza en negación.

—Ya no me tendrás.

Sonreí con tristeza y nostalgia.

—Yo creo que sí...

—Orión —llamó otro hombre al sujeto—, creo que ya entendieron. Sonrió de lado.

—Hay que enseñarles a los jóvenes, si no, hasta cuándo —se alejó diciendo.

Miré el suelo de madera, el aroma era distinto, estaba sentado en el mismo sofá, pero ahora estaba solo. Hacía dos años o más, Pradera había estado aquí conmigo.

—Cuando te vi, supe que no me habías reconocido —habló el tipo de ojos celestes que estaba aquella vez—, pero no supe si era porque apenas nos conocimos unas pocas horas o porque los humanos te habían hecho algo, tú sabes —señaló su sien—. Ellos y sus chips.

Asentí. Él estuvo aquel día del ataque en el que nos fuimos, escapando prácticamente, su nombre era Altair. Caminó cojeando un poco, sí vi cuando Sirio le rompió la articulación de la rodilla, no se les hizo fácil.

—Entonces... ¿Volvió? —Asentí otra vez en silencio, sabiendo que se refería a Sirio—. Ja. Bueno, Orión ya no está, así que asumo que... se acabó. —Ese tal Orión lo andaba persiguiendo.

—No para mí.

—¿Aún vengarás a tu hermano?

—Obvio que sí. Pero antes... —Antes debía ir a buscar a Pradera. Debería...—. Dices que partimos al sur, ¿verdad?

—Así es. Mencionaron que ahí estaba su familia.

—Entonces ya sé a dónde ir, sin duda la ciudad en donde nací es la siguiente.

CAPÍTULO 14

UNA CELEBRACIÓN

Volví a la ciudad de Rosy. No había ido a ver a Pradera, me acobardé. Si era cierto lo que recordaba, ella no estaba esperándome tal vez, pero luego de darle una última visita a Rosy, ya podría ir a hablarle... Quizá.

Entré sin problemas a la ciudad, por lo menos Max se estaba encargando de arreglar esas cosas con nosotros luego de que se descubriera lo que pasaba. Pero bien sabía que muchos sujetos, como el que mató a mi hermano, seguían perdidos por ahí, huyendo para que no los encerraran.

Rosy sabía que venía, le escribí en muy mal redactado mensaje. La vi y sonrió feliz, esa sonrisa que me contagiaba y llenaba, ya podía olfatear su aroma, estaba muy bonita, y creo que era la primera vez que la veía usando una camiseta y jeans, aunque la camiseta era blanca manga cero y tenía un lazo amarillo, muy como ella. Vino corriendo así que fui a su encuentro también. Brincó y me envolvió con brazos y piernas, haciéndome reír un poco.

—Hola, pequeña.

—Te he extrañadoooo —se quejó. Me plantó un sonoro beso en la mejilla y se descolgó de mí sin darme tiempo a reaccionar—. Vamos. —Tiró de mi mano. Un auto nos esperaba.

Ella iba conduciendo y contándome un sinfín de cosas. Hablaba tanto. Aunque logré entender que líderes H.E le habían financiado una celebración, tenía trabajo de nuevo, y que había raptado a su amiga Marien. ¿Eso era normal? No sabía, solo me entretenía mirándola.

—Así que será muy bonito para ellos.

—Qué...

—Su fiesta —aclaró—. No has estado escuchándome, ¿verdad? —recriminó.

Negué e hizo puchero.

—Pero me gusta perderme mientras hablas, incluso eso me relaja y hace feliz.

Y con eso conseguí que su sonrisa volviera... Entonces, ¿cómo le iba a decir que probablemente no iba a regresar?

Pasamos recogiendo algunas ropas, a Max, su hermano, Tania, y luego a Marien, que traía una caja consigo, al parecer con un vestido, por lo que las escuchaba hablar, y partimos a la ciudad en donde vivían Sirio y otros más que no conocía.

Tania trató de hablarme desde el asiento trasero, inclinándose hacia mí, aprovechando que iba sentada en las piernas de Max porque no había más espacio en el auto. Aunque su escote estaba al alcance de mi vista ya no intenté mirarlo. Mi mente ya recordaba que lo que tenían ahí eran senos, pero nada más. Me había podido dar cuenta de que los había de distintos tamaños, por lo que vi en Rosy, Tania, Marien...

Sí, quizá a ella no debí mirarle nada, sabía de alguien que me mataría por eso. De hecho, no debía vérselos a ninguna. Por todas las galaxias, ¡actué como un inmoral sinvergüenza!

Como fuera, ahora solo quería ver los de Rosy y no los de Tania... No había forma de quitarme esa idea. Indebida idea. Rosy parecía feliz al volante, a pesar de que conducía como descontrolada, sobre todo cuando Tania había estado ya buen rato intentando hablarme, hizo giros bruscos con el auto cada vez que pudo.

Al cabo de no mucho llegamos a la ciudad, bastante campestre, ese campo que me llamaba a quedarme. Entramos a un local decorado con cosas blancas, bastante agradable, había varias personas que no conocía. Rosy pidió que me pusiera uno de los trajes, ya que luego iría con Max a otro sitio. Era todo tan raro.

Luego de estar listo, se ruborizó al verme y soltó un chillido de emoción tapándose la boca. Pero yo quedé más asombrado al verla con un vestido ceñido al cuerpo hasta la cintura, con un corte en la suelta falda que dejaba entrever una de sus piernas, y de un color azul bastante oscuro como el anochecer. Aparte tenía colorines extraños en la cara, que por supuesto no la hacían ver menos bella. Me había dejado tonto.

Max me arrastró lejos de ella porque no era capaz de reaccionar. Cuando me di cuenta, ya estaba en otro auto, alejándome del lugar.

—Vamos a volver, ¿cierto? —pregunté mientras miraba por la ventana.

—No. ¡Duh! —Volteé a verlo preocupado y resopló—. Sí, vamos a volver... Señor, Dios, misericordia, enséñales el sarcasmo —balbuceé al final.

* * *

—¿Y Marien? —quiso saber Sirio apenas nos vio.

—Ya la verás, tú ponte esto. —Max le estampó en el pecho la caja que tenía su traje.

Esperamos en el sofá mientras él se alistaba. Max miró su reloj.

—¿Ya diste con lo que buscabas? —preguntó con aburrimiento.

—Casi...

—Escuché de mis fuentes confiables que el tal Héctor está oculto en una de las ciudades del sur, asumo que la tuya está de camino, adentrándose por la cordillera.

—Sí, seguramente. Iré a buscarlo.

—No vayas a ir sin nosotros, ya sabes que también lo busco. —Dio un rápido vistazo al rededor y habló en voz baja—: Ese día llevaron algo del hospital, y no era una toxina —eso me intrigó—, era un virus. No sabemos para qué lo quieren, pero no debe ser nada bueno.

Suspiré. Vi la hora en el móvil, Rosy me dijo que volviéramos a las siete, ya casi era. Ya quería estar con mi pequeña rulitos, ya que luego

quizá no iba a volver a verla en mucho tiempo. Me puse de pie para apurar a Sirio.

—¿Ya estás listo? —Lo vi mirándose confundido en el espejo. Quizá porque su traje era blanco.

—Ah, sí.

Al fin.

Volvimos al lugar y ya estaba completamente iluminado, se veía muy bien. Max llevó a Sirio por otro lado y busqué a Rosy, estaba en una mesa cerca al escenario. Fui a su lado, le sonreí, estaba muy feliz, y muy bella. Miré a los que estaban conmigo. Una mujer que al parecer era mamá de Sirio, Max, Marcos. En la mesa del al lado estaban Alpha y Centauri, otro joven de ojos anaranjados y dos chicas, una casi rubia y otra de cabello negro.

Empezó lo que, según Rosy, era una boda. Aclaró que no era una oficial, igual ellos ya estaban casados, pero quiso hacerlo como un modo de celebración por cómo habían ido mejorando las cosas entre las dos especies. Aunque mis asuntos aún no acababan. Me preocupaba el hecho de que se hubieran robado un virus, pero valía darse este respiro, y me convenía porque estaba al lado de ella.

Hubo todo un palabreo luego de que Marien y Sirio estuvieran juntos en el escenario frente a un tipo extraño, ellos se susurraron cosas e intercambiaron sonrisas y risas silenciosas. De pronto se besaron en la boca.

¿Qué? Iuj.

Y seguían, ¿que no les daba... cosas? Rosy rio casi en silencio a mi lado.

—Deberías ver tu cara —me dijo.

Fruncí un poco el ceño y me aclaré la garganta.

—No pasa nada. —Le sonreí con los labios cerrados.

Junté las cejas con extrañeza y señalé sus labios. Tenían otra de esas sustancias coloridas no naturales. Volvió a reír.

—Tanquilo. Sabe a fresas. —Guiñó un ojo.

—¿Entonces te lo comes?

Llamaron a las mujeres «solteras» para recibir el «ramo de flores», se fue y me dejó. Fueron además muchas jóvenes, excepto las de mi especie. Marien se puso de espaldas, lo lanzó, y eso desató todo un griterío. Rosy apartó de un empujón a una chica y prácticamente aplastó a otra, lo cual se me hizo inaudito con lo pequeña que era, pero logró atrapar el dichoso ramo ese y vino súper contenta a mostrármelo.

Bien, eso era raro. ¿Qué se suponía que significaba? Luego preguntaría, me encantaba verla tan feliz.

Vinieron a nuestra mesa los recién casados, y el padre de él. Algunas personas se les acercaron a felicitar, luego empezó una suave música y salieron al centro del lugar, empezaron a bailar despacio, sin dejar de mirarse. Luego de un rato otras parejas se les unieron, así que no perdí tiempo y tomé la mano de Rosy, nos sonreímos y salimos.

Ella puso su mano izquierda en mi hombro y con su otra mano tomó la mía, opté la posición con rapidez al ver a los demás. Rosy me guio, indicándome los pasos básicos del vals, era sencillo. La corriente me recorría al tenerla junto a mí, con una de mis manos en su fina cintura. Observando de rato en rato a los demás aprendí también, le di una suave y torpe vuelta y eso le divirtió. No dejaba de sonreír.

—Estás muy guapo hoy —aseguró.

Sentí mis mejillas calentarse. No podía ser.

—Nunca me he puesto a pensar en cómo soy... Y tú... bueno, tú siempre estás bonita, pequeña.

Se pegó más a mí.

—Esto te puede sonar ridículo, y seguro lo es pero... te veo como una especie de príncipe de algún mundo de fantasía.

Solté una leve risa. ¿Qué?

—¿Cómo es eso?

—Algo que no es real, que suele ser de ensueño. Eres un muy bonito sueño. —Estaba ruborizada, y se me hacía adorable.

Pero... Debía decirle lo que había descubierto sobre mi pasado. La música acabó y me guio a la mesa antes de que pudiera atreverme a

hablar. Vino la comida, y supuse que podía esperar a decirle luego de eso, que ya había olvidado que tenía hambre con todo el nerviosismo.

Sirio y Marien hicieron un «brindis» agradeciendo a los presentes por estar aquí. Miré el líquido en la copa, olía fuerte y algo me dijo que sabría igual. Ah, debía ser alcohol, ¿qué tal sería? Ya estaba en edad de probarlo, así que tomé el sorbo.

Tapé mi boca frunciendo bastante el ceño mientras bajaba quemando por mi garganta. ¿Qué clase de líquido del mal era ese? ¡Argh!

Los suaves labios de Rosy en mi mejilla me hicieron tragar saliva de golpe, la corriente se disparó desde el punto de su toque hasta el resto de mi cuerpo. Aunque me encantó, la miré con sorpresa, y luego al resto por si lo habían visto. Marien nos miraba sonriente y eso de algún modo me hizo sentir avergonzado.

Una vez que pareció que todo estaría tranquilo y podría decirle a Rosy lo que quería, empezó una rara música fuerte y movida. Rayossss. Pero olvidé pronto mi enojo cuando ella me sacó a bailar de un tirón.

Sacudió un poco la cabeza y con ella sus rizos, riendo, y yo no sabía qué hacer. Observé pero todos bailaban distinto. Rosy pegó su cuerpo al mío, se movía muy bien, mis manos le ganaron a mi razón y se fueron a su cintura. Se mantenía feliz y sonriente, y eso era lo que más me atraía. Lo que recordaba de mi vida era como la noche, pero ella la luna que apareció, y yo una polilla. Pidió que me dejara llevar, pero ¿cómo? Si no conocía esa música, lo único que me guiaba era su cuerpo.

Descubrí que me gustaba sentirla moverse bajo las palmas de mis manos. Alzó los brazos sin dejar de mover la cintura, hipnotizándome, giró pegando su espalda a mi pecho, tomando mis brazos para que la rodeara. La sentí moverse contra mi cuerpo, movía las caderas, mis manos bajaron a ellas, había bajado un poco yo también. Enterré mi nariz por su cabello, que me provocaba un sinfín de cosas.

Cosas que no creía que pudiera hacer estando rodeados de gente. Extraños e indebidos deseos de tocarla.

Volvió a subir y yo con ella. Volteó y rodeó mi cuello, mordiendo su labio inferior.

—Vamos a otro lugar —susurró.

Tomó mi mano y me dejé llevar. Era consciente de que, extrañamente, por ella me iba a dejar llevar a donde fuera, después de todo, yo era la polilla que seguía su luz. Terminamos entrando a una habitación en donde había bandejas con comida en pequeñas porciones que todavía no habían repartido. Rosy soltó una risilla de esas que me encantaban y contagiaban alegría, tomó un pequeño pan de una de las bandejas.

—¿Quieres? Come lo que gustes.

Solo quedé viendo cómo ella se debatía entre los dulces y los salados. Iba de aquí para allá, y yo solo pude llegar a una conclusión. No iba a poder dejar de verla aunque estuviera unido a otra, me iba a ser imposible, así que descarté eso. Solo había un problema, no iba a poder seguir siendo su novio, pero no tenía nada de malo que conservara a una amiga... Terminé aproximándome.

—Prueba. —Me dio un pedazo de cacao bastante dulce.

—Um, nada mal. —Sus ojos le brillaron de felicidad y se dispuso a alejarse otra vez—. Ah —la tomé de la cintura—, no, señorita, ahora te quedas conmigo.

Su pulso se aceleró. Suspiré, al fin estábamos a solas. Observé su rostro, jugueteé con uno de sus rizos, me entretenía como nada en el mundo. Ella solo se dejaba admirar, con ese rubor en sus mejillas. Miró mis labios y la leve sensación de que los acariciaba con sus ojos se apoderó de mí, junto con un extraño nerviosismo.

Se empinó.

—Me estás mirando mucho.

Sonreí.

—No puedo dejar de hacerlo, pequeña.

Su boca se apoderó de la mía y mi corazón estalló.

Me había rodeado el cuello con los brazos y mis manos se habían aferrado a su cintura. Sus labios se movían sobre los míos,

perdiéndome por completo, mi pulso estaba desbocado y eso me estaba asustando. Algo me exigía que la imitara, así que lo hice apenas, aprisionando su labio inferior con los míos mientras mi estómago también parecía estar siendo afectado, y siendo atacado por la corriente. La calidez de su boca me atontó, sus dientes se dejaron notar un segundo al darme una suave pero firme mordida.

En un instante se separó de golpe tras la intervención de alguien. Marien y Sirio.

Ah, ¿no me había muerto?

Aproveché y por algún fuerte impulso salí huyendo, sintiendo que así dejaba atrás esa bomba de sensaciones. Terminé entrando a uno de los baños, me miré en el espejo y me encontré con el rubor en las mejillas. Respiré hondo. Mis labios estaban húmedos y deseosos del calor de los de ella. Sacudí la cabeza, hice correr el agua y me mojé la cara.

Por poco y me moría, ¿era normal sentir eso? Quizá no, claro que no, si no, no lo harían.

—¿Qué pasó? —preguntó Sirio que entraba.

—¿Qué fue eso? —respondí con otra pregunta.

—Un beso. —Se encogió de hombros—. ¿Por qué te extraña si me has visto besar también?

—Es que se siente, no sé, raro. —Me dio un escalofrío.

Tras una corta risa me dio suaves palmadas en el hombro.

—Lo sé, tranquilo, le diremos que no lo vuelva a hacer.

Eso me produjo una punzada. ¿Que no? Pero si se sintió rico, y si no me iba a morir...

—No, me gusta. —Me di cuenta de que no era solo el beso lo que me gustaba—. Ella... me gusta. —Fruncí el ceño con algo de confusión, no era solo un gusto normal y común, era algo bastante raro.

No era como decir: «me gusta comer», este era un gusto diferente. Era algo más fuerte y por eso quería besarla, no solo eso, quería tocarla, así como había tocado a Tania. Sí, quería eso, y con ninguna otra, solo quería a la pequeña rulitos. La quería a mi lado...

¿Qué haría entonces, si estaba unido a otra?

Volvimos al salón donde aún bailaban, vi a Rosy en la mesa con su amiga, mi corazón volvió a acelerarse otra vez. Algo no estaba bien, ella estaba cabizbaja, cosa que me provocó otra punzada, odiaba verla triste.

Me le acerqué y le extendí la mano, sonrió con timidez y vino conmigo. Empezamos a caminar.

—Perdón...

Sacudió la cabeza en negación.

—Tranquilo, perdóname tú... No te pregunté si podía darte un beso.

—Descuida, me agradó bastante... —Me miró con emoción—. No me esperaba la bomba de sensaciones. ¿Siempre se siente así cuando das un beso?

—¿Bomba de sensaciones? —Había recobrando su felicidad. Terminamos cerca de la salida, frente a un jardín exterior—. Pues... si esa persona es especial, sí, siempre sentirás algo fuerte. ¿Te ha gustado?

—Mucho. —Se entretuvo mirando algunas flores mientras andábamos al lado de la pared del local. Me apoyé contra esta y miré a las estrellas, bajé la vista a la pequeña «luna» que se me acercaba, iluminada bajo su luz, era como para dejarla grabada en mi mente para siempre—. Me gustas —solté. La vergüenza me atacó—, aunque s-siento que es más... fuerte que eso... —Estaba nervioso, pero decírselo me quitó un peso de encima, me dio valor. Sonrió ampliamente, ruborizándose—. Y no tienes idea de cuánto me encanta tu rubor, pequeña. Tu cabello, tu voz, tu forma de ser.

Me abrazó fuerte mientras no podía creer aún la soltura que había tenido al final para decirle todo eso.

—¿Y mi aroma?

—Hueles delicioso. —Me ganó el instinto y enterré mi nariz por sus cabellos, deleitándome con el aroma a ella y a fresas.

Recorrí mi nariz por su piel mientras la estrechaba en mis brazos, terminé por su cuello, y disfruté tanto sentirla contra mí riendo suave, que empecé a ronronear del puro gusto.

—Oh Dios —dijo emocionada—. Ronroneas como un gatote.

—Pues así parece —respondí sonriente.

Rodeó mi cuello mientras reía.

—¡Lindooo!

Eso me hizo reír también. Era tan alegre, se emocionaba tanto por las cosas, me llenaba de vida. Definitivamente no quería dejarla. No sabía qué haría con Pradera si la encontraba, pero quería reafianzar lo que tenía con Rosy.

—¿Seguimos siendo novios?

Obviamente mi pregunta la confundió.

—Por supuesto. No se acaba hasta que... bueno... Se decida mutuamente.

—Dudo que eso pase.

Tomé su rostro y pegué mis labios a los suyos esperando que me diera uno de sus besos especiales, y así lo hizo, haciendo que todo mi cuerpo vibrara. Abrió esa rica boquita contra la mía e hice lo mismo enseguida para apoderarme de ella.

Sus manos fueron a mis mejillas, luego a mi cabello, mientras yo estaba perdido en ese exquisito jugueteo. Me deslicé hacia abajo hasta quedar sentado, acomodándola a horcajadas sobre mí, y sin darme cuenta mis manos recorrieron su fina cintura.

—Estamos... en el suelo —habló sonriente entre besos.

—Umm —murmuré en respuesta mientras volvía a apoderarme de sus suaves labios.

Me correspondió con fuerza y lentitud, mordió mi labio inferior y la corriente se disparó.

—¿Por qué? —preguntó en susurro.

—Quise estar cómodo.

Sonrió.

—¿Cuánto tiempo planeas estar así?

—Ah, no sé. ¿Horas? —Volví a besarla.

Sus manos recorrieron mi pecho, rodeó mi cuello y se removió contra mí.

—Mmm, tu boca es tan rrica —murmuró feliz contra mis labios.

Algo pasó conmigo, de la nada surgió y no me pareció muy bueno. Otra vez, y con más insistencia, quería tocarla más de lo debido. No quería ofenderla, ni lastimarla con la fuerza que tenía, temí no controlarme, al mismo tiempo quise seguir y seguir.

Esto asustaba, debía parar... No, tonterías.

Mis manos se fueron a su abdomen y empezaron a subir lento mientras disfrutaba de sus labios. No, espera...

Me detuve.

—¿Pasa algo? —quiso saber.

—¿Pasa algo más si seguimos con esto? Siento que puede pasar algo más, pero puede no ser bueno, no lo sé.

Me dio otra suave mordida en el labio inferior. Sonrió como si estuviera por hacer una travesura y esta le gustara.

—Eres un apuradito —murmuró—. Ya quieres hacer más cositas...

—¿Qué cosas? ¿Qué más hay?

Volvió a besarme y esta vez lo sentí más intenso. Devoró mis labios y yo los suyos, ya casi aprendía cómo, de un momento a otro se desvió y bajó a mi mentón. Sentí sus dientes rozar muy suave, junto con sus labios calientes y húmedos. Otra corriente muy fuerte me paralizó cuando continuó hacia mi cuello.

Reaccioné sin darme cuenta, la había tomado de los hombros, deteniéndola. Mi respiración estaba más acelerada que segundos antes.

—No creo estar listo —dije sintiéndome culpable por haberme asustado.

La horrible ansiedad que sentí pudo más que la curiosidad.

—Está bien —repartió besos en mi mejilla—, poco a poco.

Alivio. Pero me preocupé por eso.

—¿Eso es lo que sigue?

Sonrió más y me dio otro par de cortos besos.

—Besar nuestros cuerpos —susurró.

La idea enseguida me atrajo.

—Wow, ¿besarte... toda?

Asintió con algo de rubor en su bonito rostro inocente. Mi temperatura se elevó.

—Tú a mí, y yo a ti.

Me arrepentí de haberla detenido.

—Podría intentarlo...

Rio en silencio y negó.

—Aquí no podemos.

Decepción.

—Pero ibas a hacerlo.

—Solo te mostraba un poquito.

—¿Qué? No. Ahora mismo te llevo a donde podamos y me dejas besarte toda.

Soltó una carcajada, confundíendome, le gustaba hacerme sufrir. Volvió a besarme y me dejé llevar.

—Mañana trabajo, así de aquí debo irme —habló bajo.

—No, no te vayas. ¿No vamos a dormir juntos?

—Tú dormirás en donde Max, y yo iré a mi departamento. —Sacó un papel y me lo dio—. Mi dirección.

—¿No puedo ir contigo?

—No tengo ropa para ti —hizo puchero—, y debo trabajar, contigo ahí me distraería.

—Distráete conmigo. —La besé otra vez.

Se separó entre risas y se puso de pie, dejándome sin su calor. La seguí de inmediato.

—No vayan a regresar muy tarde. —Volví a tomarla de la cintura para pegarla a mí—. Oye —reclamó sonriendo.

—No voy a poder dormir luego de esto.

—Será difícil para mí también, peero —me empujó suave—, debo hacerlo. En la tarde puedes ir a verme. Eres mi novio, ¿no?

No la solté a pesar de su empuje.

—Quiero hacer esas cosas de las que no me quieres decir.

—Apuradito. —Selló mi reclamo con otro beso—. No creo que estés listo —aseguró en susurro.

Su mano recorrió mi pecho y se deslizó en bajada mientras me besaba. De pronto me dio un rápido toque ahí abajo, disparando todo un *shock*, haciéndome dar un respingo de sorpresa y dejando salir sin querer un gemido ahogado de... ¿placer?

¿Qué-ra-yos fue eso?

Guiñó un ojo y se alejó. Me dejó solo, quemándome por dormir con ella, ardiendo por abrazarla y perderme en su aroma.

No era justo.

CAPÍTULO 15

DESCUBRIMIENTO INOPORTUNO

Me alistaba para dormir, desataba la corbata. ¿Cómo rayos era? Caramba. Respiré hondo y sonreí al sentir el aroma de Rosy en mí, el corazón volvía a latir fuerte cuando pensaba en ella, la corriente me recorría y se arremolinaba en mi estómago. Me encantaba.

¿Pero qué estaba haciendo? Estaba loco. Había querido hacer cosas raras, y al parecer muy íntimas con ella. ¿Besar su cuerpo? Si ni siquiera verlo era de buena educación y moral. Eso no era bueno, me propuse no volver a caer, quizá ella actuó normal, pero quién podía decir si quizá la había preocupado u ofendido sin saber...

Un toque en la puerta me hizo salir de mis pensamientos.

—¿Ocurre algo? —pregunté sin abrir. Ya sabía quién era, claro.

—Ay, ¿puedo pasar? —quiso saber Tania, parecía preocupada.

Dudé unos segundos si abrir o no, finalmente recordé que ya le había dicho que era novio de Rosy, así que ya sabía que no se podía acercar más de lo debido... Aunque había querido sentarse en mí al venir en la camioneta, y no la dejé...

—Vi un bicho en mi habitación, me asustan mucho. Es uno peligroso.

Arqueé una ceja. ¿Un bicho peligroso? Bueno, los había, pobre bicho. Le abrí y sonrió, estaba con ese pijama casi traslúcido, pero mis ojos no se desviaron.

—Muéstrame.

Se encaminó a su habitación y la seguí.

—¿No te aburríste estando sentado durante casi toda la fiesta?

—Bueno, no duró mucho, pero sí, un poco. Es que Rosy se fue así que ya no tenía nada que hacer.

—Las novias no hacen eso.

Llegamos a su puerta e hizo señas para que entrara.

—¿Y qué es lo que hacen?

Entré y di algunos pasos, buscando el olor a bicho.

—Ellas duermen con sus novios, y hacen más cositas.

Le dediqué una mirada de extrañeza por un par de segundos y continué con la búsqueda.

—¿Como qué cosas?

Se acercó.

—Tocarse, besarse...

Fruncí el ceño.

—No voy a decir qué es lo que hago con ella. Y tengo buenas noticias, no olfateo ningún bicho, ya debe haberse ido. Iré a dormir.

Pareció decepcionada pero no le tomé importancia.

—Ok, descansa. Algo más —fui hacia la puerta sin hacerle mucho caso—, nosotros solemos tener varias parejas a lo largo de nuestras vidas, así que, aunque tú nunca hayas besado antes ni hecho nada, ella sí.

La miré unos segundos. Encogí los hombros y salí tras una simple despedida.

Ya había supuesto que ella había besado a otros, si los humanos solían hacerlo. Aunque no podía negar que pensarlo me producía una muy fea sensación, como que me quemaba el estómago, como que me fastidiaba en el pecho... Un sinfín de cosas.

* * *

Tras despertar por culpa de gritos desgarradores en mis pesadillas en la madrugada oscura, volví a caer víctima del sueño...

Rosy estaba sobre mí, nos besábamos, gozaba de su calor, la tocaba, estaba perdido en su aroma. Ella me tocaba también, y sin perder más tiempo, su mano se fue a explorar hasta ahí abajo, haciéndome gemir contra sus labios.

Gemí bajo en mi garganta contra algo, abrí los ojos para encontrarme abrazando a mi almohada...

Qué, ¿había sido un sueño? Argh.

Giré quedando boca abajo y sentí un bulto en mi parte baja. ¿Qué-
ra-yos? Me apoyé en mis antebrazos para verlo y me dejé caer luego,
soltando un quejido, enterrando la cara en el colchón. No podía ser,
¿y ahora por qué estaba así?

Todavía impactado por el intenso sueño, aproveché en ducharme
con agua fría para quitarme el calor y volver a la normalidad. Fue difícil
ignorarlos, pero no tardé en olvidarme del asunto por el frío, además
de mi consciencia que molestaba, ya que no fue correcto lo que soñé.
Rosy me había tocado, pero eso no quería decir nada, lo que logró al
hacerlo fue advertirme en realidad...

Bajé a ver a Max para saber si ya había averiguado algo sobre el tal
Héctor y lo del virus. Lo encontré en su oficina.

—Ah, ahí estás —dijo al verme—, señorito bella durmiente, ya casi es
hora de almorzar.

Me espanté al ver el reloj.

—No tenía idea, es que ayer...

—Sí, también me he levantado hace rato. —Lo miré con el ceño
fruncido culpándolo por recriminarme—. Pasado mañana seguiré con
la búsqueda, quizá hasta vamos a otra ciudad, por mientras dijiste que
querías información sobre la tal Pradera, unos colegas me dijeron que
encontraron algo, ¿te servirá?

—Sí, por si acaso. ¿Y por qué dejas lo otro para pasado mañana?

—Porque debo acosar a una mujer que no sabe que está enamorada
de mí, también tengo una vida, ¿sabes? Ahora adiós, te haré saber
cuando tenga algo.

Pradera... Rosy. ¿Qué iba a hacer? Sentía vergüenza de verla y
decirle, con más razón ahora que había actuado extraño con ella,
queriendo tocarla y todo eso. Quizá era mejor que mantuviera
distancia, aunque fuéramos novios, debía respetarla, cuidarla, incluso

de mí. No sabía bien cómo lo llevaban los humanos pero mis reglas sí las pensaba acatar.

* * *

Recordaba...

—*No queda mucho para llegar a nuestra ciudad, pero te dejaré en la entrada* —le dije a Pradera.

Ella iba con semblante sombrío. No quería que me fuera, pero no podía presentarme ante mi madre, quería hacerlo cuando pudiera decirle que vengué la muerte de mi hermano. Ella no sentía mi dolor, no como yo, estaba incompleto sin él, tenía un vacío que no se iba y sabía que ahí estaría siempre. Trataba de no caer bajo una nube negra de depresión por ella y por mi mamá.

—Dime que volverás...

—Lo haré, ya lo sabes.

—¿Estás molesto conmigo?

—No.

Bajó la vista.

—No quiero que te vayas si estamos mal. —La miré con sorpresa—. No quiero verte ir molesto. —Se detuvo. Estábamos cerca de un acantilado que daba a un río, escuchaba el agua correr.

Nos miramos por varios segundos.

—¿Por qué no?

—Porque no tendría paz, cada minuto me torturaría. ¿Quieres que me quede así?

—No, no, claro que no.

Sonrió con tristeza y me abrazó.

—Entonces cuando te despidas de mí sabré que estamos bien, y te esperaré.

* * *

Miraba hacia una ventana de un hospital cercano, oculto en la copa de un árbol, el aire estaba fresco. Había salido del fuerte de Max y no había tenido el valor de hablarle a Rosy, solo la observaba desde aquí. Atendía a alguna persona en una camilla. Sonreía. Había vuelto a trabajar ahí, ya que las cosas se estaban arreglando. Quería al menos despedirme de ella, decirle que haría un par de cosas en mi ciudad y volvería.

Planeaba encontrar a Pradera, rogando que ya no estuviera esperándome, y hablarle sobre Rosy. No sabía si haría bien, pero no podía seguir con mi compromiso con ella si... la había olvidado, y me gustaba otra. ¿Me juzgaría? ¿Me odiaría? No podría hacer nada, no iba a poder olvidar a Rosy para cumplir con ella.

Aunque era posible que decidiera alejarse al enterarse de que había besado y tocado a otra. Eso estaba terminantemente prohibido para nosotros, si alguien en mi ciudad se enteraba me iban a desterrar otra vez, así que daba lo mismo.

Sentí culpa por ambas. Era horrible, era un ser horrible por haber olvidado a una, y por estarle ocultándole algo así a otra. No podía simplemente dejarlo pasar y seguir viendo a Rosy así.

Regresé, luego de dar más vueltas por los parques durante un par de horas, y el hermano de Max me atajó.

—Vino Rosy, creí que se verían o algo, le dije que habías ido a verla.

Sonreí y no supe por qué. ¿Era porque había venido a verme?

—¿Dijo algo?

—Solo verte. Le di la información que querías sobre tu novia para que te la entregara.

Sentí una corriente fría recorrer todo mi cuerpo. Oh no.

Salí corriendo. La angustia me invadió, ahora sí que me estaba odiando de seguro. Sin embargo, me detuve de golpe.

¿Para qué ir a verla, si justamente era lo mismo? En realidad no merecía que ni ella ni Pradera me comprendieran. Todo era culpa solo

mía, una carga que solo yo llevaba. No había nada que explicar, ya lo sabía, debía dejarlo ahí.

Sentí mi corazón encogerse de molestia, mi cuerpo me pidió a gritos que fuera y que me ganara sus gritos y reclamos porque los merecía. Pasé mis manos por mi cabello con desesperación por la encrucijada, confundido, giré buscando alguna señal o respuesta en la calle, de forma inútil. Las personas me veían y se apartaban como siempre.

¿Qué debía hacer?

Me apoyé contra la pared, cruzando los brazos. Vi a la gente pasar, mi vista se enfocó en una pareja, iban felices y de la mano, diciéndose cosas y riendo. Me recordó a cuando anduve con Rosy por las calles. Suspiré. La corriente y la felicidad de tenerla me recorrieron. Debía ser valiente, enfrentarlo, debía ir a verla, si no me perdonaba no me iba a cansar de insistirle.

Retomé mi camino. Llegué al edificio en donde vivía, según el mapa y la dirección que me dio, no había estado lejos. Mi vista fue a dar enseguida a ella, que observaba desde el segundo piso. Al verme se retiró. Tragué saliva con dificultad. Sin duda me odiaba. Entré, y subí, quedé quieto frente a su puerta, debatiéndome en si tocar o no, hasta que finalmente me armé de valor, pero ella abrió antes de que pudiera hacerlo.

Nos quedamos viendo. Su mirada clavó su tristeza en mí, su pequeña nariz estaba un poco roja, sus ojos también. Había llorado, me detesté por eso.

—Rosy... —Bajó la vista y se apartó sin decir nada. Entré y cerré la puerta—. Mi Rosy.

—Así que estás comprometido —murmuró.

—Iba a decírtelo.

—¿Cuándo? —Sentí su cólera—. Si ya me enamoré de ti, ¿qué iba a hacer cuando dijeras que me ibas a dejar para irte de forma definitiva con ella?

Traté de acercarme, preguntándome de forma fugaz si «enamorarse» era el nombre del gusto que sentía, pero se alejó. La seguí hasta su

habitación pero quedé bajo el umbral de la puerta, tomó una servilleta para limpiarse el rostro.

—Sí, me comprometí, pero dudo que hayamos consumado el asunto uniéndonos en un núcleo, solo fueron palabras.

—¿Y crees que ella va a dejarte ir?

—Va a tener que hacerlo.

—Eso es lo que crees, pero no te interesa lo que ella siente. ¿Acaso no ves que le vas a romper el corazón?

—Han pasado ya más de dos años.

—¡Yo te esperaría todo ese tiempo!

Apreté los puños, no podía creerlo...

—No entiendo por qué te pones así.

—Eres un insensible y frío, eso es lo que pasa. ¡Además me engañaste, tienes novia y lo sabías!

Cayó sentada en su cama y se tapó el rostro, empezando a llorar y rasgándose por dentro al verla así. Quizá tenía razón, no valía para ella, ¿era muy frío? Tal vez sí, pero no quería verla llorar, me partía el corazón. Me le acerqué.

—No lo recordé hasta hace poco... Y sí, debí decirte, pero me encantaste y tuve miedo de esto.

—Debes irte.

¿Qué? No.

—No, no me digas eso...

—Vete, no te quiero aquí.

Se me hizo un nudo en la garganta. Por puro impulso la tomé y la abracé fuerte.

—Perdóname, perdóname, por favor —susurré.

Soltó a llorar contra mí. Me dolió tanto escucharla, ¿acaso su gusto por mí era tan fuerte? Esa era una pregunta tonta, si yo también sentía algo muy, muy fuerte por ella. Tanto que había decidido no dejarla.

—Ya no llores, por favor, me destruye por dentro. —Acaricié su cabello—. Si quieres golpéame, me lo merezco.

Negó en silencio, ya se estaba calmando. Me miró con tristeza.

—No eres insensible —murmuró con un hilo de voz—. Perdón.

—No, tranquila, no me pidas perdón...

—Esto fue mi culpa, te pedí que fuéramos novios y me involucré contigo sin siquiera saber nada sobre ti, y sin decirte todo lo que eso significaba, fui irresponsable.

Sonreí de forma leve.

—No importa, me has hecho feliz, en verdad no me siento tan solo y vacío como antes.

Limpié sus mejillas de las lágrimas que habían caído, sonrió también, recuperando parte de su brillo, pero al segundo volvió a entristecer.

—No me dejes —pidió.

Eso me sorprendió.

—Tranquila. No quiero dejarte.

—Si tú y ella sí llegaron a unirse...

—No recuerdo haber llevado puesto ningún anillo... —Pero el haber visto el anillo de Sirio aquella vez y haber recordado qué significaba y todo lo demás, me dio mala espina.

—Pero si lo estuvieran...

—No. —Tomé su rostro—. Siento algo muy fuerte por ti, y sé que estuvo mal, pero no pude evitarlo. Va a tener que saber eso.

Bajó la vista y volvió a abrazarme.

—No me siento feliz... No podría con mi cargo de conciencia, que sin saber, le quité el amor.

—Amor...

—Amor es lo que siento por ti —volvió a verme—, lo que los novios sienten el uno por el otro. Y lo sentí sin saber que se lo estaría quitando a alguien más.

—No ha sido tu culpa, fui yo el que perdió sus recuerdos y sentimientos.

—No es justo.

—Quizá lo justo sería apartarme de ambas, pero no puedo.

Apretó su agarre a mi alrededor. No iba a dejarla, tampoco debía quedar así. Iría a buscar a Pradera, y redescubrir mi pasado de una vez por todas, arreglar las cosas con ella. Quería recordar todo.

CAPÍTULO 16

ASUNTOS POR ARREGLAR

Revisé la información sobre Pradera, sentado al borde de la cama. Decía que había escapado también, como el mío. Además de datos como su peso, altura, edad aproximada, y el extra de que no sabían por qué lucía más como humana que como evolucionada. Al parecer no habían llegado a enterarse de su etapa de transición.

También habían hallado otro documento sobre mí, en el que decía la fecha en la que me habían recuperado. Tan solo unos cuatro días después de que escapara. ¿Tan pronto? Quizá no les fue difícil encontrarme antes que yo a ellos, ya que Altair mencionó los chips. Eso era.

Debía hacer que me quitaran ese chip. Según mi recuerdo, un «escáner» no podía detectarlo, pero iba a intentarlo.

Las finas manos de Rosy se deslizaron por mi pecho, me abrazaba por la espalda, sentada sobre el colchón, besó mi mejilla y bajó a mi cuello. Sonreí aguantando las cosquillas que eso me producía.

Besé su frente, disfruté con su sonrisa, dejé los papeles a un lado, tomé su mentón para mover su rostro y seguir dándole besos. Soltó una suave risa.

—Tengo un chip rastreador —murmuré—, quisiera que me lo quitaran —le pedí casi en susurro.

—Claro, ¿en qué parte lo tienes?

—No lo sé.

Arqueó una ceja.

—Tal parece que tendré que buscarlo.

Sonrió ampliamente. Me encantaba ver esa felicidad que brillaba en su bonito rostro. Tiró de mis hombros jalándome hacia atrás y haciendo que me recostara. Se puso a horcajadas sobre mí,

permitiendo que disfrutara de verla así, quedé fascinado, me traía loco. Sus manos recorrieron mi pecho, estremeciéndome con la ahora dulce corriente.

—No parece estar por aquí —dijo sonriente. Se apoderó de los primeros botones de mi camisa, desabrochándolos—. Debería quitarte la ropa.

Tomé su fina cintura y me senté, quedando nariz con nariz con ella.

—Cambié de opinión, déjame admirarte un rato más —susurré mientras deslizaba la punta de mi nariz por su mejilla hasta enterrarla por su cuello.

Si me quitaba la ropa iba a sentir vergüenza otra vez, y no quería arruinar el momento.

—Max debe saber dónde los ponen. —Rio de forma leve y dulce—. Pero quiero revisarte...

—Bien, si no lo halla, entonces me volverás a revisar.

Mordió mi mentón y su mano se paseó por mi piel. La tomé y jugueteé con sus dedos, era tan fina, bonita, delicada, mientras que la mía tenía esas uñas que crecían en punta como garras, aunque no curvas como las de otros animales, quizá porque en parte seguíamos siendo humanos.

Me besó. Gocé de su boca otra vez. Recorrió con suavidad mi mejilla izquierda y fue bajando por mi cuello, luego por mi clavícula. La corriente me recorrió con cada toque de sus suaves labios, y casi podía sentir que empezaba a acostumbrarme. Se detuvo por mi hombro antes de que lo hiciera yo, al verla me di cuenta de que observaba mi marca.

—Tengo el número siete marcado ahí, ¿recuerdas? —expliqué—. No sé cómo borrarlo, dijiste que había un método.

—Ah, sí. Con algún tratamiento láser que hay aquí.

—Saber eso me alivia. Esos números son marcas que dejaron esos... —Me contuve el insulto. No debía hablar así, mucho menos frente a mi bella dama, debía tratar de cambiar.

Suspiré con pesadez y me dejé caer. Quedé mirando al techo.

—¿Pasa algo?

—¿Me acompañas al campo de entrenamiento?

—Claro —dijo feliz.

Me miraba, sentí que me devoraba con sus ojos mientras acariciaba mi pecho. Sentí que el tocarnos y besarnos nos conectaba de una forma muy única y especial. Verla así me devolvía la alegría también.

—Entonces lo que sentimos el uno por el otro, es amor, ¿verdad? — quise saber, aunque sus ojos ya respondían que sí.

—No. —Salió de la cama.

¿Qué? Me reincorporé.

Volteó a mirarme riendo en silencio y me di cuenta.

—Oh, pequeña, has sido mala conmigo —ronroneé. Soltó a reír completamente ruborizada.

Quiso huir pero no me fue nada difícil atraparla haciendo que riera más, y atacarla con muchos besos en sus labios, rostro y cuello. Se colgó de mí, rodeándome con brazos y piernas, besándome. Cómo me encantaba que hiciera eso.

* * *

Llegamos al campo de entrenamiento. Salí a la parte posterior buscando a Max, o su hermano, cuando este me vio se acercó a paso ligero.

—Max aún no llega.

—No importa, solo quiero que me saquen un chip rastreador.

El joven me hizo sentar, trajo un aparato similar a una especie de escáner. Lo encendió y lo pasó casi al ras de mi piel por mi cuello, mientras emitía unos sonidos similares al tic tac de un reloj. Los sonidos aumentaron, hasta que llegó a mi nuca.

—Sí, debí suponerlo. Suelen ponerlos aquí.

Se alejó, Rosy aprovechó y se acercó para tomar mi mano. Le sonreí a labios cerrados. Estaba tan hermosa, aun con algo de rubor, seguro yo también tal vez. Jorge volvió y advirtió que dolería un poco. Me encogí de hombros, no podía ser mayor que el dolor que había sentido a lo largo de mi vida, lo que recordaba.

Cerré los ojos y tensé los labios cuando la navaja cortó mi piel. Un leve tirón y listo. Supe que el chip estaba fuera. Debí haberlo encontrado y sacado antes, había sido un completo tonto. Ahora ese sujeto del mal no sabría dónde me encontraba, ya podía ir tras él. Claro que primero haría lo que debía hacer.

Rosy desinfectó y curó la herida, aunque no lo requería, me iba a curar pronto. Sospeché que lo hizo para que Tania, que rondaba cerca, nos viera juntos. Pude incluso olfatear su cólera cuando la vio pasar. Conocía eso, lo había visto ya, no era la primera vez que Rosy se ponía así, como si quisiera competir o demostrar algo. Eran celos.

Por algún desconocido motivo, disfruté verla celosa, no debí, y ella ya tenía todo de mí, pero simplemente me causó gracia.

Escuché la voz de Max, venía entrando con alguien más, Sirio.

—Que no —hablaba cuando entró.

—Sé que ocurre algo, lo escuché —insistió Sirio.

—Te habrá parecido.

—Buenos días —nos saludó al vernos. Volvió a dirigirse a Max—. Sé lo que escuché.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Nada, está loco —dijo el castaño altanero—. Cree habernos escuchado decir cosas raras sobre ese día del ataque. —Me hizo una rara seña con los ojos, que no entendí, pero sí recordé lo de ese día.

—Ah, lo del virus que robaron —solté.

Max se dio un palmazo en la frente y Sirio se cruzó de brazos con molestia.

—Con que no, ¿eh?

—Oye. Marien no quiere que te meta en otro lío por eso no te dije nada. Por cierto, ¿sabe que estás aquí?

Eso lo hizo preocuparse un poco y negar con culpa.

—No, pero si me necesitan estoy dispuesto a ayudar.

—Tu esposa no sabe. Ja. Alguien ha sido un gato malo —se burló Max. Tania se acercó.

—A mí me gustan los malos —dijo emocionada. Quiso tocarle el brazo pero él se apartó enseguida mirándola con recelo.

Quizá yo debí actuar así también desde un inicio. Escuché un auto detenerse afuera y Sirio también. El aroma fue lo primero que se hizo presente antes que su llamado.

—Antonio. —Marien entró preocupada.

Yo me seguía preguntando por qué le llamaba así la mayoría de veces. Rosy no me decía «Christopher», tal vez por costumbre.

—Uuuhhh. —Max se preparó para verlos discutir quizá. Eso no era muy apropiado.

—Hola, chicos —saludó ella con prisa—. ¿Ha pasado algo?

—Robaron un virus del hospital y no nos lo han dicho —le explicó Sirio.

—No, porque ya no es asunto de ustedes —se excusó Max—. Ustedes ya iniciaron una vida; además, Marien, tú me pediste que ya no llamara a tu salvaje H.E.

—Es un asunto que no debe tomarse a la ligera —insistió él.

—Nah, no es grave —Max trató de tranquilizarlo, lamentablemente nuestro olfato no engañaba—, ya tenemos a Ácrux y a los hermanos que han aceptado ayudar. Además, Ácrux requiere encontrarse con ese sujeto. Este es asunto suyo, ya no de ustedes.

Sirio me miró.

—Asunto tuyo, ¿por qué? Si se puede saber.

Suspiré. Recordé a mi hermano y la rabia volvió a hacerse presente. Esa horrible quemazón.

—Ese maldito mató a mi hermano.

Eso lo sorprendió un poco pero recuperó su expresión seria al segundo.

—¿Por eso lo buscas? ¿Qué harás si lo encuentras?

Resoplé.

—¿Que no es obvio? Lo mataré —respondí entre dientes.

Frunció el ceño.

—¿Así crees que estarás mejor?

Fruncí también el ceño un poco más.

—No planees darme un sermón sobre la venganza.

—No digo que no lo hagas, pero quizá no deberías.

—¡Ja! ¿Por qué? ¿No me traerá paz? —me burlé, pero seguía molesto.

—Tal vez.

—No me importa tener paz. ¿Si alguien matara a tu esposa acaso no lo matarías?

—Una vez lo creí y estuve a punto, pero algo me detuvo a pesar de que hubiera matado sin chistar. —Marien pareció asustarse y se aferró a su brazo—. Eso no me la devolvería, así que el infierno no acabaría, y peor al saber que actué igual de monstruoso que el asesino. Solo te queda olvidar. Sé que no lo crees posible, pero no queda más que intentarlo.

—No planeo hacerlo hasta que lo vea muerto.

—Bien, ¿pero y si otros hombres, que no saben por qué quieres matarlo, se interponen?

—Morirán. Total, todos esos merecen morir.

—Son vidas. ¿Acaso quieres acabar con más de las que ya lo has hecho?

La sangre me hirvió.

—¡No me interesan sus vidas! ¡No puedes estarlos defendiendo, son solo simples humanos! ¡No puedo creer que a pesar de tener todo, prefieras a esa maldita especie más que a los tuyos!

Gruñó de forma salvaje, y se me habría lanzado si Marien no lo hubiera detenido pidiéndole y abrazándolo por la espalda. Sin embargo, no dejaba de gruñirme como perro rabioso.

Me di cuenta entonces del porqué de su enojo. Había insultado a todos los humanos y con ellos a su esposa, no solo a ella, a mi Rosy también. La miré, estaba muy asustada.

—Tranquilo, amor —susurraba Marien muy, muy bajo—, está dolido; por favor, déjalo.

Sirio se calmó pero aún me miraba con rencor. Fruncí el ceño otra vez.

—Supongo que... lo siento —dije a regañadientes. Por Rosy, sobre todo, para no ver otra expresión en su rostro que no fuera alegría.

Di media vuelta tras dar un profundo suspiro y fui hacia la pared, a apoyar la espalda y cruzar los brazos, lleno de impotencia.

Entrada la noche, les convencieron de avisarles si les necesitaban. Yo, por mi parte, cenaba en silencio. Tania miraba atenta cómo abría una caja de leche.

—Con un poco de enseñanza, esas manos han de ser muuuy hábiles —aseguró, mordiéndose el labio al final.

—Mmm —dudé un segundo—. Soy hábil, sé disparar, lanzar cuchillos, y ya manejo el móvil sin que mis garras estorben...

Max casi se ahogó con lo que comía por reírse. Los miré con extrañeza a ambos.

—Sigues tan inocente —murmuró ella.

Suspiré sin entender, no me importó de todos modos.

—Me voy —le dije a Max.

—¿Cómo que te vas?

—Volveré. Solo espérenme un par de días máximo.

—¿No necesitas ayuda?

—No, esto es solo un arreglo familiar. Gracias.

Pensaba aclarar eso lo más pronto, si hubiera dependido de mí; partía al amanecer, pero no iba a irme sin despedirme de Rosy, claro. Así que iba a esperar a que saliera de su trabajo.

Ya en cama, sin poder dejar de pensarla, le escribí.

«Dudo que duerma pronto, estás aquí en mi mente haciendo tus travesuras, necesitaré tu musiquita relajante de aquella vez», pensé unos segundos y agregué algo más: «perdón por portarme como un tonto salvaje hoy».

Enviar.

CAPÍTULO 17

ADIÓS SILENCIOSO

Ya sabía que me iría, por lo tanto, sabía que iba a verla. Dijo que no fuera al hospital, que quería tenerme en la privacidad de su departamento. Un leve nerviosismo se apoderó de mí al leer su mensaje. Solo en privacidad con ella...

La busqué con la vista y no tardé en verla saludarme feliz desde el segundo piso de su edificio. Sonreí, sintiendo esos remolinos de corriente en el estómago, más algo de adrenalina. Quería besarla, tocarla, explorarla. Pero aunque no podía esperar, no pensaba hacer cosas indebidas que pudieran lastimarla.

Subí al segundo nivel y no me fue problema seguir su aroma, dando con su departamento con rapidez como ayer. Abrió sonriente haciéndome pasar. Le mostré mi puño cerrado y lo abrí para enseñar lo que tenía para ella, se sorprendió al ver al pajarito amarillo.

—Tómalo, lo atrapé para ti.

—Owww. —Lo agarró con cuidado y empezó a hablarle—. Pobrecitooo, este gato salvaje te ha hecho pasar un gran susto, ¿verdad?

Abrí la boca pensando defenderme pero al escucharla reír le resté importancia.

—Al parecer tiene mal un ala... Y no, no es mi culpa...

—Tranquilo, lo sé, lo cuidaré hasta que se ponga bien.

Fue y lo dejó en una planta pequeña que estaba en un masetero. Vino y se cruzó de brazos.

—¿Sigues molesta por lo que dije? —pregunté con cautela.

Me retiró la vista con molestia, cerrando los ojos. Sus mejillas enrojecieron, parecía una niña enojada.

—*Jum* —soltó.

—No quise decirlo, me quise referir a ellos, a los asesinos, no a todos los humanos, no... —No parecía reaccionar. Suspiré con pesadez—. Pequeña, no supe expresarme, fue la cólera...

Se colgó de mí para besarme. Sonreí y la apreté contra mi cuerpo sin usar toda mi fuerza, me quitó los lentes oscuros que tenía para que la gente no se espantara en la calle, y sus piernas pasaron a rodear mi cintura mientras iniciaba un intenso beso. Empecé a disfrutar de su rica boca cuando dio un respingo.

—Au.

—¿Qué?

—Tus colmillos.

Resoplé.

—Perdón... —Me besó otra vez a pesar de eso.

Mi temperatura fue subiendo, y también acumulándose abajo, en esa quisquillosa parte que me pidió más contacto con ella. ¿Y ahora por qué? No debía hacerle caso. Traté de tener más cuidado, pero el pensamiento de que los humanos no tenían los caninos desarrollados como yo, y que por lo tanto ella nunca había sentido ese detalle en otro, se me hizo satisfactorio de algún modo.

Sin embargo, otra vez fui yo el sorprendido cuando sentí la punta de su lengua recorrer mi labio inferior.

—¿Me saboreas? —pregunté sonriéndole.

—Sí, aunque ya te saboreé bastante.

—Umm... —Me atreví a darle una muy suave mordida a su bonito labio, cuidando de que mis caninos no se metieran tanto—. Quiero saborearte más —susurré.

—Te voy a extrañar mucho más que las otras veces.

Volvió a mis labios, se desvió a mi mejilla y bajó a mi mentón. Quise hacer lo mismo así que tomé su rostro con una mano y besé su cuello. Gimió suave, provocando que mis ganas extrañas se hicieran casi arrasadoras, además su piel era tan deliciosa como su boca.

Se descolgó de mí.

—Hey...

Se mordió el labio.

—Ven.

La seguí, iba a su habitación. Una rara sensación vino, la misma mezcla de ansiedad, adrenalina y nerviosismo. Sentí que si entraba ahí iba a terminar sin ropa, ya que ella lo había dicho antes, y lo había intentado al mencionarle el chip. ¿Y si no? ¿Y si estaba especulando? Pero, ¿y si sí? ¿Era correcto? Mi cuerpo quería, mi mente decía que no era correcto, luego que no estaba listo para asimilarlo, luego que no era correcto otra vez.

Estando cerca de su puerta, la tomé de las caderas, pegándola a mí.

—¿Qué más piensas hacerme? —quise asegurarme mejor.

Acaricié su cintura, su espalda. Era tan frágil. Se ruborizó un poco más de lo que ya estaba.

—Quiero... —Su voz fue casi un susurro, se puso nerviosa de pronto—. Quiero hacerte mío, entregarme a ti.

Fruncí el ceño con extrañeza.

—Creo que ya soy tuyo...

—Es una forma de decirlo.

—¿Y qué incluye?

Quizá me pasaba de preguntón.

—Bueno... —Estaba más nerviosa—. Te quitaré la ropa, me quitarás la mía, y vamos a besarnos mucho, mucho. ¿Te agrada la idea?

Mi cuerpo estuvo por saltarle diciendo «¡sí, sí!», pero mi mente esta vez se dividió. Una parte quiso irse con mi cuerpo, como esa noche en la fiesta; pero la de mi moral y razón, saltó con un «no» rotundo. Trajo una no bienvenida duda, las palabras de Tania vinieron. Fruncí un poco el ceño ante la leve quemazón que surgió.

Esa parte de mi mente ganó.

—¿Lo has hecho antes?

Me miró con sorpresa, pronto su expresión se tornó preocupada. Sentí como si un bloque de hielo bajara por mi garganta y cayera a mi estómago, pesando como el plomo. Ella con otro... ¿Mi Rosy con otro?

No...

—Yo... bueno —dudó en responder. No, eso no estaba pasando—. Sí, pero...

Sin pensarlo siquiera, retrocedí un paso.

No, no, no. Caramba, ¿por qué?

—¿Qué? ¿Pero qué?

Me miró asustada.

—Por favor, no... No es lo mismo...

—¿Cómo no va a ser lo mismo?

No me cabía en la cabeza la idea, no me cabía. No podía ser. Mi dulce Rosy, había hecho tremenda cosa íntima, sin contar que en mi sociedad ni siquiera se podía tocar. No lo soporté, todo mi cuerpo se escarapeló, ardí en celos. Eran celos, tan fuertes que no supe cómo rayos reaccionar ante eso.

—No te pongas así —pidió con tristeza—. Fue... fue un momento de locura, no sé, quería experimentar, me llevó a un hotel. Yo...

—Rayos, ¿qué te hace creer que quiero saber al detalle?

Se tapó la boca y un par de lágrimas se asomaron por sus ojos.

Me partió el corazón, pero no supe si era por verla llorar, o por saber que no era tan especial para ella. Retrocedí más, estar ahí me ahogaba.

—Por favor, no me mires así —sollozó—, no me mires como si tuvieras asco.

Me abrazó fuerte, susurrando «perdón» una y otra vez. Parpadeé confundido. No había sido consciente de mis expresiones, y no me importó. No podía creerlo, no era capaz de entenderlo.

—¿Cómo pudiste? —reclamé con frialdad.

Alzó la vista.

—Así como tú estabas por «poder» conmigo. —Negué. Tenía razón, iba a «poder», pero saberlo me mató—. No digo que sea igual, por favor, entiende, no es igual. —Las lágrimas cayeron por sus mejillas.

Tragué saliva con dificultad, no podía estar ahí, estaba demás, no encontraba una forma en la que pudiera ser diferente. Me mató saber

que, así como yo, ella sintió algo fuerte por otro e hicieron eso. Tan solo pensarlo me hacía hervir la sangre.

La aparté mientras ella sacudía la cabeza en negación, resistiéndose, pero finalmente me alejé. Salí sin voltear a verla, ni siquiera limpié sus lágrimas.

* * *

Caminé molesto por la calle, como dejé los lentes oscuros por algún lado, las personas que me vieron cruzaron a la otra acera espantados. No me interesaron, sentía frío, estaba vacío, y la rabia me inundaba. Maldita sea, por qué. Deseaba saber por qué. ¿Por qué mi Rosy? ¿Por qué la hizo hacer eso, por qué le aceptó? Si sabía quién era, en ese instante podía ir y matarlo, sabía que lo haría.

Apreté tanto los puños que mis garras se clavaron en mi piel, como si hubiera dado un puñetazo muy fuerte.

Claro, Tania me lo advirtió, ella también debía haberlo hecho. ¿Por qué los humanos eran así? ¿Con qué motivo? También lo hubiera hecho, porque ella me encantaba demasiado, pero ahora me sentía molesto conmigo mismo por haberlo pensado.

Nuevamente ese pensamiento venenoso de que lo hizo con otro porque también le encantaba me carcomió sin piedad. Quise gruñir, correr, golpear algo y hacerlo pedazos. No podía imaginar a otro besándola y tocándola. ¡Me mataba!

Seguro lo hacían siempre así, ya sabían cómo y todo. ¡Qué más habría y yo ni sabía! Era un iluso.

Entré al campo de entrenamiento. Quería golpear algo, pero alguien se cruzó en mi visión.

—Vaya, ¿qué pasó? —pasó Tania burlándose—. Pareces suegro amargado.

No supe bien qué era «suegro», pero no importó tampoco. Volteé y la detuve tomando su brazo. Prácticamente la arrastré fuera de ahí.

—Enséñame —le dije mientras la llevaba a su habitación.

Escuché su pulso acelerarse. Entramos y cerró la puerta, así cegado y con la rabia, me incliné y la besé, gimió bajo rodeando mi cuello. Rosy vino a mi mente, pero la rabia de saberla con otro me hizo olvidarla.

—Así que ya sabes besar —susurró contra mis labios.

Me dio una fuerte mordida que me hizo quejar apenas. Mi cuerpo entero reclamó y exigió que fuera por otra persona.

Rosy... No. Ella ya había hecho esto con otro, bien, yo lo haría con otra.

Tania tomó mi mano y la puso contra su seno, sacándome de mis pensamientos, sonreí de lado y volví a besarla. No podía negar que tocar eso me gustaba.

El sabor de Rosy se coló en mi mente otra vez, el sabor de su piel, lo poco que conocí, su respiración, el aroma a fresas, su frágil cuerpo. Quería besar cada rincón de su cuerpo, borrar para siempre todo rastro de otro, colonizarla por completo.

Tania coló sus manos por debajo de mi camisa, su lengua entre mis labios, entrando en mi boca, sorprendiéndome. La apreté contra mí de la cintura y jadeó. Lamió un poco uno de mis colmillos, toqué su lengua con la mía y mi boca también pareció reclamar. Se formó un nudo en mi garganta.

Los humanos hacían esto con facilidad al parecer, Tania no me conocía casi, y aquí estaba, a punto de quitarse la ropa ante un extraño.

Los humanos hacían eso. Sí.

Yo no...

Me aparté y resoplé. Miré al suelo con frustración.

—¿Qué pasa? —preguntó con la respiración algo entrecortada.

—No puedo hacer esto.

—Claro que puedes, solo no pienses.

Se acercó y besó mi mentón.

—No... —La aparté con cuidado—. No me gustas, aunque eres atractiva, no puedo, quiero hacer esto con alguien más...

—¿Con Rosy? —Tensé los labios—. Ya veo, te has enterado de que ya se ha acostado con otro. —No iba a asentir a eso pero mi ceño fruncido le dio la respuesta—. Ay, nene, eso es de todos los días. Puedes hacerlo conmigo y estarán mano a mano.

Volvió a acercarse y empezó a besar mi cuello. La empujé suave otra vez.

—Eso pensé, pero no puedo.

Cruzó los brazos y suspiró.

—Ustedes los evolucionados son tan tercos. —Negó—. Bueno, ve y hazlo con ella.

—Tampoco puedo.

—Bah, ¿por qué?

—La rabia de pensarla con otro me carcome. Nosotros, no... En mi sociedad, no...

Al parecer le causé ternura.

—Debes pensar que ahora ella está enamorada de ti y no de ese otro.

—Pero...

—Si te ama no te va a comparar con nadie, créeme. Además, cada hombre es un mundo diferente. —Deslizó su dedo índice por mi pecho—. Y tú eres todo un mundo muy especial, querido. Por favor, ¿cómo superar un momento candente con un H.E? La envidio en verdad, tienes bastante fuerza.

Me hizo sentir avergonzado. Pero algo más vino a atacarme. Le acababa de fallar a Rosy, acababa de fallarle. Salí de ahí casi corriendo, fui a mi habitación y cerré la puerta de golpe, haciendo que las ventanas se sacudieran.

Me dejé caer en la cama sintiéndome de lo peor, inmoral, una escoria. Asqueado por completo. Era un bicho, ya no era digno de ir a hablarle, la había traicionado. ¡¿En qué diablos estaba pensando?! Mi Rosy... Ahora solo quería correr a ella y refugiarme en sus brazos, ¿pero con qué cara? Acababa de besar y tocar a otra, jamás me lo iba a perdonar, había roto las reglas. El mundo se tornó oscuro, mi conciencia me recriminó a gritos.

Salí de la habitación y bajé directo al salón de entrenamiento, apenas vi un maniquí ahí, gruñí agarrando el primer cuchillo a la mano y lanzándolo con fuerza. Uno tras otro traté de desfogar la furia que sentía conmigo mismo y con todo.

—Wow, tranquilo o vas a tener que pagar uno nuevo —advirtió Max.

Le gruñí. Quedé respirando de forma agitada.

—No importa... —Seguí.

Tras destruir el maniquí y quedar mirando a la nada, con la tristeza inundándome al ya no quedar ganas de seguir rabiando, llegué a una solución, quizá la mejor hasta ahora, algo que debí hacer desde un inicio...

* * *

Miré a Rosy, otra vez oculto en la copa del árbol, la mañana estaba nublada, pero no me era problema. Al verla atendiendo a alguien, mi cuerpo quemó por ir con ella, al menos decirle que me iba, que ya no iba a molestarla ni hacerla sufrir. Le sonrió a la mujer, pero no fue una sonrisa real, no estaba feliz, y era culpa mía.

No quería irme así, sin siquiera intentar arreglarlo, sin embargo supe que sería peor.

Rosy lanzó un vistazo en mi dirección, pero yo estaba bien oculto. Su semblante triste era obvio, negó con un leve movimiento de cabeza como si tratara de quitarse algún pensamiento, y se retiró de la habitación, y de la cercanía de la ventana que me había permitido verla una última vez. Mis ojos no la abandonaron hasta que cerró la puerta.

Entonces, ¿eso era todo?

Sí. Era el adiós.

CAPÍTULO 18

REMORDIMIENTOS

Rosy

A pesar de que le lloré mucho casi toda la noche, luego fue cólera lo que me acabó de tumbar. Lo sentí mío y a la vez no. No hallaba forma de evitar que se fuera de mi lado, que dejara de sentir rencores y ganas de venganza, lo quería conmigo y en tranquilidad, ya que nada parecía ser más importante que su odio, nada, ni siquiera yo. Pero lo empeoré.

Abracé mi almohada. Solo quería verlo volver, solo quería eso, verlo volver y quedarse aquí a mi lado. Tuve cólera porque me había juzgado así de mal, solo porque había sido criado de forma diferente. Aunque era lógico, ahora estaba ofendida pero también dolida y demasiado triste.

Tenía miedo de que se fuera, y al ver a esa chica con la que una vez se comprometió, se olvidara de mí. Después de todo, ella era como él, y yo era seguramente la sucia humana.

Le di sus semillas al pajarito, le había puesto «Amarillito», no era un nombre muy creativo pero me gustaba. A él le gustaba estar en su planta y cantar, le había puesto un pequeño vendaje en su ala. Sonreí al pensar en que mi Ácrux me lo había traído, así como un gato a veces conseguía «regalos» para una persona. Mi sonrisa se borró al recordar que justo después peleamos.

Suspiré. Me arrepentía como nunca creí que lo haría en la vida, el haberme entregado a ese chico. Estaba loca con las hormonas, como siempre, y él era encantador y sexy. Estaba en forma, iba a entrar a seguridad nacional y eso lo hizo más atractivo para mí. Aunque mi primera vez fue dolorosa, había quedado satisfecha luego.

Y ahora me sentía mal por haber disfrutado, no solo eso, hasta sucia. La mirada de Ácrux me había hecho sentir así, y saber que seguramente eso pensaba de mí lo había empeorado. No había podido mentirle cuando me preguntó, y tampoco era lo que merecía. Tuve que decirle, a pesar de que luego me arrepentí, era lo que debía hacer.

Si hubiera estado en mis manos, hubiera retrocedido en el tiempo, pero ya nada podía hacer. Ahora solo quería verlo antes de que se fuera. Pensar que quizá otra mujer totalmente *virgen* lo esperaba, me carcomía el alma.

No debía ser egoísta, aunque él hubiera dicho que quería estar conmigo, no sabía qué encontraría ni cómo reaccionaría. Si al final terminaba no volviendo, iba a tener que entenderlo.

Cuando llegué al hospital respiré hondo y saqué una de mis mejores sonrisas fingidas. A las personas les gustaba verme sonriente, les gustaba que les atendiera así, y también me gustaba brindarles esa seguridad. Ver a alguien sonriendo y seguro de sí mismo te daba fuerzas cuando estabas enfermo y mal, la sensación de que todo pasaría y que iba a ir bien, que las cosas iban a mejorar.

Estando en una de las habitaciones del segundo nivel, cuya vista daba al campo, sentí algo muy, muy leve. Esa sensación que surgía que te hacía creer que alguien te observaba. Miré al exterior, pero solo estaban los árboles y una leve neblina.

Sin duda, quizá me estaba volviendo loca. No. Negué y salí.

* * *

Saliendo del trabajo, fui a encontrarme con Marien en un café cercano. Apenas la vi, corrí y la abracé volviendo a soltar lágrimas como adolescente inestable.

—¿Qué ocurrió? —preguntó preocupada.

—Él me odia —sollocé. Limpié mi rostro y respiré hondo, tratando de recobrar la compostura—. Se enteró de que... pues... —miré a los costados— ya no soy virgen —susurré.

Ella arqueó una ceja.

—¿Por qué susurras?

—Es que me siento tan mal y avergonzada a pesar de que no tiene sentido —me quejé otra vez como adolescente inestable—. ¡Y estoy tan enojada ahora con él por no abrir su mente terca y entender!

Soltó un suspiro.

—Bueno, su mentalidad es otra.

—Y retrógrada.

—No... Solo son estrictos. Sabes que si un hombre hubiera roto sus reglas en su sociedad el castigo y el rechazo es el mismo que para una mujer, para ellos no hay diferencia. Ya sabes que cuando a alguien le siembran formas de pensar, valores, creencias, o etc., desde la infancia, pues se le queda grabado... —Limpié una última lágrima—. Me contaste que sentían algo muy fuerte el uno por el otro, así que estoy segura de que se lo está replanteando. Mmm... Es solo que tal vez apresuraste un poco las cosas, no le dejaste asimilar primero lo que es el amor... —Entrecerró los ojos—. Salvo que tus intenciones con él hayan sido solo lograr...

Puse cara de sorpresa y negué asustada, luego pensé un segundo. Me conocía a mí misma, y podía decir que era algo pervertida, él despertó lujuria en mí en más de una ocasión, no era del todo mi culpa.

—Bu-bueno, me encanta él como es, todo inocente y sensual al mismo tiempo... pero también me imaginé en varias oportunidades... tú sabes, cómo sería... hacerle cositas... —Río de forma leve—. Ni te burles que no me puedes decir que tú no deseaste a Sirio de forma carnal.

Se ruborizó.

—Eh... Ay, pero... —Reí—, pero no tan pronto... o, bueno, quizá sin ser consciente...

Suspiré y volví a sentir esa angustia.

—No quiero que se vaya.

—Ya, tranquila, vamos a tomar algo.

Ya más relajada gracias a la manzanilla, jugueteaba con la cucharita.

—Ahorraré para estudiar una especialidad, y estar en mejor categoría, como ustedes... Marcos está bien, le ha echado ojo a Tania, ¿sabes? Qué mal gusto. Aunque todavía no te olvida del todo. —Soltó una corta risa—. Quién como tú que ya no tienes que trabajar.

—Estoy ayudando en un hospital de ellos, aunque muy rara vez alguien se enferma.

—Sí, me imagino... La vida ha de ser diferente con ellos, saludable y tranquila. —Supiré—. Y... ¿Cómo es él como esposo? —Sonrió mirando su taza—. Bueno, eso responde. Imagino que pusiste en práctica lo que te mostré esa vez en el móvil. —Volvió a reír.

Tomó un profundo trago del té, bastante ruborizada.

—Qué puedo decir —dijo extasiada—. Lo amo en todas sus facetas. Dulce, inocente, caliente, apasionado, atento, curioso...

Asentí.

—Son especiales en cierto modo, está claro que no solo en el aspecto físico. Pueden llegar a sentir de manera genuina. Y pensar que nunca nos detuvimos a verlo, incluso les tememos, resulta que ellos también nos temían un poco.

—Yo veo que pueden sentirse atraídos hacia el amor, pero con la inocencia de un niño, luego ya las hormonas hacen lo suyo, pero al inicio es así. Como dije, quizá no le dejaste asimilar, él estaba descubriendo lo que siente, con la ilusión y todo eso...

—*Jooiii*. Le rompí la ilusión —me lamenté. Medité unos segundos removiendo otra vez la manzanilla—. ¿Crees que si se va y la encuentra, volverá a quererla? —murmuré con desgano.

—Deberías buscarlo, si él no viene a ti por andar confundido, no tiene nada de malo que vayas tú. Por otra parte, si ya había olvidado lo que sentía, y a pesar de que ha recordado fragmentos con el tiempo, no ha vuelto a sentir algo por ella, no creo que lo haga ahora.

—Pero ella ha de estarle esperando.

—¿Cómo sabes? No supongas nada. No sé... Insisto, deberían arreglar las cosas antes de que se vaya, así al menos te quedas más tranquila.

—Sí —dije con determinación, poniéndome de pie—. Vamos. —Tiré de su brazo.

—Ah... Ah, claro. —Alcanzó a agarrar su pastel.

* * *

Íbamos en su auto, a pesar de que no estábamos lejos. Era uno de los que les dieron a los evolucionados esa vez. Ya veía que ellos no acostumbraban a usarlos.

Estaba feliz y me sentía apoyada, ya que Marien me dijo que se quedaría un par de días, hasta que Sirio viniera a verla, porque estaba visitando un trabajo de su carrera o algo así. Era la primera vez que viajaba, por eso ella vino.

Hablando de visitas, ya venía siendo hora de que visitara a mis padres...

Apenas llegamos al fuerte de Max, bajé casi corriendo para ir por mi Ácrux. Max me vio con sorpresa pero no me detuvo ni a saludarle, subí y fui a las habitaciones.

Toqué, pero el fastidio me dominó a la segunda vez. O no estaba, u obviamente me había olfateado y no quería verme. Mis labios formaron una sola línea.

—Rosy —me habló Marien desde las escaleras—, Max dice que se ha ido.

Solté un quejido de frustración y bajé de prisa.

—¿A dónde se fue? —pregunté interrumpiendo a Tania que le estaba comentando algo con diversión.

—Eh, pues a su vida, se fue. —Se me bajaron las ansias de golpe. Marien quedó a mi lado—. Dijo que si lo necesitaba o encontraba algo antes que él, le avisara y lo viera afuera de la ciudad, pero que aquí no

iba a volver. —Se me contrajo el estómago... Mi Ácrux—. Vaya, ¿te hizo algo?

—Más bien, ella hizo algo —se burló Tania de forma disimulada.

Max arqueó una ceja, quiso decir algo pero fue distraído por su hermano. Tania me sonrió fingiendo pena.

—N-no hice nada —me defendí con la cólera ardiendo en mi garganta. ¿Por qué me acusó así? Ni siquiera sabía... No podía...

—Puede decirse que así como tú al parecer buscaste a alguien más para descubrir cosas, él vino y me buscó a mí... ya sabes, para sentir que quedaron a mano. —El corazón se me estrujó, mis lagrimales quemaron, amenazando con soltarse ante ella, el frío y vacío me golpearon—. En fin, no es importante, total, ya se fue...

La vista se me nubló finalmente, no escuché qué preguntaba Marien, ni qué quiso saber Max. Di media vuelta y caminé, alguien me siguió pero tampoco atendí. El dolor me consumía. Mi Ácrux lo había hecho con ella... ¡Con ella! ¡Por qué!

Sollozando, me encontré en el auto tratando de limpiar y detener las lágrimas que salían sin parar. Marien subió.

—No llores...

—¡Se acostó con ella! —exclamé soltando a llorar con amargura.

—Que no, no ha dicho eso, puede ser que... simplemente...

—No necesita especificar. —Mi voz quebrada casi ni se entendió. Suspiró con tristeza y encendió el auto.

* * *

Marien dejó que me encerrara a llorar en mi habitación. Otra vez me dejaría perderme en esto como anoche.

Abracé mi almohada luego de sacudirla con rabia y caer al colchón. Soltando uno que otro insulto a Tania, porque sabiendo lo que había entre él y yo, no le importó en lo absoluto y se aprovechó de que estaba molesto. ¡Tonto, impulsivo y celoso evolucionado!

Gruñí y volví a golpear la almohada tras chillar. Enterré la cara en ella y seguí llorando.

¿Qué haría?

La respuesta era obvia: olvidar y seguir con mi vida.

Marcos al final tuvo razón, nada bueno salió de esto. No me quedé con el evolucionado atractivo, no pudo darme el amor que quería, por más de una razón. Y ahora me había quedado vacía por haberme ilusionado tanto. Si algo logré hacer bien, fue hacerle más daño del que ya le habían hecho. No iba a poder con la culpa por eso.

¿Cómo iba a seguir sin siquiera saber cómo estaba? Bueno, estaba Max como intermediario, podría un día preguntarle qué sabía sobre él... y si un día quizá lo veía... ¿Qué haría?

No, no. ¡No! Me negaba a dejarlo ir, me negaba. Quería a mi gatote dorado de vuelta, no era justo. Aunque hubiera hecho cosas con otra, al final qué importaba, lo quería conmigo, y no porque mi lado lujurioso lo pidiera. Mi corazón lo pedía, lo amaba.

CAPÍTULO 19

PERDIDO

Mientras corría iba recordando a Pradera, supe que había pasado ya por estos lugares, estaba bastante cerca de mi ciudad, quizá incluso vería a mi mamá.

Algo cálido se apoderó de mi pecho, similar a lo que sentía por Rosy, y muy diferente a la vez. Vería a mi mamá. ¿Cómo estaría? ¿Estaría? Eso me dio un poco de miedo, el agujero de la soledad tembló en mi interior, recordándome que ahí estaba y ahí estaría siempre.

Pradera corría a mi lado. Durante la noche habíamos hablado, se había acercado bastante a mí, había rozado su mejilla con la mía y había ronroneado. ¿Cómo no recordaba eso? Cuando pasé por el lugar lo hice, eso me trajo un cargo de conciencia. ¿Cómo le explicaría lo de Rosy? Me había apresurado tal vez pero para nada me arrepentía, era el colmo, probablemente iba a quedar solo. Estaba loco por Rosy, pero no iba a volver con ella, no merecía su perdón.

«Antes de que te vayas quiero unirme a ti».

Me paré en seco al recordar las palabras de Pradera.

Estaba cerca de un acantilado que daba a un río. Una muy alta caída. Me acerqué a ver, tratando de recordar qué pasó luego de que ella dijera eso, pero por alguna razón no podía. Puse mis manos en mi cabeza con frustración porque encima empezaba a doler un poco.

«Eso me encantaría».

Mis propias palabras resonaron.

Respiré hondo y cerré los ojos. Entonces quizá ya estaba casado, pero de algún modo perdí el anillo que supuestamente daban. En eso detecté un aroma, uno peculiar, uno que ya conocía. Mi corazón se aceleró y la rabia empezó a correr por mi sangre.

Volteé y ahí estaba. El sujeto de ojos negros con tres de mi especie bajo su control seguramente. Más viejo, más acabado, pero él, al fin.

Empecé a gruñir de inmediato.

—¿Cómo me has encontrado si ya no tengo rastreador?!

Sonrió con burla.

—Eso crees... Aunque no era necesario tampoco, los muchachos ya conocen tu aroma, no era difícil suponer hacia dónde te ibas a dirigir. Ya conoces este lugar.

—¿Claro que lo conozco, por aquí pasé! ¿Por qué ustedes también lo conocen?!

—Te ayudaré refrescando tu memoria.

Los tres evolucionados avanzaron hacia mí y volví a gruñir con fuerza, alistándome para pelear si era necesario.

—Aléjense —amenacé entre dientes.

—Dos H.E desprevenidos corrían creyendo que estaban ya fuera de peligro —empezó a contar el hombre—. No sabían que nosotros estábamos cerca.

Mi cabeza dio una punzada haciéndome soltar un corto grito y apretármela. Traté de no dejar de gruñir, los de mi especie se habían detenido pero me tenían rodeado. El recuerdo vino a mi mente causando otro dolor, esta vez más prolongado.

Pradera sonrió tras mi respuesta, se empinó y juntó su frente a la mía. Me gustaba tenerla así de cerca, me hacía sentir bien. Sin embargo, ese aroma vino y la hice a un lado, poniéndome delante de ella como escudo protector y empezando a gruñir.

Ahí estaba el tal Héctor, ya me había aprendido su nombre, con tres evolucionados de miradas frías y dos humanos más.

—No puedes irte así no más, nuestros estudios no han terminado —dijo.

Gruñí más fuerte.

—Sobre todo a esa H.E rara y defectuosa —agregó otro—. Si nos dices por qué es así, los dejaremos ir.

Miré de reojo a Pradera y ella negó. No quería que se los dijera, y en verdad quizá no convenía, si ellos sabían sobre nuestra etapa de vulnerabilidad podía empeorar las cosas.

—¿No?

—De nada les sirve buscar controlarnos —traté de hacerle entender—, en algún momento algo fallará.

—Son mejores los H.E que nuestros hombres, para matar a otros H.E —murmuró con tono cínico.

—¡No tienen nada con nosotros, podrían dejarnos en paz y nosotros les dejaríamos en paz! ¡Solo queremos vivir!

—¡También matar, destruir! —Subió un poco la manga de su pantalón, revelando una pierna falsa. Abrí mucho los ojos—. ¡Ustedes hacen esto! ¡Ustedes nos atacaron, cazaron, mataron! ¡No se quejen ahora de lo que les hacemos! ¡Se metieron con la especie equivocada!

Los tres evolucionados se abalanzaron como rayos contra nosotros. Recibí la embestida de uno y caímos contra la tierra, hasta que mi cabeza quedó al borde del acantilado. La desesperación me inundó cuando escuché a Pradera gritar, mi respiración y mi corazón se aceleraron, me torné salvaje. Mordí al que me tenía contra el suelo y lo saqué de encima para salir prácticamente disparado hacia el que había atrapado a Pradera.

Apenas choqué con él, lo mordí y le arranqué la carne, el sujeto me alejó de una patada y derrapé sobre la tierra sin caer, para volver a atacarlo. Pero al ser tres y yo uno, el otro no tardó en tomarme por la espalda, vino el tercero, y aunque lo alejé de un zarpazo, el segundo me pateó en el estómago. Una y otra vez, luego puñetazo tras otro.

Pradera gritaba en llanto que me dejaran. No era justo que ella pasara por esto. Una última patada me hizo botar todo el aire que tenía, me dejaron caer y quede a gatas contra el suelo, pero ahí no terminó. Continuaron pateándome y golpeándome otro rato más. Terminé arrastrándome contra la tierra. Tosí, escupí la sangre de mi boca ocasionada por los puñetazos. Pradera vino a mí llorando pero alguien la tomó y la alejó.

El H.E la apresó contra su cuerpo y le tapó la boca.

—Déjenla —pedí a pesar de dolor. Les escuché susurrar que nos matarían a ambos y la desesperanza vino—. ¡DÉJENLA! —Gruñí. Traté de ponerme de pie.

—¿Tanto quieres que se vaya? —cuestionó Héctor.

—Ella no merece esto, tiene aún mucho por hacer —murmuré, tratando de convencerlos, a pesar de que los humanos jamás habían mostrado tener piedad.

Malditos.

Logré levantarme, respiraba agitado por el dolor que punzaba en todo mi cuerpo. A ella seguían aprisionándola, sus ojos me transmitían su miedo, y me dolió en el alma no poder ser más fuerte para poder cuidar de ella, protegerla y escapar juntos.

—Eres bastante fuerte —murmuró otro humano—. Entiendo tu interés —le susurró a Héctor.

—Mi interés no involucra eso, es algo más —le escuché responder.

Me intrigó.

—Quédate y dejaremos que la chica se vaya, tu ciudad está a solo un par de kilómetros.

Pradera negó.

—Debo asegurarme de que llegue —aclaré.

Los tipos suspiraron.

—Bueno. Una mujer no nos sirve. Se irá, pero tú vienes inmediatamente y eso significa que te borraremos los recuerdos, así que ya no sufrirás por ella. ¿No es eso genial?

Apreté los puños. Miré a Pradera, sus ojos derramaban lágrimas, nuestra vida juntos pasó por mi mente, una vida que nunca llegaría, todo porque esta especie apareció un día en nuestra ciudad, violando toda regla y derecho, todo por el rencor.

Solo quería que se fuera, que dejara lejos ese infierno, y viviera su vida aunque fuese sin mí. Bajé la vista y asentí, acepté quedarme con ellos con tal de que la dejaran ir.

Héctor hizo otra señal, mencionando que la dejaran despedirse, y el H.E liberó a Pradera. Sonreí con tristeza al verla venir, la abracé fuerte.

—No llores, estarás bien —susurré.

—Te matarán —sollozó.

—No, no. Iré con ellos, les soy útil, mientras sea así estaré bien.

—Eso no puede llamarse «bien».

—Tranquila —acaricié su cabello—. Debes ir, dile a mi mamá que estoy bien. Por favor, debes irte ya.

Ella alzó la vista y sus ojos se plantaron en los míos. Quizá la última mirada que compartíamos. La realidad quería golpearme para que me quebrara, hacerme recordar que no volvería a ver a mi madre, que no volvería a mi ciudad. Nunca.

Para sorpresa mía, se empinó e hizo algo que nunca se me había cruzado por la mente. Sus labios rozaron apenas los míos, dejándome la leve sensación de tibieza, quedé sorprendido. El ensueño terminó cuando dio media vuelta y sacó veloz un arma que tenía escondida por la cintura. Todo fue en cuestión de segundos. Disparó a los humanos, pero uno de ellos logró proteger a Héctor, y este sin perder tiempo sacó su arma también.

Un disparo. Mi respiración se detuvo.

No.

Los evolucionados empezaron a gruñir y a rodearnos, pero casi no les escuchaba, en mi mente solo estaba el disparo, el disparo que había hecho que Pradera cayera a mis brazos cuando traté de sostenerla.

—No, no. ¿Qué hiciste? —pregunté con la voz quebrada, con desesperación—. ¿Por qué? ¿Por qué?

—Debía intentarlo —susurró. Sonrió con debilidad—. No busques venganza si escapas.

Sacudí mi cabeza en negación, sin darme cuenta mis lágrimas caían, apreté los dientes cuando dejé de escuchar su leve respirar. Perdí la voluntad de luchar y me dejé atacar.

Estaba sentado sobre mis talones, con mis puños cerrados sobre mis muslos. Un par de lágrimas les cayeron, contuve un sollozo. Sentía algo

fuerte por Rosy, pero se me había roto el corazón por Pradera otra vez, los recuerdos vinieron con sentimientos.

—Fue lista al intentarlo —comentó Héctor—. Igual íbamos a matarla. El que fuera con los rumores a tu ciudad no era conveniente. Ahora tenemos más proyectos y deben ser secretos, como por ejemplo, el potente virus. ¿Qué pasaría si se le modifica para que afecte solo a determinadas especies?

Solté aire por la sorpresa, pero aún estaba aturdido por las memorias, no me dejaron pensar más. Recordé haber visto a mi Pradera en el suelo sin reconocerla, recordé que dejé de sentir.

Alcé la vista, gruñendo de forma salvaje, clavando mi odio con la mirada. Uno de los humanos sacó algo de su bolsillo y machucó un botón.

Grité apretando mi cabeza y caí en la oscuridad.

CAPÍTULO 20

RECUPERAR

Rosy

Respiraba ansiosa, Max trataba de llamar a Ácrux pero no contestaba, ya habían pasado casi siete días sin que diera señales.

—Nada, apagado —renegó—. Bueno, creí que ayudaría...

Solté un quejido de angustia. Marien me rodeó por los hombros para que no me preocupara pero eso no funcionaba. Lo único que quería era verlo volver. Había venido todos los días a querer saber dónde estaba, si Max podía preguntarle, estaba prácticamente dispuesta a ir, pero no respondía, el móvil siempre estaba apagado.

Aunque no quisiera verme nunca, no iba a cortar comunicación con él porque quería encontrar al que había matado a su hermano, entonces no tenía sentido.

—Tiene que haberle pasado algo —murmuré.

—U olvidó que el móvil debe recargarse.

—Estos se cargan con luz solar.

—Irémos a su ciudad —dijo Max—. Bueno, iré solo yo, creo, porque quizá simplemente se está dando unas vacaciones con su familia o su novia.

El corazón se me estrujó y arrugué la cara por el dolor que eso me causó. Marien se dio cuenta.

—Descuida, si estaba tan empeñado en buscar al asesino, no creo que lo deje así nomás —aseguró.

—Iré contigo —le dijo Sirio a Max—. Si ha pasado algo...

—Antonio —interrumpió Marien preocupada.

Apreté los puños.

—Tu amiga está angustiada —respondió—. Si fuera yo el desaparecido ¿no quisieras que alguien fuera por mí?

Ella se tensó. Obviamente sí. Entendía su preocupación, él ya se había alejado de su lado una vez, no iba a soportar que le pasara de nuevo. Y ahora yo estaba cerca de caer en esa misma desesperación.

—Iremos todos y ya.

Sirio abrió la boca para reclamar pero Max habló:

—No vayan a iniciar otra discusión de «sí, no, sí, no», aquí.

—No vas.

—Voy a ir a donde vayas, te guste o no —sentenció Marien.

Max rodó los ojos. Se sobresaltó cuando su móvil sonó, lo vio con prisa y frunció el ceño.

—Ácrux. —Me sorprendí—. Ha marcado su ubicación con el GPS del móvil.

—Creí que no sabía activarlo —comentó Jorge.

—No importa, vamos.

—Yo también voy —avisé.

—Noooo —renegó—. Estorbarían, tú y Marien estorbarían. Tontas. ¿No piensan acaso?

Se ganó el gruñido de Sirio, y quizá se hubiera ganado un buen golpe también si Marien no lo hubiera detenido.

—No vuelvas a insultarlas, ¿me oíste? —amenazó.

Max resopló.

—¡Bien! ¡Vengan! ¡Vamos todos y llevemos una carpa de circo también por si acaso! —Se retiró, pateó una lata de por ahí—. ¡También llevemos a las mascotas, son grata compañía! ¡Y a las abuelas, a los hermanos, nietos! —rabiaba mientras se alejaba.

Marien liberó el brazo de Sirio y lo abrazó tras un suspiro.

Por un momento me sentí culpable por meterlos en este asunto, pero Sirio era el único que podía ayudar, él y los hermanos, tres evolucionados me seguían pareciendo poco pero eran mejor que solo dos. Quería a mi Ácrux de vuelta y tenía mucho miedo de que le

hubiera pasado algo. No importaba si me seguía detestando, si lo veía a salvo me bastaría.

Partimos al cabo de una hora luego de alistarnos y alistar algunas cosas en la camioneta. La preocupación me carcomía, Max iba mirando el puntito rojo que indicaba su ubicación en el mapa, mientras nosotros éramos el azul, cada vez más cerca.

—Paremos aquí —pidió Sirio—. Quiero tener calma para saber si está solo en verdad.

La camioneta desaceleró hasta quedar detenida. Nos pidió que nos quedáramos y que tratáramos de ocultarnos, eso no era problema por las lunas oscuras del vehículo. Bajó junto con los hermanos, avanzaron despacio por la calle ya oscura, entre negocios que ya habían cerrado y un par de contenedores grandes de basura. Dieron una rápida mirada hacia nosotros y continuaron. Sin duda significaba algo porque Max sacó su arma de debajo del asiento. Me asusté.

—¿Qué pasa?

—Quédense aquí, manténganse escondidas. —Bajó también.

Fue a darles alcance, pero no avanzó mucho cuando Ácrux salió de atrás de uno de los contenedores. Sonreí por unos segundos pero algo no estaba bien, tenía el ceño fruncido, mi respiración se aceleró un poco. Me espanté más cuando cuatro hombres los rodearon, apuntándoles con armas, tres a los costados y otro desde un techo, casi al frente de Sirio.

—Antonio —susurró Marien con desesperación.

Me puse a buscar alguna de las armas bajo el asiento y ella enseguida me ayudó en silencio.

—¿Estos son los que arruinaron el plan del gobernador? —preguntó uno de los hombres que apuntaba.

—Sí, señor —respondió Ácrux.

Se me hizo un nudo en la garganta, ya no era él, lo supe por el tono de su voz. Me lo habían robado otra vez. Un par de lágrimas se asomaron por mis ojos y pasé saliva con dificultad soltando un muy

bajo sollozo mientras retiraba las envolturas que cubrían el arma. Marien, entristecida también, me hizo señales para que no hiciera ruido y asentí. Limpié mis lágrimas.

Sacamos el arma con rapidez, y nos deslizamos hasta la ventana.

—Bueno, una vez eliminados no van a ser problema —decía el sujeto.

Abrimos ventana apenas un par de centímetros, lo suficiente como para que la punta del arma pudiera asomarse.

—Déjame a mí —me avisó mi amiga en susurro.

De algún modo ella había incursionado algo en eso de las armas. Respiró hondo, no sabía a quién dispararía. ¿Y si fallaba y eso hacía que nos mataran a todos? Sin darme cuenta empecé a morder la uña de mi dedo pulgar.

Un estallido me hizo soltar un corto grito de sorpresa. Marien había disparado, uno de los sujetos gritó también y cayó tras el shock eléctrico que recibió, desatando una lucha. Los H.E se lanzaron en un milisegundo contra los hombres, sin darles tiempo ni de apuntarles bien, soltando los disparos al aire. Uno dio contra la camioneta, pero al ser de metal especial, no le pasó nada.

Max corría a darle alcance al que había estado en uno de los techos, disparando y esquivando disparos, y Sirio intentaba detener a Ácrux. Lo lanzó contra uno de los contenedores, causando un fuerte estruendo, pero él se reincorporó enseguida, gruñendo y volviendo a atacar.

—Deben desactivar su modo de ataque —murmuró Marien—. ¿Cómo no nos acordamos de que tenía ese chip?

—Se supone que se lo habían quitado. —Mi voz fue débil por la pena y dolor que sentía—. Al parecer solo se llegó a detectar uno que supuestamente era rastreador.

Marien ahogó una especie de quejido cuando Ácrux mordió a Sirio, pero él lo apartó de una patada, para luego girar y brincar, dándole otra lateral para evitar que volviera a morderlo y aventándolo a un costado. La que se quejó por eso fui yo.

Ácrux volvió a atacar, no se detenía ni a pensar en su dolor, estaba bajo el control de esa cosa y era capaz de luchar hasta morir. No pude aguantar las lágrimas otra vez. Los hermanos habían dejado inconscientes a los otros hombres e ido tras Max para seguramente ayudarlo.

Me sobresalté cuando escuché el grito de Sirio, aunque pronto lo reemplazó con un gruñido. Ambos forcejeaban, intentando morderse, golpeándose y gruñendo como perros salvajes.

—¡Ya basta! —le gritó Sirio, pero obviamente no tuvo resultado.

Ácrux lo embistió y golpeó, estrellándolo contra otro contenedor, al parecer vengándose, pero Sirio apenas cayó, se aguantó el dolor y arrancó con prisa la tapa del contenedor, arrojándosela. Di un respingo cuando el objeto metálico se estampó contra mi Ácrux y lo dejó boca abajo contra el asfalto un par de metros más allá.

Solté aire, sin haberme dado cuenta de que había dejado de respirar. Bajamos con prisa, Marien corrió a abrazar a Sirio que tenía algunas heridas, yo dudé si acercarme o no a Ácrux.

—Ten cuidado, Rosy. —Mi amiga me hizo recordar lo que estuve a punto de olvidar.

Me detuve, quedé viendo a mi gato dorado, ahí inconsciente. Limpié mis lágrimas pero brotaron más, era en vano. Max llegó corriendo con los otros.

—Tengo el control. —Presionó el botón. Sirio lo miró arqueando una ceja—. ¿Qué? Podría despertarse y seguir bajo su efecto.

Lo pusieron en la tolva de la camioneta, Alpha y Centauri fueron con él y con el control por si despertaba y presentaba conductas raras. Fui todo el tiempo mirándolo por la ventana posterior, por mi parte, yo sí quería que despertara y poder estar con él, hacerlo sonreír otra vez, que me contara qué le había pasado, si había descubierto algo.

Apenas llegamos al hospital, lo pusieron en observación. Le examinaron la cabeza con una máquina especial para ver en dónde conectaba ese otro chip, y si podían sacarlo. Caminé de un lado a otro

mientras esperaba, ya quería verlo venir a mí como lo había hecho antes, con esa bonita y deslumbrante sonrisa. Pero bien sabía que de seguro aún no iba a querer tenerme cerca...

Eran las cuatro de la madrugada cuando John se me acercó, yo tenía un vaso de café en las manos.

—Hemos visto que si retiramos el chip, pues podríamos matarlo — soltó así sin más.

Me angustié.

—No lo toquen entonces —pedí.

—Tranquila, tranquila. Solo queda mantenerlo lejos de los sujetos que puedan controlarlo, o de cosas con determinadas frecuencias de radio y eso. Claro, sería raro, tendría que ser algo muy fuerte y específico. — Respiré hondo—. De todos modos, aun hacen falta más análisis, por ahora es riesgoso pero quizá luego veamos que no, y que sí le podemos sacar el chip con algún procedimiento especial. —Hizo una leve pausa—. Oye... Debes saber también que no es una cosa común. Nunca habíamos visto chips como ese, no sabemos si es un modelo nuevo, ni qué otras cosas puede hacer en él, en fin...

Caminé despacio en la penumbra, acercándome a él, que estaba en una camilla. Acaricié su cabello, sin evitar fijarme en los bonitos destellos que soltaba bajo la tenue luz. Se removió haciéndome sobresaltar un poco, sonrió de forma apenas perceptible, sonreí también y me incliné para besar su frente.

John entró junto con Max, traían el control.

—Exageran —les reclamé al ver el aparato—. Ya no está bajo los efectos de esa cosa

—No, es mejor prevenir, ¿no crees? Ya te dijo John lo que pasa.

Ácrux abrió los ojos de pronto y quedó mirándolos, me congelé. Frunció el ceño, me preocupó pero quise hacer a un lado ese sentimiento perturbador. Volteó a mirarme también con extrañeza, sus ojos me recorrieron de arriba abajo y volvió su vista a los otros. Algo

no estaba bien, ese presentimiento malo en mi interior creció, acelerando mi respiración por la angustia.

—¿Quiénes son? —preguntó con severidad.

¿Qué?

Eso debía ser una broma. Me agité más. Retrocedí de golpe cuando se reincorporó con ademán de salir de la camilla.

—Tranquilo —trató de calmarlo Max levantando un poco las manos—, tranquilo, somos tus conocidos. ¿Acaso no recuerdas?

Tapé mi boca para que no escuchara mi sollozo. No era justo, esto no era justo, rogaba porque simplemente estuviera confundido por el momento. Frunció más el ceño mientras nos escrudiñaba con la mirada y cubría su pecho desnudo con la manta.

—Están locos. ¿Por qué estoy aquí? Si es otro experimento, mejor déjenme inconsciente primero.

—Nada de eso. Te tenían bajo control unos hombres, ellos te hicieron cosas, nosotros no.

Apretó los dientes.

—Sí... ellos... Ellos mataron a mi hermano y a mi compañera —murmuró con rabia.

Eso me rompió el corazón, la soledad me abrumó. Ni siquiera sabía qué sentir, su antigua novia por la que me preocupé que me dejara ya no estaba, pero ahora parecía que había vuelto a amarla.

—Bueno, lo de tu hermano ya lo sabíamos —aclaró Max—. Créeme, cuando te encontramos, ya habían pasado unos dos años desde entonces.

—¿Y cuánto tiempo he estado con ustedes?

—Quizá un mes más o menos.

Volvió a investigarlos con la mirada.

—Tal vez... Se me hacen conocidos —volteó a verme—, en especial tú. —Tensé los labios y bajé la vista—. ¿Por qué lloras?

Negué en silencio. ¿Qué sentido tenía decirle lo que éramos si no lo sentía ya? Si no lo recordaba...

—Bueno —dijo John—, entonces te dejamos. Descansa, una vez que te recuperes podrás irte.

Apreté los puños y junté fuerzas para salir también. Ahí quedaba todo, él se iría, sentía que la soledad me devoraba. ¿Cómo pude enamorarme de él si sabía que algo así podía pasar? Quizá no con certeza, pero incluso sabía que no pertenecía aquí y que se iría tarde o temprano, intentaba retenerlo a mi lado por haberme encaprichado con él, sin pensar en que tenía una vida, una que ahora sí recordaba, pero ya no a mí.

Así era como debía ser.

Salí con los demás sin mirarlo una última vez. Debía ser fuerte, debía aguantar. Sin embargo, no era tan fuerte. Corrí por el pabellón hasta llegar a una habitación, toqué la puerta, los despertaría pero necesitaba desahogarme de algún modo. Marien y Sirio se habían quedado por si pasaba algo, y agradecí eso, porque de verdad que pasaba, y solo conmigo. Sirio abrió, mirándome con intriga. Marien, terminando de abrocharse un camisón sentada al borde de la cama, me miró preocupada.

—¿Pasó algo? —quiso saber al ver mi cara de angustia, poniéndose de pie.

Corrí a ella y la abracé en llanto.

—Iré a traer agua —murmuró Sirio que ya se había puesto una camiseta.

—Sí, por favor. —Mi amiga retrocedió un poco y nos sentamos en el colchón—. ¿Qué paso?

—Él... no me recuerda —sollocé.

—No, claro que sí, debe estar confundido...

Sacudí la cabeza en negación.

—Está bastante lúcido, no recuerda a ninguno. —Mi voz sonó bastante quebrada y patética—. Pero sí recuerda a su hermano y a... a esa chica con la que estuvo comprometido.

Marien suspiró.

—Me dijiste que había estado recordando partes de su vida, ¿no? Entonces es probable que te vaya recordando poco a poco, además debes haber dejado tu huella, por ahí ha de estar, puedes ayudar a que fluya.

¿Que fluyera?

Ojalá eso hubiera sido tan fácil como sonó.

CAPÍTULO 21

QUÉDATE

Rosy

Lo vi dormir. Ya era de mañana, estaba triste, pero quería estar cerca de él, darle felicidad, aunque no me recordara. Me deprimió ver que era víctima de su propia mente confusa, quería verlo sano, me importaba un comino que hubiera buscado a Tania, quería verlo sano y feliz, eso era todo. ¿Era mucho pedir acaso?

Se movió un poco, parpadeó un par de veces, me miró, pero pareció no percatarse bien, o no darle importancia. Giró el rostro y miró a otro lado.

—Buenos días —murmuré.

Volteó con extrañeza.

—Buen día...

—¿Cómo te sientes?

—Bastante bien, ¿ya podré irme?

Traté de no dejar que notara la pena que me causaba escucharlo decir eso.

—Pues... hasta que el médico lo diga...

—Mmm —vio al frente con molestia.

Me puse de pie.

—Te dejo descansar, hasta más tarde —me miró de reojo y no pude evitar sonreír por eso.

Incluso fastidiado se me hacía encantador. Quizá solo debía agradecer que lo recuperáramos, el hecho de que me olvidara era algo que tal vez podría solucionar, volviendo a acercarme a él. Todo lo que quedó de la noche estuve meditando eso.

Entré a la sala de descanso y suspiré. John estaba ahí y quedó algo intrigado.

—¿Despertó mejor? ¿Ya recuerda? —Negué en silencio. Se acercó—. Tranquila... Pudimos ver el número y las inscripciones en esa cosa. El hermano de Max estará intentando rastrear dónde fue hecho, cuántos hay, y todos esos asuntos. Yo le ayudaré... —Asentí con tristeza—. Oye, ¿recuerdas que salimos y bueno... me porté un poco raro... quisiera compensarlo.

—¿Cómo?

—Iré a *Areq*, al sur, unos días para esa investigación, pero cuando vuelva... salgamos juntos. Mira, tú siempre estabas feliz antes de conocer a ese evolucionado problemático. —Soltó un suspiro de frustración—. Me di cuenta de que no me gusta ver cómo estás ahora... —Me sorprendió—. En verdad, nadie merece que le llores...

Tomó mi mentón unos segundos, tensó los labios y se fue.

* * *

Le puse la bandeja con la comida, ya estaba incluso vestido, era obvia la prisa que tenía para irse. Sonrió apenas al ver carne, eso me hizo sonreír también. Me miró un segundo. Se aclaró la garganta y volvió a fruncir el ceño.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber.

—Eh... Rosy.

Asintió.

—Gracias por traerme la comida.

—Un gusto —respondí con una dulce sonrisa, algo que pareció descolocar un poco—. También tengo esto —le mostré una pequeña caja de leche.

La miró un par de segundos, la tomó con duda, mi sonrisa se ensanchó. Pero se borró al ver cómo quedó escudriñando mi rostro, sentí cómo iba ruborizándome por eso.

—Gracias... —Dejó de verme. Parpadeó confundido.

Se dispuso a comer, así que me dirigí a la puerta para irme.

—¿Puedes decirme cómo nos conocemos?

Volteé con sorpresa.

—Bueno... No hace mucho te sacamos del control de ellos, y estuviste aquí con nosotros... Tú y yo... Somos buenos amigos en realidad.

Miró su comida con intriga.

—Ha de ser, porque en verdad te me haces conocida, los otros también, pero tú... Me agradas.

Sonreí sumamente feliz y por poco di un brinquito de felicidad, pero me contuve. Me miraba con extrañeza.

—¿Por qué sonríes así?

—Ya lo dije, eres mi amigo...

—Me causa algo raro... —Jugeteó con el tenedor en la comida—. Quizá es por no haber comido...

—T-tal vez...

Pensó un momento, su expresión volvió a oscurecerse, y eso volvió a quitarme la alegría que había conseguido.

—¿Cómo es que no me fui antes para buscar ese asesino?

—No lo recordabas, es decir, no del todo, fuiste recuperando recuerdos con el pasar del tiempo. Y fue porque te fuiste, que te atraparon otra vez.

Su expresión se hizo más sombría. Junté mis manos detrás de mi espalda, tratando de autoconsolarme de algún modo.

—Como sea, ahora recuerdo, y volveré, hoy mismo lo haré de ser posible.

Otra vez la tristeza y vacío. Paseé la vista por los azulejos de la pared del costado, tratando de no pensar mucho en eso. Él iba a irse, iba a tener que aceptarlo.

—Deberías tener cuidado... —comenté. Sus ojos míos se plantaron en los míos y por un momento mi corazón se aceleró. Recordé las palabras de Marien—. Aunque no lo creas, eres muy importante para mí, así que no quiero que te pase nada, por favor...

Pareció quedar sin habla, pero no quise esperar a que de repente respondiera algo que me hiciera sentir peor, así que salí.

* * *

No me fue grato verlo volver al fuerte de Max, con claras intenciones de irse. Sin que me importara si me descontaban dinero, salí del hospital y fui también a ver qué pasaba, ver qué decidía.

Los encontré hablando en el comedor.

—Vamos a seguir capturando a corruptos, les guste o no —decía Max—. Es bueno si así contribuyes a ayudar a liberar a los H.E que aún están en la pesadilla del encierro.

Mi Ácrux solo escuchaba.

—Además —agregó Tania—, así tarde o temprano darás con el sujeto que buscas. Y sabemos de algo que podría interesarte.

Él miró a Sirio y a los hermanos Alpha y Centauri.

—Ustedes... ¿Se van a ir? Necesito que me guíen a la salida.

Tensé los labios, la desesperanza aumentó.

—Pf. Anda si quieres volver a ser marioneta de esos sujetos —renegó Max.

—¿Marioneta? Cómo...

—A que te manipulen a su antojo —explicó Sirio—. A los humanos les gusta hacer comparaciones raras, ya me acostumbré. —Se encogió de hombros.

Tuve que aguantar verlo negarse a las ofertas que le hacía Max, y prepararse para irse con los hermanos. Quería hacer su búsqueda en soledad, su razón era que el que buscaba sabría encontrarlo, y no quería causar problemas. Lo suyo era personal, su hermano, y su... *su chica...*

Los vi ir hacia la salida de la edificación. Respiré hondo. Ahí estaba, ahí quedaba todo. No tuve ni tiempo de intentar hacer que sus sentimientos volvieran.

Debía ser fuerte, debía serlo, él ya no me recordaba y estaba por irse prácticamente a rehacer su vida de algún modo. Traté de aguantar las lágrimas como pude, apretando los labios... ¿Y lo poco que pasamos juntos? Sus sonrisas fugaces, sus gestos de cariño, sus jugueteos con mis rizos... Volteó a mirarme y sonrió apenas a modo de despedida, sorprendiéndome. Al demonio, me rompí.

Corrí a él con desesperación, dejando caer las lágrimas. Miró con sorpresa y no me importó si lo asustaba o algo, lo abracé fuerte dejando escapar mi llanto.

—Qué...

—¡No te vayas!

—¿Ha pasado algo? —preguntó intrigado pero en calma.

—Solo... —habló uno de los hermanos—, perdió a alguien, eso pasó.

—¿A quién? Podemos buscarlo, ¿cómo es? —Limpió una de mis lágrimas pero eso solo me hizo llorar más—. No llores, pequeña, te ayudaré.

—Él... Él era muy dulce sin darse cuenta —sollocé.

—Bueno... Necesito saber cómo era en físico...

Volví a abrazarlo.

—Solo quédate... —rogué en llanto—. ¡Quédate por mí! Aunque sea un día.

Me dio un par de palmadas en la espalda.

—Ya, pero no llores...

Asentí. Lo solté, sorbí mi nariz sin que me importara ser un desastre y limpié mi rostro.

—Bueno, entren —escuché decir a Max.

Supuse que se quedaría a dormir con ellos, no quería estar lejos de él ni por esa noche, no si luego se iba para siempre. Así que con la nariz roja todavía, me les acerqué. Marien me sonrió.

—¿Puedo dormir en alguna habitación?

—No hay suficientes, ¿recuerdas? —comentó Tania.

—Claro que sí.

—Nosotros dormiremos en otro sitio —agregó Marien—. Anoche nos quedamos en el hospital.

Miré triunfal a la odiosa Tania, aunque mi nariz roja no ayudara.

—Iré por un par de cosas.

Volteó negando, tal vez pensando que era ridícula, si quería quedarme ahí teniendo en dónde dormir, pero me importó un comino. No podía evitar tenerle cólera a la maldita, me había madrugado a *m*hombre. Mío, de mí. Ardí en celos queriendo caerle a arañazos como gata desquiciada...

—Te acompaño —su suave y grave voz me sacó de mis cavilaciones. Lo miré sorprendida creyendo encontrar su sonrisa leve, pero no, estaba normal y serio—. El clima está extraño, y es por mí que quieres dormir aquí.

Asentí y bajé la vista. Respiré hondo.

Salimos y me dirigí a mi auto. Él quedó mirando.

—Tienes uno igual —le comenté, eso le asombró. Lo señalé, estaba en el último lugar, enchufado y prácticamente abandonado—. No tienen costumbre de usarlos.

—Ya veo... —Movió la mano hacia la puerta de mi auto—. Adelante.

Parpadeé confundida y reaccioné. Subí rápido. Luego él subió en el asiento de al lado. Encendí el motor y partimos.

Estaba confundida pero pronto recordé. Ellos eran así, educados, Marien lo comentó una vez, y lo había comprobado, si Sirio cuando recién nos conoció, un par de veces me dijo «señorita», y tenía entendido que a ella más porque se frecuentaban seguido... a mis espaldas. Jum.

Entonces Ácrux antes no recordaba mucho, y aunque ahora nos había olvidado, recordaba lo que antes no podía, prácticamente su vida antes de mí. Lo miré de forma fugaz, iba contemplando los alrededores. Traté de no perderme en su bonito perfil, su ceño apenas fruncido. Sus ojos encontraron los míos y volví a ver al frente, ruborizándome.

—¿Segura que no hay problema si la gente me ve?

—No, no. Bueno, no hay costumbre de verles pero ya estamos aprendiendo...

—¿También me temes?

Sacudí la cabeza en negación.

—Para nada, somos amigos, ¿recuerdas? —Le ofrecí una dulce sonrisa. Cruzó los brazos contra su abdomen y miró al frente. Lo noté incómodo, me preocupé—. ¿Qué pasa?

—Algo en mi estómago, parece hambre pero... —Mi corazón se aceleró. ¿Podía ser amor?—. No sé, tal vez algo me cayó mal.

Desánimo. Podía no ser. Aunque ellos podían comer incluso carne cruda sin que les pasara algo, pero ya qué, todo era posible.

Llegamos a mi edificio al poco rato y subí con él.

—No tardaré —dije mientras entrábamos.

Cerré la puerta.

—Un ave —murmuró y enseguida ubicó a Amarillito con la vista.

Mostró una leve sonrisa felina.

—No se te ocurra cazarlo —advertí.

Arqueó las cejas con sorpresa.

—¿Eh? ¿Por qué?

Entristecí. Él mismo me lo había traído y no recordaba. Esa era la realidad no dejándome ser feliz ni un rato.

—Es mi mascota.

—¿Entonces vive aquí contigo?

—Claro...

Le frunció el ceño, el pajarito soltó un cantito y él le gruñó bajo, asustándome. Empecé a acercarme con lentitud.

—O sea que... —habló. Quedé quieta—, si de casualidad andas sin ropa... él te mira.

Solté a reír. Me vio con sorpresa y confusión. Tapé mi boca para callar mi risa y negué tratando de despreocuparlo.

—Un poco más y sonaba la canción del lejano oeste mientras tú y Amarillito se miraban —me burlé con diversión. Reaccioné—. Ah, voy por mis cosas. No lo toques o me enojaré mucho contigo.

Corrí a guardar en mi pequeña mochila. Cuando casi terminé de cerrarla, el cielo se iluminó un segundo y al rato sonó el trueno. Me sorprendí, no había notado que se había estado cargando de nubes. Tuvo razón al mencionar que el clima estaba raro. Al salir de mi habitación, ya estaba cayendo la lluvia.

Ácrux miraba por la ventana, sonreí pero dejé de hacerlo al ver que tenía a Amarillito en su mano. Quedé perpleja cuando le rascó la cabecita. Me miró y volvió a ver por la ventana.

—¿Te gusta la lluvia? —pregunté acercándome.

Mostró una leve y triste sonrisa que me conmovió.

—Lluvia. Mi mamá se llama Lluvia... —Entristeció por completo—. O «se llamaba», tal vez, no sé...

Quise abrazarlo, pero ya no tuve el valor. Bajé la vista y me dirigí al mueble a sentarme.

—Puedes verla todo el rato que gustes.

—Gracias, jovencita. —Me dedicó una rápida mirada.

Le sonreí.

Él quedó concentrado en la lluvia, y yo en su figura.

Seguía enamorada de él, aunque fuera como un «nuevo» Ácrux, seguía siendo mi Ácrux. No quería perderlo, pero si por quedarse conmigo estaba perdiendo la oportunidad de buscar a su mamá, ya no iba a retenerlo más. Era egoísta de mi parte. Abracé el cojín del mueble, tratando de consolarme a mí misma.

Me removí al sentir inestabilidad. Parpadeé, sintiéndome volar, sonreí, me llevaba en brazos.

—Perdón, te dormiste, solo planeo dejarte en cama...

Ronroneé a mi modo rodeando su cuello y dándole un beso ahí sin poder evitarlo, gozando con su aroma. Le agradecí en susurro. Cuando me puso sobre el colchón, lo retuve como lo hice aquella vez en su habitación.

—Quédate —pedí somnolienta.

—Claro, estaré en el mueble...

—No, aquí a mi lado. Échate aquí conmigo. —Hice puchero.

—Uhm, no creo que sea apropiado...

—Por favor, solo hasta que me duerma al menos. No pasará nada, no te van a castigar.

—Ja. —Ese simple «ja» me hizo recordar y sonreír—. Bueno, solo un rato.

Le hice espacio y apenas se recostó, me pegué, acurrucándome contra su brazo y pegando mi frente a su hombro. Quería grabarme su aroma, ya lo conocía, claro, pero era doloroso cuando se iba y no podía luego tenerlo.

—Dime... ¿Te sientes bien conmigo? ¿Cómo te has sentido?

—Me siento... cómodo. Tu aroma me es familiar y me hace sentir como lo más cercano a un hogar, o algo así. Me siento tranquilo.

Agradecí que por no estarle mirando, no notaría mis ganas de llorar. Estaba muy sensible, quizá era culpa de mis hormonas del postperíodo, o era que simplemente no podía con la situación.

—¿Estás bien? Te agitaste un poco.

Rayos. Respiré hondo. Giró para verme, se apoyó en su antebrazo y trató de escudriñar mi rostro. Sabía que veía bien en la oscuridad, pero en vez de concentrarme en calmarme, me centré en sus labios tan cerca de los míos.

—Sigues triste... Hoy reíste, pero ahora has vuelto a estar triste, ¿por qué?

Negué en silencio.

—Es algo sin sentido, descuida. Y también discúlpame... apenas amanezca... puedes irte, solo quise estar contigo hoy. Fui algo egoísta, mereces recuperar tu vida lo más pronto.

Me aferré a su brazo. Fue difícil hablar sin que se me quebrara la voz.

Se reacomodó para descansar, quedamos mirándonos varios segundos hasta que retiré la vista y volví a pegar mi frente a su hombro, cerrando los ojos. Quizá mi última noche a su lado.

—Me iré, pero no estaré en paz si sé que sigues triste. No es solo porque dijiste que éramos amigos, sino que también es porque simplemente me agradas.

—... Sí... Estaré bien sabiendo que recuperaste lo tuyo.

—Entonces eso me da tranquilidad. —Pasó su mano por mis cabellos con mucha suavidad. Su leve y efímero toque hizo eco en mi corazón adolorido—. Descansa.

Suspiré y traté de dormir. Sí que traté, pero tardé muchísimo. De hecho, luché por no dormir, quise que la noche tardara una eternidad, quise que jugueteara con mis rizos, quise que recordara, quise muchas cosas... Ninguna se cumplió.

CAPÍTULO 22

PARTIDA

Rosy

Me removí en mi cama, sin tardarme en notar que estaba vacía. El vacío en mi pecho. Quedé mirando mi mano sobre la sábana, moví los dedos sobre la tela. Abracé mi almohada, refugié mi rostro ahí y me permití soltar en silencioso llanto.

Era tan ridícula y patética ahí llorando sola, sin sentido. Tragué saliva con dificultad para deshacer un poco el nudo de mi garganta y ya parar de parecer colegiala llorona. Si Marien me dijo una vez que era llorona, yo era la reina. Me limpié el rostro y me puse de pie.

Salí a la sala y di un respingo de sorpresa al ver a mi Ácrux dormido en el mueble. Sonreí con tristeza, limpié mejor mis mejillas del rastro del llanto. Se hubiera quedado en mi cama, terco. Qué difícil fue siempre despertar junto a él.

Siempre recordaría cuando amanecí a su lado, gocé mucho con su figura masculina bajo la suave luz de la mañana. Obviamente ese día tampoco lo olvidaría por el otro detalle de que lo vi semidesnudo... Hubiera deseado también amanecer así alguna vez...

Me pregunté de manera fugaz si podría darle un beso así dormido. Me le acerqué muy, muy despacio, y en silencio, llevé mi rostro al suyo. Su respiración acarició mis labios.

Abrió los ojos y los abrió mucho más al encontrarme tan cerca. Me aparté enseguida y llevé mis manos a callar mi risa de vergüenza. Ya estaba roja además. Juntó los cejas con extrañeza, estuvo por decir algo pero no le dejé.

—Debiste quedarte en mi cama en vez de dormir ahí incómodo.

—Es que...

—¿Quieres comer algo?

—No, gracias. Más bien voy regresando a...

—No —solté sin querer—. Eh, espérame por favor, no tardo en salir, quiero acompañarte.

Corrí y me encerré en mi habitación.

Salí de prisa, y mientras peinaba mis odiosos rizos húmedos y le servía semillas a Amarillito, Ácrux murmuró algo pero no le presté atención. Corrí de vuelta a la pequeña cocina y al salir me estampé contra él que justo entraba.

—Disculpa...

Lo miré poniéndome nerviosa, me aparté para rodearlo y seguir de largo, pero tropecé con la pata de uno de los muebles y tiró de mi brazo antes de que cayera. Nuevamente quedé contra su cuerpo. Reí a causa del nerviosismo y la vergüenza.

—¿Tienes algo?

—Oh, nada, es solo que... ¿No se te hace familiar también nuestra cercanía?

Al parecer se percató de que todavía me tenía sostenida de los brazos, su agarre se aflojó.

—No. —Entristecí—. De hecho —me soltó tratando de hacerlo de forma disimulada, pero nada me quitaba la sensación de su calor—, yo no hago esto, no debo hacer...

—¿Hacer qué?

—Bueno... —Sus cautivadores ojos felinos estudiaron mi rostro, y un poco más, mis mejillas se calentaron—. Esto de estar muy cercano a una jovencita... bonita y dulce...

Mi corazón casi estalló.

—¿Te parezco bonita y dulce?

Pareció sufrir un debate interno, se le hizo presente un leve y tierno rubor. Quise tomarlo o aventarme encima y besarlo hasta la noche.

—Toda dama es bonita. —Recuperó la seriedad—. Ahora, ya es tiempo de irme.

Se alejó.

* * *

Lo miraba de reojo, no me gustaba el silencio que había mientras conducía el corto tramo al fuerte de Max. Él parecía tranquilo, mirando por la ventana con desinterés, pero yo sentía tensión. Prendí el radio en bajo volumen y sonó algo de rock. Quise cambiarlo.

—Está bien ahí, déjalo —pidió. Lo miré y sus ojos felinos también conectaron con los míos, produciendo ese minichoque eléctrico—. Se me hace familiar.

Volví mi vista al frente y sonreí de forma leve, era la misma que esa vez canté mientras le enseñaba a conducir. Al menos yo y esa canción le éramos familiares.

Apenas entramos al lugar, Max se acercó.

—Recibí una llamada. Un contacto me avisó que sujetos de seguridad nacional andan haciendo búsquedas en todos los fuertes, diciendo que uno traicionó al gobierno, no les importa el motivo, según ellos, traición es traición. Y no solo eso, agregaron que les robaron algo de su propiedad. Yo asumo que se refieren a ti —le dijo a Ácrux. Quedé sorprendida—. Así que será mejor que nos vayamos.

—¿Nos? —cuestionó.

—Sip. Nos vamos al sur, a Areq. Me avisaron que Héctor está ahí, ¿no es el que quieres atrapar?

—¿Cómo saber si me dices la verdad, humano? —refutó frunciendo el ceño.

Max rodó los ojos.

—Piensa lo que quieras. —Dio media vuelta y se fue con Tania a su oficina.

Ácrux resopló y se dirigió a las escaleras sin siquiera decirme algo. Permanecí ahí un par de minutos, pensando qué podría hacer. Debía tratar de hacerle entender que no querían engañarle, mucho menos yo.

Pero también quería algo más, quería ir con ellos. No era que estuviera feliz de que la chica por la que él alguna vez sintió algo ya no estaba... No era para alegrarse, y él seguía dolido, pero para mí era una pequeña oportunidad de poder intentar reconquistarlo. Parecía tener rezagos de lo que había sentido por mí, si mi propia mente e ilusión no me estaban jugando una mala pasada, claro.

Me fui a espiar qué hablaba Max con Tania en su oficina.

—... Pasaríamos por su ciudad para eso. Ahora que tenemos la pista de esas cosas que tienen... Tú, no quiero que andes queriendo armar escenas raras... No olvides cargar las armas. —Suspiró—. No sé quién más podría ayudar.

—Ya tenemos tres H.E, tú no quieres decirle nada a Sirio.

—No, eso ya no le compete.

—Andas de malas...

—Aunque espero sea corto tiempo el que estemos fuera, no me agrada la idea de hacerlo, ya sabes.

—¿Por esa chica? Cielos, Dios la libre de ti.

—No es gracioso, ahora sal. Y una cosa más... Dios libre de ti a los H.E a los que quieres acosar.

Entré y me miraron perplejos.

—Quiero ir.

—¡Pf! —Max soltó a reír—. Sí, claro.

—¿Sí?

—¡No!

Verlos reír en silencio, burlándose de mí, me hizo enojar mucho más de lo que creí. Sobre todo ver a la feísima de Tania. Fruncí más el ceño y apreté los puños, y aunque estaba segura de que mis mejillas se estaban volviendo rojas por la cólera, y hasta quizá parecía que los estaba inflando como niña pequeña, junté valor.

—¡Iré aunque no quieras! —Enmudecieron—. Ácrux sí va a querer.

Max negó en silencio y se puso de pie para irse. Quise salir también para seguir insistiéndole pero fui detenida.

—Pareces niña inmadura —renegó Tania poniendo cara de repulsión hacia mí—, tremenda vieja de veintitrés años. Qué odiosa.

—Calla, zorra.

Abrió la boca ofendida, respiró hondo y trató de recuperar la compostura.

—Estás ardidada porque Ácrux me prefirió. Obviamente, le atrae más una mujer que una niña. No te equivoques, tampoco es que quiera pelear contigo por él, a diferencia de ti, no soy de las ilusas que creen en el amor, solo quiero divertirme. —Sonrió de lado—. Él es delicioso —susurró.

Se fue tras murmurar «ilusa». Tanta frustración me impidió responder, ni siquiera pude decir otro insulto, ya de qué servía. Cerré los ojos con fuerza y sacudí la cabeza apretando los dientes para que mi mente no trajera imágenes desagradables de mi Ácrux con ella.

Mi móvil sonó. Era mi papá.

—Hola —saludé con desánimo.

—Rosy. Ya tengo noticias. Creo que podrías estudiar un máster aquí mismo, tan solo necesito que me mandes tu constancia de estudios, me refiero a esa en la que salen los cursos que llevaste y todo eso.

Me alegré.

—Muchas gracias, te prometo que te devolveré.

—Descuida, estamos para apoyarte.

Quedé emocionada. Por ser tan inmadura, algo que me molestaba, no había ahorrado mucho por gastar en una cosa tonta u otra, y más al haber tenido que conseguir departamento, así que mis padres decidieron que podían pagar la mayor parte de mis estudios. Iba a devolverles sí o sí, aunque no quisieran. Ya habían dado bastante por mí.

Con mejor ánimo, busqué a Max y le pregunté a qué hora o cuándo partirían, y apenas tuve respuesta, fui a hablar con mi Ácrux. Toqué su puerta pero no contestó.

Dudé si tocar otra vez, ellos tenían buen oído. Quizá no quería verme...

La puerta se abrió y me dejó apreciarlo con la camisa a medio abrochar, el collar con la placa con su nombre, y él radiante pasando una toalla por su cabello húmedo y alborotado. Babeé... pero en mis pensamientos.

—¿Te mandaron a que me convenzas de que vaya con ellos?

Sus ojos mieles ahora me incursionaban con audacia. Parecía divertirse además mi estado de admiración, sin darse cuenta de que era por él.

«Estoy así porque quisiera comerte», pensé. Me mordí el labio.

Sacudí la cabeza.

—Dices que te soy familiar —hablé altiva, aunque fuera bastante más baja que él—. Así que iré con ustedes, para que así veas que no tienes de qué dudar. Ya te he dicho que somos amigos, yo nunca te engañaría.

Su mirada se tornó diferente, arqueó las cejas con sorpresa.

—¿Irías conmigo?

—Sí. ¿Qué dices? Así te sentirías mejor, ¿verdad?

—No me parece que vaya a ser un viaje de paz.

Le sonreí con dulzura. Miró con extrañeza.

—Todo va a estar bien. Ya las cosas han cambiado, no va a pasar nada.

Llevó su mano a su vientre, pensó un par de segundos, retrocedió y cruzó los brazos.

—Bueno —aceptó todavía con señales de estarlo dudando—. No me parece seguro aun así, pero ya...

Sonreí ampliamente y lo abracé fuerte, gozando esos pocos segundos de su aroma, y del «recién salido de la ducha». Cuando lo solté, estaba casi pasmado, con las mejillas de un tenue color rojo.

—Partimos en hora y media. Iré por mis cosas. —Le guiñé un ojo y me fui.

No después de mucho, regresé en mi auto, bajé corriendo al hospital que estaba al lado, con una pequeña jaula en donde estaba Amarillito,

y una bolsa de semillas. Ubiqué a Marcos saliendo del laboratorio y se lo puse en brazos, pidiendo que lo cuidara, y dejándolo pasmado.

Tomé mi pequeña mochila llena de cosas. Los vi poniendo algunas armas en el maletero de la camioneta cerrada. Ácrux volteó al escucharme y pude ver su leve sonrisa. Mi corazón daba fuertes latidos cada vez que él parecía dar señales de cariño hacia mí. Fui a él y también le sonreí, muy feliz.

Max se le acercó.

—Estamos a doce horas de Areq, en auto. Sabemos que el lugar en donde te capturaron está de camino, pero claro, desviándonos y adentrándonos en las montañas.

—¿Creen que...?

—Sí, tal vez puedas encontrar a tu mamá ahí, ¿no?

Pude ver el brillo en esos ojos mieles, ese brillo de añoranza.

—Además —se acercó Alpha—, debes saber que tenemos unos chips raros. Sí, descubrieron que mi hermano y yo también los tenemos, y según mis recuerdos, dos evolucionados más los poseen, a quienes ya les avisé que nos encuentren en cierto lugar. Han encontrado dónde pueden desactivarlos de forma permanente.

Eso se me hizo más esperanzador.

CAPÍTULO 23

CIUDAD CONOCIDA

Rosy

Íbamos a buena velocidad por la carretera. Tania había refunfuñado de que yo no cabía, pero Ácrux sugirió algo que no creí que lo haría, pero que me alegró y pude hacer mi cara de triunfo ante la loca esa. Iba sentada en su regazo, él veía el bosque a lo lejos, aproveché y me recosté, dejando descansar mi cabeza entre su hombro y su cuello. Estaba en el cielo.

El mar que íbamos dejando atrás ahogaba antiguos edificios de ciudades pasadas que quedaron bajo este, incluso por el camino una que otra cosa en ruinas, como restos de vehículos y construcciones. El mundo había quedado así por nuestra culpa.

—La ciudad *Jun* está de camino, luego de pasar por el sector de donde vienes, iríamos ahí para descansar.

—Ja... —Sonreí al gozar de su muy corta risa vibrando en su pecho—. ¿Y así se quejan de que nosotros los evolucionados tenemos nombres raros?

—Bueno, bueno, nuestras ciudades tienen esos nombres porque de algún modo en la antigüedad, sus nombres fueron similares... Por ejemplo Lim, la capital, hace muchos siglos se llamó «Lima».

—Vaya... como la fruta.

—Ah, no recuerdo a qué se debía el nombre... Pero en fin, casi todo quedó bajo el agua, así que se estableció más al centro, prácticamente entre las montañas. Areq tampoco está en donde alguna vez estuvo «Arequipa».

—Otros países desaparecieron casi por completo bajo el mar —agregué—, y otros quedaron inhabitables para nosotros.

—Eso sí recuerdo —meditó él—. Por el clima extremo.

—Antes, hace siglos, aquí no había tormentas como la de ayer.

Me estremecí al sentir su mano recorrer mi brazo con suavidad, lo miré de reojo, y él no parecía ser consciente de lo que hacía, estaba atento al paisaje que se apreciaba afuera del vehículo.

—Países como la antigua Italia, y Japón, desaparecieron casi por completo bajo el mar... —murmuró—, eso recuerdo que me enseñaron...

Enseguida supe que ya podía hacerle las preguntas que tanto había deseado hacer. Sobre él, sobre su vida, qué le gustaba, y qué no, sobre su niñez. Ya recordaba. Pero me volví a detener al saber que tal vez le causaría dolor recordar.

Suspiré.

—¿Estás incómoda?

Negué enseguida.

—Estoy en mi cielo —susurré acurrucándome contra él y dándole un rápido beso en el cuello.

Alpha parpadeó confundido al verme hacer eso. Le sonreí fingiendo inocencia.

Tuve que salir de mi zona de confort para sacar mi botella de agua, pero cuando la destapé, Max frenó de golpe y Ácrux me sostuvo contra sí; cuando me di cuenta, le había mojado la camisa. Chillé entre dientes.

—¡¿Pero qué rayos te pasa?! —chistó Tania.

—¡¿Acaso querías que nos chocáramos contra esa roca?! —respondió Max.

—¡Deberías tenerlo en automático y con todos los sensores, y así frenaría mejor!

—¡Gastaría batería más rápido!

Iniciaron toda una discusión de cómo conducir. Bajaron de la camioneta, así que también lo hicimos.

—Perdón —le pedí a Ácrux sacudiendo un poco de agua de su camisa... Y tocando los músculos marcados debajo de la tela mojada—, no tenía idea.

Se apartó.

—Tranquila.

Sacó una mochila del maletero y se internó por las plantas.

Miré alrededor. El campo estaba hermoso, verde por doquier, vestía las montañas, las aves cantaban. Estaba perfecto, y olía perfecto. A tierra ligeramente húmeda, a plantas, eso estaba por demás decir. La tierra de la carretera, que en este sector de montañas era así, y no asfalto. Si total, el exterior de las ciudades era más territorio de H.E que de humanos. A veces ocurrían cosas como estas... La roca que cayó de las alturas del cerro y estorbaba en el camino.

Vi que Alpha y Centauri estaban por ayudar a moverla. Recordé que mi Ácrux se había ido, así que, sin recapacitar sobre los peligros, fui por donde él se internó.

Me oculté tras un árbol lejano al verlo. Quedé sin aliento. Su torso desnudo bajo los rayos del sol que se colaban entre las hojas de los árboles. Esos músculos marcados, era pura fibra. Esas caderas estrechas, el número ochenta y ocho en su piel, apenas visible por la distancia. Empecé a morderme las uñas. Se sacudió el cabello con una mano mientras rebuscaba en la maleta cuando alzó la vista de pronto.

Me oculté y me pegué al tronco del árbol rogando que el viento no hubiera llevado mi aroma hasta él. Pero qué tonta había sido al olvidar eso. Mejor salí corriendo antes de que me atrapara, no tenía excusas para decir.

Llegué a la camioneta y abrí el maletero, deteniéndome a pensar que sí que tenía excusa, si podía ayudar a mover la roca. Sí que era tonta, otra vez, quise darme contra el metal de la puerta. Suspiré, corrió el viento y sentí algo de frío.

Luego de revisar y sacar mi suéter, cerré el maletero, volteé y di un leve respingo al encontrarme con Ácrux. Sonrió de forma leve.

—Disculpa, no planeaba asustarte.

—No, no, tranquilo.

Me puse el suéter, sonreí nerviosa, ya que no dejó de mirarme.

—Dices que eras mi amiga, ¿no? —Asentí—. ¿Estás segura?

Me inquieté.

—Tú eres el que debería preguntarse eso. Tú eres el que no recuerda. Sonrió de lado y se acercó volviendo a su expresión seria.

—La familiaridad que siento contigo no es tan como de amistad... — Su voz profunda me atrapó más que su mano apoyada contra la camioneta a mis espaldas—. Tu cercanía amenaza mis nervios y al mismo tiempo los calma. Algo me dice que lo sabes... O es eso, o quizá algo de mi cuerpo te llama mucho la atención. —Arqueó una ceja.

—Eh... —Rayos, quizá sí se dio cuenta—. ¿Ah? ¿Qué? —traté de disimular.

—Me estuviste mirando...

Me congelé perdida en su penetrante mirada felina, esos ojos de color miel que parecía líquida, ensombrecidos por su ceño.

Estaba equivocado, no era una parte, tooodo su cuerpo me llamaba la atención.

—Perdón —dije con un hilo de voz—, no pude evitarlo.

Reaccioné. ¡¿Y dónde quedó la excusa de la roca, Rosy?!

Me recorrió con la vista, y sentí como si con ello pudiera acariciarme.

—Está bien —se apartó, pareció que dudaba algo—. Aunque en mi sociedad no es permitido... no creo tener problemas con que me mires... En parte, claro. No tengo mucho que mostrar.

Mordí mi labio.

—Sí que tienes, gatote dorado.

Arqueó las cejas con sorpresa y sus mejillas empezaron a enrojecer.

—Muy bien —vino Max a interrumpir—, es hora de seguir.

* * *

No conté el tiempo de viaje, pero pasaron más de dos horas, o quizá más, porque dormí recostada en Ácrux y fue lo mejor. Desperté cuando él estaba pidiendo detener la camioneta. Decía que no iba a

dejar que tremenda camioneta machacara las plantas solo para abrirse camino. Me reincorporé.

—Bueno, caminaremos entonces.

—No. Iré solo. —Reaccioné al verlo abrir la puerta—. Ya volveré —me dijo con voz calmada.

Me preocupé, pero antes de que pudiera decir algo, Max lo detuvo.

—Estás loco, iremos detrás de ti. ¿Sabes cuántos años han pasado?

Eso le hizo fruncir el ceño y bajar la vista. Me sentí mal, pero seguía con las dudas.

—¿Dónde estamos? —quise saber.

—La ciudad en donde lo capturaron está muy cerca —respondió Max. Entristecí al verlo mirar hacia el bosque con evidente dolor.

—No creo que sea bueno, si mi madre está ahí... —Posó su mano en la puerta que aún estaba abierta—. Mejor sigamos.

—¿Y ahora por qué?

—Me prometí no volver hasta vengar a mi hermano. —Había vuelto a bajar la vista y miraba al suelo con profundo odio—. No podría perdonármelo. Nunca hice nada por ella, ni siquiera pude cuidarlo, si vuelvo como un cobarde sin lograr hacer nada... No tengo cara para volver así.

—¿En verdad crees que tu madre no te aceptaría si vuelves sin haberte vengado? —cuestionó Max arqueando una ceja.

—No conoces cómo es mi sociedad —le enfrentó mi Ácrux plantándole su fría mirada—, no tienes idea.

Apreté los puños, impotente, dándome cuenta de que quizá nada le convencería de lo contrario. En ese segundo miró alarmado hacia el bosque y echó a correr. Max reclamó pero enseguida optó por jalar un arma y seguirlo, al igual que los otros dos H.E y Tania. Quedé pasmada, pero no tardé en seguirlos, sin saber si hacía lo correcto, pero quedarme sola prácticamente en medio del bosque tampoco era inteligente.

Las aves empezaron a gritar, miré a las copas de los árboles y las vi volar lejos. Me estaba quedando atrás, así que traté de acelerar, pero

no era buena corriendo, los evolucionados estaban ya a varios metros lejos.

Llegué de última, respirando de forma bastante agitada, y quedé sorprendida. Una ciudad, que parecía pequeña... O haber sido pequeña. Estaba completamente destruida, en ruinas. Incluso al ver a mis costados me percaté de que ya estábamos dentro, pequeñas ruinas que más parecían pequeños montículos. Logré diferenciar un pequeño auto cubierto de tierra a lo lejos, en donde había ruinas mejor conservadas pero ya inhabitadas.

Ácrux estaba al frente.

—No sé por qué demonios han venido siguiéndome —murmuró con molestia—, si sabían que podía ser peligroso.

—Estamos armados —contestó uno de los hermanos.

—No todos.

Me espanté al ver que de las ruinas salieron cinco evolucionados, mi corazón que estaba a no dar más a causa de haber corrido, volvió a desestabilizarse.

—Humanos —dijo uno.

El que estaba adelante, de amenazantes ojos celestes, sonrió desafiante y hasta maligno, mostrando esos colmillos.

—Creí que ya se estaban arreglando las cosas —murmuró Max tras tragar saliva. Tania alistó su arma—. No. Quieta...

—Váyanse de mi ciudad —dijo Ácrux.

—Esto no es una ciudad, por si no lo notas, los humanos la destruyeron, ¿o es que acaso ya lo has olvidado?

—¿A dónde fueron entonces?

—Eso ya no te importa.

—Hubiera sido mejor que murieras —agregó otro—, ahora quién lo diría, tú con humanos.

—¿Los conoces? —susurró Max.

—Excompañeros.

—Los pocos que logramos escapar.

—Pues, vaya honor, ¿no debieron también morir luchando en vez de huir? —contraatacó Ácrux en tono irónico. El sujeto apretó los dientes con enfado—. Puede que destruyeran la ciudad, pero ahora están cambiando, no todos son malos.

—Sí, puede que ahora se estén queriendo jactar de ser muy civilizados y tolerantes, pero entre nosotros jamás podrá haber convivencia. Son muy distintos, nosotros en el fondo siempre seremos salvajes, indomables.

Empezaron a gruñir como enormes pumas a punto de atacar, la fuerza latente en sus músculos era perceptible. Sin darme cuenta, estaba temblando. Se lanzaron al segundo y solté un grito, fui apartada de golpe y empujada.

—¡Corre! —me ordenó Ácrux tras eso.

Corrí sin pensarlo y les escuché empezar a pelear detrás de mí. Puro gruñido salvaje. Me detuve pensando que quizá podía ayudar, aventarles algo, o lo que fuera. Volteé y Ácrux estaba a menos de un metro de mí.

—¡ROSY! —Prácticamente me embistió haciéndome soltar otro grito, y caímos esquivando el auto viejo que pasó casi rozándole la espalda. El gran objeto cayó más allá ocasionando un fuerte ruido.

Quedé pasmada, todo fue veloz.

Respiraba agitada, mirando sus ojos mieles llenos de preocupación. Estaba aferrada a su cuerpo con brazos y piernas, aunque él me sostenía contra sí con un brazo, quedando a gatas conmigo debajo de él. Aflojó su agarre y terminé quedando recostada en el suelo.

—Quédate aquí. —Se puso de pie en un segundo y se fue corriendo.

Me levanté como pude y lo vi brincar con habilidad y velocidad de una casa derruida a otra y caerle a ese H.E que estaba al mando de los otros. Rodaron levantando polvo, empecé a retroceder al igual que Max y Tania que se mantenían en guardia sosteniendo las armas y apuntando.

Uno de los hermanos fue lanzado el interior de una de las viviendas, dos de los evolucionados nos vieron y vinieron corriendo. Grité porque

eran demasiado veloces para nosotros y escapé en diagonal sin siquiera pensar en mis acompañantes.

Escuché un fuerte gruñido a mis espaldas arrancándome otro grito. Entré de golpe a una de las casas, choqué con una puerta vieja y esta se rompió, caí tragando polvo a causa de mis gritos. La mitad de la puerta me cayó encima y fue sacada de golpe por el evolucionado furioso. Chillé y pataleé tratando de cubrirme con los brazos aunque fuera inútil.

Sin esfuerzo alguno me alzó del brazo con brusquedad, gruñendo. No sentí el suelo debajo de mis pies. Otro vino y tomó mis piernas haciéndome gritar más.

—¡Suelta! ¡Es mía! —Tiró de mí pero el otro no se dejó quitar.

Otro violento golpe y cuando me percaté, estaba en el suelo. Más gruñidos salvajes como de perros rabiosos matándose, me arrastré como pude para esconderme. Ahogué un corto grito cuando alguien me agarró del tobillo pero fui liberada enseguida. Un disparo me asustó más. Quise llegar a una vieja mesa pero uno de los H.E cayó ahí haciéndola pedazos.

Fui tomada y levantada en un segundo completamente espantada pero el alma me volvió al cuerpo al ver a mi Ácrux.

—¿No te hirieron? —Sacudí la cabeza en negación. Algo le hizo ver hacia la salida con cautela—. Ven...

Me guió de la mano. Pude ver de reojo a los dos H.E que me atacaron en el suelo, Max nos seguía. Entramos a otra habitación.

—¿Y los demás?

—Contra los otros.

Ácrux me mantenía contra su pecho mientras observaba por una ventana, asomándose apenas, tratando de no dejarse ver. Mi vista se plantó en sus ojos, con la luz que entraba, y en la posición en la que estaba, pude ver lo hermosos que eran. Como cristales, como los de un verdadero felino, pero sin duda humanos también.

Arrugó el entrecejo y salí de mi ensueño.

—Quédense aquí.

Me liberó y salió de un salto. Pude ver al fin la escena, dos de los otros tres evolucionados eran retenidos por los hermanos y mi Ácrux enfrentó sin perder tiempo al tercero que ya nos había olfateado. Se agarraron como gatos bestias salvajes gruñendo, mordiendo, golpeando, me espanté en verdad. Empecé a hiperventilarme.

—¡Dime dónde están! —le escuché exigir.

Pero el otro respondió con una embestida. Rodaron por la tierra. Max salió corriendo y se encontró con Tania, los seguí. Miré al frente con preocupación buscando a mi gato dorado, y ahí estaba esquivando un par de veloces zarpazos, atacó con un puñetazo al estómago y de una patada lo alejó, di un respingo cuando otro lo tomó por la espalda y el primero le cayó a golpes. Alguno lo mordió arrancándole un grito.

—¡Dispárenles! —les exigí a Max y Tania al borde de las lágrimas.

—¡Ojalá pudiera apuntar! —se quejó él tratando de captar a uno, pero se movían muy rápido.

Mi Ácrux sangraba por el hombro izquierdo, golpeó al líder que era a quien se enfrentaba, dándole contra una pared derruida, aprovechó eso y lo estampó una y otra vez contra esta. Parecía seguir exigiéndole la información que necesitaba, tiró de sus cabellos y volvió a darle contra el duro material. Otro H.E intervino tras liberarse de uno de los hermanos y nuevamente estuvo en desventaja.

—¡Los alejaré!

—¡Ni se te ocurra hacer alguna tontería!

—¡Trata de poner blanco automático! —sugirió Tania.

Las armas podían fijar un blanco y seguirlo, pero estaba hecha sobre todo para captar H.E, y ellos lo eran, bien podía fijarlos a todos como blancos, o equivocarse.

Escuché un grito y me estremecí, pero al voltear noté que otro de los evolucionados rebeldes había caído, aunque los hermanos estaban heridos. Otro los atacó y les entretuvo, Ácrux quiso ayudar pero el líder tiró de él y lo estrelló contra la tierra, se puso de pie de un salto pero su atacante logró morderlo, ganándose las marcas de sus garras en la cara como respuesta.

Se presionó la herida en el brazo que sangraba y fue atacado de nuevo. Corrí hacia ellos sin pensarlo, a pesar de la advertencia de Max. Los H.E me vieron. El líder golpeó a Ácrux y se lanzó a mí, al igual que su compañero que tenía manchas de sangre por la boca a causa de las mordidas que había dado.

Un golpe de cualquiera de los dos podía matarme, me petrifiqué al verlos ya a un brinco de mí.

—¡NO, déjenla! —escuché que gritó Ácrux con desesperación.

Me cubrí. Un golpe me empujó con brusquedad hacia atrás, me punzó un corte por la mano. Quedé jadeando del puro miedo, sintiendo la sangre de mi herida empezar a deslizarse por mi piel.

Abrí los ojos y me atreví a mirar, ya que no pasaba nada más. Los dos evolucionados yacían en el suelo, inconscientes, con alguno que otro rayo de electricidad recorriéndoles. Temblaba, pero me alivié en grande.

—¡Por poco y no la cuentas! —gritó Max acercándose corriendo.

Ácrux me miraba pasmado, respirando agitado, al parecer se había lanzado a tratar de detenerlos, pero no hubiera llegado a tiempo. Quedó frente a mí y frunció el ceño, su fría mirada de molestia me hizo congelar, me hizo sentir diminuta.

—¿Qué rayos te pasa? ¿Estás loca? —reclamó haciéndome vibrar con esa voz grave, que no estaba nada dulce esta vez.

Se formó un nudo en mi garganta. Bajé la vista. Solo había querido ser útil, y ayudarlo, no soportaba que lo hirieran.

—Era una forma de alejarlos de ustedes —hablé casi susurrando—, y al ser humana, el arma...

Me tomó de los hombros sorprendiéndome, sus profundos ojos mieles se clavaron en los míos. Me rodeó en brazos haciendo que mi corazón volviera a acelerarse.

—No vuelvas a hacer nada como eso. Sabes que te hubieran matado en milisegundos. —Su tono serio no cambió, pero que me pegara a su cuerpo me llenó el alma—. Solo eres una humana, eres frágil, no vuelvas a hacerlo. ¿Entendiste?

Asentí en silencio.

Tomó mi mano y la llevó a sus labios, me ruboricé y di un muy leve respingo cuando sentí la punta de su lengua recorrer el corte que tenía. Al parecer las garras de ese H.E estuvieron muy cerca. Recordé que la saliva de ellos tenía especiales propiedades, por eso me lamió. Quedamos viéndonos un par de segundos más.

Max soltó un silbido.

—Bueno, si están muy heridos podemos esperar para seguir.

—No, estamos bien —respondieron los hermanos.

—Yo también. Sigamos —dijo Ácrux apartándose y emprendiendo camino hacia la camioneta.

—¿No quieres que alguno te diga en dónde están viviendo los habitantes de estas ruinas?

Se detuvo unos segundos.

—No. Si ellos me odian, el resto también. Además... traen el leve aroma de las plantas y flores de las montañas. Asumo dónde pueden estar.

Bajé la vista, moví un par de piedritas del suelo con la punta del pie y eché a andar.

¿En serio su madre no lo iba a aceptar si no regresaba con «honor»? Volví a verlo, yendo adelante, su perfecta espalda, su ropa con tierra, una que otra mancha, y una gota de sangre corriendo por su brazo. Aceleré el paso sacando de un bolsillo de mi pantalón un pañuelo. Lo alcancé y tomé su mano, deteniéndolo. Envolví su herida, él arqueó las cejas, sentí sus cálidos ojos en mí todo el tiempo, como la primera vez que lo curé.

Le miré una vez más al acabar, quedé plantada en su mirada felina color miel. Le sonreí con dulzura, con el amor que sentía por él.

—Vamos —susurré tirando suave de su mano.

No lo solté hasta que llegamos a la camioneta, y él tampoco se opuso.

CAPÍTULO 24

EL ENSUEÑO QUE NO DURA

Rosy

Un cálido amanecer me sacó del sueño. Empezaba a calentar el clima, ya se venían más tormentas y más calor, pero por el momento se mantenía templado todavía. Vi la hora en mi móvil y me espanté, como siempre, diez de la mañana. ¿Qué acaso nadie se dignaba a despertarme? Quizá debía poner alarma.

Ruidos provenientes del exterior me hicieron voltear. Me puse de pie con pesadez y fui a mirar por la ventana. Sonreí y me apoyé en el marco como ilusa enamorada al ver a mi Ácrux practicando algo de pelea con los hermanos, mientras Max observaba.

El hospedaje en donde estábamos quedaba cerca de las afueras de la ciudad, era simple, de un par de pisos, con un jardín central. Las ventanas de las habitaciones daban ahí, lo cual me hizo mirar y notar que no era la única gozando de la vista. Un par de chicas también, arrugué la nariz. Uch, no podía ser. En sus caras y miradas de satisfacción hormonal casi podía leer lo que se decían entre risas. «Son H.E», sí; «qué sexys», oh sí...

—¡Ácrux! —lo llamé con voz dulce.

Me miró, moví la mano a modo de saludo y él hizo lo mismo con su leve sonrisa. Le mandé un beso y quedó perplejo con la mano todavía levantada. Solté mi risilla inocente, Max me hizo señales de que me desapareciera así que le hice una mueca. Continuaron con lo suyo y quedé complacida por el cambio de expresiones en las otras dos, y aunque siguieron ahí, ya no me importó.

Recordaba cómo antes de dormir vino a mi habitación para cerciorarse de que estuviera bien en verdad. Había revisado mi corte en la mano, sentado tan cerca de mí. Me retorcí por dentro por robarle un beso, no era justo. Lo vi mirar mis labios de manera fugaz, suspiró

y se puso de pie para irse, me armé de valor, pero se fue tras verlo cerrar la puerta. Quedé ahí, con la frente contra esta, preguntándome por qué no lo hice. Mi oportunidad se había perdido. ¿Por qué no había podido tomar su rostro o tirar de su camisa para comerme esos labios? ¿Si era tan simple?

Gruñí. Pero ya era tiempo de que me alistara para seguir antes de que me pusieran «la marmota dormilona» de sobrenombre.

* * *

Nos detuvimos cerca de Areq, en un pequeño poblado de H.E. Bajé y observé los alrededores, sencillas casas, un par de gallinas andando por ahí.

—Eh, ¿qué hacemos?

—Almorzar, obviamente —respondió Max—. Son casi las tres de la tarde, cierta persona se despertó como a las diez...

Me avergoncé. Quise decir algo en mi defensa pero me intrigué al ver a Alpha y a Centauri acercarse a dos evolucionados con ojos de un raro color casi anaranjado. Ácrux también pareció sorprenderse.

—Ellos son Impala y Saturno —los presentó Alpha tras acercarse.

Arqueé una ceja. Y yo que había creído que los nombres raros habían acabado al conocerlos a ellos en la capital. Saturno era un poco más alto que el otro, de cabello un poco más largo, que le cubría las orejas, en cambio el otro lo tenía corto. Eran hermanos obviamente pero al menos a estos los podía diferenciar mejor.

—¿Los conozco? —cuestionó Ácrux, tal vez más para sí mismo.

—Ya me han dicho que perdiste tus recuerdos otra vez —dijo uno de los nuevos, el que supuestamente se llamaba Impala—, nosotros cinco tenemos chips especiales implantados en nuestras cabezas, un escáner convencional no los detecta, pero ellos me contaron que lograron ver el tuyo con otra máquina. El asunto no es sacarlo, el asunto es desactivarlo para que no puedan volver a hacerse con nosotros ni fastidiarnos nunca más.

—Nos dijeron que sabían cómo —agregó el otro.

—Así es —intervino Max cruzándose de brazos—. Mi hermano ha encontrado el fuerte en donde podrían ser desactivados. Obviamente otros de seguridad nacional ni el gobierno saben que lo sabemos, ni que ustedes están con nosotros, los están buscando. Todo es por esos chips, al perecer los necesitan. No sé si para hacer más, o para borrar sus huellas, ya que muchos están siendo buscados por abuso y maltrato.

—Vaya —murmuró Ácrux—. Ahora recuerdo, pero muy poco. —Se sobó la frente tratando quizá de contener el dolor que el recordar le producía—. Es muy borroso...

—Tranquilo, lo importante es que ya estamos listos para ir. Pero primero a comer.

Me vino la esperanza de que al decirle a mi gatote lo que habíamos pasado, recordaría. Lo miré, pero mi sonrisa se borró al verlo caer.

—Ácrux —caí de rodillas a su lado y lo moví.

Los otros evolucionados también se acercaron.

—Ay, ¿así cuándo vamos a llegar? —renegó Max.

—Solo está inconsciente —dijo Saturno.

* * *

Lo miré con tristeza, tendido en un mueble mientras los otros comían. No iba a poder contarle si tanto dolor le causaba recordar. Entreabrí los labios al notar que parpadeaba, mantenía esa expresión sombría y abrumadora que contagiaba su pena. Dejé mi comida y fui a él, me vio de reojo sin quitar su seria cara.

—¿Ya estás mejor? —Me arrodille para quedar a su altura y apoyé los brazos en el asiento.

Volteó a ver al techo.

—Sí. No sé por qué caí, creo que recordé más de lo que pude soportar. —Me intrigué. ¿Más de lo que pudo soportar?—. Perdón —se reincorporó—, no quiero retrasar más.

—Descuida, recién están almorzando, no has estado así mucho tiempo.

—Bueno, eso me alivia.

—A mí me alivia que estés bien...

Me mostró su leve sonrisa y una profunda mirada que me congeló y aceleró mi corazón. Llevó su mano a uno de mis rizos y jugueteó con él. Mis mejillas se calentaron.

—Soy fuerte, pequeña, no te angusties por mí.

Retiré la vista con timidez mientras sonreía, sintiéndome ridícula por reaccionar así.

—¿Por qué me dices pequeña?

—Bueno, eres pequeña... —Vaya pregunta tonta la mía—. Además, me parece que ya te decía así antes. —Lo miré con alegría—. Eres alguien especial para mí...

—Sí. ¿Has recordado?

—Creo recordar solo eso por ahora, lo siento.

—No, no, está bien, no vayas a esforzarte en querer recordar más, no quiero que te me desmayes otra vez...

Soltó una corta risa suave, descontrolando mis latidos otra vez.

—Tranquila. Anda, se enfría tu comida.

Asentí.

—Pero ven conmigo.

Aceptó y fuimos juntos a la mesa.

—¿Ya tienes más clara la mente? —preguntó uno de los nuevos.

—No tanto.

—Por cierto, ¿qué pasó con aquella chica?

Me tensé. Lo miré de reojo, fruncía el ceño, pero al segundo sus ojos se llenaron de tristeza y bajó la vista.

—Escapamos, pero... Bueno, nos encontraron, y ella se les enfrentó, trató de disparar pero no tuvo buena puntería.

—Mm, ya veo —dijo el otro con algo de lástima.

—Pradera... Era especial, intentó salvarme, o salvarnos, algo que a mí no se me ocurrió hacer. Debí haberlo hecho...

—No digas eso —hablé de pronto—, estarías muerto entonces. Debes recordar que tu madre te espera en algún lugar.

Eso no le quitó la expresión de decisión de su rostro, dejándome ese vacío y pesado sentimiento de que no lo había convencido ni un poco. Traté de terminar pero ya no pude comer más, mi estómago estaba hecho un nudo. Y yo que había creído que ya había logrado un avance con él, si ya recordaba pequeños detalles sobre nosotros.

Saber que él creía que morir en lugar de esa chica hubiera sido mejor, me rompía por dentro. ¿Tanto la amaba aún? ¿Qué me iba a hacer yo si nunca la olvidaba?

Apreté los puños por debajo de la mesa, tratando de deshacerme del nudo en mi garganta y de la tristeza.

* * *

Para el anochecer estuvimos entrando a Areq, ellos fueron el resto del camino en la tolva de la camioneta, así que quedé sola en el asiento trasero, abrazando mi mochila contra mi pecho, tratando de convencerme de que ya pasaría, tratando de hacerme a la idea de que estaba bien por haber venido, quería apoyarlo pero...

Cerré los ojos con fuerza.

—Ya llegamos —dijo Max sacándome de mi perturbada mente.

Estábamos en el estacionamiento de un fuerte. Jorge salió a recibir a su hermano, me sorprendí al ver también a John salir junto con él. Bajé y le sonreí sin poder ocultar mi dolor. Se acercó.

—Sospechaba que vendrías con ellos. —Asentí en silencio—. ¿Estás bien?

Moví la cabeza en señal de negación. Él miró hacia un costado, vi de forma fugaz también, Ácrux bajaba de la tolva de la camioneta con los otros, quedó viéndome y retiré la vista al segundo.

—Vamos adentro —pedí recuperando un poco la compostura—. Estoy cansada.

Tendida en un mueble viejo del salón de estar del lugar, les vi alrededor de una mesa, revisando los planos de otro fuerte en esta ciudad. Hipnotizada en el perfil de mi Ácrux, mi chico dorado, su seriedad, su mirada de concentración, sus labios mientras hablaba e indicaba alguna cosa en los papeles.

Al parecer irían en la madrugada, cuando no hubiera mucha gente. Jorge no estaba seguro si el aparato que podría desactivar los chips estaba ahí o en otro. Tenían que hacer el máximo esfuerzo en no dejar pistas de quiénes habían irrumpido en el lugar, ni de lo que buscaban, para no poner en alerta al otro, si en caso este no era. Pero él estaba casi seguro, a un noventa por ciento, según sus cálculos.

Se dispersaron, quedando en una hora determinada de la madrugada para salir. Dormirían un poco.

John se acercó.

—Vaya, parece que quieren actuar rápido —comentó.

—Supongo que es fundamental.

Me senté para no parecer marsopa encallada, se sentó a mi lado y sonrió.

—¿Ya cenaste?

—Sí, contra mi voluntad, porque no tenía hambre. —Me encogí de hombros y sonreí también.

—Problemas en el paraíso.

—No digas eso, ya sabes cómo es...

—Rosy. —Volteé al escucharle decir mi nombre. Mi Ácrux—. ¿Estás bien?

—Eh... Sí, ¿por qué?

—Saldremos a la media noche, tú descansa...

—No...

—¿Gustas que te acompañe a tu habitación? —preguntó John, interrumpiendo.

Él sabía bien que quería ir con ellos a ese lugar.

—Puedo acompañarla yo —intervino Ácrux mirándolo con seriedad y cruzando los brazos.

—No lo creo —respondió John.

Ácrux arqueó una ceja con evidente incredulidad. «Sí, gatito, en verdad te están desafiando», pensé.

En eso reaccioné. Estaba celoso. ¿Mi Ácrux estaba celoso?

—¿No lo crees? —preguntó con sus ojos mieles denotando molestia y burla al mismo tiempo.

—Ha llegado triste, ¿crees que dejaré que te le acerques más?

Me puse de pie con prisa.

—Hey, no se vayan a poner a discutir, ¿eh? —Reí de forma nerviosa tratando de aligerar el asunto—. Gracias —le dije a John—. Voy a descansar, no tengo problemas con que él me acompañe, estoy bien.

Resopló y negó en silencio tensando los labios.

Caminé en silencio con Ácrux por el pasadizo hasta la habitación que me he habían asignado, sintiendo su cercanía, y esa fuerza que me atraía a él, a querer abrazarlo, abrigarme con su calor. Cuando puse la mano sobre el manubrio posó su mano en mi hombro.

—Él tiene razón, estás triste, y no sé bien por qué. —Me escudriñó con sus bonitos ojos felinos—. ¿Pasó algo de lo que no me enteré?

Bajé la vista.

—No.

—¿Por qué mientes? Es obvio que sí.

—Miento porque ya te he dicho, y no pareció que te importó.

Juntó las cejas con preocupación.

—¿Qué?

—Dices que hubieras preferido morir en su lugar...

—N-no... No lo dije así. —Cerré los ojos y abrí mi puerta—. Espera. —Volvió a tomar mi hombro—. Por favor. He recordado... recordé haberte dicho que mientras estuviera aquí, te cuidaría. —Solté un

suspiro de sorpresa y lo miré—. Es verdad que hubiera preferido ser yo en vez de ella, pero eso fue antes, estoy feliz de haberte conocido.

Mis ojos se llenaron de ilusión.

—Entonces, ¿no me dejarás?

Sonrió con dulzura, haciéndome ruborizar.

—No, pequeña.

Lo abracé fuerte, hizo un bajo respiro de asombro ya que lo tomé por sorpresa. Me dejé envolver por su aroma. ¿Por qué rayos no recordaba más? Quería besarlo y poder reclamarlo como mío. Gocé con su suave risa, tan varonil, tan estremecedora, de la buena forma. Sus caricias en mi cabello. Me empiné y le di un rápido beso en la mejilla.

Quedó pasmado, reí en silencio al verlo enrojecer apenas. Su sonrisa dulce volvió, sus felinos ojos que me transmitían su cariño, ese que no parecía recordar pero que yo sentía que estaba ahí, aunque a veces pudiera más su mente confundida.

—Duerme, mañana te veré...

Iría con ellos, pero no se lo iba a decir, probablemente me iba a querer detener también. Tomé su mano y le hice entrar.

—Duerme conmigo.

—Eh... P-pues... Saldré y...

—No importa, duerme conmigo hasta que sea la hora.

Dudando, terminó suspirando y aceptando. Sonreí completamente feliz y lo hice sentar en la cama, comencé a desabrocharle la camisa y me detuvo tomando mis manos.

—¿Qué haces?

—Si vas a dormir debes estar cómodo.

—Pero no desnudo...

Solté una corta risa.

—Solo tu pecho... No hay nada malo en ello, ya has dormido así conmigo. —Frunció el ceño con extrañeza, pareció buscar en su mente—. No, no trates de recordar...

—Descuida —respondió volviendo a verme, mostrando esa bella sonrisa. Puso mis manos contra sí—. Continúa entonces...

Su voz grave y seductora me hizo querer tener poderes mágicos para hacerle recordar todo y aventarme encima para devorármelo. Le desabroché todos los botones y me contuve para no terminar acariciándole todo el pecho, apenas recorrí las puntas de mis dedos contra su piel. Volvió a detenerme.

—Disculpa, le tengo una ligera apatía a la electricidad.

—Oh, está bien... —Le deslicé la prenda por los hombros y él terminó quitándola a un lado.

—Bueno, ya me convenciste de esto... —Sonrió de lado, mostrándose travieso y curioso—. ¿Y tú?

Enrojecí, pero esta vez no dudaría, y ya que lo estaba pidiendo. Levanté mi camiseta de a pocos, notando cómo él abría más los ojos, me la quitó por completo, quedando en sujetador, y enseguida retiró la vista con las mejillas rojas también.

—Estaba bromeando —murmuró—, no creo en verdad que eso esté permitido, perdóname.

Reí. Me miró con sorpresa pero volvió a desviar la vista.

—¿Pero te gustó ver? A mí me encanta verte. —Tomé su camisa y me la puse—. Bueno, dormiré con esto, ya puedes mirar.

Lo hizo y su rubor no se fue. Tragó saliva con dificultad. Su cara de admiración y fascinación era única. Subí a la cama y me fui para el lado que estaba pegado a la pared.

—Ahora siento que es peligroso dormir contigo —dijo con una sonrisa.

—¿Por qué será? —me hice la inocente—. Dormiré de este lado, así tú podrás salir cuando sea la hora.

Respiró hondo y asintió. Apagó la luz y vino, rodé a él apenas se hubo recostado.

—Abrázame... —pedí en susurro.

En silencio lo hizo, dándome el calor de su cuerpo, su aroma, su suave piel. Le di un beso entre sus pectorales mientras una de mis

manos recorría las líneas de sus marcados músculos de su costado. Se removió ahogando una corta risa.

—Muy bien, pequeña, no sé qué intentas, pero si sigues yo soy el que no sabe qué te va a hacer...

Sonreí contra su piel.

—No me importaría si me lo haces —ronroneé dirigiéndome a su abdomen.

Volvió a removerse, se aclaró la garganta y tomó mi mano que ya se estaba yendo a su vientre bajo.

—Traviesa —reprochó con tono dulce—. Me vas a decir qué intentas, pero mañana, ahora me temo que debo descansar.

—Mmm, está bien, me gusta esa idea —acepté regresando a mi posición tranquila de niña buena.

Resopló al parecer con alivio, o para quitarse el calor que yo también estaba sintiendo. Lo abracé y él a mí. Sí, quizá me estaba portando mal, después de todo, él todavía no me recordaba por completo, no lo que sentía por mí, así no iba a poder ir más lejos, no iba a ser justo. Por más tolerante que estuviera siendo, solo se estaba portando bien conmigo. No quería su entendimiento ni tolerancia, quería que me amara con la misma intensidad.

A la media noche lo sentí salir, tomó ropa del clóset, no supe si notó que no estaba dormida. Esperé un rato más, hasta que se fuera, y me salí de la cama también. Me asomé al pasillo, y al no ver a nadie, corrí a la habitación de John. Él abrió la puerta.

—No tienes mucho tiempo —me mostró un casco de los que usaban los de seguridad—. Y para que sepas, el que te ayude no quiere decir que te apoye, estás loca por querer ir con ellos. No vas a conseguir nada.

—Y tú tampoco vas a poder desanimarme. Quiero estar cerca para cuidar de que no cometa ninguna locura.

Suspiró con pesadez y fue a sacar el resto de cosas.

CAPÍTULO 25

ATAQUE

Rosy

Claro que era obvio que estaba loca, me estaba arriesgando, también a ellos, tal vez, pero había escuchado bien cuál era el plan, no pensaba entrar ni interferir. Si ahí estaba el aparato que podía desactivar los chips de los evolucionados quería estar ahí, a su lado...

Partieron en unas tres camionetas, yo fui en la última, en donde no estaban ellos, pero sí Tania. Quedó mirándome con sospecha antes de que subiera. Y claro, con lo pequeña que era, aunque usara la misma ropa negra de las mujeres de Seguridad Nacional y el casco, me veía extraña. Si notó que era yo, no dijo nada; y si no lo notó, pues estaba muy distraída o preocupada como para hacerlo. Opté más por la primera opción.

Cuando llegamos, Jorge y Max bajaron y hablaron con los sujetos. Abrieron las puertas para dejarnos pasar. Ya habían quedado en venir, pero los pocos del interior no sabían eso, solo ellos. Entramos al lugar, traté de mantenerme en mi grupo, lejos de los evolucionados que iban adelante. Sin embargo, uno volteó a ver hacia nosotras. A pesar de que estaba con el casco, obviamente reconocí su cuerpo, me puse nerviosa, sin saber si me había olfateado, o si solo miró por mirar.

—No esperaba ninguna inspección —escuché que reclamó un hombre, tal vez uno de los superiores.

Cuando se presentó frente a nosotros quedó viéndonos con el ceño fruncido, y no solo eso, noté que Ácrux apretaba los puños. ¿Era alguien que reconocía? Otro sujeto apareció.

—Debemos ver sus almacenes —habló Max—. Tenemos orden del gobierno.

—No me diga —respondió en tono de burla—. El gobierno no manda aquí.

—Se suponía que estos no estarían —susurró alguien a mis espaldas.

Era un problema entonces.

Sacaron armas y en un abrir y cerrar de ojos se intercambiaron disparos. Solté un grito tratando de cubrirme y correr a la salida pero fui empujada en dirección contraria por los que corrían, choqué contra un sujeto con casco, me apartó y fui a dar contra otro. Gritó y volví a ser apartada, escuchando un disparo muy cerca de mi rostro, me tapé los oídos y sentí un hincón por mi brazo tras ser empujada de nuevo. Mi casco cayó.

Alguien me tomó, grité otra vez en medio de todo el caos que se había desatado. Terminé contra la pared con los brazos de alguien a cada lado de mí acorralándome contra esta.

—¿Quién rayos te dejó venir? —reclamó Ácrux con enojo.

—¡Yo quise venir!

—¡Es peligroso!

Una explosión le hizo rodearme por completo para protegerme con su cuerpo, estaba asustadísima, pero si había reconocido a uno de esos sujetos, estaba perdiendo el tiempo conmigo.

—¡Ve, ayuda, estaré bien!

—¡No hasta que te vea salir!

Me alzó en brazos pero cuando volteó alguien le apuntaba. Ahogué un grito escondiendo la cara por su hombro.

—Nos volvemos a ver —dijo el sujeto.

Ácrux me hizo pisar suelo y me movió detrás de su espalda con rapidez. Me aferré a su camisa, aguantando el llanto que quería venir por el miedo, sobre todo miedo a que le hiciera algo.

—Creí que ya te habías muerto.

—Ya quisieras, maldito —respondió mi chico, con mucha rabia. ¿Era el que había matado a su hermano? ¿El que mató a Pradera?—. Si aquí alguien va a morir, serán ustedes.

Entonces eran varios...

—Héctor los quiere de vuelta, y son tan *inteligentes* que han venido los cinco directo a meterse en la boca del lobo.

Empecé a temblar. Ácrux intentó calmarme haciendo su brazo hacia atrás para apretarme contra su espalda. Saqué el arma pequeña que me había dado John y la puse en su mano.

—Ahora déjala —continuó hablando el hombre—, ven conmigo o dispararé, y a ella también. La mataré, ya sabes que eso no me es problema.

—Creo que será al contrario. —Disparó veloz pero el tipo se lanzó a un costado, recibiendo el tiro en el brazo.

Corrió apretando su herida y Ácrux salió en su persecución. Fui tras él. Los demás habían logrado sedar a los hombres que habían estado en el local, o al menos a la mayoría. Los otros evolucionados aparecieron para intersectar al sujeto ya cerca de la salida posterior, pero cayó una bomba extraña que botó gas. Recogí un casco y me lo puse, eran especiales y filtraba gases. Ellos tosieron, ya que a diferencia de Ácrux, no los tenían puestos.

—¡Tanto quieres encontrarnos, síguenos entonces! —exclamó el sujeto.

Salió corriendo con el otro, Ácrux gruñó y quiso ir pero fue detenido por los otros.

—¡No voy a dejarles huir!

—¡Si vas tú solo, te matan! —trató de hacerle entender Impala.

Un fuerte viento ingresó, los hombres estaban escapando en una de sus naves de S.N.

—Maldición —refunfuñó.

Entristecí.

—De nada te sirve querer ir por ellos —murmuré.

Pero se quiso lanzar y correr a darles alcance de todos modos. Fue detenido otra vez por los otros.

—¡Ácrux!

—¡No intervengan!

—¡No vayas, te matarán! —rogué—. ¡Ellos no son el que buscas, además!

—¡No voy a dejar que esos malditos se queden con el regocijo de haber matado a Pradera! ¡No se los perdonaré nunca! ¡Todo es su culpa!

Se formó un leve silencio sepulcral, mientras mi cuerpo se enfriaba. Bajé la vista, por eso los odiaba tanto a esos dos.

—Claro, debí saberlo —susurré con el nudo en la garganta ahogándome—. Pradera, Pradera, es que no vas a olvidarla, ¿cierto? —La furia, el dolor. Alcé la vista, él me miraba con cólera, y eso me rompió en mil pedazos—. ¡Si vas, de nada serviría el sacrificio que tontamente hizo! ¡Ella decidió arriesgarse a morir, y si no lo hubiera hecho, hubiera muerto igual, estoy segura! ¡Ya déjalo!

Dio un par de pasos hacia mí, furioso, apretando los puños. Enmudecí y empalidecí, se había detenido muy cerca. Empecé a temblar, sintiendo que toda una fuerza superior me quería tumbar abajo, tirando desde mi corazón.

—No vuelvas a decir eso —retó—, tú no sabes cómo pasaron las cosas. Cerré los ojos con fuerza, sollozando.

—¡LÁRGATE SOLO ENTONCES! —Salí corriendo, con la garganta doliéndome por haberle gritado eso con todas mis fuerzas. Estaba destrozada, llorando desconsolada.

Salí de la edificación, cuando lo escuché llamarme mientras venía por mí, tuve tanta rabia que no esperé, corrí sin rumbo por las calles oscuras, no quería que me explicara cosas como «siempre sentí algo especial por ella, debes entender». ¡No lo iba a entender!

Volvió a llamarme.

—¡No voy a entender nada de lo que tengas que decir! —chillé.

Alguien me tomó con brusquedad haciéndome soltar otro grito. El olor de alcohol y peste me golpeó primero. El sujeto me estampó contra la pared, tapándome la boca. Seguí llorando, pero esta vez de terror.

Pronto lo tuve pegado queriendo tocarme. Intenté decirle que un H.E me perseguía, y que no iba a tardar, pero tras un gruñido salvaje lo vi caer un par de metros más allá. Ácrux se le acercó gruñendo bajo.

—Déjalo —susurré temblando—, ya ni siquiera se mueve...

—He matado a muchos inocentes, alguien que no lo es no sería problema.

Me miró por encima de su hombro, tan serio que me congeló. Sentí el peso del plomo en mi interior al saber que para él iba a ser muy fácil matar. Empecé a respirar de forma entrecortada.

—No... —pedí.

Pareció preocuparse, y cuando volteó para acercarse, pude ver que en verdad se había preocupado por alguna razón. Quiso tocarme y retrocedí, arqueó las cejas con sorpresa. Desistió de su intento y quedó mirándome.

—Creo que es la segunda vez que te lo preguntaré. ¿Me temes?

Eso me sorprendió.

—¿Qué? ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Me temes...

—Tonto —sollocé—. ¡¿Cómo no temerte?! ¡Tus actos no te ayudan! ¡Y no quiero que vengas a querer explicarme las razones por las que quieres vengar la muerte de esa chica, no necesito saberlo!

Me miraba atento. Limpié mis mejillas de las odiosas lágrimas pero estaba demás. Me arrepentía en el alma por haber venido con ellos, sabiendo lo que podía pasar.

La fuerte presión de sus brazos a mi alrededor y su cuerpo contra el mío me sacó de foco. Mi corazón se desbocó.

—Perdóname —pidió—, perdóname, pequeña. No me temas, no era mi intención gritar, no tenía porqué, la situación me sobrepasó, pero jamás, jamás, jamás te tocaría, nunca. —Me apretó más, le sentí temblar, o quizá era yo...—. Descubrir que estabas en el grupo, corriendo peligro, me hizo temer desde un principio, y cuando él amenazó con matarte... Si algo te pasa... No lo soportaría.

—Quiero... —aflojó su agarre y pude limpiar mi rostro contra su camisa—, quiero volver.

—¿Estás mejor? —Tomó mi mentón para observar mi rostro, pero claro, mi nariz roja de payaso, más los ojos. No, no estaba mejor—. Oye... Entenderé si quieres dejar de ser mi amiga —dijo con tristeza, eso me abrumó. No quería ser su amiga, quería que me amara—. En verdad te agradezco que hayas venido conmigo, eres la única a la que me siento atado... Me das luz.

Tomé su mano y la dirigí a mi mejilla, sonreí a labios cerrados al sentir que me acariciaba. Sus palabras «eres la única a la que me siento atado» me habían aliviado el dolor, no del todo, pero lo suficiente.

Yo, por mi parte, detestaba cuando parecía tener sentimientos albergados por alguien que ya no estaba. Era triste, era cruel, egoísta de mi parte, pero no podía evitarlo. Ladeé el rostro y le di un beso aprovechando que todavía acariciaba mi mejilla.

—No quiero apartarme de ti. Dijiste que no me dejarías, y hoy quisiste hacerlo.

Suspiró.

—Perdóname... Creo que no soy de palabra, qué vergüenza. Claro, si ni siquiera puedo recordar... Si tal vez te hice otras promesas, y ahora mírame, no las sé...

Lo abracé y él correspondió, aliviándose.

—No vayas a volver a querer irte sin estar seguro, y recuerda que estoy aquí para ti.

—Lo haré, perdóname. —Sus brazos bajaron a mi cintura y prácticamente me alzó para abrazarme así, rodeé su cuello aferrándome a él. Enterró su rostro por mis cabellos—. Hueles como a fresas, y como a ti —susurró—, me gusta.

—Lo sé... Eso ya lo habías notado antes.

—Ya veo.

—Quisiera ayudarte a recordar.

—Puedes.

—Pero temo que te dé dolor de cabeza...

—Ja... No temas por eso, no pasa nada.

—Te... —Respiré hondo y cerré los ojos—. Te quiero...

Sus caricias por mis rizos se detuvieron.

—Me quieres, cómo...

—Te quiero a mi lado, te quiero feliz, te quiero como hombre. Aunque tal vez no entiendas... —Y aunque quería decirle que también lo amaba.

Lo miré, parecía estar tratando de descifrarlo.

Su móvil sonó y contestó tras dejarme pisar suelo. Resoplé apartándome. Pude escuchar al escandaloso de Max apurándolo.

—Bueno, me alegra que tengan a uno, pero no es más importante que esto ahora, pueden esperar —colgó.

Me llenó de alegría saber que consideraba importante el estar conmigo. Pero ¿qué? No. No debía actuar así de egoísta.

—Descuida, ya estoy bien. Estamos bien —le sonreí con dulzura—, vamos ya o Max tendrá un ataque.

—Dice que Alpha y Centauri agarraron a uno antes de que huyera. Su compañero obviamente lo dejó.

—Uh... Pero mira, al menos tienen a uno —dije asustada por lo que podrían hacerle luego.

Me dejó ver esa bella aunque leve sonrisa. Extendió un poco el brazo.

—Después de ti...

Tomé su mano, sorprendiéndolo, pero me alegró todavía más que no intentara apartarse. Me correspondió el gesto, y nos dirigimos así de regreso al fuerte.

Se decía que después de algo malo venía algo bueno... Pero quizá también, después de algo bueno, podía venir algo malo...

Cuando entramos, ellos habían logrado sacar a los otros evolucionados, pero también a alguien más. Una chica, maltratada y asustada. Una H.E, de cabello oscuro y ojos verdes, el verde de la hierba...

Sentí un bajón de presión, pero no desfallecí, cosa que hubiera querido. Mis sospechas se corroboraron cuando miré a Ácrux, que estaba completamente desconcertado, pasmado.

El agarre de su mano se aflojó y terminó soltándome. Y no pude siquiera reaccionar ni retenerlo.

Se fue de mí en segundos, sin que diera un paso lejos. Se fue de mí en sentimientos, en esencia. Solo le faltaba alejarse de forma física, dar el paso, y lo hizo ante mi vista nublada.

Error, sí, desfallecí.

CAPÍTULO 26

MI FRIALDAD INTERIOR

Con la angustia clavada en mi pecho, sin saber qué hacer, al punto de tener que cruzar los brazos para no empezar a mordirme las manos como loco; así estaba esperando a ver qué me decían.

Rosy había sido intoxicada, le había caído un dardo y de seguro ella no notó el pinchazo en medio de tanto caos. Por otro lado, estaba Pradera, a quien volví a ver después de tanto, después de haber pensado que estaba muerta... Todo este tiempo pensando que estaba muerta...

Ambas estaban siendo atendidas, pero Rosy estaba peor, su vida peligraba. Era como si estuviera en un cruel juego en el que me quitaban una y me daban otra, y así una y otra vez. No recordaba todo lo que pasé con Rosy, pero claramente estaba loco por ella, de una forma especial y extraña, muy distinta a la que alguna vez había sentido por Pradera.

Sin embargo, ahora que ella había vuelto, era mi deber seguir a su lado, era mi deber quedarme con ella, llevarla a casa, o mandarla y luego darle alcance y unirnos.

Llevé mis manos a la cabeza y cerré los ojos recostándome contra el respaldo de la silla. ¿Cómo rayos haría eso si todo mi ser pedía a otra mujer?

—Quiere verte —me habló alguien.

Solté un pesado suspiro.

—Sí, ya voy...

John me guio, aunque no era necesario.

—Dices que creíste que había muerto. Es probable que las armas que llevaran para capturarles fueran especiales. Ya sabes, de esas que contienen una potente droga que podría hacerte pasar por muerto sin

problemas. Supongo que antes tardaba un poco en actuar, porque créeme, hoy en día, actúa al segundo.

—Ya veo.

—Es lógico, era mejor capturarlos y recuperarlos que matarlos. Es probable que tomarlos de su ciudad y hacer todo eso les costara una significativa inversión monetaria, no pueden perder a ninguno de ustedes.

—Nos seguirán buscando, sí, ya lo sospechaba también.

Quedamos afuera de su habitación. Él volteó y me susurró:

—Lo que pasó con Rosy fue porque quiso seguirte, el ataque del que me contaron y esto, son razones suficientes para convencerla de que se aleje de ti, ¿no crees? ¿O es que acaso quieres que termine muriendo a causa tuya?

Mis labios formaron una sola línea. Alejarme de ella. Claro, ni siquiera sonaba fácil, pero tenía razón.

Estuve varios segundos frente a esa puerta, con la frente pegada a esa falsa madera y los ojos cerrados, tratando de asimilar todo. Abrí, y ahí estaba, me sonrió con debilidad y mi corazón se contrajo. Me acerqué y me senté al lado de su camilla. Le ofrecí una triste sonrisa.

—Hola...

Pradera hizo ademán de querer tomar mi mano así que la ayudé, sus dedos se entrecruzaron con los míos.

—Creí que habías muerto. No volví a verte cuando desperté... Nunca más.

Bajé la vista unos segundos.

—Asumo que decidieron que era mejor, yo también creí que habías muerto. Luego poco a poco fui olvidando todo...

Miró al techo.

—Más de dos años... Casi no recuerdo todo lo que me hicieron.

—Estabas en etapa de transición, ahora ya no, pero es probable que quisieran investigar el por qué...

Su mano presionó más la mía, apretó los dientes y sus ojos se llenaron de lágrimas, que pronto empezaron a caer sin cesar. Sentí que mi corazón se rompía.

—Pradera... —Intenté pedirle que no llorara, pero no pude.

La abracé fuerte y ella a mí, mientras trataba de ahogar sus sollozos llenos de dolor.

—Fue una pesadilla —dijo con la voz quebrada y entrecortada.

—Lo sé —susurré acariciando sus cabellos—, lo sé...

—No puedo creer que te recuperara —sollozó.

Cerré los ojos y oculté el rostro por su hombro.

—Ni yo...

Era consciente de que se sentía protegida conmigo, era consciente de lo que había sufrido. No podía dejarla, tampoco pensaba hacerlo... Era mi deber seguir con ella, así lo había prometido, iba a ser de palabra por lo menos esta vez.

Aunque me costara.

Juntó su frente a la mía, limpié sus mejillas a pesar de que todavía caía una que otra lágrima. Sus ojos se plantaron en los míos, pareció dudar unos segundos sobre algo, quizá quería hacerme alguna pregunta.

Tal vez, ¿qué había hecho todo ese tiempo? Lamentablemente, ni yo recordaba del todo. Pero no era esa su duda. Su nariz rozó la mía, ladeó el rostro y sus labios presionaron con suavidad los míos. Quedé en blanco. Por instinto había cerrado los ojos, un beso que se hizo sentir como la nostalgia. Vinieron fugaces memorias de raros besos así, entreabrí los labios y traté de imitar mi recuerdo, pero no pasé de otro suave roce con los suyos.

Se apartó un poco y quedamos mirándonos, sentía mis mejillas tibias. Era el colmo, siempre que Rosy hacía algo, me pasaba, y ahora por esto. Bajó la vista con algo de vergüenza.

—Te di uno así antes de que nos separaran —murmuró—. Una vez vi que mis padres se daban uno, no sabían que les estaba viendo, claro.

Nunca te lo dije, pero siempre quise intentarlo y nunca tuve valor, ni una pizca, hasta ese día...

Los recuerdos que yo tenía, o que más bien creía que eran sueños o raras alucinaciones, eran de mí dándole esos besos a Rosy. Pero sí, sí recordaba el que Pradera me dio aquella vez, fue el primero. Lo recordé un tiempo luego, porque la primera vez que tuve esos sueños, me había despertado intrigado, preguntándome por qué mis labios estaban contra los de Rosy, o contra su piel. Había intentado hacer lo mismo en mi brazo y se me hizo mucho más extraño. Creí que no estaba bien de la cabeza, pero con el pasar de los días fue cobrando sentido.

Todavía me preguntaba si eran solo sueños, o en verdad había estado en esas situaciones con Rosy, era muchísimo más comprometedor. Besos más invasivos, más profundos, cargados de sentimientos.

Golpe de consciencia. Si había pasado de verdad, le había fallado a Pradera de una forma terrible. Entonces no, no me creí capaz de haberlo hecho, quizá me preocupaba demás y solo eran sueños. Lo malo era que me había visto tentado a hacerlo realidad estando con ella, y lo hubiera hecho si mi pulso no se hubiera vuelto loco con solo la idea.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí? ¿Puedo confiar? —quiso saber Pradera sacándome de mis cavilaciones fuera de lugar.

—Sí, puedes confiar. No sé cuánto, pero hasta que te recuperes, y hasta que yo... —Fruncí el ceño—. Debo hacer algo.

Juntó las cejas con preocupación.

—No me digas que aún buscas vengarte.

Me tomó por sorpresa.

—Sabes que tengo que hacerlo.

Resopló y se dejó caer en la camilla con los brazos cruzados.

—Es por eso que te perdí...

—Si no los detenemos, nos van a seguir buscando. Además, tengo un chip raro de ellos, que no puede sacarse así nomás, las personas que

están aquí han dicho que pueden desactivarlo. —Siguió con su semblante de molestia y tristeza—. Perdón, pero es así, por eso debo hacerlo. No es venganza, es por seguridad.

—Bueno, quisiera que por favor no tardaras...

—No lo haré. Ahora descansa, te traerán comida. Debo ir a ver a alguien. —Asintió—. Estaré cerca, siéntete segura, nada va a pasarte...

Volvió a asentir en silencio cerrando los ojos.

Salí y fui de frente a averiguar cómo estaba Rosy. Esa chica que me había atrapado en una especie de burbuja, y mantenía una parte de mí con ella, a la que había dejado que me tocara, incluso que me diera besos, que la había sentido «mi hogar» a pesar de no recordarla. La chica que iba a tener que dejar.

Era frágil, y si le pasaba algo no iba a perdonármelo. Los evolucionados rebeldes nos atacaron por estar con humanos y quisieron matarla en las ruinas de mi ciudad, y ahora estaba grave por el simple hecho de que había querido seguirme. No podía dejar de sentir por ella eso extraño e intenso, pero tampoco iba a seguir arriesgándola con ese motivo. Además... Ya tenía que cumplir con alguien.

Vi al tal John y lo atajé.

—¿Cómo está? —quise saber tratando de no lucir muy desesperado.

—Ya más estable. El antídoto empieza a hacer efecto, para mi alivio.

Para mi alivio también. Pude soltar aire como si hubiera estado sin respirar desde que cayó desmayada.

Eso me hizo recordar otra razón por la que era mejor alejarla. Me había portado como un salvaje con ella. Respiré aliviado y frustrado.

—ÁcruX —me llamó Max—. Ya despertó.

Apreté los puños. El maldito al que habían capturado ya estaba consciente, se las vería conmigo.

* * *

Entramos a una habitación especial, todos con casco. El sujeto nos miró y sonrió de lado, postrado en una silla que lo mantenía sujeto.

—¿Crees que no sé quién eres? —murmuró.

—Eso no me interesa en verdad —me saqué el molesto casco—, quiero que sepas quién soy, no me importa. Ahora tú dime por qué nos implantaron estos chips, y por qué Héctor tiene tanto interés en mí.

—Sueñas si crees que diré algo de eso.

Con un rápido movimiento le torcí un dedo rompiendo la articulación al segundo. Gritó y pataleó pero esa silla no lo dejaría libre.

—¿Crees que no recuerdo lo que me hicieron? —gruñí entre dientes—. Yo también sé cómo hacer sufrir sin que te mueras, así que más te vale que hables.

Lo solté con brusquedad.

Quedó con la cabeza gacha tratando de recuperar aliento, aunque sabía bien que el dolor no se iría así tan pronto. Me crucé de brazos.

—Y tú... —respondió entrecortadamente—, ¿tú crees... que no he jurado no hablar... aunque me maten?

—Tú decide. Te hago pedazos de a poco o colaboras. —Planté mis garras por su cuello. Apretó los dientes cuando hice ademán de cortar su piel—. ¿O es que acaso dudas de uno de los monstruos que crearon? —Empecé a cortar.

Gruñó de dolor, haciendo esfuerzo por no quejarse más.

—¡Monstruos, sí, eso es lo que son! —soltó. Me aparté con molestia. Impala y Saturno se quitaron los cascos, el sujeto pareció preocuparse—. Ah, los perdidos —dijo con ironía, sin ocultar el dolor que sentía.

—Estuviste a cargo de nosotros —habló Saturno—, hoy toca divertirse. —Se frotó los puños.

—Recuerda que un golpe mal dado podría matar al infeliz —advertí.

—Oh, lo sé. No quiero eso, quiero que sienta lo que nosotros.

El hombre empezó a respirar agitado otra vez.

—No sé de qué les sirve esto —trató de defenderse—, tenía que hacerlo, ¡eran las órdenes!

—¡Era nuestra familia! —gritó apretando los puños evidenciando dolor por recordar—. ¡Mis padres! ¡Nos arrebataron la vida con eso!

Impala le hizo soltar un alarido cuando le dio un puñetazo en la rodilla, rompiéndola.

—Mi hermano —murmuré sintiendo rabia—, y mi padre años antes...

No terminaba de quejarse de forma cobarde, pero entendía que era probable que quedara sin caminar bien el resto de lo que le quedaba de vida, aparte de ser un dolor insoportable.

—Tu —dijo con dificultad—. Tu padre —sonrió de forma fugaz y volvió a arrugar la cara por el dolor—, tu padre mató al de Héctor, es por eso que tú estás condenado.

Me sorprendí, mi cólera aumentó.

—¡Cómo te atreves a insinuar que mi padre era un asesino!

—¡Hagan lo que quieran conmigo! ¡Héctor te encontrará sí o sí, le servirás toda tu miserable vida por lo que hizo tu padre! ¡Nunca te vas a librar!

Le mostré los colmillos en un salvaje gruñido y le marqué la cara de un zarpazo. Su grito alimentó mi furia y frustración pero Alpha impidió que siguiera.

—¡Está loco, mi padre no tiene la culpa de que hayan amenazado su seguridad, por eso atacó!

—Es probable, pero ya déjalo.

—¡¿Probable?! ¡Tonterías!

Salí con la rabia recorriendo mi sangre. ¿Acaso no me iba a dejar en paz por algo que él creía que había pasado? ¿Cuando era su culpa que nosotros actuáramos agresivos contra su especie!

—Si lo ves de cierto modo —intervino Alpha, que me había seguido—, Héctor quiere vengarse, igual que tú...

—¡Los motivos son diferentes!

—Pero el objetivo es el mismo.

—¿De qué lado estás? —pregunté indignado.

—Del que nos traiga paz.

Abrí la boca para decir algo más, pero no pude al sentir que parte de mí le dio la razón al querer eso. Bufé por la frustración.

Esos sujetos eran unos desgraciados, y al parecer yo también lo era. Era un monstruo más, había tenido razón, lo aceptaba.

Era un monstruo.

«No eres un monstruo si eso crees» sonó la dulce voz de Rosy. Un recuerdo, ella curándome, recién la conocía, recién la veía por primera vez, y me distraía con su cara de concentración y su aroma.

No. Eso era lo que ella creía porque no me conocía en verdad, y aunque en ese entonces me sacó un poco de peso de mi conciencia, no había remedio para mí. Consciente o no, había matado, todo lo que había sido antes de que me capturaran había muerto, si luego sentí alegría fue solo una ilusión. Estaba condenado, manchado de sangre.

Me senté contra la pared con la cabeza oculta tras mis antebrazos y mis rodillas.

* * *

Pasó un día aunque casi no lo noté por andar perdido en una nube negra, esa pesadez de mi conciencia, la culpa, el rencor que me carcomía.

Pradera estaba recuperada prácticamente, y escuché que Rosy había despertado, pero que parecía no tener ánimos de nada. Quizá seguía débil por lo que le pasó.

—No tengo dudas de que aquí está el aparato —explicaba Max, estábamos alistando todo para acabar con esto lo más pronto que fuera posible—, esperaremos a que bajen la guardia, no saben en dónde estamos, pero claro, una cosa es la guardia, y otra es la seguridad. La han aumentado, ya veré qué hacer con eso. Las sociedades protectoras de H.E se han movido bien, ya quedan menos corruptos a capturar, con esto podríamos terminarlos de una vez porque tengo entendido que son los más buscados. Por mientras, a nuestro amigo el preso ya lo están por llevar.

Estaba escuchándole, en parte, y por otro lado, pensando en lo vacío que me sentía.

—Bueno, tenemos tiempo —murmuró Jorge—. Ácrux, ¿estás atento?

—Sí. —Suspiré—. Debo avisar que esto ya casi acaba. Necesito que alguien lleve a Pradera a una ciudad H.E. o tendría que hacerlo yo... y no puedo. Les daré las indicaciones de cómo llegar.

—Bueno.

Salí decidido a hacer lo que debía, aprovechando que el dolor me tenía adormecido.

Al entrar, me plantó su mirada de preocupación enseguida, congelándome. Mi Rosy, aunque no era «mía», ni siquiera sabía por qué le decía así en mi mente.

—Hola —saludó con un hilo de voz.

—Hola. Solo vengo a decir que pronto estaremos yendo a detener a los hombres que están causando problemas, y ver si se desactiva el chip que tengo.

Bajó la vista y jugueteó con la manta que la cubría hasta el estómago.

—¿Eso es lo único que vas a decirme?

—Sí... Y... —Debía sacar valor. Respiré hondo y exhalé despacio—. Quiero que te quedes aquí, no se te ocurra volver a venir, estás todavía recuperándote. Luego de eso... me iré.

Sus pequeñas manos apretaron la tela y alzó la vista.

—Ya sospechaba que dirías algo así, pero no importa, porque te seguiré.

La tristeza en su mirada se clavó como agujas en mi corazón.

—Las cosas son así. No necesito que me sigas, volveré a mi vida y ahí acabará todo, cumpliré con la chica con la que siempre quise estar. Ella entenderá a mi monstruo interior, ha pasado por lo mismo, y por mi culpa, o mejor dicho por la de mi padre, al parecer. Estoy condenado a vivir recordando todo esto, a soportarlo. Tú solo eres una amiga, y humana, no tienes que seguirme.

Noté un ligero temblor en su labio inferior, sus ojos parecieron llenarse de lágrimas.

—¿Crees que te haré caso? ¿Crees que no sé que has sufrido?

—No quiero que vengas conmigo —murmuré de forma fría—. Aquí te quedas.

—No lo haré. —Su corazón se había acelerado, su voz se quebró.

Eso me dolió en el alma.

—Aquí te quedas. —Mi expresión seguía siendo la misma—. Y no quiero ver que me sigas otra vez.

Casi me detestaba, y a mi especie, por ser capaces de no exteriorizar las emociones, pero esto era incluso más de lo que podía soportar. Era por su bien, pero todo mi ser la pedía a gritos, la quería a mi lado. Mi instinto reclamaba, sabía que un abrazo y un beso suyo calmarían el fuego que me estaba matando, pero casi había muerto ella también por mi culpa. Era un salvaje lleno de rencor, no merecía estar al lado de alguien así, merecía que la hicieran feliz, no que la asustaran a cada rato. Debía hacerlo.

Salí con prisa aguantando la angustia y a mi propia razón, que quería que diera la vuelta corriendo hacia ella.

—Oye, eso fue cruel hasta para mí —reclamó Tania a mis espaldas.

No le hice caso, solo me apresuré más. Quizá sí había sido insensible, pero ya estaba hecho. No quería que esa dulce chica sufriera más por mi culpa, no podía seguir siendo su amigo si su vida iba a estar en riesgo, y si ya tenía una compañera.

Cosa que no dejaba de fastidiarme, de dolerme, de matarme.

CAPÍTULO 27

RENDIDA

Rosy

Lloré de forma amarga, viendo a través de mis lágrimas mis puños apretando la tela de la manta que me cubría. Al parecer alguien entró, pero al verme salió. Tapé mi rostro con la manta y ahogué mis sollozos.

Alguien más entró de prisa.

—Rosy, calma —pidió John sentándose a mi lado y tomándome de los hombros—. ¿Qué pasa?

Negué sin poder calmarme. No me quería, ¿eso iba a decir? ¿Lloraba porque un hombre no me quería ver más, porque iba a seguir con su vida sin mí, como lo merecía? John me abrazó y tuve que tratar de parar el llanto, me dolía, pero de nada servía, solo quería desahogar todo lo que había aguantado. Respiré hondo y quedé derramando lágrimas en silencio.

—Ya... ya —me consolaba—. ¿Fue él? ¿Te dijo algo? —No pude responder, no solo no quería, tampoco podía, mi voz no salía y tenía un inmenso nudo en la garganta—. Tania me dijo que estabas mal. —No pude creer que ella me viera así, qué desastre—. Insinuó que fue por él... —Si ya sabía entonces con menos razón respondería, solo podía percatarme de lo gris que se estaba poniendo el día para mí—. Creo que te dije que no valía que lloraras por nadie, menos por ese H.E medio inestable en el que te fijaste.

Mis labios se curvaron en una fugaz sonrisa.

—No es inestable —dije con un hilo de voz—, ya sabes todo lo que le ha pasado...

—Bueno, encima lo defiendes. —Soltó un pesado suspiro—. En fin, por favor ya no llores.

Volví a respirar hondo.

—Gracias —susurré.

Quedé abrazada a él, encontrando un poco de consuelo en eso. De todos modos algo me decía que pasaría, pero al menos lo había intentado. Había intentado recuperar a mi amor, pero estuvo demás desde un inicio, él ya era de otra, e iba a seguir siéndolo.

* * *

Ya mejor de salud, unas horas más tarde, me negaba a comer. Lo peor era que no sabía si mi falta de apetito se debía a la toxina que tenía en el cuerpo, o a mi tristeza.

—¿No has comido todavía? —reclamó Tania entrando. Bufé en silencio y retiré la vista con molestia—. Bueno, no sé qué ganas poniéndote así.

¿Cómo rayos reclamaba eso?

—No tengo hambre, y no quiero verte —dije casi en susurro.

La desgraciada había tocado a mi Ácrux cuando parecía ser mío ¿y venía a querer pararse frente a mí?

—Te encanta hacerte la víctima. —La miré con enojo. Cruzó los brazos devolviéndome el gesto—. Sal de esa cama y haz tu vida. Anda, que vea que no te duele, que vea que también puedes olvidarle con otro y con otras metas. —Arqueé una ceja—. Me molestan las mujeres que se ponen a lloriquearle a un hombre como si fuera el último, no importa si este es evolucionado, es un hombre, así son, se olvidan de ti enseguida, y tú me molestas con tu actitud, haz que te valga un camino. Y come.

Salió molesta, dejándome completamente perpleja.

Quizá alguna vez alguno la lastimó también...

Sacudí la cabeza, no me preocuparía por ella. Resoplé y vi el plato de comida. Una sopa, baja en sal, sin carne casi, algunas tiritas de proteína. Horror. Respiré hondo y decidí que sí, que de nada me servía pasar el resto de mis días lamentándome, tenía cosas que hacer. Quería seguir estudiando y así obtener puestos mejores, hacer mi vida como lo hacían

los demás, atarme a un hombre, aunque lo amara y deseara con locura, estaba demás.

Sus palabras frías me golpeaban una y otra vez, mi mente que gustaba de repetirlas, para luego hacerme recordar las cosas dulces, los detalles, sus besos, y hasta sus ronroneos. Era el colmo. Nunca me lo sacaría de la cabeza, pero por lo menos tendría una vida en la cual centrarme, en la cual aferrarme. Me di cuenta de que hacía mucho que me había dejado de importar quedar solterona y sola toda la vida. No estaba tan sola en verdad, solo me gustaba dramatizar, quizá Tania tenía razón en eso.

Cerré los ojos y empecé a concentrarme en lo que iba a hacer de ahora en adelante, tratando de pensar lo menos posible en él... en mi gato dorado. Él ya no iba a estar, no pertenecía a mi mundo, a mi alrededor, nunca lo había hecho, pero yo terca insistí desde que lo vi. Si no lo hubiera hecho...

No. No me arrepentía, no quería borrar ni la más mínima caricia suya de mis recuerdos. Pero sí iba a tener que dejarlo de lado.

Para mi sorpresa, entró el dueño de mis pensamientos. El dolor volvió a mí. Nos miramos con seriedad.

—Me pareció escuchar que te exigieron comer. ¿Por qué no querías?

—Me temo que no te interesa, no lo haré si no quiero. —Sí pensaba comer, pero solo por molestarlo, puse el plato en la mesa de mi costado—. Come tú si quieres

Pareció desconcertado. Jorge se asomó.

—Pasé por la habitación en donde están, y tu amiga dijo que te escuchó cerca, a pesar de que dijiste que irías a comer y llevarle...

—Dile que voy en un momento —le interrumpió sin dejar de mirarme. Jorge se retiró y Ácrux se me acercó.

—Quedaste en llevarle algo. Hazlo —reclamé bajo.

—¿No quieres recuperarte? —Miró el plato y arqueó una ceja—. No te culpo si no quieres comerlo, pero debes...

Reí en silencio un corto instante por la cara que puso y me vio con asombro. Me ruboricé sin poder evitarlo, pero fruncí el ceño.

—Anda, atiende a tu chica. Si es con la que siempre quisiste estar, ¿no?

Abrió la boca para decir algo que no llegó a soltar, ya que Jorge volvió e interrumpió.

—Oye, sigue insistiendo en que te escucha cerca y que qué haces y bla bla...

Ácrux suspiró con cansancio.

—¿Qué pasa? —intervino John—. ¿Te está molestando este sujeto? —preguntó mirando con recelo a Ácrux mientras él parecía no solo ofendido, sino también perplejo.

—No planeo molestar —se defendió casi entre dientes. Dio media vuelta para irse, me dedicó una fugaz mirada de preocupación pero le retiré la vista—. Come, por favor.

No respondí ni sí ni no. Les escuché salir. Ese sentimiento que se presentaba cuando aquel que amabas volvía a irse, atendiendo al llamado de otra, ese sentimiento... Ese era uno de los peores.

* * *

Un trueno sonó logrando que soltara un corto grito por la sorpresa. Me percaté de que ya era de noche, llovía, y al parecer empeoraría. Me removí esperando que no durara mucho la tormenta... aunque ¿a quién quería engañar? Últimamente el clima parecía inestable como lo estaba yo. Un día sol, al otro lluvia. Quise salir de la cama aunque estuviera con el suero entrando a mi sangre a través de una vía. Este me iba a seguir de forma automática a donde fuera gracias a su base especial.

Luego de sentarme mejor y poner los pies en el suelo, me puse de pie. La cabeza me dio vueltas y una potente luz blanquiazul se hizo presente un milisegundo antes del fuerte estruendo junto con un corte de luz y otro grito mío.

Cuando me di cuenta, estaba a gatas en el suelo. Me quejé por el dolor del golpe en mis rodillas. Otro ruido me alertó y volteé,

encontrándome con una sombra cuyos ojos se iluminaron como focos al reflejar la luz de otro rayo. Volví a asustarme.

—Tranquila, no pasa nada —me trató de calmar Ácrux con esa bonita y suave voz grave que tenía.

Mi perdición, justo al último que quería ver. Al instante me había alzado y sentado en la cama. Lo intenté apartar, la luz volvió y quedamos viéndonos. Esos ojos felinos, cálidos como su color, mi corazón latiendo fuerte.

No. Retiré la vista con enojo.

—Estoy bien, ya puedes irte. Estaba bien desde antes.

—Te escuché gritar bajo tras el primer trueno, por eso...

—Me tomó por sorpresa. Quiero dormir.

Retrocedió un paso.

—Sí... Discúlpame entonces.

—Oye —habló Tania desde el marco de la puerta—, tu amiga pregunta que por qué saliste. No quiere que te alejes, dice que tiene miedo. Qué molesta.

Mantuve la vista baja. Le escuché soltar un suspiro.

—Claro... ya voy.

Miré mi mano que apretaba la tela que cubría el colchón hasta que le escuché salir. Ella sin duda no podía estar sin él, estaba atenta a todo con tal de tenerlo cerca, de que no se alejara mucho tiempo. Cerré los ojos y respiré hondo para deshacerme de esa tristeza. Sin embargo, no pude evitar dejar salir un par de lágrimas.

¿Por qué tuvo que olvidarme? Yo tampoco quería estar sin él.

Mi móvil sonó. Resoplé.

—Rosy —habló mi papá—, listo. Ya estás inscrita.

Sonreí apenas, limpié mis mejillas del rastro que había dejado el corto llanto.

—Gracias, papá.

—¿Estás bien?

Suspiré e hice un esfuerzo por sonreír más.

—Sí. Descuida. Ya acaba todo aquí, iré para allá en cuanto pueda.

—Genial. Empiezan en unas semanas.

—Sí, pero iré desde antes, ya sabes, estoy algo oxidada, quiero repasar lo que estudié, en casa.

—Me parece bueno.

—Saludos a mamá.

—Claro, te amamos. Cuídate, nos vemos aquí. Avisas.

—Sí.

Corté, quedé mirando el aparato por varios minutos, llegando a la conclusión de que era mejor salir, buscar alguna habitación en algún hotel hasta que pudiera irme, que esperaba no tardara, así iba a ser más fácil para mí.

Hice el intento de ponerme de pie otra vez. Pude, tras un leve mareo, pero pude, entonces sonreí un poco más y suspiré aliviada.

Tras estar un rato andando por la habitación, con el suero siguiéndome, juntando mis cosas en la mochila que habían dejado, ya no me sentí rara ni mal. John entró y dio un respingo al verme.

—Por dios, ¿qué haces caminando?

—Ya estoy bien...

—Sí, pero igual, deberías reposar.

Reí en silencio.

—No, en verdad estoy bien, eres un buen doctor.

Pareció no creer lo que le había dicho, pero terminó sonriendo.

—Bueno, gracias.

—Me iré.

—¿Eh?

—Voy a buscar una habitación en algún hotel, ¿me ayudas? —Bajé la vista unos segundos—. No puedo estar aquí más, ¿sabes?

Tensó los labios y asintió.

—Claro, entiendo. Bien, entonces... Alístate, vamos.

—Sí.

* * *

Tras comer, librarme de la vía, darme una ducha y alistarme, terminé de guardar todo y salí. John chequeó mi presión y mi sangre una última vez antes de eso, y me inyectó la última dosis de antídoto.

—Ya, que ya estoy bien.

—No hasta que me asegure yo.

—No solo tú, la máquina ya te está diciendo que estoy bien.

—Máquinas son máquinas.

Un pitido, y dio resultado. Otra vez la máquina decía que estaba bien.

—¿Ves?

—Bueno, vamos pues.

Tomé mis cosas, aunque él se ofreció a llevarlas.

Una vez que salimos volteé a ver el cuartel. La lluvia había parado... Mi Ácrux, no iba a despedirme de él, ni aunque lo viera luego por casualidad, ya no quería hablarle tampoco, hasta que tuviera más fuerza al menos. Bajé la vista y seguí.

* * *

Me llevó en su auto a un hospedaje cercano. Una vez que me instalé, se dispuso a despedirse.

—Cualquier cosa, lo mínimo que sea, me llamas.

—Sí, gracias.

—Oye y... ¿Qué fue lo que pasó?

Suspiré.

—Nada, solo me pidió que me alejara, ya sabes... —Sacudí la cabeza—. Ya no sirve que siga a su lado de todos modos... No lo culpes. Lo amo, quiero que sea feliz, que sea muy feliz, y de verdad... Si lo logra tomando este camino, estaré bien, en serio.

—Um... —Posó su mano en mi hombro—. Te espera algo mejor, ya verás. —Asentí. Para mi sorpresa, me abrazó, correspondí al gesto ya que lo necesitaba, a pesar de estar haciéndome la fuerte—. Debo irme. —Se apartó y sonrió—. Me debes una salida, ¿eh? Esta vez lo haré bien, lo prometo.

Reí en silencio.

Quedé sola, mi habitación estaba en el cuarto nivel, lo escogí así, más silencio. Miré alrededor. La cama, el sofá cerca, una pantalla en la pared, la ventana, su pequeño balcón, el baño que se notaba grande. No estaba mal. Ahora lo bueno se venía, ¿cómo iba a volver? Quizá si luego Max, o alguno de ellos, me prestaban un auto, o alguien podía llevarme.

Respiré hondo, era hora de dormir. Ya vería cómo continuar con mi vida, ya tenía algo de dónde aferrarme, y metas. Iba a poder aunque al inicio estaba siendo duro. A veces los amores intensos eran los que más rápido hallaban su fin.

A pesar de todo, era consciente de que no iba a volver a amar así. Cada beso, cada caricia, las palabras, y hasta el deseo. No iba a volver a sentirlo así, nunca más iba a ser igual.

CAPÍTULO 28

VACÍO

Torturado por recuerdos, ni siquiera podía pensar en dormir. Mi boca recorría una suave piel en mi mente, se devoraba unos deliciosos labios, Rosy, esas alucinaciones con ella. ¿Habían pasado o no? Ella no me dijo nada, entonces quizá no, solo estaba volviéndome más loco.

Podía hacer algo, podía ir y hablarle, preguntarle...

No, iba a crearme loco si no había pasado, que era lo más obvio. Aunque las imágenes de ella desvestiéndose frente a mí hasta quedar con diminutas prendas, me gustaba repetirlas. Estaba mal, muy mal. ¿De dónde sacó mi mente eso, si nunca había visto el cuerpo de una mujer? Nunca, por más curiosidad que tuve, era de pésima moral, era restringido al cien por ciento. ¿De dónde entonces?

Me lo preguntaba, ya que mi mente había acertado y duplicado con exactitud su cuerpo y sus formas, lo comprobé cuando la misma Rosy se semidesnudó frente a mí cuando dormí con ella. Significaba que tal vez ya la había visto antes.

Fuera como fuera, era la ilusión más hermosa de mi vida. Me quemaba por dentro por ir a verla, por dormir abrazándola. Las lágrimas que la vi derramar me seguían doliendo como si estuvieran clavadas en mi pecho, todas y cada una. Mi Rosy... que prácticamente me botó de su habitación cuando fui a verla porque no comía y por la tormenta, y no esperaba menos, la verdad.

Llevé las manos a la cabeza. No tenía cara para ir a verla, no después de haberla tratado así, ¿en qué estaba pensando? Ah, sí, en que al acabar todo aquí me iría con Pradera.

La vi durmiendo, yo estaba en un sillón, cuidándola. No quería que me apartara, aunque igual lo hice por ir a ver a Rosy cuando escuché su bajo grito, Pradera también escuchó, estaba seguro, y salí sin siquiera dar una explicación. No volvería a hacerlo, la encontré más asustada al

volver. ¿Cómo dejarla si siempre fue importante para mí? Lo que había vivido en ese lugar, encerrada, sufriendo, todo porque al parecer alguien empeinado con vengarse me había estado buscando.

Venganza. Qué ironía. Respiré hondo y me recosté contra el respaldo del asiento, miré al techo. Resoplé frustrado. Ni distraerme pensando en otras cosas me quitaban las ganas de ver a Rosy y perderme en el ensueño de su aroma y su risa. Risa que habitaba más en mis alucinaciones que en la realidad.

Podía ir y explicarle de forma más suave las cosas. No, seguro ya dormía... en ese caso simplemente podía ir y verla dormir. Miré a Pradera, dormía profundamente. Me levante despacio y salí.

Al andar por los pasillos vi su habitación vacía y me intrigué. O más bien, preocupé. ¿Y si en vez de mejorar, empeoró? Fui a paso ligero hasta donde escuché voces, encontrando a Max hablando con John. Este último dijo algo de que su trabajo casi acababa y se apartaron.

Le di alcance con rapidez, topándome con algo: el aroma de Rosy.

—¿Rosy está bien? No está en su habitación.

—Sí, ya está muy bien. Simplemente prefirió irse. Se quedará en otro lado a dormir.

—Q-qué, ¿por qué? ¿En dónde va a dormir?

¿Y por qué tenía su aroma?

—Ya no te preocupes, ya no es tu asunto. Yo cuidaré de ella, como antes. —Algo en mi estómago empezó a quemar. Dio un par de pasos pero pareció recordar algo y volteó—. Ya te iba a decir que te alejaras si lo único que hacías era hacerla infeliz, veo que reaccionaste antes por ti mismo. Muy bien.

—¿Que no es mi asunto? Sí que lo es, y si le pedí que no me siguiera fue por su bien. Deja de hablar como si fuera solo tu amiga, sigue siendo mía...

—¿Tuya? —cuestinó con enfado. Había soltado eso de pronto, pero lo sentí cierto—. Rosy no es nada tuyo, que te quede claro —amenazó.

Di un paso apretando tanto los puños que mis garras se clavaron en mi piel.

—Cállate...

—Será mejor que dejes de insistir con esto. Creo que allá tu amiga te espera, ya ha de estarse preguntando por qué tardas. Deja a Rosy, ¿no ves que le has hecho daño? Ten algo de sentido común, se fue porque no quiere verte. Me lo dijo, después de todo siempre fuimos amigos cercanos, no como tú.

Quedé perplejo mientras se iba, pero pronto el fastidio en mi interior volvió con más fuerza. Cercanos, argh, sí claro. ¿Tan cerca estuvo de ella como para tener algo de su esencia en su ropa? Qué rabia. ¿Por qué? ¿Por qué sentía esto? Bueno, no tenía que indagar mucho, eran celos, ¡hervía en celos! Raros, que no había sentido antes... o quizá sí.

Me sorprendí de mí mismo. Sí, sí que los había sentido, y también a causa de Rosy, formaba parte de lo que al parecer había olvidado. Definitivamente lo nuestro no era solo una amistad normal, no lo había sido. Lo malo era que quizá solo yo sentí eso extraño y fuerte por ella, sin decirle.

No importaba, ella se había ido, no me quería ni ver, significaba que otra vez la había perdido.

Volví resignado, con una nube negra mental creciendo sobre mí. Mi dulce Rosy...

—Ácrux —llamó mi atención Pradera, mirándome desde su cama—. ¿Sucedó algo?

Tardé un par de segundos en conectarme con la realidad. Negué en silencio.

—Descansa, solo fui por agua —murmuré sin ganas.

Caí sentado en el sillón. Contemplé el techo otra vez, sintiendo que mi mirada era triste, que parecía perro abandonado, sintiéndome solo. Era raro y estaba mal, ¿por qué me sentía así si Rosy seguía en esta ciudad? No estaba lejos quizá, pero no podría verla, ese era el problema.

Al decirle que no me siguiera no pensé bien en las consecuencias. ¿No verla? ¿En serio? ¿En qué garabatos pensaba?

Ah, sí... Otra vez, unirme a Pradera. La vi y me sonrió a labios cerrados.

—No puedes dormir...

—No, pero tranquila.

—Gracias por cuidarme. —Retiró la vista ruborizándose de forma tenue—. Te diría que compartamos la cama, pero... no es...

—No, no, descuida, nada de eso, no es necesario.

—Bueno, por ahora —volvió a verme sonriente—, pero cuando seamos un núcleo de familia podremos dormir juntos.

Tensé los labios tratando de sacar al menos una media sonrisa.

—Sí, lo haremos.

Se reacomodó para descansar. Volví a observar al techo.

Había un pequeño detalle... Dormí con Rosy, la dejé tocarme el pecho, que me diera besos, completamente embobado por lo que me hacía sentir al tenerla tan cerca... significaba que le había fallado a Pradera. Ni siquiera me imaginaba dormir con ella, ¿qué clase de mal hombre me había vuelto sin darme cuenta?

Quedé con los ojos bien abiertos por la encrucijada. ¿Qué demonios haría?

* * *

Revisaba los planos de distribución del próximo lugar que atacaríamos, supuestamente. Tania me explicaba algunas cosas. Ya era otro día, y estaba decidido a hablar con Rosy, decirle todo lo que me pasaba con ella, todo lo que me hacía sentir, y las alucinaciones-recuerdos que tenía. También iba a decirle a Pradera, tenía que ser sincero, si ella iba a ser mi compañera el resto de mi vida, tenía que saberlo.

El problema: no hallaba valor para hacer que Pradera enfrentara esa falta de moral mía, y por otro lado, no sabía dónde estaba Rosy como para ir y hablarle.

Pradera vino, ya estaba bastante mejor, ya andaba, no muy lejos de mí, claro. Se aferró a mi brazo, eso hizo que Tania se alejara tras rodar los ojos.

—¿Sucedió algo? —quise saber.

—Dirás que es mi idea, pero te he sentido diferente... tenía que decirte eso.

Me preocupé.

—Diferente —medité—, quizá tú también. Lo que hemos pasado nos ha cambiado de una u otra manera...

Unos pasos se escucharon, Rosy entró y quedó mirándonos con los ojos bien abiertos. Escuché sus latidos dispararse, los míos también, eso me asustó un poco, pero retiró la vista enseguida y continuó hacia Tania.

—¿Está John?

¿Por qué lo buscaba a él?

Tania se puso de pie sonriente, aunque era una sonrisa no de amabilidad, era una de sus sonrisas vacías y por compromiso de siempre.

—Enseguida lo llamo. —Se fue.

Sin percatarme, había dado un paso lejos de Pradera. Estaba bastante incómodo, más que eso, era horrible que me hubiera visto así, y no sabía bien por qué, simplemente me incomodaba.

—¿Cómo estás? —quise saber.

Sin embargo solo me miró de reojo, tragó saliva y no respondió. Se cruzó de brazos.

Bum.

Eso me dolió en el pecho, y el estómago se me encogió al verla sonreírle a John que salía a recibirla.

Mierd... Argh. Ganas de repetir esa mala palabra que a veces decía Max. Apreté los puños.

—Ácrux —me llamó Pradera sacudiendo de forma suave mi brazo. Reaccioné y la miré—. ¿Qué pasa? Te he tenido que hablar tres veces.

Su vista se paseó de Rosy, que se iba con John, a mí. Quería escuchar bien qué más le decía acerca de salir, pero Pradera tiró de mí.

—Espera...

Saldrían en la noche...

—No, debo tomar esa cosa de proteínas que me han dado —insistió volviendo a tirar de mí.

—Quiero terminar de revisar esto, por favor.

—Pero... —bajó la vista con tristeza y la culpa me atacó—. Tú sabías cuánto debía tomar...

Los escuché más lejos y el impulso por ir tras ellos casi me ganó, si no fuese porque Pradera me retuvo. Respiré hondo. De todos modos Rosy ya estaba muy lejos, no escuchaba ya nada. Cerré los ojos dos segundos preguntándome qué rayos haría. No me respondió, y aunque me lo merecía, me dolió.

—Perdóname... —Guardé los planos—. Lo siento, esto me tiene estresado.

—Entiendo, tranquilo...

—Vamos.

CAPÍTULO 29

INTERMINABLE PESAR

Otro día más, decidido a hablar, sin hallar valor ni oportunidad. Ni siquiera había podido dormir bien otra vez, pensando y pensando en qué estaría haciendo Rosy en su salida con John. Deseé poder ir y buscarlos, pero en una ciudad que ni conocía, enorme, y sin tener dirección, no la hubiera ubicado en toda la noche quizá. Igual se me carcomía el interior por saber.

Mi rabia aumentó cuando esta mañana vi a John rondar feliz por ahí. Y así estaba sin atender a las explicaciones de Max, frustrado y autotorturándome pensándola con él, riendo, conversando, y hasta tal vez abrazados. Si a mí me abrazó, era una chica muy dulce, quizá él también aprovechó eso... Por eso tenía su aroma ese día.

El lápiz que tenía entre los dedos se rompió como palillo y cayó. Gruñí y agarré otro.

La pantalla se encendió dando un reporte. Más furia vino a mí cuando apareció Héctor siendo galardonado por haber ayudado con una fundación protectora de H.E, además de haber contribuido con excelentes estudios en cuanto a nosotros, en cuanto a nuestros cuerpos y genética. Había supuestamente demostrado no estar involucrado en los abusos a evolucionados. Aseguraron haber acabado con los arrestos, aseguraron estar dando inicio a la era de paz. Sin embargo, seguían buscando al «grupo rebelde de evolucionados infiltrados» que sin razón, capturó a uno de sus colegas. La policía nos buscaba.

«Con esto, el general Orlandini nos asegura y demuestra que Seguridad Nacional no tiene por qué desaparecer, después de todo, los H.E siempre deberán estar siendo vigilados».

—Vaya, esto puede ser un problema —aseguró Jorge.

Sentí asco. Otro lápiz se rompió. Volví a gruñir.

—Oye, no voy a comprar más de esos —reclamó Max.

Ganas de jalar todos y romperlos no me faltaban.

—Yo sospecho qué le pasa —susurró Alpha muy, muy bajo.

Mis congéneres me observaban. Me puse de pie.

—Necesito aire.

—No, necesitas una buena noche de acción —murmuró Max.

Arqueeé una ceja, ninguno de nosotros pareció entender, pero no me importó. Necesitaba salir y correr sin fin, quitarme el fastidio, el despecho que sin razón sentía, la impotencia.

Salí, y tal fue mi sorpresa al detectar la dulce esencia de Rosy. Corrí en su dirección, casi desesperado, entré de golpe a una oficina y me topé con Jorge.

—Eh, si buscas a Rosy, ya se fue...

Maldije mientras volvía a correr, guiado por ese aroma que desde ya me estaba alimentando. ¿Cómo iba a hacer luego si no podía estar ni un día con la idea de no verla más?

Quedé plantado cerca de la salida. Decepción, desolación. Ya se había ido en uno de esos autos que tenían aquí seguro, a quién sabía dónde...

Reaccioné al verla pasar por mi lado. Mi corazón pegó un brinco. Ella me vio de reojo, entristeció de forma casi imperceptible y aceleró el paso.

—Rosy, Rosy, espera —rogué queriendo detenerla.

Al mismo tiempo, todo mi ser me rogó que le pidiera perdón y la estrechara contra mí.

—Solo vine a despedirme, debo irme —tratando de evadirme.

Me congelé.

—Despedirte...

Bajó la vista unos segundos.

—Me dieron media beca para estudiar un máster. Es algo grande, ¿sabes? Me abre más oportunidades. No es aquí... claro.

—Te vas...

—Sí —suspiró con fuerza—, me voy.

Mi mundo se vino abajo, pero al parecer ni ella lo notaba, sonreía con tristeza, aunque también con emoción.

—Wow —fue lo único que pude murmurar—. E-es bueno para ti por lo que veo.

—Sí... —bajó la vista de nuevo.

¿Cómo detenerla con alguna cosa mía? No tenía por qué, quería que fuera feliz, que lograra sus propósitos.

Mi labio inferior tembló contra el superior cuando traté de tensarlos y parecer no afectado. Mi corazón se había hecho un nudo, parecía que me iba a morir, pero era mejor si se alejaba de mí, yo solo le había traído problemas y tristeza, ahora sonreía.

—Será mejor que... Adiós. —Dio media vuelta.

—Rosy —la llamé de forma involuntaria, mi cuerpo parecía rebelarse contra mi cerebro. Sacudí la cabeza—. Si puedes me haces saber si llegaste bien...

Sonrió y asintió, alejándose, llevándose su luz, dejándome su estela de dulce aroma, y el mundo en oscuridad.

Empecé a respirar con dificultad, desesperanza, estaba solo. Me encontré a mí mismo caminando por el cuartel, sin rumbo, sumergido en mis pensamientos.

¿Por qué?

Cerré los ojos. Era peor que cuando la había botado, ahora me dejó por voluntad propia, y me lo merecía. Sin embargo, quería echar a correr tras ella, detenerla, abrazarla, pedirle que se quedara, pero no, no había razón, no tenía derecho. Yo nunca parecí darle verdadera alegría, de vez en cuando su expresión mostraba pena, nostalgia.

Pero ¿por qué? ¡¿Por qué?!

—Tú necesitas un descanso de un año —se burló Tania de pronto.

Estaba en uno de los salones de estar, completamente abrumado, ahí había parado.

—No tienes idea —respondí con frialdad.

—Uch. Hombres. No sé por qué te haces líos, es obvio lo que sientes. Sentir. ¿Qué sentía? O mejor dicho, ¿qué quería? A Rosy, por supuesto.

—Tal vez, pero...

—Pero crees estar obligado a mantenerte al lado de otra.

Fruncí el ceño.

—No es así, ella no es ninguna «otra», no es así de simple.

—Como quieras —volvió a burlarse.

Aunque tenía razón, no le había dicho lo que sentía, y ahora más que nunca mi razón y mi cuerpo estaban decididos por Rosy, a pesar de que Pradera seguía siendo especial para mí.

—¿Sabes qué creo? —agregó dando media vuelta—. Que a una la quieres como mujer y a la otra como hermana. *Tss* —chasqueó los dedos—. De nada, soy una genio, lo sé.

Junté las cejas confundido.

—Hermana... —Reaccioné. Claro, algo así parecía ser.

Rodó los ojos.

—Hazte esta pregunta: ¿Con quién te imaginas teniendo situaciones íntimas sin incomodarte ni un poco? Porque sé que los hombres pueden imaginarlo con todas...

—Qué exagerada —reclamó Max que entraba.

Apoyé los codos en las rodillas, no quise hablar más, pero era interesante la pregunta de Tania. Obviamente todo lo podía imaginar con Rosy, pero con Pradera las cosas no eran así. Recordaba que había llamado mi atención todo de ella en su momento, pero ahora sentía de forma clara que fue curiosidad por su naturaleza femenina, y porque nos prohibían la cercanía a ellas. Claro que la apreciaba mucho, lo seguía haciendo, pero no era como lo de Rosy.

Estaba en verdad atrapado por Rosy.

—Oye, alístate que nos vamos a dar el reventón de nuestra vida —habló Max distrayéndome—. Tomar unos buenos tragos. Ustedes son duros de corromper, pero tú lo necesitas.

—¿Qué? No. Olvídalo, pasado mañana vamos a atacar ese lugar...

—Por eso mismo hay que gozar hoy. Duh.

Se fue dejándome confundido. Suspiré. Vaya gente rara.

* * *

Cuando entré a la habitación, tenía claro por completo las cosas. Los recuerdos raros con Rosy se me hacían cada vez más reales, podía jurar que sí pasaron, pero me intrigaba el hecho de que ella no me lo hubiera contado. No me dijo que hubo eso entre nosotros, o por lo menos algo que se le acercara, en caso de que mi mente solo estuviera exagerando. Era especial para mí y quizá por esa razón mi mente creó esas bonitas ilusiones.

Pradera siempre fue mi amiga, y si iba a ser mi compañera tenía que saberlo. Saber lo que me había pasado. Me miraba atenta desde que entré, con sospecha, y no se equivocaba, tenía algo que decirle.

—No sé por qué esas dos mujeres humanas reaccionan raro cuando te ven —dijo de pronto sin dejarme empezar.

Arqueé las cejas con sorpresa.

—¿Cómo?

—La alta que anda por aquí no sabe lo que es respetar el espacio entre persona y persona que no son amigos cercanos, y la de rizos se pone evidentemente nerviosa. —Parecía preocupada—. Bueno, al menos esto ya va a acabar y nos iremos. —Bajó la vista—. No me agradan los humanos, ya sabes lo que se decía, que son sucios y demás cosas.

—No todos lo son —solté.

Me miró con sorpresa, indignándose al instante.

—¿Qué hablas? Lo son. Todos. Dame un ejemplo si no.

—R... —Me callé. Casi mencioné su nombre, Pradera me retaba con la vista—. Hay algo que debes saber.

—Qué... —Volvió su expresión de preocupación—. Dime.

Me senté en el sillón cerca de su camilla. Me encontraba serio, quizá como nunca.

—Vas a unirte a mí en un núcleo, ¿verdad? —Asintió despacio—. En ese caso, debes saber ciertas cosas de mí.

—Me estás asustando —murmuró bajo.

Entreabrí los labios pero terminé resoplando antes de seguir.

—Perdón. Se supone que tu pareja de núcleo es solo para ti, y siempre debe ser así... Lamentablemente, yo... —Su aumento de preocupación me dificultó más el hablar, pero debía—. Deseo tener a alguien más conmigo.

—¿Qué? —Su mirada se tornó confusa y triste.

Me sentí de lo peor.

—Lo siento, fue sin pensarlo, caí por ella de una forma extraña, hice cosas, me hizo sentir tan diferente, me envolvió con su luz mientras estaba atormentado por lo que me pasó, mientras creía que todo lo que quise había muerto aquel día. No sé cómo explicarlo, pero me tiene atado, aunque se haya ido...

—Atado. ¿No me quieres a tu lado?

—Sí, sí te quiero... Bueno, ni yo mismo sé cómo funciona esto, quiero seguir viéndote y todo, pero a ella también, es solo que de una forma muy distinta. Te quiero porque formas parte de mí, eres... como si fueras parte de mi familia. Y a ella, aunque lo he descubierto tarde, la quería conmigo el resto de mi vida como compañera.

—¿Por qué? No me digas que es una de las que mencioné, no me digas que es humana. —Su voz flanqueó.

—No veo qué tiene que ver que...

—¿Qué cosas hiciste? —preguntó fijando su vista a la manta que apretaba entre sus manos.

Bajé la mirada también.

—Aparte de cosas que no recuerdo, que no sé si pasaron en serio, y abrazos. Dormí con ella un par de veces, quería que la acompañara y no me pude negar... Dejé que me tocara... Dejé que me diera besos en la piel...

Me percaté de que estaba derramando lágrimas en silencio. Más escoria no me podía sentir ya. Me acerqué a intentar consolarla pero no se dejó tocar.

—¿Cómo te atreviste?

Aunque me sentí mal, me sorprendió su actitud.

—Hey, no es tan grave —le hablé suave—. Tú también me has dado besos.

—Pero soy yo, esa es una humana con intenciones inmorales —sollozó.

—Claro que no, solo repites lo que siempre nos dijeron los maestros. Lo que hice puede que sea gravísimo en nuestra sociedad, pero para ellos es normal, y la verdad, no tuvo nada de malo, ni siquiera lo sentí así.

—Ah no, claro que no, porque bien que querías seguramente —reclamó. Se limpió las lágrimas muy molesta ante mi atónita mirada—. No importa. —Tragó saliva con dificultad ahogando un último sollozo.

—Por favor, no estés así —pedí con un hilo de voz—. Eres muy importante para mí, no he dicho lo contrario...

—No importa tampoco. —Se mantuvo con la vista baja—. No sabías que estaba viva, no es tu culpa del todo.

Solté un pesado suspiro.

—Tal vez, no sé. No sé.

Algo me decía que me hubiera sentido atraído por Rosy incluso sabiendo que Pradera podía estar por ahí todavía viva. Algo en mi interior me hizo sentir que sí pasó.

—También me importas... —murmuró bajo—, siempre me gustaste, pero también quiero verte feliz.

—Lo estaré...

—No mientas. Si nos unimos nunca estarás cien por ciento feliz.

—¿Qué?

—Sé que unirse en un núcleo implica más que ser solo compañeros. Es mucho más que eso, pero no nos lo dicen, esperan que se dé con el tiempo... y si no se da, no hay mucho problema porque nosotros no

conocemos eso, no conocemos el amor de pareja, solo el fraternal, entonces no lo necesitamos. Pero tú ahora lo conoces, conoces ese otro amor, cuando pasa eso nunca dejarás de necesitarlo.

—Entonces...

—No me uniré a ti, no así.

—Pero...

Miró a otro lado para evitar el más mínimo contacto de nuestros ojos.

—Un gusto no se compara al amor de pareja. Esperar a que cambie y crezca está de más, porque tú lo sientes por otra.

Entristecí.

—Perdóname.

Negó en silencio.

—Déjalo así. —Volvió a mirar sus manos que desordenaban la manta de su cama.

Me dolía también saber que ella tampoco me quería a su lado ya, a pesar de que tenía razón, tal vez si nos uníamos nunca iba a ser cien por ciento feliz, y ella tampoco.

—Lo siento, en verdad lo siento... —Apreté los puños lleno de impotencia.

—Si dices que quieres a esa otra mujer no sé por qué no la has ido a buscar —dijo sin ánimos.

—Se fue de la ciudad.

—Um...

—Además tenía que decirte.

—Está bien —cerró los ojos—, ve ya. Creo haber escuchado que saldrían, y por ahí murmuraron que pasado mañana tal vez acabe la búsqueda de esos sujetos.

—Sí. Les encargué que te llevaran a nuestra ciudad, sé dónde están los que quedaron del ataque de ese día.

—Bien —respiró hondo—, esperaré entonces.

—Pradera, no voy a dejarte sola, no quiero dejar de verte...

—Yo tampoco. —Alzó la vista y me dedicó una triste sonrisa a labios cerrados—. Me duele, pero quizá no tanto como hubiera dolido si esto hubiera avanzado más... Sé que siempre te veré, sé que luego me sentiré mejor.

Di un corto paso hacia ella, entendió mis intenciones y estiró los brazos. La abracé fuerte. Quedamos así, traté de asimilar todo, en medio del silencio.

—¿Estarás bien?

—Sí —susurró.

Pegó su frente a la mía manteniéndose con los ojos cerrados.

—Te dejo descansar.

Asintió. Se apartó y la ayudé a acomodarse para que durmiera. Al salir le di una última mirada sin poder ocultar mi propia pena.

No era bueno, así que era mejor que me quedara solo.

* * *

Max me convenció de que terminaría olvidando mi tristeza un rato, la partida de Rosy, lo que le hice a Pradera y su decisión de no unirse a mí. Estaba sentado con los brazos apoyados en la mesa, me pusieron un vaso lleno de ese horrible líquido llamado alcohol, supuestamente mejorado con sabores exóticos, al que los jóvenes de mi especie tenían prohibido el acercarse, pero yo ya era mayor de edad.

—Anda, un par de estos y te vas a sentir mejor. Al menos esta noche, no te certifico las demás, pero al menos esta noche.

—No me interesa sentirme mejor, solo quisiera no haber cometido errores.

—Nah, olvídate de eso. Anda, ámate a probarlo, que pareces un perro abandonado ahora que Rosy se fue.

—Ja... Siento que lo soy.

Tomé de golpe y hasta al fondo mientras ellos celebraban la hazaña, sorprendidos. Dejé el vaso y tosí un par de veces por el fuerte ardor del alcohol. Me aclaré la garganta frunciendo el ceño y tapando mi boca con el antebrazo.

—Qué cosa tan horrible —renegué.

—Pero de aquí vas a ver cómo se te sube por haberlo tomado así —murmuró Max todavía sin creerlo.

Me sirvieron otro a la expectativa. Ya no lo tomé tan de golpe, recordando un rápido beso de parte de Rosy, tal vez ya lo había probado antes. Sin darme cuenta terminé lo que quedaba de la misma forma.

Me puso otro. Empecé a sentirme caliente, y parecía que eso disminuía la tristeza, parecía adormecer a mi conciencia que vivía recriminándome.

—Bueno, quizá tengas razón. Probaré otro, por Rosy...

—Así se habla.

Terminé paseando mis dedos por el material de la mesa que simulaba ser madera. ¿Cuántos vasos tomé? Fruncí el ceño sin poder recordar.

Parpadeé confundido al encontrarme con Rosy, recorrí su piel con suavidad, sonreí, estaba a mi lado. Era otro de esos recuerdos de ella que me atormentaban y al mismo tiempo llenaban esas ansias de quererla a mi lado desde que la vi por primera vez.

Mi amiga... dulce amiga.

La mesa se alejó de mí, la música era un murmullo lejano. Tomé entre mis brazos su cuerpo y sentí mi rostro enterrarse por su cuello, sus cabellos rizados.

—Me matas con tu aroma, me traes fuera de mis cabales, me traes loco —murmuré al borde de la desesperación—. ¿Y así te vas? ¿Me dejarás para siempre? ¿Te vas? —le reclamé a su recuerdo, sabiendo que yo mismo le pedí que se alejara—. Como si no supieras todo el efecto que tuviste en mí... Lo sabías, sabías lo que pasó entre nosotros,

sé que pasó, y no me dijiste... Como si no importara... —La apreté contra mí—. Lo merezco, lo entiendo pero no lo hagas, no te vayas...

Algo me alejó de ella pero me di cuenta de que era yo mismo... o el mundo que daba vueltas. Otra vez la mesa. Cerré los ojos sintiendo sus caricias, más recuerdos de ella.

—No te vayas, pequeña rulitos... No quiero ser egoísta, sé lo que dije, pero no me dejes.

—Quizá también soy egoísta —logré escuchar.

Negué en silencio. Estiré el brazo, y al encontrarla ahí, me reincorporé y la rodeé otra vez, abrazándola fuerte, al menos su recuerdo no iba a escaparse tan fácil. En otras oportunidades soñaba o recordaba que le besaba la piel, decidí hacerlo por propia iniciativa en este, lo necesitaba.

Le di un suave beso en la frente, luego otro y otro, fui bajando, recordando que incluso podía darle uno en sus labios. Me dirigí ahí pero terminé besando más de su piel, no me importó. Le di un par más hasta que algo me apartó, no supe si fui yo mismo, o ella, o alguien más.

La mesa... otra vez, pero ahora contra mi frente. La bulla retumbaba en mis oídos, todo daba vueltas y vueltas. Ella se iba, en mi mente y en la realidad, se iba y no iba a volver, no pude decirle nada sobre lo que sentía, lo que quería. Ya era tarde para todo. Cerré los ojos y me perdí.

CAPÍTULO 30

TAL VEZ LA ÚLTIMA VEZ

Rosy

—Gracias —les dije a los hermanos Alpha y Centauri que habían dejado a Ácrux dormido en el sofá de la habitación en donde me hospedaba, y sus cosas además.

Salieron tras despedirse con un leve asentimiento. Suspiré y quedé viendo a mi gatote dorado.

Había ido a buscarlo a ese lugar porque Max llamó insistiendo en que me lo llevara, que estaba por completo perdido y pidiendo por mí. Saber eso me conmovió, y más cuando llegué y ni bien me vio, se aferró a mí, dejándome ver que sufría mucho, empezando a decirme tantas cosas, hasta intentar besarme. Pero no me pareció correcto, a pesar de que también ansiaba sus fuertes abrazos y sus palabras, si total él mismo había querido quedarse con Pradera, si gran parte del lío en el que se metía cada día más era a causa de esa chica.

Si tanto la quería, ¿por qué me había dicho eso? Quizá se trataba de convencer a él mismo de que cumplir con ella era lo correcto. Si lo que sentía por mí no fue más fuerte que eso, entonces no servía que me hiciera ideas, a pesar de que quiso hasta escaparse así con el propósito de buscarme. Los hermanos lo convencieron de que lo llevarían conmigo para que no se fuera solo.

Era tardísimo, así que decidí dormir, esperando que cuando despertara él ya no estuviera. Fui a la cama que estaba a un paso y traté de descansar, sin despegarle la vista, hasta que finalmente el cansancio venció.

* * *

Desperté al escuchar el agua correr. Me percaté de que era la ducha. Parpadeé con pesadez y busqué saber la hora en el móvil, espantándome al ver que era la una de la tarde.

—¡Ay, santa madre, cuánto dormí! —me quejé.

Estiré los brazos y reaccioné. Claro que era tarde, si había logrado dormir cerca de las cuatro de la mañana. Ácrux. Miré al sofá, no estaba. Entristecí, a pesar de que había deseado despertar sola. ¿Se había ido?

Ah, no, la ducha... Miré al baño, era silencio. ¿Lo había alucinado en medio del sueño? Respiré hondo, me había dado tantos besos anoche, me abrazó con tanta fuerza, me había dicho que no me fuera, más que todo, rogó. Me abrumó tanto verlo así, no quería que sufriera, no entendí qué pasaba, si en verdad creí que lo poco que sintió por mí lo había olvidado al aparecer Pradera.

La puerta se abrió y salió ya vestido y listo para irse. Se me encogió el estómago. Ya estaba, era la última vez que lo veía, no estaba dispuesta a dejarme caer otra vez. Traté de parecer neutra, de hacerle ver que no estaba afectada por verlo.

—Buenos días —saludó de forma neutra también.

Tardé un par de segundos en lograr articular palabra.

—Buenos días... —Empezó a acomodar algunas cosas de la maleta que habían traído con él—. ¿Ya te vas?

—¿Incomodo si me quedo? ¿Quieres que me vaya?

Qué preguntas tontas, por supuesto que no.

—Sí. Tengo mucho que hacer.

Pareció fruncir el ceño un fugaz segundo.

—Entonces no te quito tiempo. Perdóname, apenas recuerdo que pedí verte, pero no cómo terminé aquí. Creí que... —me miró de reojo—, creí que ya te habías ido.

—M-mañana. —Bajé la vista.

—Ya veo.

Puso la maleta a su espalda, me preparé para verlo irse, pero no lo hizo.

—Disculpa... —Lo miré confundida—. No sé cómo volver —dijo con evidente vergüenza—. Y... me duele apenas la cabeza, creo que ese sí es un líquido del mal...

Sonreí con ternura. Suspiré. Cómo me encantaba. ¿Qué haría conmigo misma? Alargar esto estaba de más, pero me sentí lo suficientemente fuerte para hacerlo. Era verdad lo que dije, quizá también era egoísta, seguía deseándolo a mi lado a pesar de que ya no podría amarlo.

—Espera, me alisto y nos vamos, ¿sí?

Aceptó.

* * *

Traté de no demorar, aunque tuve que sacarme la pesadez con el agua casi fría por haber dormido hasta tan tarde como morsa. Salí mentalizada en dejarlo e irme, ya no volver a mirar atrás, a pesar de que el mundo insistía en ponerlo frente a mí para seguirme torturando, ya no me iba a tumbar.

Cuando salí, no solo sonaba algo de música desde la radio, él observaba y manipulaba mi móvil.

—Hey —reclamé tratando de no sonreír—, ¿no sabes que eso no se ve? Es personal.

Lo dejó enseguida, preocupado.

—Lo siento, no sabía.

—Bueno, ya sabes.

Tomé mis cosas y mi bolso en donde estaban mi triste tarjeta con dinero. Una canción en particular le llamó la atención, logrando hacer que volteara a ver a la radio.

Se acercó al aparato que estaba en una mesita de noche. La canción era «Hero» de *Nickelback*, los mismos que tenían esa otra canción que canté mal cuando le enseñé a conducir. Muy, muy antiguas, eran clásicos. Sonreí.

—Te gusta el rock.

Me miró un segundo y regresó su vista al aparato.

—No sé...

—Me parece que sí.

—Vi tus fotos... —Se acercó. No era justo lo que estaba haciendo el destino conmigo, tenerlo cerca era otra tortura, al menos ahora que estaba recién acostumbrándome a ya no verlo—. En un par estoy yo...

—Sí, bueno, éramos amigos, te tomé un par de lejos sin que te dieras cuenta —comenté con naturalidad, como si fuera normal—. Ahora vamos, es tarde.

Di media vuelta pero me detuvo del brazo. Me congelé. Estaba tan cerca, observando directo a mi rostro, pero no quería enfrentar a sus ojos felinos.

—No éramos amigos —murmuró bajo, casi siniestro, casi molesto.

De nada servía explicarle lo nuestro si estaba por unirse a otra, iba a empeorar las cosas, solo haría daño, lo confundiría y le haría sentir mal. Decidí decirle que lo ignorara, pero encontrarme de nuevo con esos ojos me fue más desalentador. Su expresión cambió de una aparente angustia a una bastante obvia.

—Rosy, mi Rosy, quédate conmigo —rogó.

Me dejó en blanco. Así de pronto venía a pedir lo que no había querido. Mi pulso se aceleró, ¿acaso era algún juego? ¿Seguía mareado?

—¿Qué dices? —Mi voz fue apenas un hilo—. No —dije con firmeza—. Fuiste muy claro, ahora escucha tú, no necesito quedarme, y a ver si te apuras, que tengo cosas que hacer.

Intenté que me soltara pero no lo logré.

—Solo déjame explicarte...

—No quiero explicaciones, no pisotearé más mi dignidad. Quisiste que me fuera. Pues me voy.

—Te voy a perseguir a donde vayas hasta que me escuches, mi luz —insistió atrapando mi otra mano gracias a la distracción que me produjo el escucharle decir «mi luz».

—Vete —mi voz se quebró pero traté de recuperar la compostura—, olvídate ya...

—Por favor, por favor —no solo rogaba con la voz, sino también con esos hipnóticos ojos mieles—. Perdóname, estaba completamente confundido pero ahora lo sé, lo sé...

—Basta —traté de no romperme—, no quiero seguir de tu amiga, no quiero seguirte. No así, no veré cómo te vas con ella, no lo entiendes...

—Sí lo entiendo, ahora lo entiendo.

Llevó mis manos a sus labios y les dio suaves y cálidos besos, rompiendo mis pocas barreras.

—¿Qué?

Suspiró.

—Me gustas... —murmuró, mi corazón dio algunos latidos fuertes, como si resucitara—, me encantas, me atraes a ti. Sé que no somos simples amigos, no lo éramos, al menos no en mis recuerdos. —Mostró una fugaz sonrisa tras mis manos que todavía sostenía—. Aunque no sé si son recuerdos en verdad o fantasías mías porque... —Su rubor se acentuó, resopló y negó, liberándome—. Son para enloquecerme.

—¿Por qué crees que pueden ser fantasías? —Mi corazón palpitaba fuerte. Supuse qué clase de recuerdos tenía.

Negó otra vez y sonrió. Una sonrisa sexy pero nerviosa, culpable pero no arrepentida.

—Solo quiero, necesito, que sepas que me encantas... pero no como correr o cazar, ni como cualquier actividad similar. Me encantas, en una escala superior, demasiado superior. Te necesito a mi lado, pensar en no verte me ha estado matando, sé lo que dije pero estaba abrumado, estaba...

—No trates de explicarlo —susurré para que no notara mi voz quebrada. Quería llorar y lanzarme a llenarlo de besos, pero eso no me iba a bastar.

—Si bien Tania y Max no son buenos aconsejando, me hicieron darme cuenta. Me imagino contigo, tú viviendo conmigo, y haciendo cosas como las de mis recuerdos. Me confundí con lo de Pradera,

siempre la quise, y la querré, pero como amiga, siempre fue eso para mí, como una hermana. Es solo que al no tener experiencia... —Llevó una de sus manos a su cabeza evidenciando dolor—. Perdóname... —Llevó ambas y cerró los ojos.

—Ay no. —Le hice sentarse en el mueble.

Acaricié sus cabellos mientras se mantenía con los codos en las rodillas y la frente contra las palmas de sus manos.

—Ja. Rayos, perfecto —se quejó en tono irónico—. Qué problema...

—Tranquilo.

Me senté en el rincón que dejó, al notarlo, me hizo más espacio. Me abracé a él sin poder evitar esconder mi sonrisa de felicidad al saber que definitivamente estaba enamorado de mí, aunque le fuera difícil, y aunque le fuera nuevo otra vez. Se había confundido.

Pero el gesto se borró cuando recordé que seguía estando comprometido. Suficiente tenía con mi conciencia que me repetía una y otra vez que le había quitado el amor a esa chica, que poco me faltó para convertirme en «la otra». Así no podía estar. Primero debía asegurarme de que dejara en claro sus sentimientos.

CAPÍTULO 31

ARDER

La rodeé con mis brazos aprovechando que estaba tan cerca, quería más. Disfruté de su aroma, de su calor. Me había perdonado... aunque no me había respondido si se quedaba conmigo. De hecho, no me había respondido ni siquiera si me había perdonado, y ya lo estaba dando por sentado.

—¿Lo sabe ya? —soltó antes de que pudiera preguntar. ¿Saber?—. Ella... ¿Lo sabe?

—Sí...

Dio un profundo respiro.

—Ha de odiarme —susurró.

La miré intrigado. Era conmigo con quien estaba molesta, a Rosy ni la conocía, no en verdad, no tenía sentido.

—No tiene por qué.

Arqueó una ceja.

—Ah, ¿si yo desapareciera y luego regresara estando enamorada de otro?

Fruncí el ceño de solo pensar en eso.

—Bueno, eso es diferente. —Rio. No entendí—. ¿Dije algo mal?

—Es que no hay diferencia.

Lo analicé un par de segundos. Si pasara eso, claro que tendría mucha cólera, pero no lo sentí como algo creíble, no al recordar los sueños que tenía con ella, lo cual me hizo recordar ese asunto pendiente.

—Por cierto... Debes contarme si esos recuerdos que tengo pasaron en verdad.

—Quién sabe. —Guiñó un ojo.

Se puso de pie alejándose pero la seguí. Otro fugaz recuerdo... yo siguiéndola, ya había pasado algo así. Rio entre dientes, tentándome, llamándome.

La detuve de la cintura.

—Eso no es justo... —reclamé, intentó escapar—. Hey... —Estaba sonriendo a causa de la sensación que tenía al recordar y llevarlo a cabo al mismo tiempo. Sus ojos quedaron plantados en los míos. No iba a dejarla ya, no más—. Anda, confiesa... —Su rubor me encantó, como siempre lo hacía. Rocé la punta de mi nariz con la suya—. Pequeña irresistible —ronroneé.

Ladeé el rostro queriendo besarla como en mis sueños pero retiró sus labios de mi alcance. Quedé observándola, miraba atenta, con su rubor y su cejitas juntas con molestia.

—No te mereces mis besos. —Vio a otro lado y cerró los ojos—. ¡Jum!

Entonces me di cuenta, no estaba molesta en verdad, tal vez. Veloz le di uno en su mejilla, atacó mi boca con la suya y le correspondí con muchísimas ganas. Mi corazón estalló y sentí como si volviera a la vida. Su calidez, su aroma, y hasta su sabor, se colaron en mí. Dulces fresas, dulce ella, tan adorablemente invasivo como sus besos, que ahora probándolo sin que fuera una ilusión, era mil veces mejor.

Me dio una fuerte y bienvenida mordida, mi cuerpo además esperó que se colgara de mí, rodeando mi cintura con sus piernas.

Me detuve jadeando al sentir otro dolor en la cabeza. Ya me estaba hartando el dolor, pero ese recuerdo vino de golpe. Ella corriendo a mí, colgándose de mi cuerpo, besándome.

Tras recordar aquello, apreté mi cabeza por la punzada de dolor. Ella sonó preocupada pero no escuché qué decía, volvía todo a mi mente. Empecé a respirar de forma agitada. Mi Rosy. ¿Cómo había olvidado todo lo que sentí por ella? Sus besos exquisitos, su aroma, sus risas, su forma de acurrucarse contra mí al dormir. Era la luz que me atraía como a polilla, era mi sol.

La tomé de los hombros, sin creerlo, acaricié su cabello, la miraba casi pasmado. Sonreí sin poder creerlo todavía, lleno de ilusión. Tantos bellos recuerdos. Juntó las cejas y soltó a llorar en silencio, quizá

sabiendo lo que me pasaba. Las lágrimas me quemaron también por querer salir.

—Mi Rosy —la abracé fuerte, enterrando el rostro por sus rizos—, mi Rosy, mi hermosa pequeña. —Respiré hondo su aroma, dejando que un par de lágrimas finalmente cayeran—. Perdóname, perdóname. Soy de lo peor, por favor, perdóname. ¿Cómo pude olvidarte? Te he tratado de forma fría, te alejé de mí, te he hecho daño trayéndote tristezas...

Negó y se apartó un poco para mirarme a los ojos.

—No fue tu culpa. Tranquilo. —Puso su mano cálida contra mi mejilla y la cubrí con la mía. Limpié sus lágrimas con la otra.

—Por favor, perdóname, actué como mi propio enemigo.

—Ya, no pienses en eso.

Volví a rodearla y apretarla contra mí unos segundos y nos miramos.

—Ha vuelto a mi mente casi todo de ti. ¿Por qué no me lo dijiste?

Su expresión se tornó preocupada.

—Yo también te traje cierta tristeza, ¿lo recuerdas? Aquel día.

Fruncí apenas el ceño. Ese último día que estuvimos juntos antes de que decidiera irme. La forma en la que me alejé de forma despectiva, lo que hice después...

—No. Hicieras lo que hicieras, no me importa. —La abracé otra vez soltando un suspiro—. Además... yo...

Aferró sus pequeñas manos a mi espalda.

—Lo sé —dijo con la voz quebrada, lo cual casi me desboronó de nuevo—. Lo hiciste con ella... Tuviste tu primera experiencia con ella. Pero... aunque me duela...

—¿Primera experiencia? —dudé—. ¿Te refieres a... hacer lo que íbamos a hacer pero que no quise porque ya lo habías hecho? —Terminé arqueando una ceja, me había acabado de enredar a mí mismo.

Me miró con arrepentimiento y duda también.

—Debes saber que eres único para mí... No pienses en lo que hubo antes de ti, ni se le acerca, fue simple, porque no hay comparación, porque contigo todo es intenso, incluso si te veo a los ojos, si te beso...

—Perdón —interrumpí sintiendo que tenía que aclarar las cosas.

—Ya no pidas perdón.

—Debo hacerlo, debes saber qué pasó. Cuando volví al campo de entrenamiento ese día... estaba cegado por la rabia, me tortura de forma indescriptible pensarte con otro, así que... me crucé con Tania.

—Se tensó, cerró los ojos y respiró hondo.

—Ya veo —murmuró con un hilo de voz, volviendo su triste mirada a la mía.

Sentí vergüenza conmigo mismo.

—La llevé a su habitación... —Cerró los ojos otra vez con fuerza—. La besé... la toqué, pero... No pude seguir. —Me miró con sorpresa—. Todo mi cuerpo te pedía... Todavía te pide.

—Eres un idiota impulsivo. —Estaba bien, me merecía ese terrible insulto—. Pero eres mi idiota. Mío. —Se había ruborizado de nuevo. Ese adorable rubor—. Ahora voy a querer golpearla, no solo por haberte besado, sino también por haberme hecho creer que había hecho más contigo.

No sabía que Tania le había hecho creer eso, ¿qué sentido tenía? Sonreí de forma leve pero no estaba muy feliz.

—Bueno, yo quiero matar al sujeto que... —Preferí no decirlo, volví a rodearla en brazos, refugiándome en sus rizos y cerrando los ojos.

—Ya te he dicho, no se compara a ti, por último prácticamente no lo recuerdo. —Acarició mi cabello. La miré y quedamos así, sonriéndonos con cariño. Sus ricos labios sellaron los míos, esa sensación que tanto me gustaba, todo el cuerpo se me escarapeló otra vez—. Contigo quiero hacer todo bien —susurró contra mi piel.

—Yo también. Y tranquila, siento un poco de cólera aún, pero prefiero ser el último y el único, que el primero y ya olvidado. —Rocé mi nariz contra su mejilla, soltando un bajo ronroneo, haciéndola reír

suave, endulzándome con eso—. Si puedo ser el que esté contigo todos los días, el resto de tu vida, mi hermosa...

—Te amo.

Me tomó por sorpresa, pero terminé sonriendo ampliamente.

—También te amo. Si amar es el hecho de que tu corazón ya no late solo por ti, sino también por esa persona, entonces sí te amo. —Sus ojos se llenaron de ilusión—. ¿Qué mejor prueba que aunque no te recordara, mis recuerdos insistían?

Sonrió de lado. Retrocedió apartándose de mí.

Llevó sus manos a los primeros botones de su blusa, para empezar a desabrocharlos. Junté las cejas con confusión unos segundos, luego planté los ojos en los suyos, tratando de no quedar atrapado en su escote recién hecho. Sus mejillas empezaron a enrojecer, cosa que me encantó. Terminó de desabrochar su blusa y la abrió despacio, igual de lento abrí más los ojos, sorprendido.

Quedé viendo su torso con esa pequeña prenda interior que me sentí tentado a destruir también desde la primera vez que lo vi, cuando se desvistió frente a mis ojos camino a la ducha. El par de pequeños lunares dispersados por su cintura bonita y de aspecto suave, las ganas de plantarle una mordida ahí me abrumaron.

Me aclaré la garganta y tragué saliva con dificultad. Soltó una corta y leve risa traviesa, desabrochó el botón de su pantalón y mi mandíbula se dejó caer. Mi labio inferior tembló cuando jadeé al verla bajarse la prenda, revelando sus hermosas caderas, sus muslos, sus piernas.

—¿Eran así tus recuerdos?

Asentí en silencio sin dejar de mirar. Reaccioné y negué con rapidez, no quería que pensara que vivía pensando en ella desnudándose.

—N-no, bueno, casi...

—¿Ah sí? —susurró mientras volvía a mí.

Rodeó mi cuello y me besó. Se comió mis labios, y yo los de ella, me hacían tanta falta. Nos besamos con urgencia y suavidad. Estaba caliente, ella me había calentado, mis manos se aferraron a su piel, la recorrí con necesidad, mi cuerpo la había extrañado. Mordió mi labio.

—Hazme el amor —volvió a susurrar.

Mi pulso se aceleró. Me puse nervioso de pronto. La tenía semidesnuda frente a mí, ¿qué rayos iba a hacer? ¿Cómo lo iba a hacer? Volvió a besarme, sus manos recorrieron mi pecho, así que me saqué la camiseta. Sonrió tocándome sin dudar y supe que eso era, ya lo estaba olvidando a causa de los nervios, era simple y a la vez complejo.

Sonreí también, rodeándola en brazos y pasé a devorar su mentón. Bajé besando su cuello, mordí y besé su hombro, sus jadeos y suaves gemidos despertaban algo en mí. Bajé y besé la piel de sus senos que el sujetador no cubría, esa pequeña prenda me estorbaba, pero lo dejé pasar por el momento. Seguí bajando, deleitándome con su suave piel, su aroma único. Lamí su vientre, y subí de nuevo recorriéndola con mi lengua.

—Eres deliciosa.

Se apoderó de mi labio inferior y sus manos fueron al broche de mi pantalón. Estaba ruborizado, hecho un lío, y al mismo tiempo, atento a cada roce o movimiento de ella. Bajó mi prenda y esta terminó cayendo. Iba a notarlo, iba a notar esa parte de ahí abajo, temí que le pareciera raro, o incluso que se sorprendiera...

Bajó la vista y volvió a verme arqueando una ceja y sonriendo.

—¿Te gusta? —me atreví a preguntar.

—No he podido olvidar tu cuerpo desde que lo vi, es solo que ahora hay una gran diferencia —Su mano se posó ahí haciéndome volar en calor, aunque estuviera la tela de por medio.

Solté un jadeo, me faltaba el aliento.

—En mi defensa, puedo decir que no sé por qué se pone así.

Sonríó y nos besamos, nuestro beso era uno de los más intensos. Mi piel ardía con la suya, mi respiración estaba acelerada y profunda como la de ella, parecía que toda la habitación estaba caliente. Mis manos le ganaron a mi razón y la tocaron con intensidad, bajando por su espalda, apreté de forma suave y gimió contra mi boca. Me incliné, sosteniéndola contra mí con un brazo y bajando con el otro por su piel,

tocando uno de sus muslos, pero pronto la vergüenza me atacó y la solté.

—Puedes tocarme —susurró tomando esa parte otra vez con su mano, haciéndome jadear y terminar soltando un bajo gruñido de placer. Retrocedió y subió a la cama, recostándose y mirándome de arriba abajo, quemando, como si tuviera el poder de tocar solo con su vista—. ¿Qué vas a hacerme ahora? —preguntó inocente luego de haberme provocado de esa manera.

Subí al colchón también y fui a gatas hasta ella, bajé cerrando los ojos y pegando la punta de mi nariz a su vientre bajo, recorriendo su piel, disfrutando de su aroma hasta que llegué a su rostro. Nos miramos por varios segundos. Sus manos traviesas se colaron debajo de mi ropa interior, jadeé y sonreí.

—Creo que vas a acabar conmigo, pequeña.

—Tú ya has acabado conmigo —respondió entrecortadamente—, porque te tengo unas ganas...

Se devoró mis labios y le correspondí. Se quejó suave contra mi boca, acarició mi pecho, haciendo que me separara un poco, arqueó una ceja y sonrió con picardía. Sus manos se dirigieron al centro de ese pequeño sujetador. ¿Se lo iba a quitar? Mi pulso estaba por volverse loco.

—¿Quieres verlos?

Desabrochó el gancho de la prenda y esperó mi reacción. Quedé apoyado en mi antebrazo izquierdo para descubrir ese par de maravillas con mi otra mano. Hice a un lado la prenda y... Oh, wow.

—Qué bonitos...

La besé otra vez y gocé al sentir sus hermosos y perfectos pechos contra mi piel. Su mano guio la mía a uno de ellos y me asombré con su suavidad, jadeé contra su boca. Adiós autocontrol, adiós cordura.

Empecé a temerle a mis reacciones, a mi muy acelerado pulso, hasta me sentí temblar apenas con cada jadeo. La abracé fuerte, enterrando el rostro al lado del suyo, tratando de aplacar mi respiración agitada.

—¿Qué pasa? —preguntó con ternura.

—Me siento muy ansioso... Siento que puedo explotar o algo así...

Acarició mi cabello, calmándose, el calor de su cuerpo me reconfortaba también.

—Eso es normal, ¿no escuchas mis latidos? Estoy igual. No vas a explotar, déjate llevar.

Respiré hondo, recobrando la calma. La miré a los ojos, acarició mi mejilla con dulzura, sonriéndome a labios cerrados. Quería seguir, debía ser valiente y dominar mi cuerpo y sus extraños impulsos, no debía dejar que me intimidara este sentimiento tan poderoso.

Me comí sus labios, se arqueó contra mí, su rica piel quemó, sus manos se deslizaron por mi espalda y una bajó más, colándose debajo de mi ropa interior. Ahogué un gemido cuando apretó, y con la otra empezó a bajar la prenda.

La disfruté con manos y boca, dejándome guiar, y así como lo pidió, dejándome llevar. Pronto quedamos desnudos, olvidé la vergüenza al verla hermosísima, y tenerla así piel con piel fue una nueva sensación arrolladora, no supe ni qué hacer conmigo mismo, con mis reacciones y movimientos, pero ella me llevó a lo más alto en segundos, poseyéndome con su cuerpo de una forma totalmente nueva y arrasadora. Jadeé, gemí, gruñí, casi sin ser consciente, aunque intentaba contenerme, cuando ella lo hacía también era glorioso.

El momento se fue haciendo más físico, más carnal, sin dejar de estar acompañado por el intenso amor que sentía. Nos miramos a los ojos, la sentí infinitamente mía, y así me perdí de nuevo, pero esta vez en ella.

Recuperaba el aliento, mirándola a los ojos, contagiado por la felicidad que expresaban, pero preguntándome, ¿por qué me había venido en ella? ¿Y ya estaba, ahí quedaba?

—¿Qué? —preguntó con diversión.

—Qué...

—Se nota que tienes una duda rondando tu cabecita. —Sonreí y la besé—. Mmmm —gimió suave—. Puedo suponer qué cosas dudas...

—¿Ah, sí? ¿Qué tal lo hice?

Río entre dientes.

—¿Eso? Apuesto a que eso no es...

Empecé a besar su cuello.

—Es apenas la primera pregunta —reclamé contra su piel.

—Estuviste delicioso —dijo entre risas—. ¿Y yo?

—¿Por qué? Está por demás decir que ha sido perfecto.

—Lo mismo digo de ti. —Pegué mi frente a la suya—. Has inspirado cada uno de mis movimientos...

—Tú los míos.

—Aparte de que eres el gatito más sexy sobre la faz de la tierra.

—¿Eh? —soltó una suave carcajada. Volví a besarla—. ¿Me enseñarás más?

Paseó la punta de su dedo por mis labios.

—¿Por qué te preocupa?

—Solo quiero ser mejor para ti... No solo ser mejor, quiero ser *e*/mejor.

Me dio un corto beso.

—Eres el mejor desde la primera vez que te vi. Eres el hombre de mi vida.

Escuchar eso me llenó de gozo. Me fundí con ella besándola, y quise fundirme también de la otra forma, pero no funcionó. Le eché un vistazo completamente confundido.

—Bah, ¿y ahora qué? —Rosy soltó a reír, terminó tapándose la boca y dando un par de manotazos al colchón—. Así no vale —reclamé ruborizándome.

De pronto ella me hizo girar y quedó encima, lamió mi cuello hasta llegar a mi oído.

—¿Quieres que te excite? —susurró.

—¿Excitar? ¿Emocionar? ¿Cómo así?

Río y se sentó apoyando sus manos en mi pecho, dejándome ver su hermoso cuerpo desnudo sobre el mío. Mis manos se fueron a tocarla casi sin mi permiso.

—Creo que te enseñaré algo de vocabulario.

—Como gustes, bella jovencita...

Puso sus manos sobre las mías que estaban subiendo por su abdomen hasta llegar a sus bonitos pechos otra vez, en donde había empezado a acariciar, podía estar así lo que quedaba del día.

Me fijé en el contraste que las puntas de mis garras hacían con su fina y suave piel, sus delicadas manos con las mías... ¿Cómo no la lastimé? No tardé en percatarme de los diminutos rasguños que tenía, bajándome todo el calor que estaba sintiendo.

—Ay no. —Me senté pronto y lamí una de las pequeñas marcas en su pecho.

Rio.

—¿Qué?

—Te he hecho heridas, perdóname.

Tomó mi rostro y me besó. Acarició mi pecho mientras disfrutaba de sus labios.

—Son pequeñeces —me calmó—, con lamerlas no desaparecerán, apenas son superficiales, no pasa nada, me encanta. Son las huellas de nuestra pasión, me recuerda que ha pasado en verdad. —Me dio otro dulce beso.

Eso me alivió, así que le encantaba.

—Entonces ¿no te duele?

—No. —Me dio cortos besos consecutivos, terminé sonriendo—. Ven... —Se alejó y salió de la cama, quedé intrigado y desesperado por tener su calor conmigo otra vez—. Vamos al agua, al jacuzzi, mi gatito sexy.

Tragué saliva con dificultad. Quería tomar un baño conmigo, significaba seguir teniéndola hermosamente desnuda a mi lado, compartir más cosas íntimas, poder verla hasta memorizar cada tramo de su piel deliciosa. Sonreí con emoción y fui tras ella, la alcé en brazos arrancándole risas. Sentí que seguía haciéndole el amor pero de otra forma. Claro que las ganas de hacerlo como en la cama, volvieron, así que podía volver a pasar.

Recorrió con su boca mi pecho y yo el de ella mientras el agua se juntaba con rapidez, entramos cuando no estaba del todo lleno. Tras sentarme, se montó a horcajadas sobre mí y nos besamos con intensidad, entonces lo supe, definitivamente iba a volver a pasar.

CAPÍTULO 32

APROVECHAR LA CALMA

Rosy

Su caliente cuerpo contra mi espalda, sus brazos a mi alrededor, el ruido de la lluvia cayendo afuera, la noche que ya había empezado. Más feliz no podía ser. Luego de la apasionada escena en el baño, de aprender más el uno del otro, caímos rendidos en la cama, solo el hambre me había despertado.

Me moví despacio para salir, aunque solo a picar algo de comer para volver pronto con él. Soltó un bajo gruñido y afianzó su agarre a mi alrededor, su mano se apoderó de uno de mis senos en el acto, reí en silencio. Todas sus formas masculinas contra mí, y ahora eso, estaba explotando de felicidad... pero también de hambre. Tomé su brazo, retirándolo despacio, volví a deslizarme y logré salir, no de la cama pero sí de su dulce abrazo.

Era tan fuerte, apasionado, los pequeños rasguños que me había hecho se hacían sentir apenas con algún movimiento que hiciera, me encantaba.

Lo observé un par de minutos, lucía tan hermoso, tranquilo, ese cuerpo marcado y tonificado de forma natural por sus genes. Dormía como un león, un gatote dorado. Mi gatote. Lo había hecho hombre, y él me hizo mujer, de forma definitiva. No me resistí y me le acerqué para besar esos labios deseables, varoniles, que me enloquecían.

Para mi sorpresa, despertó al tiempo en el que me devolvía el beso. Sonrió de esa forma tan seductora, tan «estoy revitalizado después de haber hecho el amor dos veces». Tomó mi cintura, me pegó a su cuerpo y al segundo ya me tenía debajo. Le mordí el labio inferior curvándome contra él.

—Todo mi cuerpo late recordando lo que hicimos —ronroneó.

—Mmm, el mío también —jadeé mientras acariciaba esa perfecta espalda.

Mi estómago gruñó, queriendo participar en el diálogo. Solté a reír. Cuando me di cuenta, Ácrux me observaba con una dulce sonrisa.

—¿Hambre, mi pequeña?

—Sí, mi sexy gatote.

Su suave risa, sus besos y su felino ronroneo por mi cuello, me llenaron de regocijo.

—Mientras comemos, me explicarás qué es sexy exactamente, y el vocabulario que me prometiste.

Le di un toque en su labio superior.

—Primero déjame salir de tu prisión caliente.

Giró llevándome consigo y quedé encima, puso las manos debajo de su cabeza y sonrió de lado.

—Listo.

—Santa madre de Dios, qué sexy eres —dije completamente embobada.

Rio suave y se reincorporó quedando nariz con nariz conmigo.

—Vas a mal acostumbrarme, ¿es un cumplido?

—Puede decirse que sí, uno que solo yo te puedo decir —aclaré—. Además, prepara tu orgullo salvaje para que se alimente con todos los cumplidos y piropos que me has inspirado.

—¿Orgullo salvaje?

—Tu ego masculino. Ese que se pone feliz cuando ves que me estás haciendo gozar —ronroneé paseando mi dedo índice por el quiebre de su mandíbula. Mostró una sensual sonrisa—. El que quiere escuchar más cuando te hago saber lo sexy y guapo que eres, el que celebra cuando superas a otro en alguna prueba...

—No lo había pensado así... Sé del orgullo que tenemos como especie, pero no otro.

Besé su mejilla y sonreí de pronto.

—Me encantas así. Por un momento imaginé que si fueras humano, serías algo así como un roquero, o esos hombres que traen locas a miles, casi puedo verte sobre una moto lineal, con chaqueta negra, unos vaqueros y lentes oscuros —reí.

—¿Eh? —Rio confundido. Mi estómago también hizo su aporte—. Um, no quiere seguir esperando —dijo señalándolo—, y el mío se le está por unir.

Reí bajo. Lo empujé suave para que volviera a recostarse.

Tomé el móvil para ordenar comida disfrutando de sus manos que volvían a recorrerme. Terminé con el aparato y lo dejé a un lado. Le dediqué una sonrisa cómplice, empecé a acariciar su abdomen, los músculos firmes y suaves a la vez, que parecían tableta de chocolate. Delineé los dos ojos que tenía marcados en su piel, subí a sus pectorales, sus brazos también marcados. Nunca me iba a cansar de tocarlo.

Su mirada se había vuelto profunda, la sentí entrar hasta lo más hondo de mí. Era un momento tan íntimo como hacer el amor, de hecho, era como seguir. Volvió a sentarse y me besó tomando mi rostro, un intenso beso lleno de amor, lleno de necesidad.

—Te amo.

Le di un corto beso.

—Te amo más. —La puerta sonó—. *Wi*, llegó la comida.

—¿Qué clase de rapidez es esa?

—La orden les llega abajo y lo traen porque ya está preparado. —Le di más besitos antes de salir de la cama y ponerme una de las batas disponibles del baño.

Él también lo hizo mientras me observaba curioso cómo corrí de un lado para otro escondiendo mi sujetador que no supe cómo fue que terminó a la vista de quien mirara por la puerta.

Abrí y recibí el paquete, más uno pequeño. Anticonceptivos que debía tomar ya. No sabía si podíamos concebir un hijo al tener diferentes características que indicaban códigos genéticos distintos, pero valía prevenir. No era que no lo deseara, tener un minigatito con

mi Ácrux sería un sueño, pero iba a estudiar unos meses más, y quería trabajar, viajar quizá, darme mis gustitos. Gustitos que incluían a ese perfecto espécimen evolucionado.

Puse la comida en la mesa y el otro quise esconderlo pero nada se le escapaba a esos hábiles ojos mieles.

—¿Qué es?

—Creo que tendré que explicarte muchas cosas, pero primero comemos.

Ácrux miraba atento a unos dibujitos que había hecho para explicarle cómo se concebía y formaba un bebé, nunca imaginé que iba a tener que hacer eso para enseñarle a un hombre de casi veintiséis años. Claro que él era especial, los evolucionados no sabían nada de eso en verdad. Lo contemplé con ternura, estando sentada a su lado, hombro con hombro prácticamente. Era lo último, después de haberle explicado otras cosas, como las palabras que quería saber.

—Pues wow —murmuró, reí en silencio—. Pero tomaste esa pastilla hace un rato, significa que no habrá bebé por ahora...

Asentí, recordé el detalle de los genes y sentí algo de pena.

—Bueno, no puedo asegurarlo tampoco, ya que somos diferentes, no sabemos si nuestros genes pueden cruzarse con éxito. —Eso le hizo juntar las cejas mostrando tristeza—. Pero tranquilo, tranquilo, ambos somos humanos, ¿no? Yo creo que hay muchísimas probabilidades de que sí se pueda.

Se alivió.

—Espero... Yo sí quiero una pequeña rulitos o ricitos.

—Hey, no vale, yo quiero un minigatito. Y por cierto, podemos hablar de eso luego de que termine de estudiar, ¿eh? Ahora no tanto... —Soltó su suave y varonil risa, me derritió. Suspiré—. Hay tantas cosas que quisiera saber de ti.

Mantuvo su bonita sonrisa unos segundos más, pareció meditar algunas cosas.

—Me gustaba pelear con pumas —habló. Sonreí y presté atención—. A veces con mi hermano nos retábamos. Mi padre fue llevado por humanos y nunca lo volvimos a ver, quedamos con nuestra madre siendo niños. Mi vida fue sencilla, tranquila, nada fuera de lo normal, entre tareas a realizar y constantes retos, ya sea de la escuela, de peleas, competencias y todo lo que nos mantuviera ocupados. Está muy mal visto ser descuidado, maleducado... dormilón. —Mostró una fugaz sonrisa. Me ruboricé y avergoncé haciéndole dar una corta risa silenciosa, tomó mi mentón y pegó su nariz a la mía un dulce instante—. Conmigo puedes dormir todo lo que gustes —susurró—. Estudié comunicaciones, no sé para ustedes qué abarcará, pero en mi caso era para estar al tanto de lo que los humanos hacían y avisar. No llegué a hacer nada... —Su mirada bajó—. Aquel día atacaron, tenía veintitrés.

—¿Recuerdas cuándo cumples años? —quise saber acariciando su brazo.

—Mmm, diez... Sí, diez de febrero.

Le di un beso en la mejilla.

—Ahora ya sé. Yo soy del veinte de julio.

Le di tres besos más consecutivos logrando que riera de nuevo.

—Sabes que esa fecha nadie la sabía, solo mis padres —comentó—. El día en el que tus padres te recibieron solo lo reconocen y celebran ellos, después de todo, es asunto de ellos y de nadie más.

—Oh, vaya —murmuré sorprendida—. Yo por mi parte, viví estudiando también para poder ser alguien, más ahora que el mundo está como está. Saber sobre los H.E, esa especie nueva que me asustaba y fascinaba. —Jugueteé con mi mano, abriendo un poco la bata que tenía hasta llegar a su hombro—. Y estoy locamente enamorada del que se supone debía ser mi objeto de estudio.

—Ah, con que debías estudiarme.

—Ya lo hice. —Vi el número siete marcado ahí y seguí su forma con el dedo índice—. Te estudié completito dos veces...

—Ahora no sé si sacarlos, veo que te gustan, y aunque son parte del momento más oscuro de mi vida... me hace recordar de dónde vengo y a dónde voy.

Me incliné y besé el tatuaje con suavidad.

—Me importa lo que tú sientas, no los mantengas solo porque veas que me gustan, me gustas tú, y me gusta que estés feliz. —Miré a sus felinos ojos, sus labios entreabiertos, parecía sorprendido sin expresarlo al cien por ciento. Terminamos sonriéndonos—. Bueno —me puse de pie—, te han de estar esperando allá...

Me siguió para botar los recipientes al basurero.

—No que yo sepa, y si lo están, no me importa.

—Por esta noche tal vez... —agregué recordando la situación y bajando mi ánimo—, pero mañana sí debes ir...

Sus fuertes brazos rodearon mi cintura y sentí su pecho contra mi espalda, su calor a pesar de vestir con las batas del baño. Divino.

—Puedes estar tranquila, no busco más problemas, es solo algo que debo hacer.

Bajé la vista, cubrí sus manos con las mías, aunque fueran pequeñas en comparación con las suyas.

—Tu venganza, ya lo sé.

Intentó ver mi rostro, di media vuelta y lo miré con tristeza.

—No es eso ya. Se debe hacer, ahora a ese asesino lo creen un héroe, al parecer se deshizo de las pruebas o algo, y lo hallaron inocente, aparte de generoso —aseguró—. Dice que quiere cuidar a la humanidad manteniendo en pie eso de Seguridad Nacional.

—Sospecho que solo quiere cuidar su bolsillo. Si deja de existir, ya no tendría más qué hacer.

—Y no tenemos cómo probar que sí es un abusivo y mostrarle a la policía. Estamos nosotros como testigos vivos, pero ¿a quién crees que preferirían creerle? Si nos están buscando. Siento rabia por todo lo que hicieron, no puedo pedir que lo entiendas, no sabes todo lo que me hicieron...

—Lo entiendo, lo entiendo, es solo que...

—Tranquila, voy a estar bien.

—No quiero que te pase nada —lo abracé fuerte—, no podría con eso, por favor, prométeme que no te vas a poner en peligro así como dices. No me dejes.

Tomó mi mentón con suavidad y me hizo verle a los ojos.

—No lo haré. Debes saber que no dudaría en dar la vida por ti, por ti moriría, pero también por ti viviría, y lo haré. Quiero estar a tu lado, no voy a dejarte, voy a cuidarme para cuidarte, lo prometo.

Asentí en silencio y volví a aferrarme a su cuerpo. Tenía mucho miedo, no podía evitarlo, con tantos sujetos peligrosos, sin escrúpulos, con tantas armas a su alcance.

—No me has respondido algo más. —Su tono evidenciaba que sonreía. Alcé la vista.

—Pues dime.

—¿Te quedarás conmigo?

Mis labios formaron una línea.

—Por supuesto, pero...

—No, no «peros», por favor. Únete a mí.

Le sonreí con dulzura, acariciando su nuca tras rodear su cuello.

—Debo ir a estudiar sí o sí.

—Entonces yo iré contigo.

—Tienes cosas que hacer, o mejor dicho, tendrás. Pero descuida, empiezo en unas semanas, no será necesario que me vaya mañana. — Su bella sonrisa exótica de caninos más desarrollados se hizo presente—. En cuanto a unirnos... pues ya hicimos lo que se supone se debe hacer luego de que formas un núcleo, así que no sé si se pueda.

Su expresión cambió enseguida a una de preocupación. Reí al no poder ocultar más que estaba bromeando y se percató de eso. Arqueó una ceja y sonrió.

—Ah, con que así estamos.

Quise correr pero me atrapó al segundo. Solté un corto grito entre risas cuando me alzó en brazos. Era imposible escapar de un

evolucionado, eran el doble de veloces, eran verdaderos depredadores, pero este era mío, y me lo devoraría yo.

Nuestros ojos se mantuvieron conectados mientras me llevaba a la cama, esa mirada profunda que dejaba su huella en mí para siempre, marcada con fuego. Me tendió en el colchón, no dejamos de vernos a los ojos en ningún momento hasta que me cubrió con su cuerpo y nos empezamos a amar de nuevo.

No ganas demasiado acumuladas, la misma intensidad pero con más calma, el mismo amor, la misma fuerza. Nos disfrutamos en silencio, sin decir palabra alguna, solo nuestras respiraciones, jadeos, besos, hasta perdernos el uno en el otro bajo el velo de la noche.

CAPÍTULO 33

CAPRICHOS

Sonreí extasiado al despertar con ella desnuda entre mis brazos, quería despertar así el resto de mi vida.

El contraste de su cuerpo con el mío era de ensueño. Cómo fue que una criatura tan hermosa se fijó en mí. Yo tenía vello por casi todas partes —aunque nunca me importó ni me pregunté por qué— al contrario de ella, eso era algo curioso. Estaba más que fascinado con su naturaleza femenina, como nunca lo estuve antes, me seguían sorprendiendo nuestras diferencias a pesar de que ya me sabía todas sus formas de memoria. Me hacía querer seguir sintiéndome y viéndome fuerte para cuidarla, ser su sustento, ser suyo a toda hora y hacerla mía con fervor. Tendría tiempo de explorarla sin descanso luego, cuando estuviéramos en nuestro propio lugar, solos, ya unidos para toda la vida.

Enterré el rostro en sus cabellos, los besé, la escuché quejarse bajo y sonreí de nuevo.

—Mi pequeña dormilona —susurré—. Debo irme.

—Ah, sí —murmuró semidormida.

Aproveché su momento de leve sueño para retirar sus rizos, lamer su cuello y empezar a recorrer su piel a besos. Pasé por su hombro mientras mi mano ya estaba por sus caderas bajando a sus muslos. Rio y se quejó al mismo tiempo completamente adormilada.

—Lamento tener que despertarte, si gustas llamo a Max para que mande a alguno de su equipo y...

—No, yo quiero ir contigo —dijo girando. Se frotó los ojos y se sentó, trató de arreglarse los rizos con prisa—. Rayos, parezco una mopa, mira este cabello cómo es.

—A mí me encanta.

Sonrió con ilusión y cayó sobre mí para llenarme de besos. Reí en silencio. Se volvió a reincorporar para salir de la cama.

—Vamos, gatito.

Nos aseamos entre juegos, caricias y risas. Luego de alistarnos y vestarnos sin dejar de vernos, bajamos al estacionamiento. Al parecer le habían dado un auto para que se fuera en él, felizmente ya no lo haría, al menos no en unas semanas. Tiempo suficiente para irme con ella.

—Sé que te atormenta saber que... mataste personas y a evolucionados como tú —comentó con tristeza mientras conducía—, pero no debes culparte.

Bajé la vista. ¿Cómo no culparme? Estaba convencido de que no merecía toda la felicidad que había conocido con ella, había muchas cosas que no merecía al haber cegado otras vidas, fuera consciente o no. Algo en mi interior esperaba un castigo. De algún modo sentí que toda mi vida lo esperaría, siempre iba a volver a la misma conclusión.

—Quizá el paso más importante que debes superar no es enfrentarte y darle una lección a esos sujetos, es enfrentarte a ti, perdonarte a ti.

La miré de reojo, mostraba más tristeza que hacía un momento. Respiré hondo y lo solté en un suspiro.

—No estés triste, por favor.

Llegamos al fuerte, no había estado tan lejos como pensé.

—Voy a estarte esperando aquí —sus ojos se plantaron en los míos—, recuerda eso.

—Sí, tranquila.

Se inclinó hacia mí así que hice lo mismo sabiendo lo que quería, un beso. Nos besamos de forma intensa y despacio, gocé sus labios, su aroma, el dulce sabor de su piel. Su lengua se coló debajo de mi labio inferior y sonrió al sentir que ese gesto me tomó por sorpresa. Sonreí también.

—Te beso aquí porque si lo hago ahí, los hombres esos te van a estar molestando quizá.

—Que se atrevan —refuté dándole un corto beso.

Me contagió felicidad con su risa. Quizá eso podía hacer para aplacar mis culpas y a mi consciencia, hacerla feliz a ella, eso me devolvía vida, me quitaba la angustia y las manchas de sangre.

Entramos, todos iban de aquí para allá, Impala volteó a verme enseguida y se fue corriendo, seguro a avisar que había aparecido al fin.

—Creo que dejo que les hables y te pongas al corriente —me dijo Rosy empinándose para darme uno de sus cortos y dulces besos.

—Ah, vaya —intervino John—. Otra vez.

Arqueeé una ceja.

—¿Qué?

—No pudiste estar sin buscarla. Más te vale que ahora no te quieras pasar de gracioso y la lastimes de nuevo con alguna nueva excusa.

—John —murmuró ella.

Fruncí el ceño.

—No te respondí la última vez porque mi moral estaba por los suelos, pero ahora te recalco que sí es mía, y te digo que ya no tienes de qué preocuparte, así que aléjate.

—Ácrux —volvió a decir Rosy.

Nos miraba a ambos completamente sorprendida.

—Mentiroso —retó el otro.

Gruñí bajo.

—Ay por Dios. —Rosy se puso contra mí, dándole cara a su amigo loco—. Por favor, calma.

—Solo porque tú lo pides —dije sin dejar de fulminarlo con la mirada.

—Tú —de pronto Rosy señaló a Tania que pasaba—. ¡Me engañaste!

Pareció recordar algo y soltó una risa burlona.

—Pero debiste ver tu cara. —Se alejó.

—¡Uch! —renegó mi pequeña.

—¿Pero qué...?

—Me mintió, ¿recuerdas? —Murmuró ruborizada por la cólera, me causaba gracia. Se cruzó de brazos—. Creí que te había hecho más cosas. Y tú eres mi hombre —aseguró al final.

Corta frase que me llenó de alegría. Por supuesto que era suyo, y ella era mía. Le dediqué una mirada triunfal a John que había escuchado y estaba obviamente enfadado con eso. Quizá Rosy tenía razón, tenía mucho «orgullo salvaje».

—¡El hijo pródigo! —exclamó Max acercándose. Esa expresión me confundió—. Estarás listo ya, ve y revisa tus armas, estaremos entrenando luego de hacerles recordar qué hacer. Mañana es el gran día.

—Creí que hoy...

—Han cambiado un par de cosas.

Asentí, miré a mi Rosy y le di un último beso para despedirme.

—Volveré en unas horas.

Le dediqué una mirada de advertencia a su amigo el loco y me fui siguiendo a los otros.

—Alguien ya tuvo su noche de acción —susurró Max a Jorge y rieron bajo.

No me importó tampoco, probablemente eran expresiones comparativas de las que solían usar.

Un momento. Comparación. Noche. *Acción*... ¿Se referían a...? Sacudí la cabeza. No.

—Tu amiga preguntaba por ti —me avisó Alpha.

Entré a la habitación de Pradera, estaba cerrando una pequeña maleta que le habían dado con algunas cosas y prendas de vestir. Me sonrió con tristeza.

—Estuviste con ella —comentó—, traes otro aroma.

Bajé la vista un segundo y volví a mirarla.

—Sí.

Asintió en silencio.

—Me llevará Jorge, al parecer hermano de ese sujeto al que le tienes confianza, al lugar que tú dices, en caso de que luego de que vuelvas no quieras llevarme, sino quedarte con ella...

Quería quedarme, pero no mucho, quería buscar a mi mamá, eso no me tomaría tiempo, estaba seguro de que si estaba viva, Pradera la encontraría ahí.

—Es de confianza. Yo iré luego en cuanto pueda.

—Bien. Te estaré esperando. Aunque vayas con tu pareja, que ya creo saber quién es, le prestabas mucha atención... Esa humana.

Me sentí culpable al detectar cierto dolor en sus palabras, pero enfadado al saber que le tenía cólera solo por ser distinta a nosotros.

—Es especial, aunque no lo creas.

—No, no lo creo. —Sus ojos se plantaron en los míos—. Son humanos, nada les dura. Si en algún momento tengo la oportunidad de recuperarte, la tomaré.

—Pradera...

—Es definitivo.

—Te estás equivocando. Pero asumo que lo verás con el tiempo.

—Seguirás siendo mi amigo, ¿no? No me dejes así.

—Sí, tranquila, ya he dicho que voy a cuidarte...

—Está bien así. —Volvió a entristecer y retirar la vista.

Caramba, ¿qué haría? Supuse que solo quedaba esperar. Amaba a Rosy, no iba a dejar de hacerlo.

* * *

Nos reunimos en un salón especial, mis congéneres y yo, junto con Max y algunos de sus hombres de confianza. Bajó la pantalla en la que aparecieron los planos del fuerte principal, que era al que debíamos atacar.

—El fuerte tiene una barrera que detecta movimiento en su perímetro, eso es nuevo. No es cualquier cosa, al igual que el de la capital, por ser el principal, le han acoplado esa defensa. Así que nos dividiremos en equipos. Ellos también nos buscan, he ahí el problema, podrían encontrarnos primero. Haremos lo posible por entrar, y lo saben... Posiblemente nos están esperando, mientras guardan las apariencias.

—Significa que nos dirigimos de forma consciente a una trampa — advertí.

—Obviamente.

—¿Cómo les volteamos el juego entonces?

—Si mi plan se arma bien al momento, podremos. Ya ustedes lo saben, pero lo repetiré para el señor perro abandonado que no estuvo atento.

Tensé los labios y fruncí el ceño. Claro, no estuve muy atento por estar pensando en Rosy con su amigo el loco temerario, que osaba retarme cada vez que podía. Gruñí.

—Bien, esta vez no se me va a escapar ningún detalle.

* * *

Almorzamos en tranquilidad. Al agarrar un pan me percaté de que mi hermosa chica me observaba, le sonreí y le guiñé un ojo haciéndola sonreír y bajar la vista mientras sus mejillas enrojecían. Sabía que le encantaban los gestos así, ella lo había hecho antes, también en nuestra intimidad, tan pícaro y travieso.

—¿Pasa algo? —escuché que preguntaban en susurro.

Volteé a ver a la mesa de al lado, Jorge miraba atento a Pradera que al parecer no se sentía bien.

—Creo que todavía no puedo comer, tengo náusea —murmuró bajo.

Pedí un segundo y me acerqué a verla.

—Ácrux —dijo apenas me vio ir a ella—. No me siento bien.

—Tranquila, es solo cuestión de tiempo. Según sé, ya deberías poder comer, no te han tenido sin comida en ese lugar.

—Pero igual me siento mal.

Parpadeé confundido.

—Ya intentó comer —intervino Jorge—, si no puede, entonces hay que esperar. Puedes tomar una sopa, algo ligero si gustas.

—Prefiero ir a mi habitación. —Me miró—. Acompáñame, por favor.

Tensé los labios unos segundos.

—Bueno, bueno. Vamos.

Luego de darle un vistazo a Rosy y cerciorarme de que estuviera bien, me fui con Pradera.

Al entrar fue a su cama y se sentó. Parecía estar débil, me dedicó una mirada como de súplica.

—Me preocupas —dije—, ¿le has dicho al médico todo lo que sientes? Quizá has pescado alguna enfermedad.

—No, estoy bien, solo algo débil. ¿Me abrazas? Me siento sola —la voz se le quebró—, en verdad, y eres el único al que conozco, mi único amigo aquí...

Suspiré.

—No llores, está bien, estoy aquí —me senté a su lado rodeándola con un brazo—, estoy aquí.

Se recostó contra mí. Una punzada de incomodidad me recorrió. ¿Era esto correcto? ¿Debía permitirlo? Era mi amiga, se suponía que sí, pero no según nuestras costumbres. Ella antes no hubiera hecho esto.

—Ácrux, en unos minutos vamos a entrenar —avisó Saturno desde el umbral de la puerta.

Nos quedó viendo con extrañeza. Claro, esto no era común para nosotros.

—Ya voy.

Se retiró.

—Ve —dijo Pradera—, me siento un poco mejor.

—Ah, pues me alivia. Descansa. —Asintió y se acomodó en el colchón.

No había comido mucho, pero ya no me quedaba tiempo, así que solo opté por volver. Rosy conversaba algo con los otros sujetos que ya se ponían de pie para irse.

—¿Se siente mejor? —quiso saber al verme.

—Sí.

—No me pareció que estuviera tan mal cuando volteó a verme mientras se iba contigo. —Se cruzó de brazos.

—¿Qué?

Sacudió la cabeza.

—Nada. Ve.

—No. ¿Insinúas que fingió su malestar por algo? ¿Qué sentido tendría? No puedo dejarla sola, ha pasado por cosas muy feas...

—Lo sé, lo sé —pasó su mano por sus rizos pareciendo afligida—. Perdón, es que me dejaste... Solo debe haberme parecido. —Volvió a negar en silencio, hizo puchero y se empinó para rodear mi cuello así que la estreché en mis brazos. Me llenó de sus dulces y cortos besitos haciéndome sonreír—. Me puse celosa quizá.

—¿Por qué? No hay motivo. —Rocé mi nariz con la suya.

—Eres tan bueno y lindo. —Me dio más besos. Su rica y suave boquita contra la mía una y otra vez era todo un gozo—. Eres fuego. —Puse una sonrisa de incredulidad—. Sí, sí, lo eres.

—Bueno, soy fuego, y tú eres el oxígeno que me hace imparable.

—¡Awww! —exclamó Max. Fruncí el ceño y lo vi con molestia—. A ver si le ponen pausa a la película romántica y vienes a hacer unos cuantos disparos.

Rosy rio entre dientes con diversión descolgándose de mi cuerpo y poniendo su frente contra mi pecho.

—Ya voy —gruñí.

* * *

Vi cómo Impala y Saturno hacían pedazos a un maniquí en cuestión de un minuto, entre salvajes gruñidos, tirones, mordidas y golpes. Nunca me gustó la violencia, y esos dos eran violentos en verdad. Yo tal vez lo fui siendo controlado por el chip, pero consciente no, solo si me molestaban demasiado, o se requería. Yo acababa de atacar a otra de esas cosas pero solo al punto de «dejar inconsciente».

Aunque les entendía en parte. Antes quizá no me hubiera importado y hubiera matado, pero conocí a Rosy, y gran parte de mi rabia interna fue aplacada por su dulzura. Alpha y Centauri encontraron a su familia. En cambio estos recién llegados todavía no encontraban alivio ni motivo para no querer seguir haciendo daño ni hacer pagar lo que les hicieron.

Volví a concentrarme. Acomodé el arma contra mi hombro, una de electrochoque. La detestaba por tener electricidad, pero no tenía opción. La única electricidad que toleraba y hasta idolatraba era la que Rosy me hacía sentir.

Apunté y disparé. Una red pequeña electrificada le cayó a un maniquí. Chispeó con fuerza, tan solo ese ruido me escarapelaba la piel.

Resoplé sintiendo como el escalofrío se iba.

—Bueno, ya nada mal, ya estás listo para usarla —comentó Jorge.

—Al fin —renegué poniéndola a un lado dispuesto a no verla más, a pesar de que lo haría de todas formas.

No era el único, mis congéneres también veían a esas armas con recelo. Éramos como un montón de traumados. Tras escuchar la orden de que ya podíamos ser libres, sonreí. Ya podría ver a mi Rosy.

Tras cenar en grupo, la llevé a la habitación en donde planeaba dormir. Bueno, no solo eso, y ella sin duda pensaba lo mismo. Apenas cerramos la puerta se devoró mis labios.

—¿Nos bañamos juntos? —susurró.

Sonreí de lado.

—Lo que deseas, pequeña.

Se mordió el labio inferior y tiró suave de la placa del colgante que llevaba al cuello para hacer que volviera a besarla. Empezó a desabrochar mi camisa y apenas acabó, me recorrió con sus manos. Ahí estaba esa corriente que adoraba.

Roté los hombros deshaciéndome de la prenda enseguida, luego de que cayera llevé las manos a su bella cintura para despojarla de su camiseta rosada, que llevaba un pequeño lazo rojo al que vi volar lejos cuando se la quité. Lamí desde el interior de sus pechos hasta su cuello alimentándome con el aroma de su piel húmeda que disparó mi pulso, con su jadeo y sus manos desordenando mi cabello.

Alguien tocó la puerta. Quedamos mirándola con extrañeza todavía aferrados el uno al otro. Volvieron a tocar.

—Rayos —chisté.

Eso la hizo reír en silencio mientras se apartaba, y aunque estuve renuente a dejarla, tuve que hacerlo.

—Alguien se quedó con ganitas —murmuró juguetona.

—Solo por ahora.

Le abrí la puerta a Jorge luego de ver que mi chica se había puesto un camisón de dormir.

—Eh, siento interrumpir pero tu amiga pregunta por ti. Quiere verte. Resoplé.

—Ahora no, si no es urgente, dile que iré un rato dentro de una hora o más.

—Okey, no creo que eso la convenza peero... —Se fue.

Cerré y suspiré con pesadez. Rosy se acercó.

—Deberías ir un rato. —La miré intrigado—. Digo... Ves que quiere y luego vienes para que seas todo mío.

—Soy todo tuyo —aseguré tomando su mentón para darle un beso—. No te me vayas a poner celosa.

Negó con una sonrisa.

—Entiendo cómo ha de sentirse. —Entristeció, preocupándose—. Y como si no fuera suficiente, le quité a su amor. —Cerró los ojos—. Me siento culpable.

La abracé fuerte, levantándola del suelo, rodeó mi cuello y enterré el rostro por sus rizos.

—No. No, mi bella Rosy. No le has quitado nada, me enamoré de ti incluso sabiendo que tal vez ella estaba por ahí, ¿recuerdas?

—Sí, pero es que hice la de cosas por tener tu atención.

—No pienses en eso, todo lo que hiciste fue hermoso, no tiene nada de malo que hayas querido acercarte a mí, me diste vida. Voy a dedicarme a hacerte feliz, no importa qué, no solo lo deseo, siento que eso me hace olvidar lo que hice, me hace alejar la sangre de otros que han de estar gritando por mi muerte.

Pegó su frente a la mía.

—No digas eso, por favor, no digas eso —susurró.

Selló mis labios con un beso.

—Tranquila...

—Solo fuiste una herramienta, no fuiste tú, no es tu culpa. Tú no eres eso, eres un hombre bueno, dulce, más humano que muchos otros que se quieren llamar a sí mismos seres humanos. Eres muy, muy especial.

Felicidad, eso sentía al estar con ella y escucharla decir eso, me alivió en cierto modo.

—¿En verdad piensas eso de mí?

—Por supuesto, no solo lo pienso, lo veo. —Acarició mi cabello—. Lo veo en tus ojos, en tu mirada, en tus actos...

Nos besamos con lentitud, intensidad, con pasión. Sus piernas rodearon mi cintura, con los brazos aferrados a su cuerpo, me dirigí a la cama y la recosté sin dejar de verla a los ojos, fundiéndome con ella desde ese momento, con anticipación.

No se había abrochado el camisón al parecer, lo abrió y volvió a besarme, curvándose contra mí, haciéndome sentir su caliente y suave piel.

Me disponía a bajar comiéndomela a besos, cuando sonó la puerta otra vez.

Gruñí escondiendo la cara entre sus pechos. Rio.

—Mejor ve —insistió.

Alcé la vista, se mantenía jugueteando con mi cabello mostrando una traviesa sonrisa.

—Bueno —solté en un suspiro—. No tardaré. —Le di un beso y salí.

Recogí la camisa y me la puse de mala gana. Abrí la puerta.

—Te dije que no la convencería —se excusó Jorge.

—Sííí, ya sé —renegué saliendo.

CAPÍTULO 34

INICIAR EL FINAL

Entré a la habitación y Pradera sonrió aliviada al verme. La luz estaba apagada pero ambos podíamos ver bien en la oscuridad, así que no me preocupé por encenderla.

—¿Pasó algo?

—Quería que me acompañaras a dormir.

¿Qué? Negué en silencio. Juntó las cejas con tristeza. Respiré hondo, no podía ser.

—Pradera... Creo que sabes que voy a dormir con alguien más. —Un par de lágrimas cayeron por sus ojos y la culpa me atacó, mi consciencia que ya llevaba buen rato callada sin molestarme—. Por favor, no, entiende...

—Claro —trató de limpiar su rostro—, entiendo, descuida, anda nomás, ya no seré un estorbo —sollozó.

—Vamos. No eres un estorbo.

Me acerqué para calmarla.

—Ojalá no me hubieran encontrado si iba a estar perturbando así.

—Basta, ya deja eso. —La tomé de los hombros pero me apartó.

—No. Hueles a ella.

—Obviamente.

—Quédate hasta que me duerma al menos —pidió volviendo a plantar sus ojos tristes.

Mis labios formaron una sola línea, miré al techo un segundo y volví a verla.

—Estaré un rato. —Me senté en el sillón cercano a su cama—. Trata de descansar para que estés mejor, ¿sí?

—Sí —dijo más contenta—. Sabiendo que me cuidas, sí puedo.

Me recosté contra el respaldo y quedé contemplando el techo. Así estuve por varios minutos hasta que la escuché hablar.

—¿Crees que encuentre a algún conocido en la ciudad?

Recordé a los que nos atacaron cuando estuvimos de camino a esta ciudad.

—Espero que no a todos.

Con ella no tendrían problemas, no podían meterse, así que no me preocupé, pero eso no quitaba el hecho de que me molestaran sus acusaciones.

Parpadeé un par de veces, adormilado, cuando reaccioné y abrí los ojos de golpe. Pradera dormía profundamente, y me di cuenta de que también me había quedado dormido. Sentí fastidio por mi torpeza, eso de «cerrar los ojos un minuto» no era de fiar.

Al entrar a mi habitación, vi a mi Rosy también dormida sobre la cama, tendida de costado, resaltado su hermosa figura, su cintura, sus caderas. Suspiré resignado. Luego de alistarme para dormir también, subí a gatas al colchón, casi rozando el cuerpo de mi pequeña chica. Estaba solo con el camisón, no parecía llevar más prendas, y lo comprobé deslizado mi mano desde su muslo hasta cerca de sus caderas.

—Te estaba esperando —murmuró somnolienta.

Retiré sus rizos al tiempo que volteaba a mirarme. Sonrió con tristeza y se aferró a mí, quedando semirrecostada en mi pecho, dormida. Acaricié sus cabellos, jugueteé con sus rizos.

—Perdóname —susurré envolviéndola con mis brazos—. No volverá a pasar, lo prometo.

Cometí un error. Mi Rosy estaba primero, era mi compañera eterna ya, debía y quería darle prioridad, así iba a ser, iba a tener más cuidado.

Mi propio gemido ahogado me despertó en la madrugada, el placer ardiente corriendo por mis venas, el calor, jadeé e intenté sentarme y

ver pero ella me empujó devolviéndome al colchón. Su lengua recorrió desde mi vientre bajo y en subida hasta mis labios. ¿Cómo era posible que mi parte baja iniciara sin mí? Pero al tenerla sobre mi cuerpo, a punto de ser suyo de esa forma tan intensa y carnal, dejó de importarme.

* * *

Lleno de energía y con más ganas que nunca de acabar ya con todo ese asunto de Seguridad Nacional y su fuerte del mal, le planté un beso a mi Rosy que todavía estaba en la cama. Me retuvo del cuello de la camisa y me hizo darle tres besos más. Reí en silencio.

—¿No me esperas para desayunar? No tardo.
No pude negarme.

Max mostraba evidentes ansias, casi no había comido.

—No quiero que ninguno haga algo que no esté incluido en el plan —hizo recordar—, sobre todo Ácrux y ustedes, Impala y Saturno, los tres son impulsivos. Nada de atacar de más ni a quien no deben.

Ellos no afirmaron ni negaron nada, solo plantaron sus frías e inexpresivas miradas. ¿Impulsivo yo? No tanto como ellos. Pero para ser sincero, también me preocupaba.

—Solo si nadie se mete en nuestro camino —comenté con seriedad—. Si alguien quiere evitar que atrape a ese asesino, voy a tener que atacar.

—Ten cuidado —me pidió Rosy—, por favor...

—Por ti, lo sabes —aseguré.

Estaba dispuesto a darle un fin, dispuesto a cerrarle la boca a mi conciencia, que con esto la sangre en mis manos se limpiara, evitando que siguieran usándonos. Iba a empezar de nuevo, quería borrar el dolor que causé a tantos.

Llegó el momento de salir. Era más probable que nos esperaran de noche, por eso íbamos de día. Puse un arma sedante, unos cinco cuchillos pequeños, y a la odiosa arma de electroche en el cinturón. Tomé el casco, que seguro me lo quitaría luego porque no lo soportaba.

Las manos de Rosy se aferraron a mi brazo, volteé encontrándome con su mirada de preocupación, se colgó de mi cuerpo al tiempo que iniciaba un beso lleno de necesidad mientras la apretaba contra mí.

Quedó respirando a milímetros de mis labios, con su frente pegada a la mía.

—Tranquila —susurré—, espérame con más de esos besos tuyos. —Le di otro corto, y ¿por qué no? Dos, tres más—. Recuerda que soy fuego, si tú estás, nada me detiene.

Sonrió con algo de alivio y me abrazó fuerte. Respiré hondo su aroma. La liberé despacio y la dejé pisar suelo.

—Te veo más tarde —habló bajo.

Asentí y volteé, Impala y su hermano miraban con extrañeza y hasta desconcierto.

—¿Quién les manda a mirar? —reclamé—. Muévanse.

* * *

El fuerte era de cuatro niveles, rodeado con señales que indicaban peligro de muerte si se pasaba su límite. Jorge y otros sujetos de su confianza habían acordado ir y les habían dado el sí, pues les aseguraron tener a uno de los H.E que estaban siendo buscados. Obviamente uno de los hermanos de ojos naranja se había dejado grabar apresado.

Vimos acercarse a la pequeña nave que los dejaría en el techo. Con su entrada, la extraña barrera detectora de movimiento podía confundir el nuestro en ese momento. Y no solo eso, desactivaba su efecto de choque eléctrico para que pasara.

Corrimos en silencio y nos ocultamos entre las plantas que formaban su cerco interno, cerca de una entrada lateral, ya dentro del área protegida.

—¿Nadie ha pensado que al ser de día podrían haber más hombres y tomarnos ventaja? —preguntó Saturno en susurro.

—Según Max, no —respondí igual—. Roguemos que esté en lo cierto.

Impala no estaba atado en la nave, así que quien lo recibió se llevó una mala sorpresa. Jorge iba a desactivar la alarma luego de dejar fuera de juego a los de arriba, apenas recibí su notificación por el audífono del casco, le lancé un disparo silenciado a la cámara que vigilaba la entrada. Teníamos segundos contados si alguien lo notaba a pesar de que la alarma no sonara.

Todo pareció en orden, para suerte nuestra. Alpha puso un aparato en la puerta que hackearía la clave, y este no tardó en abrir la cerradura.

Entramos en silencio. Un extraño ruido llamó mi atención.

—¿En qué parte estaremos? No parece haber nadie —murmuró Centauri.

—No importa —habló Max por los audífonos—, pasan desapercibidos con estos uniformes y cascos.

—Sí. Ya estamos adentro, hay que buscar lo que mantiene activa esa barrera —les hice recordar.

Anduvimos por el pasillo hasta que nos cruzamos con algunos hombres. Ni siquiera nos miraron y eso nos alivió. Recordé los planos que nos habían mostrado, así que los guie, el cuarto de máquinas estaba cerca. Desactivando la barrera eléctrica podrían entrar los demás.

Pasamos por un salón de entrenamiento y pudimos ver la cantidad de hombres. Nos superarían en número, si ese no era el único lugar en donde había gente. Había que tener un plan B. La tentación por ir al área sin nombre me quería ganar, era obvio que ahí podía haber evolucionados, no por nada la habían censurado en el plano. Me quedé un paso atrás.

—Quiero... —dije, voltearon a verme—. Creo que podemos pasar por esa zona borrada del plano.

—No, recuerda no desviarte del plan —intervino Alpha.

—Ácrux, si te mueves, te mueres —amenazó Max.

—¿Acaso no viste la cantidad de reclutas?

—No importa. No voy a arriesgarme a que algo salga mal. Jorge y los otros vienen desde arriba.

Retrocedí un paso.

—¡Ustedes! —exclamó un sujeto—. ¡Qué hacen ahí, una cámara no funciona y los de arriba no contestan, vayan a ver qué pasa!

Max nos hizo voltear y andar. Entonces lo supe, al estar con cascos, sabían que éramos evolucionados y creían que estábamos bajo su control. En ese caso, sin duda tenían a más de los nuestros.

Reconocí el pasillo que llevaba al lugar.

—Ya les alcanzo.

Fui veloz, y aunque Max renegó, los vi irse rápido al cuarto de máquinas. Entré al área restringida y pude ver una gran arena hacia la derecha, con manchas de sangre en el piso, y hacia el otro lado, evolucionados enjaulados, algunos encadenados. Saqué de prisa mi móvil y grabé. Incluí la arena y las horribles máquinas de laboratorio que me traían los peores recuerdos y por suerte borrosos.

No quería recordar nada de eso. El video ya estaba, era una buena prueba, así que para tenerlo mejor protegido, por si algo aquí salía mal, se lo mandé a Rosy.

—El uso de teléfonos está prohibido.

Volteé apenas escuché la primera palabra, y mi sangre empezó a querer hervir. Héctor me observaba de forma burlona.

CAPÍTULO 35

EL CÍRCULO VICIOSO DE LA MUERTE

Quise gruñir y lanzarme, pero preferí mantener la compostura.

—Debo admitir que nos han tomado por sorpresa. Pero no pensé que vendrían tan pronto. ¿No creyeron que los estaríamos esperando?

—Sí, de hecho, sí.

—Ya has visto lo que tenemos aquí. Ahora dame ese móvil —ordenó apuntándome con un arma.

Me saqué el casco dejándole ver mi mirada de desprecio.

—No. —Frunció más el ceño y amenazó con apretar el gatillo—. No dispararás, todavía quieres ponerme bajo tu poder, ¿no es así?

—O podría simplemente querer verte sufrir lentamente hasta morir. Conozco las formas.

Sacó una especie de pequeño control.

—Como siempre, queriendo usar a los de mi especie para no ensuciarte las manos. Pero te equivocas, todos ustedes están tan manchados como nosotros.

—Cállate, las bestias como tú solo sirven para esto.

Un gran grupo de evolucionados controlados llegó.

—Max, que nadie entre —avisé.

Pero fue tarde. Las alarmas empezaron a sonar. Se había desactivado la barrera eléctrica, y al parecer contaba con su propio sistema de aviso.

—¡Maten a todo el que entre! —gritó Héctor emprendiendo su huida.

Gruñí y me lancé a atraparlo pero un H.E se interpuso mientras los otros salían a llevar a cabo su orden. El evolucionado corrió a atacarme y lo recibí con el golpe de una fea bandeja metálica de una de las mesas.

No estaba interesado en entretenerme con él así que salí veloz, me persiguió pero no me importó. En el hall principal se libraba la pelea

injusta entre H.E controlados y hombres, aunque con armas, superados en número por los de Héctor y su gente.

Lo vi junto con otro de los sujetos que conocía, siendo resguardados por dos evolucionados. Corrí a ellos notando que Impala también venía hecho una furia. Los hombres nos vieron y retrocedieron al tiempo que nuestros congéneres se disponían a defenderlos. Impala, al estar más cerca llegó antes y arremetió contra uno de los H.E., le apuntó con su arma y de un impulso lancé un cuchillo quitándosela. Me gruñó.

—¡Recuerda que está bajo control!

—¡Se mete en mi camino! —Fue embestido.

Cayeron cerca del otro sujeto, separándolo de Héctor e iniciando su lucha entre gruñidos y zarpazos. Fui golpeado también al segundo después de ver a Alpha cerca. Un puñetazo en el estómago me sacó el aire. Gruñí de forma salvaje y mordí, la sangre se coló por mi boca, las garras del otro me cortaron la piel del cuello y parte del hombro. Le di un rodillazo y lo alejé de una patada.

Alpha esquivó un disparo de Hector, lo embistió y le arrancó el bolsillo de su prenda con todo y control adentro. Me lo lanzó y le disparé en el aire. Bajé el brazo y le disparé al arma que Héctor estaba usando para apuntarle a Alpha, que ya había logrado herir.

—¡Quieto ahí! —grité poniéndome entre ambos y apuntándole al desgraciado que había herido a mi amigo.

Los H.E controlados entraban en sí. Los hombres de Héctor se vieron asustados sin saber si seguir atacando a los de Max o apuntarles a los nuestros por protección.

—¡Ataquen a los humanos! —ordenó Impala.

—¡No! —me interpuse. Me miró y gruñó pero lo ignoré, me dirigí a hablarles a los otros—. ¡Son libres! ¡No se comporten como ellos creen que somos! ¡Nos creen bestias pero no es así, nos quieren dominar porque nos temen, porque les hace sentir seguros, porque saben que somos más fuertes! ¡Se acabó!

—No se acabó —dijo Héctor. Aparecieron más hombres desde otros ambientes que habían estado cerrados, cargando unas armas extrañas que ocasionaban un tenue ruido como a electricidad—. Tenemos las grabaciones —aseguró poniéndose de pie y alejándose—. Los culparán a ustedes, obviamente, por el ataque, y quedará justificada nuestra acción de matarlos a todos con balas tóxicas.

Nos tenían rodeados y superados en número. Vaya que sí nos esperaban, pero no contamos con eso. Podía escuchar mis latidos.

Rosy. Lo primero que se me vino a la mente cuando una lucecita roja apareció justo en mi pecho, en donde estaba el corazón, indicando que una de esas armas me tenía como blanco, y que no fallaría.

Mi Rosy.

Ella me esperaba. Así como mi madre nos esperó a mí y a mi hermano... y nunca volvimos. No hubo despedida, en segundos se acabó la vida como la conocía...

—Querrán investigar y encontrarán lo que tienen en ese lugar —le hice recordar—, saldrá a flote como sea.

—Di lo que quieras. Ahora te reencontrarás con tu gente en el más allá.

No hubiera tenido problemas con eso, si no hubiera estado el amor de mi vida en mi pensamiento.

Respiré hondo esperando la muerte, pero no llegó.

Sus armas habían parecido dejar de funcionar bien. ¿Cómo lo supe? El casi imperceptible ruido que ocasionaba la electricidad corriendo por ellas se había detenido desde que fui consciente de poder escuchar mis latidos.

Esperanza.

De pronto, vidrios rotos, disparos y gritos a nuestras espaldas. Volteé y pude ver al cuerpo de policías ingresando y haciendo que todos pararan con armas paralizadoras. Perfecto. A pesar de que el sujeto había quedado como buen hombre, no pudo contra el video que le mandé a Rosy.

Mi Rosy. Pude verla queriendo entrar junto con el último grupo en donde estaban varias personas con cámaras. Le sonreí con alivio apenas me encontró con su preocupada mirada, pero traté de hacerle señales para que se quedara afuera.

—¡En nombre de la nación, hemos inhabilitado sus armas! ¡Bájenlas! —ordenó uno de los generales de policía mediante algún megáfono—. ¡Quedan detenidos!

Un veloz movimiento me hizo devolver la vista. Héctor escapó. Corrí tras él, siguiendo su olor sin problemas y lo atrapé saliendo por la parte posterior. Volteó a verme y le gruñí.

—Ácrux —me llamó Rosy. Me había seguido.

—Rosy, vete —dije casi entre dientes.

La escuché muy asustada. Héctor la miró de reojo.

—Ya me atrapaste, eso era lo que querías —murmuró con aire siniestro—, haz lo que tu padre hizo con el mío, ¡adelante, mátame!

—¡Cállate! Eso quería dejar claro. Mi padre no tiene nada que ver, él no era un asesino como tú, que mataste a mi hermano a sangre fría —reclamé sintiendo el dolor—. ¡Mi hermano, mi mejor amigo, y ahora no va a volver nunca! ¡Él no te hizo nada! ¡¿Por qué?!

—Simple, tuvo suerte. Pudiste haber sido tú, en realidad no me importó. —Herví en rabia—. ¡Y sí fue tu padre el que me hizo esto! —insistió—. Mató al mío frente a mis ojos, y no contento con eso ¡casi me mató a mí también! Sus hombres le siguieron la pista y tiempo después los atacaron, tomándolo prisionero junto con otros, llevando a cabo la venganza. Pero el asunto no había terminado para mí, no. Supe que en su archivo figuraba que tenía «familia». Pasé toda mi juventud preparándome para ascender en Seguridad Nacional, y buscarles. Y ¿qué crees? Ese día mis hombres te ubicaron, no fue casualidad que estuvieramos cerca de su dizque ciudad. —Me miró con odio y asco—. Te le pareces demasiado. Está en mi mente desde entonces, con sus ojos inyectados en furia, como poseído por el mismo demonio.

Negué, no podía creerlo.

—Mientes, ¡mi padre no era un loco asesino! ¡Solo se defendió!

—¡Sí era un asesino, que disfrutó de lo que hizo! ¡Acéptalo, salvaje, o la mato! —le apuntó a mi Rosy con otra arma no eléctrica.

En menos de dos segundos estuve frente a él asestándole un golpe en el estómago que lo lanzó un par de metros atrás. Su arma salió disparada y cayó lejos. No se pudo poner de pie, solo gritó y se quejó por el dolor de alguna costilla rota. Caminé hacia él furioso, apretando los puños y los dientes.

—No te atrevas a amenazarla, no a ella, ¡c!escuchaste?!

—Adelante, entonces —dijo con dificultad—. Mátame, o lo haré yo...

Le di un pisotón en la pierna que no era falsa, arrancándole otro alarido, caí a gatas y le apreté el cuello con la mano izquierda, preparando las garras de la otra y levantándola para dar el golpe final. Gruñía de forma salvaje, enseñando los colmillos, sabiendo que mis ojos completamente encendidos en rabia le estaban haciendo temer con cada centímetro de su patético ser.

—N... —soltó con un penoso susurro que apenas salió, ya que lo estaba asfixiando.

Mi hermano había pagado por errores pasados. Por la búsqueda de venganza de alguien que ni conocíamos. Y yo había sido obligado a acabar con más vidas a causa de lo mismo.

Era un círculo vicioso, uno que no tenía sentido seguir. Quería borrar mis manchas de sangre, dejarlo todo atrás, enterrarlo para siempre. No continuar con esto, no hacerlo trascender. No había nada bueno en ello, matar no era bueno, fuera quien fuera, no lo iba a hacer yo.

Cuando me di cuenta, mi expresión había cambiado, mi mano derecha bajaba por sí sola, mi agarre en su cuello ya le permitía respirar, y se dejó escuchar el llanto silencioso de Rosy.

—No. —Me puse de pie, quedé con la vista baja—. No lo haré. Vive y sé miserable, pensando en que no pudiste matarme ni acabar conmigo, u olvida y comienza a vivir de verdad. Lamento que mi padre haya matado al tuyo, y lo que te hizo, causa por la cual solo conoces el odio. —Lo miré, estaba pasmado—. Lamento que mataras a mi hermano y acabaran con mi ciudad. Lamento no haber visto a mi madre en estos años por haber estado persiguiéndote. Pero no por eso seguiré con el

círculo vicioso. Conoce la alegría de vivir sin ataduras de odio, o muere solo y loco por todo el daño que hiciste, me da igual. Yo acabo aquí.

Tosió tratando de volver a respirar con normalidad. Vi a mi Rosy limpiándose las lágrimas y quise ir a ella para calmarla.

—Tus marcas —dijo Héctor con la voz rasposa—. Ve al laboratorio...

—¿Qué? —Volví a verlo.

Se apoyó en un antebrazo y se quejó apretando su costado con el otro brazo.

—Los números de todos ustedes son... el código, de menor a mayor. Tu chip se autodestruirá, los otros no, solo activé el tuyo... —Tosió y volvió a quejarse arrugando más la cara por el dolor—. Calculo que te quedan... quince minutos.

Abrí los ojos con susto.

—No, no —lloró Rosy.

Unos policías salieron a auxiliarlo.

—Si ponen los códigos se reiniciará, pero ya no...

—Ya veo.

Corrí y tomé a Rosy de la mano.

—No llores, estaré bien —la calmé tratando de convencerme también—. Tenemos tiempo.

Al entrar, la policía seguía juntando a los detenidos.

—¿En dónde estará el laboratorio?

Justo me había memorizado el plano del primer nivel pero los otros no tanto. Caminé con desesperación buscando algún conocido.

—¿A dónde se fue Max?! —le pregunté a Jorge que estaba hablando con unos oficiales.

Negó sin saber. Miré a Rosy, parecía incómoda al tener enfrente a uno de seguridad, que a pesar de estar esposado, le estaba hablando. Al irme acercando logré escuchar que sin duda la conocía, le preguntaba qué había sido de su vida y le decía que se había puesto muy bonita. Una muy mala sospecha se instaló en mi pecho.

—¿Qué sucede? —cuestioné poniéndome al lado de ella.

—Rosy me dice que quieren saber sobre el laboratorio.

—Sí, habla.

—Tercer nivel a la derecha. ¿Tú quién eres? Aparte de H.E —agregó al final con cierto desprecio.

—Su novio. —Lo agarré de los pelos—. Así que largo —ordené aventándolo a los policías.

Rosy quedó con la boca abierta pero reaccionó enseguida.

—Vamos, no quiero que te pase nada —dijo preocupada.

Fuimos de prisa por las escaleras.

—¿Era ese tu ex? —quise saber.

—Creo que ya lo has adivinado —respondió con un hilo de voz.

—Recuérdame matarlo cuando salgamos.

—Ay, amor —se quejó. Sentí mis mejillas calentarse al haberla escuchado decirme «amor», así como lo había hecho entre jadeos mientras nos entregábamos, junto con otras palabras igual de poderosas—. No mataste a ese sujeto, no lo harías...

Me detuve.

—Ah, ¿no me crees capaz? —reté con molestia—. Tengo algunos minutos extra para ir y demostrártelo.

Al segundo estuve contra la pared, gozando de un beso lleno de pasión suya. Gimió bajo, sus manos pasaron a tocarme con ansias todo lo que alcanzaron, aproveché y apreté su bonito trasero así como ella me lo había hecho entre tanta caricia. Mordió mi labio inferior.

—Te amo con locura pero no quiero discutir ahora, sube, que si te pasa algo me muero —exigió.

Asentí embobado y continuamos de subida.

Encontramos a Max con los otros H.E y un grupo más de sus hombres y policías.

—¡Pusimos para desactivar, pero apareció un conteo regresivo en una de las pantallas! —avisó acercándose apenas nos vio—. Parece que son los chips pero me temo que indica que tal vez tendrá consecuencias temporales o permanentes si...

—Es del mío, tendrá consecuencias si ponemos los códigos, pero se autodestruirá si no.

—¿Crees que pase?

Eso preocupó a los demás. Corrí a la pantalla y me siguieron.

—¡Rápido, usen los números que tienen marcados en sus cuerpos de menor a mayor!

Enseguida se revisaron, pero Impala se acercó primero en silencio al saberlos de memoria tal vez como yo. Parecía avergonzado por lo que pasó antes.

—Ácrux —dijo Rosy acercándose—. ¿Cómo, qué consecuencias...?

Le confirmé sus sospechas con la mirada, dando un par de pasos para quedar junto a ella. Soltó lágrimas, llenándome de tristeza. Tomé su rostro y besé su frente.

—Tranquila, podría ser pero no sé, de todos modos no importa qué pase, me enamoré de ti dos veces, volvería a hacerlo, te elegiré a ti siempre, eres mi luz, mi pequeña.

Asintió.

—Ve. De todos modos prefiero que vivas sin recordarme ni amarme a que mueras...

Besé sus bellos labios.

—No, estaré bien. Te amo, te amo. Siempre voy a hacerlo, no voy a olvidarte, y si lo hago, volveré a amarte, lo sé, lo juro.

Pegué mi frente a la suya un segundo y la besé, disfrutando de sus labios suaves, dulces. ¿Cómo podía la mente hacer tan malas pasadas? ¿Cómo podía olvidarla? Pero así como ya la había amado antes de recordarla, volvería a hacerlo si la desactivación del chip me borraba los recuerdos.

—Anda —susurró con angustia.

Un último beso y volví a la pantalla. Los demás ya habían ingresado sus códigos.

—De prisa —dijo Alpha mirando los segundos que iban decreciendo, cada vez más cerca del cero.

Puse mi código, le di una última mirada a mi Rosy, y di en la opción «aceptar», cerrando los ojos.

CAPÍTULO 36

YO TE SEGUIRÉ

Rosy

Los cinco parecieron sufrir una especie de dolor. Supe que sus chips se habían desactivado.

—¿Crees que estén bien? —preguntó Max.

—Aunque estén desactivados, debemos ver cómo sacarlos sin que haya riesgo —dijo su hermano.

Parecían estar bien, pero mi Ácrux... Me acerqué despacio, había tenido los ojos cerrados y una mano en la frente por dolor. Abrió los ojos y parpadeó confundido.

Miró a su alrededor completamente alertado, para luego plantar su vista en la mía. El corazón se me contrajo, mis lágrimas brotaron sin permiso. Lo abracé fuerte envuelta en llanto silencioso, sabiendo que otra vez me había olvidado.

—Tal vez no me reconoces nada y estás confundido —le dije con la voz quebrada—, pero quiero decirte que todo va a estar bien, que nadie te va a lastimar... y que te amo. —Temblé ante la impotencia—. Te amo. Te seguiré, no importa qué decidas después...

Alguien me tomó de los hombros para apartarme, así que lo hice.

—No llores —pidió Ácrux mirándome con preocupación.

Asentí y traté de limpiar mi rostro. Max, que me había hecho ponerme a un costado, me palmeó la cabeza.

—Oficial de Seguridad Nacional —le dijo a mi confundido H.E—. No me has de recordar por ahora, pero tranquilo, somos amigos, te explicaré de forma breve todo lo que ha pasado...

Los otros evolucionados miraban, Alpha vino y posó su mano en mi hombro para darme ánimo, estaba herido, pero lo aguantaba, hasta que alguien de la policía lo llamó para atenderlo. Di un profundo suspiro y

bajé la vista cerrando los ojos. El frío de la soledad me recorría, la tristeza. Pero todo era mejor si mi Ácrux estaba, si ese chip se hubiera autodestruido no lo hubiera podido ver más, y eso me hubiera roto el alma.

Tenía la oportunidad de enamorarlo otra vez, la oportunidad de seguir haciéndolo feliz, sin importar si al principio no me recordaba todavía, lo hiciera o no, iba a seguir amándolo, iba a seguir estando a su lado.

* * *

Ya habiendo liberado a los evolucionados y arrestado a los hombres que violaron las leyes, la policía se disponía a retirarse y nosotros también. El general se despidió de Max con un saludo militar, vino y me agradeció.

—No lo habiéramos creído si no hubiera insistido en mostrarnos la evidencia. Buen trabajo.

—Gracias.

Asintió y se fue. Miré a los otros.

—Se acabó, señores —les dijo Max a los H.E—. Gracias, ha sido un gusto. Vamos al fuerte, podrán descansar ahí hasta que vuelvan a sus ciudades.

Me aproximé a Ácrux que observaba apoyado contra una pared cercana, cruzado de brazos.

—¿Te sientes mejor?

—Sí... Así que todo ha sido verdad. Ahora mi chip está desactivado.

Tragué saliva con dificultad.

—¿Qué recuerdas? ¿O estás en blanco?

—Recuerdo pero es muy borroso o fugaz —se sobó la cabeza—, pareciera que ya va tomando forma... y luego no. Solo sé que mi mamá tal vez me espera. Me dicen que incluso encontré a Pradera, eso me alivia.

Entristecí.

—¿Y yo te soy familiar?

Me miró de forma profunda, estudiándome con esos ojos mieles que ya no expresaban ese amor por mí.

Se inclinó y mi piel se escarapeló al sentir la punta de su nariz recorrer mi cuello por debajo de mi oído, su aliento acariciando mi piel, mis latidos disparándose. Se alejó manteniendo una de sus leves pero bonitas sonrisas.

—Sí lo eres. Te siento como «hogar», eso me dice cada sentido de mi ser. Además... dijiste que me seguirías y que me amas. —Sonreí con la tristeza todavía en mi mirada y asentí en silencio—. Por favor, no estés triste. No te recuerdo muy bien ahora pero estoy seguro de que lo haré. ¿Yo también te amo? ¿Es algo especial eso?

Antes cometí el error de no decirle, ahora ya no me importó.

—Sí. Somos novios, pareja... como pareja de núcleo, ¿recuerdas lo que significa?

Arqueó las cejas con sorpresa.

—Núcleo... Wow. ¿Cómo fue que pasó?

—Quizá no te agrada la idea porque no soy de tu especie...

—No —interrumpió con preocupación—, no, no es así.

—Oigan, nos vamos —avisó Max.

Tomé de la mano a mi gatote y fuimos. Él todavía estaba con la conmoción, pero no se oponía a nada de lo que le dije, y parecía dispuesto a colaborar. No dejaría que se alejara de mí, no iba a dejar que nada me lo quitara, era mío, infinitamente mío, e iba a conquistarlo de nuevo.

Fui sentada en su regazo ya que no había espacio, y me convino. Me acomodé contra su pecho, sintiéndome ya no tan sola, entre sus brazos, resguardada por su calor, su aroma. Alcé la vista y le di un par de suaves besos por el quiebre de su mandíbula. Me miró de reojo empezando a presentar su leve y adorable rubor, y sonreí de forma inocente para luego darle otro.

—No me vayas a dejar —susurré apenas jugueteando con el cuello de su camisa—, yo no lo haré.

—Puedes estar tranquila, recuerda que te siento hogar en medio de tanta confusión. Eso me ata a ti.

Cerré los ojos con alivio.

* * *

Entramos al fuerte. Pradera salió de donde estaba para verlo, ocasionándome preocupación y esa horrible angustia al saber que a ella sí la recordaba, al saber que alguna vez quiso unirse a ella.

—Estás bien —dijo él acercándose.

—Claro que sí.

Sonrió aliviado y pegó su frente a la de ella un segundo, intrigándola y rompiendo algo en mi interior. Retrocedió un par de pasos quedando a mi lado.

—Ya ha acabado todo. Verás, no recuerdo bien, pero lo haré, ella me va a ayudar. —Tomó mi mano con suavidad.

Sentí leve alivio. Alpha lo llamó y nos pidió un segundo, yéndose a hablarle.

Pradera pareció reaccionar.

—Yo también puedo ayudarle, y mejor, lo conozco más —me aseguró con evidente molestia.

—Yo soy su novia —reclamé intentando parecer fuerte—, también lo conozco. Y de formas que tú no —agregué.

No me faltaron las ganas de decirle que lo conocía desnudo también, que habíamos hecho el amor y que tenía memorizado hasta el sabor de su piel.

—Claro, me lo quitaste —dijo dolida. Golpe bajo a mi consciencia—. ¿Nadie te dijo que al ser humana no tenías por qué fijarte en él? —Sus ojos intensos y felinos plantaron frialdad en los míos—. No tenías motivo, eres sucia como toda tu especie, no has de querer nada bueno. Vas a terminar dejándolo luego de lastimarlo.

—Te equivocas. —Mi voz flanqueó—. No tengo malas intenciones y nunca, nunca voy a hacerle daño, nunca voy a dejarlo...

—Pues él lo hará, apenas entre en razón... —Lo vio volver y se calló.

—Escuché cada palabra, ¿qué ocurre? —quiso saber, bastante serio. Me preocupé, sintiendo que le daría la preferencia. Suspiró, masajeó su frente y nos miró—. No quiero discusiones por mi causa. Pradera, si me uní a ella del modo que fuera, debe haber sido por una muy fuerte razón. Eres mi amiga, siempre lo fuiste, y te aprecio por eso, pero ella es mi novia, siento que así es, que si ella no estuviera me sentiría perdido aunque me calmaras tú. No quiero que se lleven mal.

—Pides mucho —refunfuñó ella.

Y la entendía.

—Tengo hambre y quiero descansar —dijo mi Ácrux con cansancio—, mañana iremos a ver a los nuestros, nos llevará uno de estos hombres. —Me miró con preocupación—. Irás conmigo, ¿verdad? Por favor.

—Pero... es muy pronto, ¿y si nadie me quiere ahí?

—Tranquila, solo quiero ver si mi madre está. Por favor —rogó con sus bonitos ojos también. Acepté, recibiendo una dulce sonrisa de alivio de su parte—. Gracias.

—No te dejaré, recuerda —aseguré correspondiéndole el gesto.

Al cenar le hice probar leche, eso pareció traerle fugaces recuerdos, me ganó su sonrisa además. Le conversé sobre aquella vez que salimos en la capital, cuando quiso perseguir a una ardilla, y cuando me regaló a Amarillito. Marcos lo estaba cuidando bien, me había mandado sus fotos, y se las mostré a Ácrux.

Me acompañó a mi habitación antes de dormir. Quedamos mirándonos, yo sintiendo los nervios de punta, queriendo tirar de él y llevarlo a la cama para que me diera su calor en la noche y no sentirme sola.

—Asumo que al ser pareja, dormíamos juntos —comentó.

—Sí —dije recobrando la alegría—. ¿Puedo enseñarte algo pero no te espantas?

Se intrigó.

—Dudo que algo me espante.

Saqué mi móvil y puse una fotografía, una especial guardada en bandeja privada. Me tenía entre sus brazos y me daba un beso en la mejilla, estábamos evidentemente desnudos aunque se viera solo hasta más abajo de los hombros. Se la mostré y abrió más los ojos.

—La tomamos luego de hacer cositas, y claro, dormimos juntos.

Fue después de jugar en el jacuzzi. Se aclaró la garganta, apenas ruborizado, bajó la vista y quedó en mis pechos unos segundos antes de volver a mi rostro.

—Te besé mucho el cuerpo, ahora casi puedo recordar eso. —Sonreí feliz. Resopló como intentando disipar el calor que al parecer sentía—. No sabía que llegaría a ser tan atrevido.

Reí.

—Yo también lo fui. —Le guiñé un ojo.

—Bueno, en ese caso, dormir contigo me ayudaría.

Lo abracé fuerte.

—¡Sí! —exclamé.

—Pero —interpuso luego de dar una corta y suave risa—, me da un poco de vergüenza...

—Tranquilo, no va a pasar nada raro. —Me empiné y le di un besito en el mentón.

Mi esperanza brillaba. Me quería, y ya no le causaba dolor recordar. El chip finalmente ya no funcionaba ni causaba estragos.

Aunque no dormimos semidesnudos ni nada por el estilo, tenerlo a mi lado me dio paz, sentir sus vagos intentos de tocar mis rizos hasta terminar entreteniéndose con uno, me dio ánimo. En silencio me abrazó y respiró mi aroma, me estrechó con esa fuerza que extrañaba y durmió tranquilo como un león. Estar así, fue el mejor regalo.

—Te amo —le susurré acariciando su cabello.

* * *

Emprendimos el no muy largo viaje al pequeño poblado en donde él dijo una vez que suponía estaban los del suyo, los que quedaron luego del ataque. Jorge había guardado la ubicación, y nos llevaba en su camioneta.

Al llegar, se estacionó cerca de unos cultivos. Bajamos, unas cuantas gallinas pasaron, algunos H.E nos miraron con recelo.

—¿Alguno conoce a Lluvia? Es mi madre —dijo Ácrux, evidenciando preocupación y angustia—. De seguro llegó hace casi tres años, huele similar a mí, obviamente.

Uno de los evolucionados que sostenía un machete, lo dejó y se acercó un par de pasos.

—Puede ser, tu olor me es familiar. Puede que lo haya olfateado por la zona norte de este pueblo.

—Muchas gracias.

Subimos de prisa y rodeamos el lugar hasta el norte, no tan lejos de donde estábamos. Los H.E y sus sugerencias de ubicaciones nos llevaron a un sector más adentro por esa zona. Ácrux bajó de un salto, Pradera le siguió al instante, Jorge y yo quedamos en la camioneta con las lunas bajas, pero no tardé en bajar al ver a mi gatote intentando olfatearla cerca.

—Ácrux —lo llamó Pradera.

Volteó y entreabrió los labios con sorpresa y conmoción. Miré también, una mujer de claros ojos mieles salía de una pequeña vivienda. No parecía creerlo, y la pena estaba impregnada en su rostro. Él se le aproximó, juntó las cejas con tristeza, dolor, y su labio tembló a pesar de que su boca formaba una sola línea. Se quebró dejando caer un par de lágrimas en silencio, y yo también, sin saber si era por felicidad al ver que la había encontrado, o pena por verlo triste.

—Hijo —susurró ella.

—Perdón —murmuró con arrepentimiento—, me atraparon, no recordaba nada, y apenas lo hice no vine a buscarte, quise vengarme de los asesinos, creí que si no lo hacía no ibas a recibirme ni a perdonarme... —Cerró los ojos ante una bofetada que a pesar de no moverle el rostro, se notaba que había dolido.

Pero lo aguantó. La miró más calmado aceptando su castigo.

—¿Cómo se te ocurrió pensar que no te querría ver? —recriminó en llanto—. Si estuve viviendo en agonía estos años.

Él bajó la vista. Para sorpresa suya y mía, su mamá lo abrazó fuerte, gesto que fue correspondido. Sonreí con alivio, limpié mis lágrimas y respiré hondo. Juntaron sus frentes.

Mi gatote dorado. Sonreía feliz como un niño, encontrándose con su madre de nuevo.

CAPÍTULO 37

EPÍLOGO

Rosy

Al poco tiempo los demás también regresaron a donde pertenecían, luego de que lograran quitarles esos chips sin que hubiera riesgo.

Los días que me quedaban antes de empezar a estudiar, los pasé con mi gatote en su acogedor pueblo. Pradera encontró a sus padres y dejó de parecer solitaria y triste... dejó de querer molestar además. Luego de unos días visitamos a Sirio y Marien, que estaban en otro poblado. Ácrux decidió ir a vivir allí con su mamá, así estaríamos cerca de todos nuestros amigos y conocidos, y de la capital también, en donde estudiaría. Mudanza que no tardaría mucho, con la ayuda de las camionetas de Max, incluso Amarillito fue incluido.

Antes de que me tuviera que encerrar en una universidad, disfruté del campo con mi Ácrux, de perseguir gallinas, de cosechar frutos, de congeniar con vacas y caballos... y verlo a él como una especie de vaquero ultra sexy. Uf.

Su mamá nos enseñó a ambos, al saber que de algún modo extraño éramos pareja, y aunque él no recordaba, me repitió varias veces estar sintiendo algo lindo por mí, ganándose besitos de mi parte, esos que le sacaban risas.

Hasta que finalmente empecé a estudiar, y el hecho de deleitarme con todo él pasó a ser parte de fines de semana y vacaciones. Pasando así los meses...

* * *

Salí de clase, triste porque no podría ir a ver a mi gatote dorado.

—Vamos a reunirnos para hacer el trabajo este fin de semana —me hizo recordar una compañera.

—Sí —dije con desánimo.

—Tranquila, al menos es uno solo, fuerte, pero no varios y a cada rato.

Suspiré.

—Pues sí.

—Te veo luego.

Se fue por otro lado. Ya le había avisado el día anterior a Ácrux que no iría por una reunión a causa del trabajo a realizar. Respondió que no había problema, pero que si eso me mantendría ocupada absolutamente todo el fin de semana. Obviamente no, pero no me daba tiempo de ir y volver. Ya no respondió luego de eso.

Anduve un trecho más y noté a algunos alumnos inquietos, llegué a la salida del campus y sonreí.

Vi a Ácrux cruzado de brazos, apoyado contra su auto negro que le dieron hacía mucho, y llamando la atención de los estudiantes, sobre todo de las mujeres. Las traía locas, y no era para menos. Exótico, con ese garbo y elegancia de depredador y hombre sexy y caliente como el color de sus hipnóticos ojos felinos, además de que a los evolucionados prácticamente no se les veía entre humanos, y el hecho de que ya era sabido que podíamos convivir porque no eran las bestias que el gobierno nos hacía creer, atraía más la curiosidad a su especie.

Ya le estaba sonriendo a una que al parecer le había dicho algo. Resoplé. Si no entendía las indirectas de las locas esas, sonreía, o seguía el juego hasta que entendía y terminaba rechazando, dejándolas con ganas, sin dejar ni que lo tocaran.

Al verme vino a darme alcance, aceleré el paso.

¿Por qué rechazaba? Fácil, era mi novio.

Rodeé su cuello y de un brinco rodeé sus caderas con mis piernas, sacándole una de sus suaves y cortas risas.

—Hola, pequeña —ronroneó.

Lo besé con ganas, muchas ganas y necesidad, disfrutando otra vez de esos varoniles y deliciosos labios. Me acompañaría todo el fin de semana, no podía estar más feliz. Las pesadillas dejaron de molestarlo con el tiempo, me dio nuestro segundo primer beso antes de que viniera a la capital, se dejó los tatuajes, aunque el siete pasó a formar parte de una muy bonita y estilizada **R**, de **Rosy**. Tuvo razón aquel día, poco a poco no tardó en irme recordando, aunque no lo hizo del todo aún, me amaba, me había vuelto a elegir y no se alejó de mí, tal y como lo prometió.

FIN

ESPECIAL 1

REINVENCION

Gozaba del sonido del mar mientras me ponía traje de baño, un bikini muy sexy y bonito de color azul marino. Salí y Ácrux quedó con la boca abierta. No lo había acosado en ropa interior desde que se desactivó su chip y volvió a confundir sus recuerdos, así que era como la primera vez que me veía así. Apenas hacía unos meses que éramos novios de nuevo.

Sirio corrió a cubrir a Marien, lo cual me causó gracia, nuestros chicos estaban vestidos, andar semidesnudos era prácticamente un pecado para todos en su sociedad. Mientras arreglaban sus problemas, fui con mi sorprendido H.E.

—¿Vamos a jugar?

Tragó saliva con dificultad y asintió, sonreí feliz y tiré de su mano para llevarlo a la orilla.

—Espera, el agua...

—Quítate la ropa como yo.

Con algo de duda se sacó la camiseta.

—Esto es tan raro.

Deslicé mis manos por su pecho sintiendo cómo reaccionaba su piel a mi tacto, las bajé y desabroché su pantalón. Tomó mis manos mirando a los costados y luego sonriendo con nerviosismo y vergüenza. Se había ruborizado.

—¿Qué van a decir si quedo en ropa interior?

—Bueno —le planté un beso en el pecho—, puede decirse que estoy en ropa interior también, ¿me vas a dejar estar así sola? —Hice puchero.

Su expresión se tornó decidida y se bajó el pantalón quedando con una ropa interior negra, luciendo el cuerpazo sensual que tenía. Mordí

mi labio y tiré del elástico de la prenda haciendo que se ruborizara otra vez y tomara mi mano mientras avanzaba para evitar que terminara desvistiéndolo.

Reí, me alejé y le salpiqué agua. Vino y aunque volví a salpicarle agua e intenté huir, me atrapó por atrás rodeando mi cintura y estrechándome contra su cuerpo.

—Traviesa —ronroneó.

El agua nos llegaba a las caderas ya, le salpiqué agua hacia atrás, me liberó y me salpicó agua también. Volví a reír y él también lo hizo. Algo pareció llamar su atención en unas rocas cercanas, avanzó y tomó mi mano para que fuera con él.

Las grandes rocas estaban en la orilla y el mar rompía en ellas. Había unos cuantos pozos, con algas y pequeños moluscos. Vi un erizo.

—Uh, ese debería estar mar adentro —comenté.

—Puedo devolverlo...

—Pero podría picarte.

Miró a una roca en específico, nos acercamos, cuando de pronto de su base salió un cangrejo enorme con las tenazas levantadas y pegué un brinco tras chillar. Corrimos un par de metros lejos y se quedó quieto.

—Es malvado —me quejé.

—Es atrevido, es lo que pasa, se atreve a enfrentarnos a pesar de que somos más grandes... —Eché a perseguirnos de nuevo y salimos disparados.

Tropecé, él al no lograr detener mi caída me abrazó, terminé sobre su cuerpo y una ola rompió contra nosotros.

Nos sentamos enseguida y terminamos riendo. Limpié mis ojos aunque ardieron un poco de todos modos por la sal. Sentí sus caricias y sus manos ayudándome.

—Vamos por agua.

—De aquí. —Lo besé al estar tan cerca y no poder resistirme.

Sus ricos labios y la sal del mar me hicieron perderme un rato. Lo besé hasta que ya no supo salado, me había sentado sobre él, rodeando

su cintura con las piernas, sus manos recorrieron mis muslos y le mordí el labio.

—Eh —se detuvo alejándose unos milímetros—, nos vayan a ver.

Le planté un sonoro beso.

—Estamos lejos, no creo que importe...

Me volví a devorar su boca, removiéndome contra él, siendo consciente de que empezaba a causar estragos en cierta parte de su cuerpo. Sonrió separándose de nuevo.

—No sé por qué sospecho que sabes lo que haces, pequeña.

—¿Qué hago? —pregunté rozando sus labios y llevando mi mano en bajada por su pecho.

La detuvo por su vientre bajo mostrando una caliente sonrisa sin querer.

—Creo que puedo dejar que me explores, pero no aquí —insistió manteniendo su tierno rubor—. Hay algo que no podré disimular si lo haces...

—Mmm. ¿Ah sí? —jadeé contra su boca, volviendo a removerme. Jadeó también y cerró los ojos unos segundos tratando de controlarse de forma evidente. Reí en silencio y le besé la punta de la nariz—. Vamos entonces —dije feliz liberándolo.

Nos pusimos de pie, resopló y sonrió negando en silencio.

—Vas a acabar conmigo, pequeña.

Luego de vestirnos y volver, nos despedimos de nuestros amigos y me llevó a su casa. No estaba muy lejos, y estaba frente a la de su mamá, ya que pasaba los días con ella luego de trabajar y cuando yo no estaba, e incluso cuando sí, la quería visitar y le ayudábamos con alguna que otra cosa.

Pero no esta noche, iba a prestarme su ducha, así que me dirigí ahí desabrochando los botones de mi blusa, sonreí inocente y entré. Volteé para cerrar la puerta y lo encontré apoyado contra el marco, estudiándome de forma profunda con esos ojos felinos. Caminó hacia

mí hasta que tuve que alzar la vista para ver a su rostro, en su mirada había tanto sentimiento que caló en mí.

—¿Me permites explorarte y amarte sin ropa? —preguntó haciéndome vibrar con su bonita voz grave y suave.

Mis latidos se dispararon.

—¿En verdad quieres?

Sonrió sensual, tomando mi mentón.

—En verdad quiero... —susurró inclinándose y besándome—. O me vas a negar que has estado provocándome —agregó con una traviesa sonrisa.

Me colgé de su cuerpo y nuestro beso se tornó más apasionado. Nos bañamos juntos bajo caricias y besos, deshaciéndonos de lo salado del mar, y en su cama hicimos el amor por segunda primera vez, reinventando nuestro sentimiento, volviendo a escribirlo en nuestras vidas.

PAZ

Me reuní con Max y Sirio en la terraza de mi casa, luego de haber estado en una celebración pequeña y tranquila por mi reciente unión con mi pequeña rulitos. Ya me sentía completamente suyo, pero no dejé de querer unirme a ella, capricho mío. Supimos que H.E y humanos sí podían concebir un bebé, pero por el momento no estaba en planes, sobre todo ella, quería primero ejercer en su carrera, estar conmigo, y yo sin duda iba a complacerla, además de que también empezaba a trabajar en lo mío, a pasar tiempo con mi madre.

—Héctor anda ganando puntos por buen comportamiento —comentó Max.

—Seguramente.

—Al menos no volverá a molestar.

—Sí, ya acabó —dijo Sirio apoyándose en el borde de madera de la terraza, mirando al cielo nocturno.

Tomé un sorbo del jugo que tenía en la mano.

—Bueno, puede decirse —habló Max.

Eso se nos hizo extraño.

—¿Cómo que puede decirse? —pregunté.

—Nada, nada, como nada está dicho...

—No, tú sabes algo, dilo —insistió Sirio.

—Uch. No es importante pero bueno, digamos que al final recordé que le perdimos la pista al virus que se robó. —Nos preocupamos—. Pero naah, descuiden, ha de estar por ahí, ni que se pudiera hacer gran cosa con eso. Ya lo encontraremos. Ya hemos capturado a todos los hombres problemáticos así que olvídense de eso.

—Hum... —Volví a tomar del jugo.

Algo me decía que tal vez sabía algún dato sobre ese virus, pero tal vez no, y quizá no era importante o solo me parecía. Me encogí de hombros y tomé más jugo.

Marien vino y se fue con Sirio, Max volvió también diciendo que tenía que conquistar a una pobre evolucionada, que aunque no parecía interesada en él, no lo alejaba, así que tampoco me pregunté más sobre el asunto.

Alguien se aferró de mi brazo y tiró con suavidad para darme un beso, mi Rosy.

—¿Vamos a bailar?

—Por supuesto, amor —susurré besando su frente.

Mordió su labio, traviesa.

—Y luego nos vamos por ahí a mezclarnos de forma *irrica*.

—Mmm —ronroneé—, encantado, preciosa.

Historia de Ursa

Tantas reglas que había que acatar, pero cuando lo vi, supe que corría el riesgo de romperlas. Su nombre era Sirio. Cabello oscuro, ojos verdes, y con una especial mirada. Quizá había muchas preguntas en ella, más curiosidad también.

Lo espiaba sin descanso. A veces se acompañaba de otro chico, y a veces de una chica. Sinfonía, la debilucha, debía alejarlo de ella. Lo había visto pelear, era muy bueno y yo estaba convencida de que era para mí. Debía estar conmigo, cumplía a la perfección mis expectativas.

Una vez, mientras le observaba distraído en la biblioteca, sin previo aviso me clavó la vista, sorprendiéndome. Mi corazón se aceleró, me mantuvo la mirada por casi dos minutos, demostrándome que era un excelente cazador, y hubiera sido más si yo no hubiera parpadeado y perdido esa especie de competencia que él realizó.

Sonrió de lado, y supe con más certeza que tenía que estar a mi lado. No solo eso, también supe que me había enamorado, y dejar que eso pasara era lo peor que podía haber hecho, una deshonra para una joven decente como yo. Además, debía hacer algo para que no pensara mal ahora que me había descubierto mirándolo.

Convencí a dos amigos míos, que eran hermanos gemelos, de que debían espiar al muchacho conmigo con la excusa de que era buen peleador y así aprenderían buenas técnicas. Con eso, si nos descubría él o algún superior, yo no estaría sola, y pondríamos esa excusa.

No tardé mucho en saber que espiarlo no me era suficiente. Quería acercarme, ser su amiga, la única por cierto. Debía aparecer en su vida, formar parte de su día a día, que me viera más que a Sinfonía. Si lo dejaba así, tarde o temprano terminaría uniéndose a ella en un núcleo y ese sería un error, ya que yo era su compañera perfecta.

Iba sumida en mis pensamientos, junto con los gemelos, cuando vimos a unos bravucones, los cuales abusaban de otros menores y luego

lo negaban descaradamente ante los superiores. Quise hacerme la valiente, el orgullo de mis compañeros, así que los reté. Grave error. No se midieron y nos golpearon a los tres.

Lo peor, apareció Sirio y nos defendió. De lo que nosotros tres no pudimos contra esos dos, él sí. Pero lo malo es que me vio derrotada, mi orgullo se fue por los suelos, debía cambiar eso.

Al día siguiente hablé con su profesor de pelea para pedirle que me dejara retarlo. Me avisó que él era el mejor, claro, yo lo sabía, pero por eso había entrenado también y era la mejor de las chicas. El hombre aceptó, llenándome de felicidad por dentro.

Al fin podría acercarme a él. Aparecí esa tarde en su clase, mientras se jactaba con su amigo de ser el mejor.

—Te crees el mejor —le dije mientras volteaba a verme.

Sonrió de lado e intenté calmarme para que no escuchara mis latidos.

—Al fin decidiste salir de tu escondite —se burló de repente.

—No te estaba espiondo, si eso crees —respondí enseguida y de forma tosca.

No podía creer lo orgulloso que era, me gustaba, pero me estaba haciendo quedar en vergüenza ante los demás al haber soltado eso así sin más. Tremendo dato el enterarse de que Ursa había caído tan bajo como para espiar a un chico. Deshonra total a los buenos principios.

—Pelea conmigo. —Recuperé la compostura.

—No, señorita, no pelearé contigo.

Había fruncido el ceño, así que también lo hice. Me iba a pagar por ensuciar mi nombre.

—Soy la mejor peleadora de las chicas y el profesor me ha permitido venir a retarte.

Le dio un vistazo al profesor, que estaba expectante, pero aun así volvió a negarse.

—No lo haré. No sé qué intentas demostrar, niña.

No pude evitar ruborizarme con eso. Los compañeros intentaron no reír, había quedado en vergüenza, había sido rechazada. Mi orgullo no

podía estar más por los suelos. La furia me dominó y, sin pensarlo, le di un puñetazo.

Todo quedó en silencio. Sobó su mejilla y me fulminó con esos intensos ojos verdes. Yo que quería agradecerle, había logrado lo contrario, pero no me rendiría. Para mi sorpresa, sonrió otra vez. Mi corazón brincó. ¿Le había gustado? Eso me llenó de felicidad, y no pude evitar lanzarme a pelear.

Me esquivó sin problemas y me atrapó. Por primera vez sentí la fuerza de un hombre rodeando mi cuerpo, y lo mejor, era él. Mi corazón se aceleró más, se sentía muy extraño. Tanto que me asustó lo que podía ocasionar ese simple hecho, acompañado de lo que sentía por él. Pataleé para que me soltara, no podía creer lo abrumadora que era esa sensación.

—¡Suéltame y pelea! —gruñí. Su contacto me era mucho en ese momento.

—No voy a pelear contigo.

Había dicho eso pero no me soltaba. Le di un pisotón y automáticamente giré, dándole un codazo, como para que aprendiera a no tomarme de ese modo otra vez a pesar de que yo me lo había buscado, y a pesar de que me había gustado.

Pude ver su fugaz sonrisa, y luego solo fui consciente de que me había pateado. El dolor se me disparó por todo el torso, lo cual me enfureció. Gruñí y me le lancé, forcejamos mano con mano unos segundos, estaba cerca de su rostro, tan cerca como nunca lo había estado. Me empujó con fuerza, caí y se me abalanzó, me tomó del cuello de mi camiseta y alistó el puño para golpearme. Retuve la respiración, pero para mi alivio, no me golpeó.

Estaba a gatas, prácticamente sobre mí. Si me hubiera golpeado, me habría hecho sangrar, él lo sabía y estaba siendo considerado conmigo. Empecé a ruborizarme, y eso también me molestaba, aún tenía que salvar mi orgullo. Lo golpeé, y de un rápido movimiento y mucha fuerza, giré y logré quedar sobre él.

Mi pulso golpeaba mi pecho, era mi primer contacto así con un chico, y era él. Intenté golpearlo pero detuvo mi puño y gruñó, le devolví el gruñido y me obligué a concentrarme.

—No vuelvas a detenerte, ¡no soy débil! —reclamé.

Seguido a eso, al fin me hizo caso, y de un golpe me lanzó un par de metros hacia el costado. Dolió, pero me sentía bien en parte, por mi honor. Me apreté el hombro, en donde me dolía más. Sentí que me tomó del brazo, y de un tirón me puso de pie.

—¿Estás bien? Perdón, tú lo pediste.

Su amable voz me sorprendió, sentí como si me estuviera derritiendo o algo. Me había portado de lo más molesta y aun así vino a ayudarme. Intentó tocarme el brazo y me aparté. ¿No sabía acaso que no debía hacerlo? El contacto con un extraño era una de las prohibiciones, y aunque ya bastante contacto habíamos tenido, la pelea ya había terminado.

—Estoy bien —aseguré—, era justamente lo que esperaba, necesito entrenar más y quiero que sea contigo —agregué completamente altiva.

Arqueó una ceja. Abrió un poco la boca para decir algo pero el maestro interrumpió.

—Bien, eso fue interesante. Ursa, acepto que entrenes con él. —Se retiró.

Crucé los brazos y lo miré satisfecha, mientras que por dentro moría de felicidad. Me miró con cólera e impotencia, me gustaba que se resistiera a lo inminente: él y yo juntos, como compañeros. Pronto vería que mejor cosa no podía haberle pasado.

Resultaron las cosas como las había planeado. Ya sabía en qué días y momentos lo buscaba Sinfonía, así que yo lo buscaba con varios minutos de anticipación, y le propuse un horario para entrenar que justo ocupara ese tiempo.

Se había vuelto mi amigo. Fuimos los mejores en la competencia oficial de pelea, todos nos felicitaron y vieron el buen equipo que hacíamos. Ya había perdido la cuenta de las veces en las que había corroborado que él era perfecto para mí, y que estaba, sin duda,

vergonzosamente enamorada. Eso solo las chicas lo sabíamos, a los hombres no les hablaban de eso, no era necesario que les advirtiesen, ellos eran muy diferentes. Mis compañeras sabían lo que planeaba, o lo sospechaban, pero mantenían silencio, a pesar de sus acusadoras miradas.

—Debes tomar esta posición —decía Sirio, al tiempo que tomaba mis brazos y me ayudaba.

Me gustaba su toque, su forma de explicar... y su sonrisa. Me encantaba, sin embargo fingía molestia cuando lo hacía, pues era contra las reglas sonreír mucho, mientras menos mejor y más decente eras. Y también porque me causaba un sinfín de sensaciones.

Lamentablemente me había confesado un deseo que tenía: conocer humanos.

¿Qué cosa peor que esa? ¿Humanos? ¿Por qué, si nadie los quería ver? ¿Por qué simplemente no soñaba con terminar bien su carrera y unirse a alguien como los otros chicos?

Eso era como una sombra, mi chico perfecto tenía ese defecto, solo esperaba que fuera simple curiosidad, de la cual estaba lleno, y se le pasara la locura juvenil con el tiempo.

—¡Sirio! ¡Sinfonía está siendo molestada por dos tipos! —vino avisando su amigo.

Renegué por eso, no era la primera vez que pasaba. Y como siempre, él corrió en su ayuda. Debía hacer algo. Bueno, ya estábamos por terminar la carrera, podía hacer algo.

—Mamá, usted conoce a Enif, la madre de Sirio.

—Sí, ¿por qué? —preguntó con extrañeza.

—Quiero que le sugiera la unión de su hijo conmigo —pedí con el rubor acentuándose en mis mejillas.

Me miró sorprendida.

—Ese chico tiene fama de no seguir muy bien las reglas, y tú eres perfecta y responsable. Una jovencita centrada y madura, nuestro orgullo. ¿Estás segura de querer eso?

Bajé la vista, llena de vergüenza.

—Es fuerte y buen luchador, también responsable como yo... Ya lo has visto, lo sabes.

Suspiró y aceptó al reconocer que eso era verdad, pero aun así, hubo algo de sospecha en su mirada. Esperé que no se diese cuenta de mi deshonroso enamoramiento.

* * *

Después de un par de días, me había decidido a decírselo yo misma si mi madre no lo hacía. Pensaba mucho en él, como siempre, mirando el techo de mi habitación, recostada en el suelo. La tarde llegó y luego la noche, pero veía claramente.

Abrí mucho los ojos al verlo asomarse por mi ventana. No podía creer lo increíblemente atrevido que era, y lo increíblemente atractivo que lo hacía ser así. No me había visto, entró un poco y se apoyó en la silla de mi escritorio. Me exalté al ver que entraba y golpeé la silla, esta cedió y él terminó cayendo a gatas sobre mí.

Mi corazón se disparó y mis mejillas se calentaron en milisegundos. Me miró muy sorprendido, y prácticamente saltó lejos, espantado.

—Perdón...

—¡¿Pero qué rayos crees que haces?! —reclamé poniéndome de pie.

No sabía controlarme y terminaba rompiendo en histeria cada vez que él hacía algo que lograra quebrar mi barrera antisentimientos y ruborizarme así.

—¿Y tú qué hacías en el suelo? —Se puso de pie también.

Mentí enseguida sin problemas.

—Estaba recostada mirando mi techo y me quedé dormida hasta que detecté tu molesto aroma y reaccioné de forma brusca. —Sacudí mi ropa—. Para mi mala suerte golpeé la silla y aquí estás tú. —Lo fulminé con la mirada—. Irrespetuoso, ¿no te han enseñado a tocar la puerta?

—Iba a hacerlo. En fin, ¿no te apetece ir a caminar por ahí?

¿Qué?

Volví a ruborizarme, me estaba pidiendo salir, no podía creerlo. Todo este tiempo viéndonos por ahí, porque yo ya sabía por dónde paraba, o en la casa de estudios. Pero nunca me lo había pedido. ¿Estaba empezando a sentir también algo por mí?

La esperanza revoloteó en mi estómago. No debía arruinar esto. Tragué saliva con dificultad y respiré hondo intentando relajarme.

—Saldré por mi puerta... como alguien normal —balbuceé—. Tú, si quieres, espérame afuera.

Asintió y se retiró por donde vino. Respiré más hondo y sonreí, no podía evitarlo. Yo no sonreía, casi no, frente a él, debía guardar la compostura si tal vez a él le agradara alguna chica que respetara las reglas como Sinfonía, y no podía permitir eso.

Me miré en el espejo y palpé mis mejillas, solté mi cabello. Sinfonía casi siempre lo llevaba suelto, quizá eso también le gustaba a él. Justo en ese momento me ponía a pensar en las cosas que quizá le gustaban y yo no lo había hecho. Me arrepentí por no haberme preocupado primero de averiguar eso, antes que actuar como muy ruda. ¡Cuánto tiempo había perdido!

Salí enseguida, renegando aún en mi mente por mi torpeza. Cuando lo vi esperándome afuera de mi casa, sentí una especie de alegría que no supe describir. Me sonrió, mantuve la calma ante eso, pero moría por decirle que me gustaba. Las reglas estaban primero, por mi honor no podía dejar que mis padres y compañeros se enteraran de esto.

Caminamos en silencio hasta la plaza, y nos encontramos con que iba a haber un evento de música. Una de las pocas cosas que sabía de él, era que eso le gustaba, y aunque una vez lo hice enojar al burlarme y decirle que sus gustos eran tontos, me gustaba verlo feliz cuando la escuchaba. Esta vez no lo molestaría, lo dejaría tranquilo, no debía arruinarlo.

El grupo empezó a tocar una canción suave, solo instrumental.

—¿Me permites? —preguntó de pronto.

Me confundí. Tomó mi mano y nuevamente el rubor en mis mejillas apareció de golpe. Nos unimos a los H.E que estaban danzando esa música tranquila.

Quería quedarme ahí con él, pero las reglas... Las reglas, debía respetarlas, no podía fallarle a mis padres, qué vergüenza. No podía creer tampoco que él quisiera bailar conmigo, era el día más feliz de mi vida. Las músicas usualmente las bailaban las parejas de núcleos, y nosotros no lo éramos. Esto podía ser muy mal visto, y yo maldecía por dentro por lo que debía hacer.

—No debería... —murmuré al fin. Sus ojos se clavaron en los míos—. No deberíamos estar danzando, no es apropiado... Y ya sabes lo que pienso —dije con mucha, mucha dificultad.

—Claro, perdón. —Me soltó.

El calor de sus manos aún latía en las mías. Dejé caer mis brazos y me alejé, mis labios eran una sola delgada línea. Él venía detrás de mí, sin preocupación alguna. Respiré hondo. No importaba, si él y yo íbamos a unirnos, podía luego confesarle lo mucho que me gustaba, y lo mucho que me encantó que bailara conmigo. Iba a poder confesarle todo lo que me hacía sentir, y de seguro iba a poder volver aquí y estar con él sin problemas, al ser pareja. Compañeros eternos. Tenía que sugerírselo.

—¿Ya has pensado qué harás al terminar el semestre? —le pregunté con los nervios de punta.

Suspiró profundo, como si esa pregunta le incomodara un poco, tal vez sus padres lo estaban presionando.

—No, no aún.

—Pues deberías...

—Ya lo sé.

—Mi madre dice que le agradecería que formara un núcleo contigo. Yo no veo el problema, eres buen luchador. —Giré para mirar bien su reacción—. ¿Y tú?

—La verdad... no quisiera, no aún.

Eso me cayó como agua helada. ¿No quería aún? ¿Entonces qué rayos quería? Me estaba rechazando otra vez, mi corazón se estrujó de tal forma que creí que me había dado algo. Asentí, manteniendo la

compostura. No era problema, había dicho «no aún», eso no significaba un *para siempre*.

—Ya, entonces luego —aseguré. Volví a girar y continué caminando. No iba a rechazarme más, esto solo era algo pospuesto, no podía ser que a pesar de mis esfuerzos no sintiera algo por mí, pero debía asegurarme—. De todos modos, no creo que hayas pensado tampoco en unirte a tu pequeña amiga Sinfonía, no hace buen equipo contigo —solté.

—No, pero no es por eso. Es que me doy cuenta de que no le agrado a ninguna de ustedes. Quizá ni a mis padres, desde que era pequeño causé problemas, mis actitudes no les complacen y no quiero incomodar a nadie...

—Te equivocas —le interrumpí.

—¿En que las incomodo a ustedes o a mis padres?

—Te equivocas —repetí, intentando hacerle entender de forma indirecta.

Continué caminando. La tristeza me inundó pero la erradiqué con dificultad. ¿Era mi culpa que se sintiera así? ¿Creía que no me agradaba? Qué equivocado estaba. Tuve que morderme la lengua para no soltarle mi vergonzosa verdad. Pronto me di cuenta de que no me estaba siguiendo, y al voltear, lo vi leyendo un anuncio.

Al acercarme y leerlo también, me espanté, y mi mundo se quiso venir abajo. ¡No otra vez eso! ¡Había pensado que ya lo había olvidado!

«Orión busca un joven que esté cerca de su estado de transición para una misión que requiere interacción con los peligrosos y detestables humanos. No se responsabiliza por cualquier daño que sufra en el proceso y este contrato es cerrado»

—Ni siquiera lo pienses —le advertí.

—Es lo que he estado esperando...

—¡Estás loco! —exclamé enfurecida. ¡¿Por qué no se había olvidado de eso?! ¡Iba a ponerse en peligro!—. ¿Sabes lo que significa que sea un contrato cerrado?

—Claro, pero no creo que sea algo tan difícil.

—Orión no es de fiar, todos sabemos que está obsesionado con que los humanos son un peligro a ser eliminado, no lo niego pero él lo lleva al extremo. Este asunto no te concierne, no te vayas a meter con su ejército... ¡¿Me estás oyendo?!

—Perdón, no te oigo, hasta luego. —Salió corriendo.

Se alejó de mí, y sentí que lo hacía de todas las formas posibles. Lo llamé, llena de cólera, con él y conmigo misma, pero ya no volteó a verme.

* * *

Lo dejé de ver seguido. El tiempo que no estaba en la casa de estudios o concentrado en los trabajos, se iba lejos, seguro a entrenar con esos sujetos. Mis días se volvieron grises. Me preocupaba verlo llegar con sangre, era sangre de otros hombres, a veces también de él, y a veces de animales.

Andaba con el ceño fruncido, ya no sonreía, lo había perdido de más formas de las que había creído. Sus músculos se marcaron un poco más, ya se acercaba su etapa de transición, además. No podía permitir que se fuera, no podía.

Llegué a casa y me encontré con sus padres, eso me sorprendió muchísimo.

—Buenos días, pequeña Ursa —me saludaron.

—Hemos visto que haces muy buen equipo con nuestro hijo —dijo su padre—, así que estábamos conversando aquí y estamos llegando a una especie de acuerdo. Claro, si gustas unirse a mi hijo...

—Sí —respondí enseguida—. Claro que sí, es decir —me aclaré la garganta—, es lo mejor. Nos entendemos a la perfección... y si ustedes lo ven provechoso, es porque lo es, no cuestionaría sus conocimientos.

Asintieron y me dieron permiso para retirarme y dejarlos arreglar las cosas. Corrí a mi habitación, cerré la puerta y me recosté en ella, con una felicidad indescriptible. Él no iba a poder desobedecer a sus padres, era obligarlo un poco pero era por su bien.

Al día siguiente terminaba sus estudios. Me dirigí con mis padres al edificio de unión, y nos reunimos con los suyos. Se excusaron por la ausencia de él, pero que ya estaba en camino. No tardó mucho en aparecer, pero su mirada era de obvia confusión e incomodidad. Me preocupó, ¿no le habían dicho? Aun así no podía negarse, pero conociéndolo...

—Buen día —saludó.

—Sirio —habló su papá—, estuvimos conversando y creemos que es conveniente que hoy te unas a Ursa.

Su ceño fruncido se acentuó, y vi que el de sus padres también.

—No pienso unirme a nadie —dijo él, en el tono que lo había sentido el más frío de mi vida.

Sentí una especie de daga atravesar mi pecho. Esas palabras retumbaban. ¿Yo era *nadie* para él, a pesar de todo? ¿Rechazada otra vez?

—Estamos preocupados, hijo. Te desapareces casi todo el tiempo, un joven decente y responsable no hace eso. Así que ahora te ordeno que obedezcas.

—No. —Yo no podía creer que lo estaba viendo desobedecer—. Tengo veintidós, según nuestras leyes, ya soy mayor de edad desde los veintiuno, así que no tiene por qué cuestionarme ni darme órdenes.

La furia y la pena me habían inundado. ¿Por qué era tan terco? ¿Qué le costaba decir sí? ¿Era que acaso no me quería ni un poco a su lado? Quizá era mi culpa por haber sido siempre tan pesada con él, quizá en secreto le agradaba más Sinfonía. No, no podía ser. ¡Es que no podía ser!

—No estoy a gusto tampoco —dije, para limpiar mi orgullo herido siquiera un poco—, pero hacemos buen equipo y es lo mejor para ambos, nuestros padres han vivido más, deberías obedecer, ellos saben por qué hacen las cosas. —Tragué saliva con dificultad—. Aunque no contaron con que su hijo es un egoísta que solo piensa en sí mismo y sus caprichos.

Me alejé, chocando mi hombro con su brazo sin querer, pero sentía que explotaría. Quedé apoyada contra la pared de atrás.

—Perdonen... —les pidió a mis padres y a los suyos—. Disculpen mi ofensa, pero no puedo, porque...

El tal Orión irrumpió de pronto en la habitación. Sorprendiéndome y hablando también.

—Porque ahora es parte de mi ejército —terminó la oración de Sirio. Estaba pasmada, no podía creerlo. En verdad se iría—. Estaba buscándote —le dijo—. Vámonos, ya es tiempo.

—¿Q... Qué has hecho? —le preguntó su mamá, y pude ver su dolor. Sirio, tonto, lastimar así a su madre. Qué malo, ¡qué malo y cruel que era!

—Vete ya —lo botó su padre. La peor deshonra de todas.

Sin embargo, su mamá no cedió.

—No. No, mi niño, no te vayas —pidió—. Si tanto quieres ver humanos, hazlo de otra forma.

Mis puños estaban apretados, contemplando el inverosímil asunto. Las malditas reglas no me dejaban hablar ni meterme más en el asunto. Él pidió perdón y me di cuenta de que sí le dolía, pero no por mí. Salió, sin siquiera mirarme.

* * *

Me enterré en mi cama, llorando amargamente. Patético. Yo nunca tenía porqué llorar por alguien, pero me abrumaba la idea de haberlo perdido. No me quería. Me daba cuenta de que él siempre había sido cercano a mí, pero al mismo tiempo distante. Fui yo la que hizo que solo las peleas, competencias y los estudios fueran las cosas que compartiéramos, muy rara vez conversábamos con tranquilidad. Había creído que pelear le gustaba más, pero quizá si hubiese conversado más, hubiera podido descubrirlo mejor, y lograr que me quisiera así como yo.

Limpié mis lágrimas contra la almohada. Quizá aún no era tarde, aún podía decirle, incluso aún podía volver después de ver a esos humanos y unirse finalmente a mí. Me puse de pie, me lavé la cara y salí a verlo, esperando que no se hubiera ido ya.

Al llegar por su casa, lo vi salir con el semblante sombrío. Podía olfatear que sus padres no estaban, seguro había querido despedirse de ellos. Quería interceptarlo y abrazarlo, rogarle que no se fuera, que aquí me tenía, que siempre me había tenido. Pero tan solo verlo, mataba todo el valor que podía tener. No solo eso, mi moral me atacaba y me decía que debía comportarme, y no caer así de bajo, no debía.

Respiré hondo mientras se alejaba.

—¿Ya te vas? —pregunté con la poca fuerza que tenía. Volteó, y empecé a acercarme, intentando no correr a sus brazos para ver si así se le quitaba esa expresión de tristeza.

—Sí, ya lo sabes —murmuró.

—Espero que no te maten esos despiadados humanos, y que tampoco te mate Orión si fallas. —En verdad luché para que las palabras me salieran.

—No pasará —respondió con una hermosa sonrisa.

Entonces hice lo que nunca pensé que haría. Me empiné y rodeé su cuello, juntando mi frente a la suya. El contacto más cercano que había tenido en mi vida, esta vez no era una pelea lo que me hacía estar tan cerca de él. La imagen de nosotros tan juntos escandalizaría a cualquiera que nos viera. Había sido demasiado atrevida, pero era mi amigo, eso era lo que nunca había asimilado, y esto sí podía haberlo hecho antes, de no haber tenido tantas autolimitaciones... tanto miedo.

Ese miedo a equivocarme, a quedar como una indecente. Ese miedo que seguía ahí. Me aparté a los pocos segundos, sin poder ocultar mi rubor.

—Sé que me arrepentiré de acatar las reglas y no decírtelo —susurré.

—¿Decirme qué? —preguntó, sabiendo que no lo haría. Curioso como siempre.

Suspiré y retrocedí. Estaba por dejarlo ir, en verdad estaba dispuesta a dejarlo ir, con la esperanza de que al no presionarlo, volvería.

—Vuelve pronto —ordené.

Di media vuelta y lo dejé atrás, sin volverme para darle una última mirada. Lo dejé ir, decidida a que cuando volviese, le confesaría mis sentimientos... Me dolía en el alma, pero por honor y orgullo, lo dejé ir.

CAPÍTULO 2

Pasé mi etapa de transición casi todos los días en mi casa.

—Venimos a ver si Ursa no quiere ir a correr a la pradera —decía uno de los gemelos—, a ella le gusta, y como Sirio se fue, creímos que querría...

—Por ahora no anda con muchos ánimos ya que está en transición —explicó mi mamá—. ¿Qué tal en unos días?

Los escuché aceptar e irse. Mi padre suspiró.

—Iré a hablar con ella...

Me exalté un poco, enseguida me metí a la cama y me cubrí, fingiendo estar dormida. Mi padre dio un par de toques y abrió la puerta, suspirando al verme tendida.

—Hija... —susurró—. Tus palpitaciones te delatan. —Enterré el rostro en mi almohada—. No sé qué pasa contigo. Pero espero que solo sea por la etapa por la que pasas. —Qué vergüenza era para mí estar así por un chico. Qué vergüenza si mi padre se enteraba—. Ya terminaste los estudios, ahora sería bueno que pensaras en hacer algo útil con tu vida, aparte de ejercer tu carrera. No vayas a ser como el hijo de Enif y Arturo, vaya deshonra...

—Lo hizo por una buena razón —interrumpí—, y volverá... —Lo miré a los ojos, que eran tan celestes como los míos.

—Pues espero, así enmendaría su ofensa.

—Lo hará —susurré.

Salió y quedé sola nuevamente con los recuerdos.

Los días pasaban y pasaban, sin emoción, planos, sin sentido. Extrañaba sus apariciones repentinas, su olfato para los problemas, nuestras carreras al campo a ver quién cazaba primero a algún animal, las peleas, las discusiones que me gustaba provocar para verlo enfadado e intentando contenerse por educación. Su sonrisa, la que hacía

cuando me enojaba, la que hacía cuando estaba satisfecho con algo, la que hacía cuando iba a meterse en algún problema.

¿Qué estaría haciendo? ¿Lo lograría? ¿Sospecharían los humanos?... ¿Me extrañaría? ¿Pensaría en mí?

—Por más que hiciste, Sirio te abandonó —dijo la chica frente a mí, con regocijo.

Alcé la vista, con el ceño fruncido. Sinfonía no me vería derrotada.

—De hecho, se fue, sí. Pero me dijo que volvería pronto y está decidido a unirse a mí —aseguré.

Su expresión se tornó sombría. Quise sonreír satisfecha al verla sufrir con eso, si flanqueaba y revelaba su tristeza lo haría, pero no lo hizo, arrugó el entrecejo también.

—Deberías avergonzarte por habertele pegado tanto. Qué indecencia la tuya... Buscarlo, perseguirlo, y arrebatarlo de mi lado.

—Él me prefirió, eso no es arrebatar. —Arqueeé una ceja—. ¿Además, quién es la indecente al reclamar por un muchacho?

Me miró con más cólera, y casi juraría que inflaría los cachetes como una niña enfadada. Seguí de largo y respiré hondo. Enana atrevida. Ahora que ya había terminado mi transición hacía varios días, me provocaba salir y correr por ahí. Así que fui, busqué a los gemelos, y aunque ahora ellos eran los que estaban en transición, fuimos.

Acechábamos a un venado cuando vi a los lejos lo que jamás creí que vería. Sirio. Los tres nos sorprendimos. Sonreí ampliamente, como nunca lo había hecho, acechaba al mismo venado, y además miraba atento a los alrededores. Nos había detectado pero no daba con nuestra posición.

Sin previo aviso, se lanzó a correr, el venado lo hizo también. Seguía siendo tan veloz. Tuve que morder mi labio inferior y concentrarme para dejar de sonreír. Los gemelos se percataron de algo y no tarde en verlo también. Alguien más lo observaba.

Me pregunté qué sería, pero mi atención se volvió a él, que estaba cerca. Salí de mi escondite y arremetí contra Sirio, quien había volteado a ver a mi dirección al percatarse de mi presencia.

No cayó. Forcejamos y logré empujarlo.

—¡Ese animal es mío! —advertí—. ¡Perderás!

Tomé delantera y sonreí mientras escuchaba su risa. También le divertía esto, y parecía feliz de verme. Cuando se fue creí que no volvería a sonreír, y aquí estaba, siendo él mismo. Había vuelto y ahora podría unirse a mí.

Me alcanzó enseguida y le di un empujón. Me lo devolvió y el venado dio un giro cerrado, haciéndonos derrapar. Casi podía reír con eso, era como en los viejos tiempos. Como se había adelantado, salté a su espalda y caímos, rodando por la tierra, y yo escuchando nuevamente su risa.

Retomamos la carrera, el venado se acercó al humano, al cual pude distinguir que era del género femenino, y Sirio aceleró aún más, para detener al animal. Lo embistió y aproveché eso para lanzarme e hincar mis colmillos en su cuello. Lo apreté fuerte hasta que se asfixió y murió.

Me limpié un poco los labios y me reincorporé. Vi a Sirio y no pude evitar sonreírle, eso le sorprendió un poco, pero ya no importaba.

—¡Sirio! Sí volviste —exclamé al tiempo en el que rodeaba su cuello como aquella vez y junté mi frente a la suya. Me aparté y vi a esa extraña mujer. Con esos ojos tan distintos y poco atractivos, sin garras, debilucha, sin fuerza—. ¿Y esta humana?

Asumía que debía llevarla a Orión o algo así.

—Viene conmigo.

—¿Qué? —¿Se la había traído de mascota o algo?—. No insinúas que vivirá con nosotros, no...

—No, yo me voy con ella, estamos de pasada, vamos a la capital.

—¿Qué? Estás loco. —La decepción me golpeó con fuerza. ¿Pensaba largarse otra vez? ¡¿Qué rayos pasaba, qué quería ahora, qué faltaba?! ¿Se estaba escapando con la humana?—. ¿Quieres que te maten? ¿En esto te metió el maldito ese de Orión, te ha lavado el cerebro o algo?

—No, abandoné la misión y ahora estoy yéndome.

El mundo se me venía abajo otra vez, pero ahora parecía que iba a ser de forma definitiva. ¿En qué momento iba a abandonar sus asuntos y quedar libre para mí? Y ahora no solo eso, había cometido otra inmensa falta.

—Idiota, te matará —murmuré asustada.

No podía ser, ¡no podía ser! ¿En qué pensaba ahora? No lo entendía. ¿Por qué su afán de irse con ella?

Sonrió con despreocupación y negó. Intentaba contener mis respiraciones. Cerré los ojos un poco mientras él llamaba a los gemelos. Lo escuché decir que la humana sabía sobre nuestra etapa de transición y no pude evitar dedicarle una mirada de ofensa a ambos.

Rigel y Deneb le obedecieron y se acercaron. Nos presentó a la humana y yo aún no podía entenderlo del todo. ¿Esa humana le importaba lo suficiente como para querer salvarla? ¿Qué demonios le había hecho?

—Antes de que te vayas a suicidar con tu amiga humana, vamos a que saludes a tu madre. —Tenía las esperanzas de que al verla, desistiría de sus locuras—. Sólo no le digas que el mejor H.E de su clase está en una misión suicida, ya ha tenido suficiente con tu desaparición y tu rechazo a formar un núcleo conmigo, nos ofendiste a todos.

Suspiró. Eso me hizo sentir algo de alivio, seguro ella lo haría quedarse. Los gemelos cargaron al venado y partimos. Él iba detrás con esa chica. ¿Por qué no venía a mi lado?

—Todo irá bien —escuché que le susurraba.

—Sí, bueno... Si no intentan matarme es algo bueno, ¿no?

—No lo harían —por su tono sabía que le sonreía, eso me quemaba por dentro—, yo no lo permitiría, y en verdad ellos no querían enfrentarse a mí por muchas razones.

Apreté los puños. ¿Cómo que no permitiría que la atacáramos o algo? Sentía mi estómago retorcerse con una especie de nudo, un leve dolor en el pecho. Era ella, le había hecho algo, tal vez. La forma en la

que le hablaba era muy distinta, y el tonito que ella usaba para él, también.

No aguanté el dolor al entender. Era muy probable que estuviera enamorado sin saber. Pero ella sí que lo sabía, cómo no, además era humana. Ella le había hecho algo sin duda, y la rabia me carcomía. Sirio no debía sentir eso por nadie... nadie más que por mí, esto estaba mal. Así no era como terminaban mis sueños.

¿En qué momento esa humana aprovechó y rompió su barrera? ¿En qué momento le había hablado? No tenía por qué siquiera plantearse la idea de acercársele, si él ya era mío. ¿Por qué no se lo preguntó? Seguro lo había hecho para salvarse, y meterlo a él en problemas, sabiendo que era algo loco. Él necesitaba de mí para mantenerse del lado correcto, y ahora a esa humana no le había importado interferir y destruir su vida. Meterse en su camino sin pensar si ya tenía otros compromisos.

Sentía mucho odio, rabia y celos. Mientras iba perdida en mi mente, llegamos a su casa. Su madre se asomó, se le notaba aún el enfado pero nos dejó pasar. Se sentaron los muebles y yo quedé contra la pared, observando con mucha agonía, pero con semblante casi neutro, o eso intentaba.

Tenían sus manos entrelazadas, casi fuera de la vista, pero lo estaban. ¿En qué momento se había hecho tan cercano a esa extraña? ¿En qué momento se alejó así de mí? La presentó como alguien especial, y eso me rompió. «Especial». Es que no podía ser. ¿Un H.E con una humana? Imposible, todo estaba fuera de lugar. ¿Dónde quedaba yo? Nunca iba a poder unirse a ella, ¿no lo veía?

Lo peor de todo era que su madre aceptó, y aunque estaba con el semblante de que no lo podía creer, me parecía que su reacción era muy condescendiente. Ya veía por qué Sirio era así, su madre lo había criado mal de algún modo. Lo veía sonreírle a la chica, de una forma que no conocía, esa sonrisa era nueva.

Enif se puso de pie, diciéndole que podía volver cuando gustara, pero que avisara, y se retiró a preparar la cena. Había aceptado que su único hijo se fuera con esa humana, prácticamente corriendo peligro de que

Orión lo matara. No podía creerlo, ya no podía ocultar mi cólera hacia todos. ¡Estaban locos!

—Quita esa cara, Ursa, por favor —me dijo.

—Es que no puedo creerlo, Sirio.

—Créelo —su tono cortante me mataba—, y ya olvídale. Chicos —dijo dirigiéndose a los gemelos, ambos alzaron la mirada—, ¿quieren ir a pasear? —les preguntó con una sonrisa.

Ellos aceptaron aliviados, agobiados por la tensión. Me dijo que también podía ir si gustaba. Ya no quería verlos, pero era terca.

Al salir y andar, estuvieron juntos y de la mano. La estúpida y poca esperanza que había en mí, intentaba consolarme convenciéndome de que eso era lo mucho a lo que esa humana había llegado con él. Pero mi otro lado negativo, me torturaba con la idea de que no, quizá lo había tocado mucho más. Era humana después de todo, vivían en un mundo perdido, indecente, sinvergüenza. Y lo había atraído con esas cosas, lo había ensuciado.

Llegamos a la plaza de música y suspiré al recordar. Rigel tiró de mi brazo y me llevó a bailar. Insistió en que le siguiera el juego, me hizo girar un par de veces y terminé sonriendo. Luego de un rato, ese gesto se me borró, al ver a Sirio con la chica, y ella completamente pegada a su cuerpo. Sentí todo ese bajón en el interior y tuve que respirar hondo.

Yo nunca había estado así de cerca, eso era algo ya muy íntimo. Un abrazo, y frente a todos los que nos rodeaban y miraban extraño. No aguanté mucho así que me les acerqué, viendo cómo se decían algunas palabras mientras se sonreían.

—El sol ya casi se oculta —interrumpí—, deberíamos volver a tu casa.

Él asintió sin problemas, pero ella había quedado mirándome, de una forma que bien conocía yo. Seguramente ya se había dado cuenta de lo que pasaba aquí, pero por mi orgullo, no me mostraría débil ni derrotada ante ella.

La haría retroceder de alguna forma. Se había atrevido a interferir en su vida, encaprichándose con él, tal vez solo por ser un H.E, y luego lo

abandonaría. Los humanos no sabían el significado de eternidad y me ofendía demasiado que ella se atreviese a intentarlo.

Cuando llegamos a su casa, Sirio se ofreció a ayudar a su madre a servir la cena y los gemelos salieron a distraerse al jardín. Me sentí satisfecha al olfatear el estrés en la humana, al parecer su conciencia sí la molestaba un poco. Decidí atacar mientras Enif no estuviera entrando a dejar platos en la mesa.

—¿Qué le has hecho? —pregunté.

—Eh... Nada... —respondió temerosa.

—Está arruinando su vida, él tenía todo aquí. —Intenté no sonar muy triste.

—Perdón.

No entendí por qué pedía perdón. Lo que tenía que hacer era simplemente irse.

—Te vi pegada a él... Esas cosas hacen los humanos, ¿verdad? Piensas hacer que se pierda en tu mundo de cosas mundanas, los humanos son...

—No —interrumpió, dándose el lujo de parecer ofendida—. No... no todos somos mundanos.

—Sí, claro.

—Sientes algo por él, ¿no? Lo siento...

—¿Qué? —Casi estallé, no iba a dejar que me viera débil y sufriendo por mi vergonzoso amor—. No digas tonterías, no siento nada por él, esas cosas son de humanos, a nosotros no nos está permitido sentir cosas tan absurdas. Solo me preocupa y sé qué es lo que le conviene más. Y a él le conviene estar aquí, en su mundo, le convengo yo, soy su compañera perfecta.

—Entonces... ¿Sabes sobre eso? ¿Sobre el amor? —preguntó algo sorprendida.

Lo había arruinado, había soltado sin querer ese detalle.

—Solo a nosotras las chicas nos hablan un poco, eso solo debemos sentirlo cuando formemos un núcleo, pero no siempre de todos modos, solo si se da, solo si él muestra indicios de algo y si no forma

parte de los guerreros. En caso contrario, viene a ser algo indecente e irrespetuoso. Un deshonor... Pero, ¿qué saben los humanos sobre el honor? —dije con tono de desprecio.

—A nosotras nos advierten sobre lo que no debemos hacer nunca con un chico y a ellos igual, pero les omiten muchas cosas, ya que por naturaleza no les nace. Nosotras somos algo más impulsivas quizá, no lo sé... Pero tú —no me salían las palabras, sentía mucha repulsión—, apuesto que tú has hecho todo tipo de tonterías que seguro hacen ustedes las mujeres humanas.

—No... No, bueno... Quizá sí, pero... fue sin querer, no sabía nada sobre su cultura por un buen tiempo, y luego igual no... no pensé, él no... —Guardó silencio de forma cobarde, dejándome más angustiada al haber escuchado esas palabras, que dijeron mucho y a la vez nada.

—Ya, bueno, espero que no te le hayas pegado mucho, debes dejar de cometer esas infracciones, ahora es un guerrero. Lo dejó todo, así que no puedes involucrarlo contigo, otros H.E o humanos pueden aprovecharse de eso.

Si eso no la hacía irse, no sabía qué lo haría, debía atacar de más formas.

—Conmigo hacía un excelente equipo —continué—. A él le encanta competir, tú no podrías darle eso. —Entristeció de forma leve, y aproveché en seguir—. Él va a tener que desfogar su energía peleando, que por cierto, también le gusta. Yo siempre estuve con él, ¿crees conocerlo como yo y saber qué hacer para animarlo cuando lo requiera? ¡Ja! No tienes idea de lo grandioso que es, no podrías ni correr con él, no sabes qué es lo que más le hace enojar... —Vi que tenía los puños apretados, estaba logrando hacerla replantearse sus caprichos—. Lo único, sí, te aprovechaste y le has hecho romper reglas con tus cosas de humanos.

—No —dijo apenas, estaba perdiendo—, sé lo grandioso que es, a pesar de que lo conozco poco como dices... Por eso... Si por mí fuera, lo dejaría aquí a que continúe con su vida —la chispa de la esperanza se encendió, solo me quedaba convencerla un poco más—, pero por mi

culpa ahora Orión lo perseguirá, por eso es mejor que vaya a la capital conmigo.

—No es por eso que me voy con ella —interrumpió Sirio de pronto—, y ella no ha hecho nada que yo no haya permitido o pensado que esté mal.

Su tono frío me hizo entender que quizá ella no era a la que tenía que convencer, y de lo que ya lo estaba logrando, él apareció para defenderla. Resoplé para apaciguar mi dolor y frustración.

—No me asustes, Sirio —renegué—. No me digas que ha hecho alguna cosa inmoral y a ti te ha parecido bien. Escuché una vez que les gusta hacer cosas prohibidas que nosotros no llegamos a saber. ¿Y ahora me vas a decir que si no fuera por ella, te quedarías a pelear con Orión?

—Sí —respondió sin vacilar—, y deja de decir que hice cosas inmorales, porque no lo son, no me lo parecen y punto —agregó en tono tajante.

Su madre entró con los últimos platos y nos avisó. Salí casi disparada a la mesa, sin mirarlo a los ojos. No podía creerlo, y casi no podía aguantarlo. Comimos. La madre de Sirio, como nunca pensé que ocurriría, le encargó a su hijo a la humana, y se retiró a dormir. También estaba enojadísima con los gemelos por haber mostrado simpatía con ella, los sentía unos traidores. Los chicos salieron al jardín y nuevamente quedamos a solas. Debía hacerla sentir más mal, como fuera.

—Um —suspiré—, yo apenas he podido estar cerca de él en las peleas de entrenamiento y las que eran por diversión. Salvo también, por una vez que bailamos esa canción que le gusta y que bailó contigo en la plaza. —La vi tensarse otra vez y me regocijé en mi interior, quise seguir haciéndola sentir mal y culpable—. Y también al saludarlo, claro, lo de hoy solo porque no lo había visto hace mucho tiempo. Pero apareces tú y le tomas la mano como si nada, te pegas a él... Sirio es tan raro, siempre mostró interés por tu especie y eso siempre me incomodó. Pobre su madre, a mi parecer le tiene mucha paciencia...

—Sí —respondió—, seguro sería muy feliz contigo al lado de Anto... Sirio. —Fruñí más el ceño. Pero claro que sí, al fin lo aceptaba—. Lo

he notado, y lo entiendo. Deben estar muy frustradas. Pero él no quiso dejarme tampoco... Ha sido su decisión.

Lo sabía, él lo había decidido, se había enamorado de esa humana, y no podía creerlo. Pero con la esperanza de que mis palabras hicieran caos en su mente, decidí esperar a ver qué pasaba.

—Me voy, no debo estar fuera de casa hasta muy tarde. Estoy segura de que debes dormir en el sofá. No te pegues más a Sirio, acóplate a nuestras reglas por lo menos —aclaré.

Salí, y solo atiné a correr. Sirio y su gusto por romper reglas, iba a querer dormir con ella si en verdad sentía algo, y por supuesto ella no iba a perder la oportunidad de estar tan cerca de un chico como él. Me sentía muy frustrada, ya todo estaba perdido. A él no le incomodaba el contacto, y no era frío como otros, noté muchas veces que le gustaba dar cariño. Hice mal en haberme siempre mantenido distante para que no se me acercara, hice mal en no decirle nunca nada.

Lloré un poco más esa noche por haberlo perdido definitivamente, pero sería lo último. No quedaría lejos de él, si así lo quería, seguiría siendo su amiga, tan solo debía ponerme fuerte y dejar que este sentimiento se fuera, que quedara en el olvido.

Los mayores tenían razón, el amor solo traía deshonra y tristeza si se dejaba que pasara de forma incorrecta.

CAPÍTULO 3

Lo que me temía pasó. La tonta humana dejó que Orión se llevara a Sirio, no pudo hacer nada, y cuando me lo dijo de la forma más cobarde, porque seguro sabía cómo reaccionaría yo, quedé destrozada por dentro.

Aguantando las lágrimas y a regañadientes, la acompañe junto con los gemelos a buscar por lo menos su cuerpo, para traerlo de vuelta a casa. Se había venido con uno de sus amigos humanos, me daba muy mala espina, sobre todo por cómo me retaba. Me hubiera encantado ir sola con los hermanos, ya que este ya no era asunto de esos humanos, ellos ya lo habían arruinado, pero insistieron, sobre todo ella.

Nunca pensé que llegaría a ver tanto dolor en sus ojos, sin duda ser tan expresiva había hecho que Sirio se interesara en ella, quizá. Pero ya de nada servía recordar eso. Mi Sirio ya no estaba como para reclamarle nada.

Cuando dimos con Sinfonía, también quería descargar mi ira e impotencia con ella, había sido también su culpa, la muy inútil y bobalicono a Orión y a su gente sin darse cuenta. Pudo haberlo supuesto, pero no. Bruta.

Pero a pesar de todo, a pesar de las esperanzas hechas trizas. A pesar de que no me había dado por vencida en el más recóndito espacio de mi mente cuando mi madre me exigió que dejara ya de esperarlo y unirme a otro joven, porque él no iba a volver a mí, no me había querido rendir.

El esfuerzo en buscarlo valió la pena. Cuando logré olfatear su aroma en uno de los fuertes de Orión, mi pecho se infló, como si durante todo ese tiempo hubiera estado aguantando la respiración. Él estaba vivo aún ahí adentro. Logramos noquear a los dos hombres que estaban ahí vigilando y entramos.

Estaba bajo el control de una máquina de la pesadilla, como la llamaban algunos. Había escuchado sobre esas y lo que hacían. Una vez que la desconectaron él quedó en silencio. Al principio nos gruñó, pero a quien prestó atención fue a la humana. Ella pidió que los dejaran a solas y fui arrastrada fuera de mi voluntad al exterior del lugar.

Así que no fui yo la que lo hizo reaccionar al final, eso también debí esperarlo.

Una vez afuera, Sinfonía renegó por eso, mientras yo solo la miraba con el ceño fruncido. Entonces los gemelos contaron algo que habían mantenido oculto. Eso explicaba por qué a veces actuaban raro si quería hablarles de Sirio, por qué sonreían cuando se acordaban de él. Se había unido a esa humana sin decirnos nada, ni a mí ni a sus padres, qué tremenda deshonra.

Y por otra parte, qué tremenda decepción para mí.

Y así fue mi despedida de él cuando los dejamos en su casa, solo una mirada. Una muy intensa mirada, en la que intenté decirle lo mucho que había sentido por él, pero ya le decía adiós a todo eso junto con mis esperanzas, ahora que sabía que estaba unido eternamente a otra. Ya no podía soñar con él, ni nada por el estilo, esas eran las reglas, y que esta vez sí iba a respetarlas.

Sin embargo, mi amistad no la iba a perder, eso no. Salí junto con los demás, los gemelos y Sinfonía se fueron, a ella ya ni la miré, ambas estábamos igual esta vez, y me daba vergüenza.

No llegué muy lejos. Caí sentada a los pies de un árbol en un parque cercano, abracé mis rodillas y suspiré. No era del todo malo, él estaba vivo y eso era lo que en verdad importaba. Vivo, en brazos de otra, pero vivo y feliz. Ya qué más daba, así debía ser, y estaba bien, lo acepté.

El ruido de un motor al detenerse muy cerca me hizo alzar la vista.

—Oye, no recuerdo cómo salir de la ciudad —preguntó el odioso amigo de la humana. Frunció un poco el ceño y se acercó—. Hey, ¿estás bien?

Fruncí el ceño también. No sabía que había olvidado ponerme neutra. Se sentó a mi lado y me removí incómoda.

—Estoy bien, qué es lo que quieres —le pregunté sin expresión alguna. Suspiró.

—Estás triste, y eso me hace pensar muchas cosas. Primero, que nunca pensé que aparentando ser tan sexy y ruda, pudiera verte triste un día. —Lo miré aún con mi ceño fruncido y sonrió.

—No sé qué rayos quieres decir, más te vale que no te estés burlando, o si no...

Empezó a reír, lo cual me hizo dar un leve respingo. Mis mejillas empezaron a quemar un poco, pero esta vez sí que era por cólera.

—Ustedes son muy divertidos —aseguró. Respiró hondo, se acercó más pero no me aparté para que no pensara que me intimidaba, un *humanito* como él jamás iba a lograr eso. Quedamos viéndonos directo a los ojos—. ¿No sabes qué es sexy? Tú eres sexy. —Sonrió de lado. Mi cara de confusión seguro era épica—. Tus ojos son exóticos y salvajes, tu cuerpo también, no lo niego y no pasa desapercibido.

Mi corazón se aceleró. ¿Cómo se atrevía a hablar de mi cuerpo?

—¡No sé por qué crees que tienes el derecho de ver mi cuerpo!— exclamé, apartándome un poco—. ¡Y no me gusta que un extraño me tutee, es una falta de respeto!

—Wow, volviste —dijo entre risas—. Perdón, volví.

Me puse de pie, furiosa.

—Vete ya a tu ciudad de humanos, no sé qué esperas —renegó.

—Espero que me guíe. No recuerdo ya por dónde vine, y no tengo su fabuloso olfato. —Ya estaba de pie también, a mi lado—. Perdona por no presentarme formalmente. Buenas tardes, mi nombre es Max, a tu servicio. —Hizo una leve reverencia.

—¿Estás volviéndote a burlar? —pregunté ya con un tic en la ceja por el estrés que me estaba causando.

—Nunca.

La seriedad con la que me miraba me abrumó. Tomó mi mano y la llevó a sus labios, sin previo aviso, toda una corriente de sensaciones raras se disparó por mi cuerpo desde ese punto de suave contacto. Apenas me soltó me aparté.

—No hagas eso —logré decir a pesar de que mi voz no salió firme como quería—. Vamos te guío de una vez para que te vayas —completé.

Sonrió otra vez. Sonreía mucho, todos los humanos lo hacían, los gemelos y Sirio también, pero yo no quería alejarme así de las reglas y a este recién lo conocía, con menos razón debía sonreírle. Cuando subí a su lado en la camioneta, medité lo que había pasado. Había sido muy malo todo, había roto más reglas sin recordar. Se me acercó, y hasta tocó mi mano de esa forma tan rara.

Aunque recordaba. Mi madre una vez había hecho eso, en mi frente. Era un beso, pero eso solo fue una vez, solo mamá podía. ¿Entonces por qué rayos lo había hecho él? También recordé que la humana había estado siempre así de cerca de Sirio, e incluso la vi acariciarle el rostro cuando llegamos a su casa. Eso me sacó de foco.

Los humanos hacían todo eso, ellos iban más allá de las reglas. ¿Tan bien se sentía que te dieran una caricia?

Toqué mi mano disimuladamente mientras Max conducía. Su beso había sido muy diferente a como recordaba el de mi madre. Lo miré y él también lo hizo, sonrió apenas.

—Bien, ¿por dónde? Tú dime.

Reaccioné y empecé a guiarlo. Al llegar cerca a la salida, dio media vuelta.

—¿Qué haces?

—Ya sé el camino, así que ahora la dejaré en su casa, jovencita.

—Puedo caminar sola. —Crucé los brazos—. No soy una inútil, si eso crees.

—No, es una chica muy terca y obstinada, que se guarda sus sentimientos, y es por eso que no quiero que camine sola porque no quiero que tenga tanto tiempo para pensar en cosas que no le hacen bien. Ahora guíeme.

Fruncí más el ceño. Quería responderle, decirle que si quería pensar más y autotorturarme con eso, no era su problema. A él eso no le importaba. Le pedí que se detuviera a unas cuantas casas de la mía, cerca de un gran jardín de uno de los vecinos.

—Gracias —murmuré.

—Un placer. ¿Puedo despedirme de usted?

Lo miré confundida. Tomó mi mano, y me sorprendí a mí misma cuando no la aparté. Volvió a darme un beso, y esta vez me enfoqué en sentir cada segundo. Simple curiosidad.

—No quiero que estés triste, ¿bien? Menos si es por lo que sospecho. —Apreté los labios. ¿Se había dado cuenta de ese punto débil en mí? Qué vergüenza. ¿Pero por qué no quería que estuviera triste? Eso no le importaba—. Habrá alguien que te enamorará de verdad, no importa qué. Estas cosas pasan.

—No sé de qué hablas —dije con un hilo de voz, intentando mantener oculto mi dolor.

Sonrió de una forma distinta, podría decir que dulce. Bajé con prisa y quede de pie al lado del vehículo.

—¿Puedo venir a visitarte? Te llevaría a conocer lugares en donde las personas se distraen de las penas.

—No —contesté enseguida, sintiéndome indignada.

Su sonrisa se ensanchó.

—¿Eso es un sí?

—¡No! —Crucé los brazos. Rio.

—Ok, no es necesario que ruegues, ¡volveré! —Arrancó y se fue, dejándome con la boca abierta.

—Odioso —refunfuñé.

Sin embargo, aparte del alivio que sentía porque Sirio seguía vivo, sonreí un poco cuando me recosté en mi cama, y eso se me hizo raro, ya que no era por él, sino por el espeso humano.

CAPÍTULO 4

Pasaron unos días y supe que los problemas entre H.E y humanos habían terminado. Vi a Max en las noticias, hablando y aclarando el asunto. Me gustó verlo dirigiéndose a su superior con tanta determinación, era un líder nato también, eso me agradaba.

Es decir, como una posible amistad.

—Ursa, llegó por quien llorabas —aseguró.

Me tense al escucharlo afuera de mi casa. ¿A qué se refería con que lloraba? No lloré ni lloraría por él nunca, y no estaba con Sirio, ¡y no me había visto llorar por él tampoco!

Abrí la puerta, enfadada. Estaba recostado contra su camioneta, se enderezó y sonrió.

—Hola, ¿vamos?

—¿A dónde? —Sacudí la cabeza—. No iré a ningún lado contigo.

—Ya no te hagas, te divertirás, te lo aseguro.

—No me tutees, y no saldré sola contigo, eres un desconocido —amenacé.

Suspiró.

—Ya nos presentamos esa vez, y si gustas llevamos a tus otros dos amiguitos, los gemelos.

Quería saber cómo se divertían ellos, sí, pero si era algo inmoral o malo, iba a huir pronto. ¿Qué mejor que regresar acompañada con los hermanos si eso ocurría?

—Bien, vamos a verlos.

Sonrió satisfecho y abrió la puerta del auto. Subí y crucé los brazos. Traté de no mirarlo hasta que llegamos a la casa de Rigel y Deneb, que no estaba lejos felizmente. De algún modo, esta vez no me había dado un beso en la mano como saludo y me sentía ofendida.

Ellos salieron enseguida sin necesidad de bajar y tocarles la puerta, eso era habitual en nosotros. Subieron sin que se los pidieran, eso sí que no era habitual.

—¿Vamos a visitar a Sirio? —preguntó Rigel. Fruncí el ceño.

—Nop —respondió Max—. Los llevaré a un parque de diversiones en la ciudad, ¿les parece?

—¡Wuuu! ¡Sí! —exclamó Deneb, luego guardó silencio—. ¿Y qué es eso?

Max rio y arrancó.

Durante el camino puso algo de su música rara y los gemelos iban intentando hacerme sonreír. Un par de veces lo lograron, y eso hizo que Max sonriera también. Pensé en que podía llegar a ser amiga de ese humano, aunque no era de mi especie, y no sabía qué le gustaba, si tal vez eran cosas prohibidas, inmorales como me lo habían dicho siempre.

Por un momento llegué a temer que eso fuera posible, por alguna razón no quería que él fuera de esos humanos sin valor. No entendí por qué. Por otro lado, si Sirio había hecho alguna especie de amistad con él, significaba que tal vez no y que no tenía que preocuparme.

Una vez que llegamos al lugar, quedé sorprendida. Múltiples cosas raras, en donde las personas se subían, y luego esas máquinas los paseaban y hasta sacudían mientras ellos gritaban como locos.

—No, gracias, me voy. —Di media vuelta pero los gemelos me detuvieron.

—No hablas en serio, ¿verdad? —refutó uno—. Esto se ve súper, vamos a intentar subirnos a algo, vamos —rogó.

Me arrastraron en contra de mi voluntad mientras yo pataleaba. Terminé de pie frente a un estand.

—Si quieres desahogarte de algo, puedes intentar tumbar esas botellas —dijo Max—. Salvo que eso también te dé miedo. —Sonrió de lado.

Fruncí el ceño y le arrebaté la pelota de la mano. Enfoqué las botellas mientras mis mejillas quemaban un poco y los gemelos me daban

ánimos. Lancé con fuerza y el pobre humano que estaba ahí a cargo dio un ligero brinco cuando las botellas salieron disparadas. Los gemelos soltaron gritos de victoria. No pude evitar sonreír, giré emocionada y quedé mirando a Max que también me sonreía.

Crucé los brazos y recuperé la compostura.

—Eso fue bueno, humano —le dije—. ¿Hay más?

—Oh, nena, hay mucho más —aseguró.

Esas formas raras que tenía para llamarme me causaban sensaciones más raras, iba a reclamarle pero alguien llamó mi atención.

—Disculpe —la voz llena de miedo del encargado me hizo voltear—, esto es suyo.

Me encargó un animal hecho de trapo y relleno con algo muy suave. Quedé mirando su cara con extrañeza. Era una especie de oso o algo así, aunque se habían olvidado de que los osos no tenían esa mirada tan en extremo dulce.

Aun así, me gustó. Agradecí y el hombre, que estaba asustado, seguro por mi apariencia, sonrió.

Dejé impresionados a muchos humanos con mis demostraciones de fuerza en los distintos mostradores. Los gemelos me decían como siempre que era la mejor y Max les daba la razón. Muchos hombres humanos pasaban mirándome con la boca abierta, y eso terminó haciendo que Max me rodeara los hombros con su brazo. Una fuerte corriente me recorrió.

—Es mejor si dejas en claro que estás conmigo —explicó—, así no intentarán hablarte e incomodarte. —Lo miré con duda y sonrió—. Es que eres muy guapa.

Volteé para ver al frente, intentando ocultar el tonto rubor. Eso era muy molesto.

—Por dios, ¿cómo se siente estar con una H.E? —preguntó un sujeto.

—Aléjate —le amenazó.

—Ya veo que les causa mucha curiosidad —murmuré—, aunque no entiendo el porqué.

—Es simple. Somos especies distintas, y a la vez no. Aparte de que ahora recién tienen oportunidad de saber que ustedes no eran los malos del cuento y conocerlos mejor.

Tres chicas se acercaron a los gemelos y empezaron a intentar hablarles con mucho miedo y entusiasmo a la vez. Ellos respondían sin problemas, eso dio pase a que una de ellas le tocara el brazo a Rigel, se mordió el labio y dio leves brincos como boba.

Arqueeé una ceja.

—Queremos subir a eso —pidió Deneb, señalando una especie de estructura metálica gigante.

Distinguí un largo vehículo que se paseaba por ahí, y los gritos de las personas en él. En la entrada decía: «montaña rusa» . Me espanté un poco.

—¿Gustas ir, o dejamos que solo ellos dos suban? —me preguntó Max.

Tragué saliva con dificultad. Había una caída muy alta y ahí era en donde gritaban más. Nunca había tenido tanto miedo, y aunque todos llegaban a salvo abajo, no podía reunir el valor. Pero Ursa no le temía a nada, tenía que seguir con eso.

—Si tienes miedo no hay problema...

—No tengo miedo —interrumpí—. Vamos.

Me arrepentí apenas me pusieron una especie de protección que me mantenía pegada al asiento. Respiré hondo, pero eso no sirvió para relajarme. El vehículo arrancó y me aferré a la protección.

—Tranquila, no va a pasar nada, es solo un fuerte paseo —trataba de calmarme Max—. Solo grita y diviértete.

—¡No estoy asustada! —exclamé con la voz temblorosa, ya que aceleramos un poco más.

Él rio un poco y negó con un leve movimiento de la cabeza. El aparato empezó a andar cuesta arriba. Abrí mucho los ojos al ver la cima aproximarse, y más cuando llegó. Vi la bajada y todo lo demás por tan solo un segundo, antes de que empezara la caída, haciéndome soltar un tremendo grito como nunca antes había dado en mi vida.

Me apoyé contra la baranda en la salida, sintiéndome volar. Max posó su mano por mi espalda. Respiré hondo. Apenas un día y ya me había acostumbrado a su toque. Mala costumbre de los humanos.

—Ahora queremos ir a los autos chocones —pidieron los hermanos.

—¡No! —chisté—. ¡No me harán subir a otra de esas cosas!

—Pero esta es en tierra firme —se quejó Rigel.

Volví a respirar hondo al sentir que Max rodeaba mi cintura y me pegaba con suavidad a su cuerpo.

—Podrás vengarte de ellos —me susurró al oído, estremeciéndome.

—No... —pegué la punta de la uña de mi dedo índice a su nariz—. No me toques.

Se alejó riendo.

Al final tuvo razón. Me explicaron cómo manejar el pequeño coche y me dediqué a embestir a los gemelos. Max reía, hasta que vio que me lancé a chocarlo también, fue entonces cuando se dedicó a huir.

Al dejarme en mi casa, me dio un pequeño brazalete.

—Sueñas si crees que lo usaré.

—Entonces no me despiertes —murmuró con confianza. —Fruncí el ceño—. Vendré a verte... —Bajé.

—No.

—Eso es un sí. —Me guiñó un ojo y arrancó, nuevamente dejándome con mis negaciones en la boca. Gruñí.

Pasaron los días. Ese humano no se rendía en querer hacerse mi amigo. Me enseñó a manejar a «su bebé», la camioneta. Apenas dominé un par de cosas. Solo me distraía un poco cuando lograba hacer algo bien y él sonreía. Para ser humano, tenía una atractiva sonrisa, eso me sacaba de mis casillas. No podía estar pensando en algo así.

A pesar de no tener ojos como los míos, ni garras, ni colmillos, me parecía atractivo, y eso no podía ser. No podía ser, porque era humano, con todas las cosas malas que ellos tenían, con la indecencia e inmoralidad. No podía ser, debía alejarme de él.

Le pedí a los gemelos que me avisaran si lo escuchaban venir, pero ya no volvió.

La amiga de Marien vino a verme, estaba con su amigo Marcos también. Me dieron un vestido, diciendo que iba a ser la ceremonia de Sirio y que como amiga debía ir.

Ja, no, nunca, jamás.

Pero un pensamiento cruzó por mi mente mientras observaba el feo y atrevido trapo sobre mi cama. Max estaría ahí, y podría reclamarle su ausencia. En ese caso convenía que fuera, por lo menos un rato.

Tomé el vestido y me lo puse. Por primera vez usaba algo así. Era celeste, pegado a mi cuerpo, y destellaba un poco de forma especial. Combinaba con mis ojos. Solté mi cabello y lo arreglé. Me puse unos muy incómodos zapatos que me habían dado también, que aumentaban un poco mi estatura.

Cuando salí de mi casa me encontré con los gemelos, ambos con trajes negros, se les veía muy elegantes. Me sonrieron enseguida.

—Guau —exclamaron.

—Venimos a acompañarla —dijo Deneb.

Les sonreí también.

Al llegar al local, vi a Max conversando con unos de mi especie, y a su lado otra chica humana. Volteó a verme, quedándose con la boca abierta, sin embargo no lo saludé y pasé de largo.

Fue una ceremonia un tanto extraña, en la que Sirio y Marien se unían otra vez. Pude ver lo felices que estaban, cómo se miraban, y me sorprendí al descubrir que no me afectaba, sino que también me sentía feliz por ellos. Pero lo más raro para todos nosotros fue cuando juntaron sus labios. No vimos bien por la posición en la que estaban,

pero fue más que suficiente para dejarnos con expresiones de extrañeza. Duraron unos cuantos segundos haciendo eso, y al parecer les gustaba.

Mis dudas crecieron.

Luego de una cena, vinieron unas suaves danzas. Sinfonía terminó saliendo con Phoenix, y al parecer se divirtieron un poco por sus leves sonrisas. Max se me acercó e hizo una reverencia, extendió la mano y lamentablemente no pude rechazarla.

—Te ves radiante —aseguró.

—Ya lo sabía —murmuré, intentando que no me temblara la voz.

Sonrió. Respiré hondo.

Las luces cambiaron y empezó la música movida. Esperaba que Max volviera a pedirme que bailara con él, pero a la vez no. ¿Cómo se suponía que se bailaba eso? Lo peor era que si luego lo veía bailar con alguna otra, me iba a estresar mucho. Ya que al parecer lo principal había terminado, me dirigí a buscarlo para hacerle mis reclamos.

Lo vi rodeado de algunos amigos suyos y también mujeres. La que paraba con él lo tenía del brazo. Estrés. Al verme sonrió y se me acercó, dejando a los de su grupo.

—Eres un mal amigo humano porque no has ido a verme —reclamé de forma seria.

Me miró confundido.

—Si te refieres a que no he ido a tu casa, en parte se debe a esto. Estuve ayudando. Y lo otro, es que creí que ya te había hartado —sonrió de lado—, pero ya veo que no.

Levanté el dedo índice, enfadada, para reclamar o por lo menos negar, pero no supe cómo. Era muy arrogante. Me gustaba. Empezó otra música y tomó mi mano. Mi corazón empezó a martillarme como si hubiera corrido, me asusté.

Tomó mi cintura, pegándose a su cuerpo, ni mucho ni poco. Me estremecí. Podía ver su leve sonrisa muy cerca de mí, eso me hizo

recordar el raro beso que había visto. Alguien se puso a nuestro lado y él se alejó. Miré, era su amiga, y para mi horror, tenía a los gemelos.

Ambos empezaron a bailar con ella en medio. Abrí la boca, sorprendida. Ese par de atrevidos iban a recibir un castigo.

La canción pasó a una parte un poco más movida. La chica alzó los brazos y gritó emocionada mientras movía las caderas. Max rio. Levantó un puño al aire, siguiendo un poco de la letra con sus labios, no entendía qué decía, pero se le veía muy fresco y feliz. Sonreí.

Volvió a tomarme de la cintura y mis manos fueron a dar a sus hombros. Se movía bien, pero yo no tanto, intentaba hacerme seguir el ritmo de su cuerpo. Sus manos bajaron a mis caderas y volvieron a subir. No podía creer que me estaba dejando tocar tanto por un hombre, y uno humano, era el colmo.

Mis padres me matarían.

Ese pensamiento me hizo reaccionar. Acabó la música y me alejé. Ellos empezaron a conversar un poco, pero yo estaba sumida en mi cabeza.

Mis padres no solo me matarían por haberme dejado tocar. Me matarían por estar empezando a sentir cosas raras por un humano, alguien que no mantenía nuestras reglas, que no podría unirse a mí en un núcleo como debía ser, como había soñado tantas veces. Ellos jamás lo aprobarían, no iban a estar sonrientes a un lado observando.

¿Y ahora qué haría?

Sentí un terrible bajón en mi interior. Lo que siempre había querido era la aprobación de mis padres en todo, ser perfecta ante sus ojos. Y así no lo lograría. Debería ya haber buscado otro chico de mi especie para unirme, pero no lo había hecho y me dolía pensar en hacerlo. Me había metido en un horrible lío.

Qué deshonra, qué pesadilla. Por primera vez deseaba que nuestras diferencias no fueran tan marcadas, por primera vez deseaba que los prejuicios no existieran. ¿Qué más daba si quizá él había sido criado de otra forma? Estaba siendo bueno conmigo. Pero ¿eso bastaba? Bien me habían dicho que al final el amor siempre se iba, y quedaban las costumbres. Por eso el amor no era importante y suponía más bien un

problema, porque si no eras compatible con tu pareja terminabas siendo infeliz.

¿Entablar una relación con un humano me iba a traer más infelicidad? Durante el camino a mi casa no dejé de pensar en eso. Pero nadie había mencionado una relación, podía ser simplemente su amiga, ir conociendo más de él y lo que hacía, sus costumbres y todo eso de lo que hablaban los mayores.

—Bien, a salvo en casa —me dijo con su sonrisa.

—Gracias —solté con un leve suspiro.

—Vendré a verte.

Sonreí apenas y lo miré.

—No.

Su sonrisa se ensanchó y soltó una leve y corta carcajada. Tomó mi mano y le dio un beso. Nos quedamos mirando unos segundos. Mis ojos se fijaron en sus labios, pero tuve que forzarme a retirar la vista casi enseguida y bajar para entrar a mi casa.

Los H.E no mentíamos. Si los mayores decían las cosas era porque eran ciertas. Ellos siempre tenían la última palabra.

CAPÍTULO 5

—¿Terminaste tus tareas de hoy? —preguntaba mi padre cuando me dirigía a la salida de mi casa.

—Claro, padre.

Continué leyendo y suspiré. No tenía idea, creo, de lo que hacía algunas tardes, que era verme con ese humano. Ni siquiera quería pensar en qué pasaría si lo supieran, me aterraba la idea de su decepción, pero pensaba que si lo seguía manteniendo oculto nada pasaría.

Mientras no lo supieran, entonces eso me aliviaba. ¿Pero cuánto más sería? Esta situación no iba a ser eterna. Pero mientras más pudiera prolongarla, mejor sería. Ya luego me preocuparía en qué hacer.

O eso creía.

Vi al par de hermanos y la cólera volvió a mí sin necesidad de más.

—¡Ustedes, par de atrevidos!

Se espantaron y quedaron quietos mirándome directo a los ojos.

—Está enojada, ¿qué hacemos? —susurró Deneb.

—Huye —susurró el otro.

Dicho esto, arrancaron de golpe levantando polvo y salí en su persecución. Gruñí y tomé velocidad.

—¡Tonto, era para que corrieras en otra dirección, no a mi lado! —le reprochó Rigel a su hermano.

Pero ya era muy tarde para ambos. Brinqué y me aferré a su espalda, haciéndolo caer. Rodamos por una pendiente mientras gruñíamos y sabía que Deneb no dejaría a su hermano, así que seguro nos seguía.

Cuando llegamos a la base de la ladera, aprisioné a Rigel contra el suelo.

—¿Cómo se les ocurre bailar con una humana loca? —Miré a Deneb también, que estaba asustado observando.

—¿Qué? Tú bailaste con Max.

—¡Es muy diferente! Si una chica de aquí se entera que se pegaron mucho a otra mujer, no querrá unirse en núcleo con ninguno por indecentes.

—Lo mismo pasa contigo —reclamó Rigel.

Fruncí más el ceño. Una risa nos sacó de foco. Max nos observaba desde la cima.

—¿Qué hacen? —Nos miramos sin poder responder—. Por cierto, ¿no te parece que esa posición es un tanto comprometedora? —dijo, señalándonos.

Solo estaba sobre Rigel. ¿Qué de comprometedor tenía? Estábamos en medio de una lucha, no estaba prohibida la cercanía. Pero aun así, me retiré. Humanos y sus cosas raras.

—No sé de qué hablas —renegué.

—Bueno, debemos hacer, nos vemos luego —se despidió Deneb.

Volteé, y los muy molestos ya estaban a varios metros. Ya les había dicho que no me dejaran sola con Max. ¡Me las pagarían!

Suspiré. No, no me las pagarían, sí quería estar a solas con él, pero me hacía sentir muy nerviosa. Ya llevábamos cierto tiempo viéndonos así. Bajó la ladera y se me acercó. Hice el inmenso esfuerzo de ocultar mi sonrisa. Era el colmo.

—¿Quieres ver la pradera? —pregunté sin siquiera saber por qué.

—Claro —respondió sonriente.

Fuimos caminando hasta estar casi cerca. Me retó a una carrera, sabiendo que le ganaría. Pero no esperé que esta vez lograra alcanzarme y tomarme por la cintura. Solté un corto chillido de sorpresa y caímos, eso me divirtió mucho. Rodamos por la hierba mientras reía. Terminé sobre él y aproveché para inmovilizarlo.

—Hiciste trampa —lo acusé.

Arqueó una ceja.

—Posición comprometedora. —Sonrió de lado—. Vaya que te gusta someter —ronroneó—. Eres como una sexy y salvaje leona.

No entendí a qué se refería, pero me ruboricé y eso me hizo enojar, como siempre.

—¿No sé qué hablas, humanito! —Volví a chillar cuando de pronto había girado, posicionándose sobre mí e inmovilizando mis brazos contra el suelo.

Sonrió satisfecho.

—Ya aprendí, ¿eh?

Los segundos que nos quedamos mirando parecieron eternos. Reaccioné cuando empezó a acercarse. Mi corazón se aceleró de golpe y agradecí que él no pudiera escuchar eso, ya que no hallaba forma de aplacarlo.

Iba a hacer eso, estaba segura, iba a darme uno de esos besos. Pero de lo que sus ojos estaban fijos en mi boca, volvieron a mis ojos, y de un momento a otro se retiró y se sentó a mi lado.

Decepción, eso sentí. ¿No quiso darme un beso? ¿No le agradaba acaso, no le era agradable? ¿No le entusiasmaba, era yo, había algo en mí?

Me senté, frustrada.

—¿No lo harás? —pregunté con enojo. Me miró sorprendido y confundido a la vez—. ¿No vas a hacer... eso, un beso?

Frunció el ceño con extrañeza.

—¿Cómo... ?

—No importa, olvídalo —refunfuñé. No podía creer que le había preguntado eso. ¡Qué vergüenza! Era muy probable que hubiera malinterpretado, ahora se burlaría.

Tomó mi mentón, y lo siguiente que sentí fueron sus labios sobre los míos. Mi corazón estalló, pero al segundo me di cuenta de que seguía ahí martillando en mi pecho. Mi estómago también hizo todo un alboroto.

Se separó un poco y otra vez quedó mirándome. Intenté recuperar el control de mi respiración. Ese beso no había sido como el que vi que se dieron Sirio y Marien, pero a pesar de eso había quebrado todas

mis defensas. Sentía mis labios un poco más calientes a causa de él, pero ese calor los iba abandonando.

—Iba a hacerlo, pero me acobardé —murmuró—, eso nunca me había pasado.

Escuchar eso me gustó. ¿Significaba que era diferente y especial para él? No hice más que acabar con los casi dos centímetros que nos separaban y volver a juntar mi boca a la suya. Sonrió apenas, y otra vez mi corazón volvió a estallar cuando empezó a darme un beso como el que había visto. Mis nervios se pusieron de punta, intentaba corresponder pero me perdía en la suavidad, calidez y todas esas sensaciones en extremo raras y arrasadoras.

* * *

Nuevamente me dejó un poco lejos de mi casa por pedido mío. Me encantó la forma en la que me acorraló despacio contra uno de los árboles de aquel jardín y me dio otro suave beso que me dejó como flotando.

Pero al entrar en mi casa encontré a mi madre. Sentí que mi pulso se desvaneció.

—¿Estabas con Sirio? —preguntó sin más—. Hueles a humano.

Respiré hondo y luché contra mí misma para reacomodar todas mis emociones. Debía quedarme neutra o ella sospecharía. Ese sería el fin, no quería que acabara, no aún. Pero eso también me recordó que ese día llegaría si no le decía a mis padres y me les enfrentaba.

—Sí, hubo una pequeña reunión, y habían algunos humanos.

Asintió y siguió con lo suyo. Enseguida fui a mi habitación y suspiré aliviada. No pensé que podría ser así de difícil. Me sentí muy mal por haberle mentado. Me sentí avergonzada de mí misma, y sobre todo, avergonzada porque incluso había dado besos. Qué vergüenza, seguro eran cosas de adultos, cosas que nosotros no hacíamos. Mis padres me matarían. ¿Cómo iba a enfrentarlos? Eso sería todo un escándalo.

¿Cómo podría manejar estas cosas? Solo tenía a un amigo con esta experiencia, Sirio. Él podría decirme cómo hizo para dejar de lado la aprobación y opinión de sus padres, para él parecía haber sido tan fácil. Debía hablarle. Pero, ¿eso sería bien visto?

* * *

Toqué la puerta con mucha duda. Marien me abrió y se sorprendió un poco.

—Hola, busco a Sirio.

—Ah... Claro —murmuró—, pero él...

—Descuida, no creo que estés pensando en que he venido a molestarte, ¿o sí?

Sonrió un poco y negó, pero esta, a pesar de ser humana, no sabía mentir.

—Pero él no está ahora, en un par de días vuelve.

—Oh, entonces hablaré contigo.

Me miró confundida pero finalmente me hizo pasar. Entendía su comportamiento. Nos sentamos en el sofá. Las mismas dudas podría responder ella, quizá.

—Y bueno... ¿Cómo llevan su relación? —pregunté sin rodeos. Frunció el ceño con extrañeza—. Tú humana y él no —expliqué—. Es que a mí casi toda la vida me dijeron que el amor era un problema porque al final se iba y te dejaba sola con alguien con el que quizá no eras compatible, y por eso los núcleos se forman más como una cuestión de buen equipo, sin mencionar para nada al amor.

—El amor no se va —aseguró con una leve sonrisa—. Es muy diferente a un gusto o atracción. Nosotros nos hemos amoldado mutuamente. No te sabría decir, el amor no tiene explicación. Puede ir cambiando con el tiempo, pero siempre va a estar ahí de todas formas, es cuestión de que la pareja lo mantenga, no lo veas como algo técnico. —Me miró con algo de sospecha divertida—. ¿Te agrada algún humano, es por eso que tienes esas dudas?

Me ruboricé y fruncí el ceño.

—Claro que no. Solo me puse a pensar.

Sonrió. Seguro yo tampoco sabía mentir, pero era porque casi nunca lo había hecho. De pronto pareció sentirse mal y se puso de pie luego de pedirme un segundo. Tomó un algodón y lo huntó con alcohol. Me le acerqué.

—¿Te has enfermado de algo? Deberías llamar a Sirio y decirle que venga ya.

—No, tranquila, estoy bien —aseguró otra vez sonriente. Arqueé una ceja. Esta vez sí que había mentido de forma tremenda, o estaba loca—. Creo que —palpó su vientre y suspiró—. Nada, descuida, todo está muy bien.

Me entró mucha curiosidad. Recordé algunas cosas que había escuchado. Como cuando uno formaba un núcleo y «estaba» de una forma especial con la pareja, te daban un hijo. ¿Era que acaso ese hijo venía de ti? Porque era raro que te dieran un ser parecido a ti sin haber tomado algo de tu cuerpo.

—¿Tienes algo en el vientre? ¿Un hijo? —no pude evitar saltar.

Me miró sorprendida y sonrió.

—Sí, bueno, tal vez... No sé.

—¿Y cómo es que no sabes? ¿Cómo has hecho para que te pongan un hijo ahí?

Rio.

—Ya te lo explicarán.

Me planté. Claro, me lo explicarían, pero la curiosidad ya me carcomía.

—No quiero que me lo explique un viejo extraño cuando forme mi núcleo, prefiero que seas tú.

Volvió a reír un poco y asintió.

—Bueno, es un tema algo delicado pero te explicaré lo básico. Debo aclarar que para los humanos ya es un tema que conocemos, y es normal hacerlo siempre, por otros motivos. Sin embargo a ustedes se los explican con el único propósito de tener un hijo, y uno solo. Y es

que tu sociedad lo mira todo desde el lado técnico, sin sentimientos, los cuales les enseñan a dejar de lado. Con eso se han ahorrado muchos problemas pero también otras cosas.

Era verdad, o eran dos hijos de la misma edad o era uno solo. Y los sentimientos no eran permitidos, todo debía ser tomado por el lado objetivo.

Cuando me explicó la parte básica, en la que el hombre debía introducir su órgano que tenía en alguna parte que no podía ver, dentro de mí, y por ahí abajo, me horroricé. Reí un poco y negué, no podía ser. Seguro me estaba mintiendo o eso era solo para los humanos. No podía ser.

—Tranquila, todo a su tiempo, ya lo entenderás.

—¿Duele? —pregunté asustada.

Con razón se hacía una sola vez, eso debía ser terrible. Sin mencionar que era un acto demasiado íntimo, pero era por eso que se hacía con tu pareja de núcleo, él pasaba a ser tu compañero eterno y confidente.

—Si duele o no, depende de muchas cosas. Luego de eso vienen las distintas etapas de la formación de un bebé.

—Guau, pareciera mentira. ¿Cómo es que podemos crear a otra persona? Guau.

Estaba en shock. Ella asintió y se encogió de hombros. Quedé pensando un buen rato. Me había dicho que los humanos lo hacían siempre, eso me hizo reaccionar.

—¿Lo has hecho con otro que no sea Sirio? —pregunté asustada.

—No. —Me alivié y sonrió—. No todos los humanos comparten la idea de hacerlo siempre, descuida. Muchos esperan al indicado, como yo.

—Y los que lo hacen siempre, ¿cómo hacen para no tener hijo, uno decide cuándo empieza a formarse?

Río un poco.

—No, hay métodos para evitarlo.

Seguía en shock. Y seguí así por el resto del día, incluso al día siguiente, y el siguiente. Quizá no había sido mi acción más inteligente el insistirle en que me contara.

Reaccioné otra vez. Max... ¿Lo habría hecho ya con alguna mujer?

Pensar en eso me ocasionó una punzada por el estómago. No podía ser, no, no todos los humanos lo hacían. Seguro él tampoco, no podía ser. La duda y la angustia me carcomió, pero ¿por qué? Si con él no quería nada más. Era mejor preguntarle ahora que después, de algún modo, si había un después.

También recordé que al final nunca le pregunté a Marien cómo había hecho Sirio para que no le importara lo que dijeran sus padres y los demás. Pero ahora tenía un nuevo objetivo y duda.

* * *

Ya no pude evitar sonreírle a Max cuando lo vi esperándome apoyado en su camioneta. Cerca de la pradera. Mi estómago empezó a molestar. Cuando estuve lo suficientemente cerca tiró con suavidad de mi cintura para pegarme a su cuerpo y besarme. Me encantaba cómo había logrado hacerme sentir tan cercana a él con esas pequeñas acciones.

Besar se sentía raro pero muy bien, y mi corazón se aceleraba también, mis perfectas emociones neutras se volvían un descontrol total. Me aparté enseguida al escuchar a los gemelos aproximarse.

Max se cruzó de brazos. Él quería que les dijera sobre lo nuestro, pero yo no quería que nadie lo supiera. Temía que con eso, de algún modo llegara a oídos de mis padres. Y además me avergonzaba que vieran que la ruda de Ursa tenía ese lado sensible, y peor, que se besaba a escondidas con un humano. ¿Cómo haría para deshacerme de tantos prejuicios? Siendo incluso de mí, para mí misma.

Fuimos a un parque de su ciudad que le hacía honor al amor y a la amistad, según ellos. Con algunas bonitas esculturas y también ciertas partes con unas hermosas vistas. Aunque eran creadas por los humanos y no por la misma naturaleza, debía darles crédito. Max me abrazaba por la cintura a veces al caminar y eso me gustaba. Me compró los

dulces que quise probar, y hasta me di cuenta de que mi sonrisa salía con facilidad.

Había cambiado, o estaba cambiando. Me sentía apreciada, querida. Él me veía de forma especial y me trataba especial. A veces me susurraba alguna cosa o me daba fugaces besos en la mejilla o en los labios mientras los gemelos andaban distraídos. Me ruborizaba y fruncía el ceño, mientras él sonreía al saber el porqué de mi reacción.

* * *

Llegamos al mismo lugar en donde me dejaba, cerca de mi casa. Apagó el motor de su camioneta y suspiré. La duda se había vuelto mayor durante la tarde con él. Pues al ser tan bueno conmigo, lo único que me hacía desear era que todo lo suyo fuese solo para mí, incluyendo su cuerpo. Quería ser la única para él en todo ámbito, que no hubiera otra con sus recuerdos.

Quizá era muy celosa, quizá era la forma en la que me habían criado. No lo sabía, pero así era y no podía cambiarlo.

—Hace poco me enteré de algo —comenté. Me miró. Junté mis manos sobre mi regazo—. Me enteré de cómo se hacen los hijos...

—Vaya. Debe haber sido un dato muy raro y novedoso para ti —murmuró. Asentí y sonrió apenas—. Por un segundo se me cruzó la idea de explicártelo yo un día. Ja, bueno.

Sonreí un poco también. Eso hubiera sido raro tal vez. ¿Cómo me lo hubiera explicado él?

—Ya sabes también cómo es. —Mi voz salió un poco baja—. Y tú... —saqué valor para hablar, rogando por una respuesta negativa— ¿Lo... Lo has hecho?

Guardó silencio unos segundos, examinándome con la mirada. Segundos casi eternos en los que sentía que de pronto mi estómago se hundía y mi pulso se desvanecía. No, no podía ser. Notó mi expresión y pareció preocupado.

No. ¿Cómo? ¿Por qué?

—Bueno... Un par de veces —habló finalmente. El nudo en mi estómago se acrecentó—. Quizá un poco más de un par de veces... Pero nada más —dijo casi en susurro.

¿Nada más? ¿Como si eso fuera un «nada más»?

—Ah...

—¿Estás bien? —quiso saber con preocupación.

—¿Cómo puedes decirlo así sin más? —murmuré frustrada—. ¿Cómo pudiste hacer eso?

Me miró con extrañeza y suspiró.

—Lo sé, ustedes no saben de eso hasta que forman un núcleo.

—Y ni aunque lo supiéramos antes, estoy segura de que ni así haríamos algo tan íntimo con cualquiera —le recriminé—. ¿Cómo pudiste entregar tu cuerpo a otras mujeres?

Estaba sorprendido y confundido a la vez.

—Fue hace mucho, y no entiendo por qué el enojo...

—Porque ustedes los humanos son tan irresponsables. ¿Cómo pueden tomarse algo así a la ligera? ¿Cómo pueden tomarse como si nada el hecho de estar desnudos, e intimar con alguien de esa forma, alguien con quien no planean ni tienen nada más para luego ir y hacer lo mismo con otra como si nada, como si entregar lo único que te pertenece solo a ti que es tu cuerpo fuera un asunto sin importancia como tirar la basura al tacho o tomar un vaso de agua? ¿Entonces qué le vas a ofrecer a ese alguien especial, si ya estás manchado y usado por otros?

Cruzó los brazos.

—Bueno, ya, tienes razón. Quizá los humanos hemos perdido la sensibilidad en algunas cosas, quizá si nos criaran como a ustedes entendería a la perfección lo que dices. —Suspiró—. Pero hay algo más para ofrecer, y es amor, mucho amor. Yo nunca he hecho el amor, y no creas que es solo eso, se puede hacer amor de muchas maneras.

Resoplé.

—¿De qué sirve si ya has sido tocado por otras? Si ya otras te conocen mejor que yo. Esas huellas y recuerdos nunca voy a poder borrar de ti.

—Mi voz se quebró. Decir y pensar eso me terminó de romper algo en mi interior, quizá mi corazón.

—Hey, no llores —pidió con tristeza.

Intentó tocar mi mejilla pero giré el rostro. No podía, ardía en rabia, celos, incluso asco. No podía.

—Por favor —logré murmurar tras el nudo en mi garganta—, no quiero que vuelvas a tocarme, ni siquiera a hablarme.

—¿Qué? Espera...

—Aléjate de mí, no quiero verte ya.

—Bien —renegó. Intenté limpiar mis lágrimas pero más brotaron—. Solo te dejo en claro que sí te hablaré aunque no quieras. Y no podrás evitarlo, no me voy a apartar ni rendir, no voy a parar hasta que te olvides de esas cosas que tienes en la cabeza, porque no te ha quedado claro que no tienes ninguna huella que borrar. Eres única para mí, no hay forma de compararte, si incluso la idea de robarte un beso me hizo olvidar cómo hacerlo.

Volví a limpiar mis lágrimas.

—Haz lo que gustes —respondí fría.

Bajé de prisa y corrí a mi casa. Respiré hondo un par de veces y traté de ponerme neutra, pero al ver que tardaba mucho, entré de golpe y corrí de frente a mi habitación, bajo la mirada seguro sorprendida de mis padres.

Cerré mi puerta y me tumbé en mi cama. Me dolía mucho todo, sentía mucha rabia. Quería ir y buscar a cada una de esas mujeres para marcarles mis garras en sus caras. ¿Por qué? ¿Por qué rayos pasó? ¿Por qué?

Pero no me iba a retractar. En parte alejarme de él mejoraba mi situación con mis padres. No iba a poder volver a su lado, esa idea de que no era solo mío me iba a atormentar, mi forma de crianza había sido otra. Sirio no había tenido que lidiar con eso, quizá por eso se le había hecho todo tan fácil.

Esperaría a olvidarme de Max así como olvidé a Sirio, y buscaría otro chico de mi ciudad, alguien con mis mismas ideas y costumbres, para

no sufrir más. ¿Pero quién me querría si ya había dejado que otro se llevara mi primer beso? Quizá no era necesario que lo confesara.

Los días con él iban a quedar guardados en lo más oscuro y hondo de mi ser. Nunca nadie lo iba a saber.

La vida siguió, me era difícil no esperar a que volviera, deseaba que volviera a insistir y al mismo tiempo sabía que no lo iba a aceptar de todos modos. Quería que tomara mis negativas como si fueran «sí», así como lo había hecho ya. Sin embargo, no, no volvió.

Entré a una especie de trabajo. Rememoraba sin querer cada día que había pasado con él, cómo sin darme cuenta me había cambiado y ni lo había notado. Cada minuto estaba en mi mente como si mi cerebro fuera masoquista. Andaba distraída hasta que me topé con alguien.

—Mil disculpas, jovencita.

Pedí perdón también. Era muy raro que nos chocáramos, es decir, si olfateábamos a otros a la distancia, ¿cómo chocarnos? Alcé la vista y me encontré con unos grandes ojos como los míos, claro, pero de color marrón muy, muy claro. De algún modo me recordó a él. A ese fantasma, que me negaba a olvidar.

Intenté seguir de lado pero el chico me atajó.

—Disculpa, he venido de viaje y quisiera saber si puedes guiarme a la plaza principal. Te he visto trabajar en esta oficina de ingeniería, seguro sabes.

Pensé que quizá nuestro choque no había sido del todo accidental. Volví a mirarlo y no pude evitar que se me escapara una muy leve sonrisa. Eso hizo que se impresionara apenas. Sí, era raro que sonriera, pero ya se me había quedado esa mala costumbre por culpa de él.

—Claro, ven...

Me había espiado, eso me hizo recordar mis viejos tiempos. Era bueno como para que yo no lo hubiera notado. También me gustó su confianza, no muchos tuteaban, eso me traía recuerdos quizá, pero no. No, seguro me parecía.

El tiempo pasó. De algún extraño modo, salía con aquel joven, se volvió una especie de apoyo, me sentí bien conmigo misma. Era verdad, el amor se iba, sentía que se había ido. Él, Sol, un raro nombre hasta para nosotros. Estaba aquí para ver si conseguía algún trabajo y así cuidar de su mamá. Hijo único, claro, y al tener esa responsabilidad, iba a ser un poco mal visto que formara un núcleo.

—Entonces, ¿no te interesaría unirme a alguien en algún futuro no muy lejano? —le preguntó mi madre mientras me esperaba a que yo terminara de guardar algunas cosas.

No pude oír bien su respuesta. Pero no fue eso lo que me incomodó, sino mi mamá, un poco apurada por unirme a algún hombre. Quizá no consideraba que por mí sola ya tenía suficiente honor.

Suspiré y salí. Sol me recibió con una leve sonrisa, que correspondí. Se despidió educadamente de mi madre y yo también. Todo perfecto, ella estaba satisfecha, o casi, por lo menos. Fuimos a la plaza a escuchar algo de música. Luego de eso la pasamos caminando.

Fui levemente consciente de que no dejaba de compararlo a veces... Con aquel. Él no habría caminado ni una cuadra sin tomarme de la cintura y darme algún furtivo beso. ¿Cómo tomaría esto mi actual acompañante? ¿Me daría besos así si llegáramos a unirnos? ¿Qué pensaría si le decía sobre los besos y que yo ya había besado?

Quería que lo hiciera. Quería que borrara esa huella. No era justo.

Él no tendría que estar borrando nada de mí, era yo la que debía hacerlo, pero no entendía por qué no podía. No podía, de igual forma, tampoco iba a borrar yo las huellas que él tenía. Los cuerpos de otras. No, no, no. Nunca podría. Me harté de pensar en él.

Y nuevamente recordaba ese detalle. Lo había alejado de mi vida porque era un indecente. No me merecía y era por eso que lo había olvidado, pero a veces recordaba con algo de rencor cómo fue que dejé que se llevara mi primer beso. Ese beso que no debí desperdiciar de esa manera. Ese beso que debí guardar para alguien de verdad especial, mi compañero eterno.

Cuando regresé al momento, estábamos fuera de mi casa. Él me había visto pensativa y no me había dicho nada. En parte lo agradecía,

y al mismo tiempo me preguntaba si eso era alguna señal de que no me satisfacía.

Volteé y quedamos mirándonos unos segundos. Su cabello marrón, sus ojos casi amarillos y a la vez no. Podía unirme con él, si al final era el compañerismo lo que mantenía un núcleo, no el amor.

No el amor... Ese se había ido, y me había dejado solo con rencor.

Me empiné y me atreví a darle un muy leve beso en la mejilla. Apenas un roce de mis labios con su piel. Esperando traer al amor de vuelta. El amor iba y venía, así como me había olvidado de Sirio y... No, nunca me había enamorado de Max así que no. Debía olvidarme de ese asunto, lo de él fue raro porque llegó más lejos, eso no debió haber pasado.

Nada. Me di cuenta de ese nada que había sentido. Pero sin duda era por haberme distraído en pensar. Sol me miraba extraño, preguntándose seguramente qué había sido eso. Sacudí la cabeza y me encogí de hombros. Le restó importancia también y se fue.

Le restó importancia, sin embargo, cuando me pasó a mí, no pude dejar de pensar.

Entré a mi casa y logré olfatear a la amiga de Marien. El aroma de los humanos me traía esa extraña sensación, como añoranza a aquellos días. ¿Estaba o había estado aquí?

—La humana te dejó una invitación —avisó mi papá.

La tomé enseguida y la leí. Era su cumpleaños. Estarían todos ellos... Estaría él. ¿Cómo estaría? ¿Me recordaría? No, seguro no. Seguro ya habría recorrido por las casas de otras humanas. Un enorme nudo se me hizo en el estómago. Pero iría, solo para certificar mi exitoso olvido.

* * *

Cuando creí haberlo olvidado y volverme fría otra vez, tan solo verlo desbocó mi corazón. Los besos volvieron a mi mente y fue como si no hubiera pasado ni un día. No podía ser.

No podía ser. Volteó y quedó viéndome segundos que fueron eternos.

Estaba igual. No sabía de qué forma me esperaba yo encontrarlo, pues verlo igual a aquellos días me había sacado de foco. O sea, creí que lo vería con otros ojos. Dejó de mirarme y volvió a lo suyo. Marien estaba en el sofá, tenía consigo a su hijo. Era como uno de nosotros pero en versión pequeña. Sonreí, no pude evitar hacerlo. Al acercarme ella me dejó tomarlo en brazos. Era tan frágil, abrió los ojos y solté una muy corta risa, era Sirio en miniatura.

Esa era la magia de la naturaleza. Magia que los humanos habían desvalorizado, sobre todo a lo que se debía hacer para que pequeños como ese se formaran. Suspiré y se lo di a su padre, que ya estaba a mi lado. Se sentó al lado de Marien, y verlos a ambos contemplar a su hijo era algo único.

Alcé la vista con mi sonrisa grabada en el rostro, y me topé con esos ojos marrones que me miraban de forma intensa, como solo él lo había hecho.

Retiré la vista enseguida. Mi corazón había dado un vuelco. Todo un estremecimiento me había recorrido. No estaba bien, ¿a qué se debía? Yo ya me había olvidado de él.

—Desde hace mucho que no has ido a vernos —escuché que le decía Rigel.

Eso hizo que algunos de los presentes voltearan de manera fugaz y maldije el hecho. Ya no quería problemas. Mi madre estaba más que orgullosa de mí. Estaba contenta porque creía que me uniría a un buen joven H.E como nosotros.

—¿Te has olvidado de nosotros? —preguntó Deneb.

Max soltó una corta risa silenciosa y negó.

—Ustedes y sus cosas raras... —volvió a mirarme—, me temo que son imposibles de olvidar.

Tragué saliva con dificultad. ¿Qué quería decir con eso?

«Entiendo cómo es que Marien casi se vuelve loca cuando Sirio se fue con el H.E loco ese. Ustedes y sus cosas raras no son algo fácil de olvidar».

Eso me dijo mientras veíamos a los conejos en la pradera. Me tenía rodeada por la cintura mientras andábamos. Aunque estaba atenta a cualquier movimiento o aroma, también estaba cien por ciento con él.

Escuché su risa y eso me trajo de vuelta. Esa risa que una vez le provoqué haciéndole leves cosquillas cuando quiso molestarme. Sí, habían sido pocos días, pero como dije, cada minuto estaba en mí. Ese día mi mano se quedó unos segundos más por su abdomen mientras intentaba descifrar cómo era exactamente su pecho, tan distinto al mío.

«Cuida bien lo que haces».

Había murmurado con una ceja arqueada y esa sonrisa que la calificaba como traviesa. Retiré mi mano enseguida, completamente avergonzada. Entendía que éramos diferentes, pero nunca me lo había preguntado de forma seria. Nunca le había visto el pecho desnudo a un hombre, y obviamente ellos tampoco habían visto.

Sobre todo nosotras que teníamos ese par de diferencias ahí. Pensé que quizá por eso ellos no tenían ningún atractivo, salvo su fortaleza. Y en ese momento había querido ir más allá de eso y ver qué era lo que me atraía sin querer hacia él.

Sacudí la cabeza. No. Claro, otras ya lo sabían, se lo sabían entero.

Otra vez ese fuerte nudo en mi estómago y mi pecho. Un gran vacío. Maldita esa hora en la que alguna humana creyó que tenía el derecho de poseerlo. Humanos indecentes e irrespetuosos.

Con el pasar del rato volví a olvidar el asunto de forma pasajera. Comimos sentados alrededor de la mesa. Lo peor, los gemelos creyeron conveniente sentarse juntos y dejarme al lado de Max. Las tres últimas sillas, y tenían que hacerme eso.

Me las pagarían.

Sin embargo el solo roce de su brazo con el mío disparó la corriente. Él no pareció notarlo, tomó la sal y siguió como si nada. Yo no podía

comer por los nervios. Pero si ya lo había olvidado, eso no debía pasarme.

Vi de reojo los músculos de sus brazos que se notaban tras la tela de su camisa.

«Bueno, te dejo tocar solo esta vez, imagina que peleamos y así tienes permitido hacerlo».

En ese momento yo había soltado una risa irónica. «No quiero tocarte, no sé por qué sigues soñando con eso», le respondí. Pero claro, era mentira.

Suspiré en silencio.

—Milagro, Max, estás silencioso —se burló Rosy.

Era cierto, ellos hablaban, pero yo no prestaba atención. Él tampoco lo estaba haciendo. Mostró una sonrisa de lado.

—Asuntos que vagan por mi mente —respondió despreocupado.

—Nada muy importante seguro —dije de igual forma—. Lo olvidarás fácil, ya que los humanos tienden a hacer cosas importantes y olvidarlas para luego hacerlas en otro sitio, y así...

Me metí un bocadillo a la boca.

—Puede ser. Pero no todo se toma de igual forma, hay cosas que en verdad solo las haces una vez y eso basta para querer ver qué más te trae ese nuevo sentimiento.

—No si es prácticamente lo mismo.

—Nunca podría llamarlo «lo mismo».

—Puedes olvidarlo yendo a la casa de otra «cosa».

—Preferiría no olvidarlo, pasando un momento con ese sentimiento mientras vemos el campo.

Algunos se daban miradas de confusión y otros no nos prestaban atención.

—Pero el sentimiento que lo trajo quizá ya no existe, entonces sería bueno que olvidaras esa cosa.

—No pareciera que no existe —se atrevió a asegurar mirándome a los ojos. Una leve sonrisa se hizo presente.

—Te equivocas. Ya no existe —aseguré... Sin creérmelo.

—Ursa, no sabes a qué cosa se refiere, no le bajas las esperanzas — comentó Rigel, ignorante de la situación.

Suspiré. Agradecí por la comida y fui a la cocina para dejar mi plato. Grave error.

—Estás extremadamente hermosa —murmuró cerrando la puerta tras su espalda.

—Gracias —dije con algo de inexplicable miedo.

—Ahí afuera quieren pan, ¿sabes dónde está?

Giré buscando su aroma y me dirigí al repostero en donde estaba, cerca de él. Su aroma también me había invadido mientras comíamos, y lo había sentido como si hubiera vuelto a un lugar conocido y querido por mí después de mucho. La pena quería embargarme.

—¿Necesitas ayuda? —quiso saber al ver que no alcanzaba a la bolsa.

—No.

Sonrió.

—Bueno, así intentando alcanzar esa bolsa, mostrándome tu bonito cuerpo de perfil, es mejor que lo baje yo a menos que te guste que te vea.

Me alejé enseguida.

—Deja de mirarme.

—Ya sabes que los «no» son «sí» para mí —dijo mientras su vista me recorría.

—Pues quizá no siempre porque no te he vuelto a ver —reclamé sin siquiera pensar, lamentándome.

Suspiró.

—Dices haberme olvidado.

Fruncí el ceño. Recordé de pronto algo y la cólera volvió también.

—Te dije que no me hablaras.

—Yo no te he olvidado —soltó. Por primera vez dejó de lado alguna especie de máscara y pude ver tristeza en sus ojos—. Sí, quizá no ha sido mucho lo que pasamos como ese par que están en el comedor,

pero esos pocos días no se van de mí. Al principio me gustaste por lo exótica, no lo niego. —Abrí la boca, ofendida, y sonrió—. Pero luego fui descubriendo quién eras, y lo terca también. Lo que te gustaba, tu curiosidad que luchabas por ocultar... Tu lado dulce, tus rubores, tu lado tímido. No sé. —Se encogió de hombros—. Perdón por haber hecho todo lo que hice, si pudiera volver en el tiempo... Créeme, no lo haría.

—Guárdate eso, ya lo hiciste, eso no cambia —dije casi entre dientes.

Su mirada seria quería abrirse paso en mi corazón, pero no había forma. Ver sus labios era otro problema, los recuerdos querían apoderarse de mi cabeza. Esa perfecta sensación.

—En fin. Detesto el día en el que te vi llorar por culpa de eso. Y si llegué a imaginar que quizá podría enseñarte... Como ya te dije, ni un beso tuyo puede compararse a otro. No imagino lo demás, porque no lo he vivido.

Quise volver a llorar pero no podía permitírmelo. Seguía enamorada de él. Volví a intentar bajar la bolsa, tan torpe que cayó con otros depósitos más. Giré un poco para cubrirme pero Max impidió que me cayera deteniéndolos con las manos.

Alcé la vista al sentir su cuerpo acorralándome contra el repostero. Otro grave error.

Mi corazón se había acelerado también. Eso no me pasaba con Sol, ni los nervios, ni los rubores. Él no tenía esa sonrisa traviesa, no hacía comentarios acerca de mi cuerpo y obviamente no esperaba que lo hiciera. Ver sus labios cerca no me causaba remolinos en el estómago.

Max me rodeó con sus brazos y no pude hacer más que alzar la vista a sus marrones ojos, lamentando haberla bajado.

—Planeo unirme a un joven que conocí —le dije de pronto.

Volví a ver esa tristeza, pero pronto frunció el ceño.

—¿Planeas? Ja. Pues olvídalo, muñeca. —Y se devoró mis labios.

Mi corazón explotó, otra vez. Mis piernas fallaron, sin embargo él me mantenía con firmeza contra sí. A pesar de que yo pesaba más que una humana de mi contextura. Esa suavidad y fuerza juntas me dejaban

indefensa. Me dio un suave mordisco, haciendo que le correspondiera con más intensidad.

Ya para qué alejarme, si mi cuerpo me lo pedía, si al final de cuentas ya nos habíamos besado mucho. Un beso más no haría diferencia. En un par de ocasiones le había dado algún hincón con alguno de mis colmillos y eso le había causado gracia, despejándome de la culpa por no tener cuidado.

Pasamos algunas tardes simplemente contra algún árbol, conversando y dándonos besos furtivos. Me enseñó algunos nombres de los besos, me acostumbré a sus suaves mordidas, lo cual era irónico porque era yo la que mordía por naturaleza, aunque con él supe que quizá no. Con él había aprendido sobre esto, solo a él había besado.

Pero él...

Giré el rostro y bajé la vista. Quedamos en silencio.

—Él sí es alguien puro, y de mi especie —susurré.

Soltó un suspiro y me liberó. Eso me dolió, eso no lo esperaba, no lo quería. ¿Entonces qué era lo que quería?

—Me alegro por ti, si así vas a estar tranquila —murmuró con seriedad.

Claro que estaría tranquila, no me iban a atormentar las ideas de él estando en situaciones íntimas con otras, ni besos, ni toques. Nada. Vacío, sin esa pasión, sin ese ardor tras el roce de su piel. Y ahora que me daba cuenta, lo sentía como un compañero, sí, pero nada más.

Salí de ahí. Los otros estaban en el salón al lado del jardín central. Max me siguió.

—Es curioso que me hayan mandado por pan y al final no lo necesitaban —comentó. Me dispuse a irme pero me tomó del brazo—. Solo una última cosa. —Sonrió con ternura pero nuevamente esa tristeza en sus ojos—. Aún tienes un amigo en mí. Cualquier cosa, no dudes en llamarme, y sabes dónde vivo. —Su sonrisa se amplió—. Incluso si tienes dudas sobre cosas de hombres y eso.

Reí en silencio y negué. ¿Cómo se le ocurría? Pero eso me hizo pensar. No iba a poder volver a verlo sin querer que me besara de nuevo. Iba a extrañar esos comentarios tan fuera de lugar.

Entristecí. ¿No lo iba a volver a ver? No, y era lo mejor.

Tragué saliva con dificultad.

—Adiós —susurré.

—Adiós, preciosa.

Aceleré el paso y salí. Él me había llamado de todas esas bonitas formas, y ahora venía a recordar todo eso como si se hubiera impreso más hondo y definitivamente para toda mi vida en mí. Creí que me había olvidado de él pero había sido todo un engaño de mi cabeza, convenciéndome de que sería más feliz y tendría la aprobación de mis padres.

No pasaron muchos días hasta que fui a ver a Marien otra vez. Sirio estaba con el bebé en su habitación así que aproveché y le conté a ella en voz baja un poco sobre el asunto. Ella lo sospechaba, ella había mandado a Max a buscar el pan.

—Lo quieres mucho —dijo en susurro con una leve sonrisa. Mi rubor y mi ceño fruncido le respondieron—. Mira, Antonio no tuvo que borrar ninguna clase de huella en mí. Él fue único para mí desde que lo conocí. Incluso si yo no hubiera esperado por las tantas razones que lo hice, si hubiera hecho algo con otro hombre, no hubiera sido lo mismo, nunca, lo sé. Y si él no me hubiera perdonado... No sé. Me habría destrozado de algún modo. —Tensó los labios y suspiró—. Puedo entender cómo se siente Max ahora.

Sirio volvió con el bebé. Este se entusiasmó y empezó a mover sus piernitas y bracitos feliz de ver a su mamá.

—Hora de comer —le dijo su papá con una sonrisa.

Esa era otra sonrisa nueva. Sonreí un poco al recordar que había hecho una pequeña lista de las sonrisas que él hacía. Ahora ambos habíamos cambiado. Ambos nos enamoramos de humanos, pero quizá él tuvo más suerte. Marien tomó al bebé. Sirio se inclinó y le dio un dulce y corto beso.

—Ya vuelvo —susurró rozando sus labios con los de él—. Quizá Ursa quiere hacerte una pregunta.

Se fue y Sirio me miró. Agradecía que no supiera lo que un día sentí por él.

—Bien —dije tras un suspiro—. Tú sabes cómo se hacen los bebés. ¿Qué hubieras hecho si Marien... Hubiera hecho «eso» con otro hombre? —Los nervios y la vergüenza me carcomían, pero debía saberlo.

Frunció el ceño y tensó los labios. No le era un pensamiento agradable, claro, ni para mí. No era agradable en ningún sentido. Resopló y sacudió la cabeza.

—Llegué a pensarlo una vez, sí. Me sentí aliviado de que no, la verdad, la sangre me quiso hervir de solo pensarlo. —Sí, sin duda él entendía—. A ver. —Suspiró—. La amaba, la amo. Me dijo que desde que me vio le había gustado, que cada beso mío era único y sin comparación. ¿Cómo no creerle? Lo sentía yo del mismo modo, aunque no hubiera ni besado antes, hubiera sido lo mismo. Um. —Paseó su vista por el techo un segundo—. Lo hubiera superado. Ya dije, la amo y sin ella no vivo, así que... —Dio un fugaz vistazo hacia donde se había ido Marien—. Hubiera perseguido al sujeto y lo hubiera mandado flotando inconsciente por el río —aseguró en voz baja con una amplia sonrisa. Solté una corta risa. Lo sabía—. Luego le hubiera hecho el amor a ella hasta el amanecer.

Eso me sorprendió. «Hacer el amor», esa frase. Marien volvió. Les sonreí a ambos y me puse de pie.

—Muchas gracias. —Miré a Marien—. Esta conversación no pasó.

—No, claro que no —aseguró sonriente.

* * *

Qué importaba lo que pensara mi madre o mi padre. ¿Acaso no entendían que por mí misma podía valerme? No necesitaba unirme a alguien, ya me había unido a un hombre de alguna forma especial sin siquiera darme cuenta y no iba a poder cambiar eso.

Quería conocer aún más a ese humano. Qué importaba si había hecho cosas en el pasado. Bueno, importaba, pero él era especial para mí, y yo lo era para él. Sirio tenía razón, lo superaría si dejaba de darle importancia, había cosas más importantes. Él y yo. Marien también tenía razón. El amor no se iba así no más, y de seguro él no la estaba pasando bien por mi culpa.

Quería descubrirlo. Descubrir esa pasión con la que habló Sirio, ese amor con el que hablaba Marien. Eso que los unía. Quería saber qué más había, mis padres tendrían que aceptarlo, yo ya era adulta, me valía por mí misma. Quería descubrir el calor del cuerpo de un hombre, encenderme con él. Saber por qué la corriente me recorría solo con su roce. Por qué quería darle muchos besos y por qué mi corazón terminaba loco al verlo.

Solo uno había logrado todo eso, y ahora me miraba sorprendido en la puerta de su casa. Su cabello húmedo y alborotado. Camisa y jeans.

—¿Ibas a algún lado? —pregunté con la voz temblorosa.

—Iba a verte, aunque no lo creas quizá, y aunque ahora ya no es necesario —murmuró confundido—. No sé qué me ha pasado, pero iba a ir a rogarte perdón, iba a rogarte otra oportunidad, y ahora estás aquí así que...

Iba a ir a verme. Eso me llenó de felicidad, satisfacción. Lo quería, o más, ya no sabía. El amor había crecido en este tiempo, tardé un poco en aceptarlo. Me empiné y lo besé. Un intenso beso que correspondió de igual forma.

Lo había extrañado mucho. Su aroma me reconfortó. Escuché la puerta cerrarse y avancé hasta que chocó contra alguna pared. Mordió mi labio inferior y dirigí mis temblorosas manos a los primeros botones de su camisa.

Por primera vez, sus labios fueron a mi cuello. Antes había besado mi mentón, haciéndome volar, y ahora lo hacía aún más. Pareció percatarse recién de mis manos en su tercer botón y me miró.

—¿Has venido a violarme? —preguntó con esa sonrisa traviesa.

Me ruboricé mucho. No sabía a qué se refería exactamente con eso, pero no respondí, de algún modo intuía lo que era. Y la respuesta era

sí. Tomé la parte baja de mi camiseta y empecé a alzarla para quitármela.

—Ah, ah. —Me detuvo tomando mis manos. Sonrió otra vez, produciendo una quemazón en todo mi cuerpo—. Eso lo quiero hacer yo —murmuró con la voz más grave y rasposa.

Todo un remolino se hizo en mi estómago. Tomó mi mano y me guió a su habitación. Mi pulso daba martillazos, mi respiración era honda y agitada, ¿cómo era eso posible? Mi madre me mataría, sí, pero la adrenalina, lo bien que lo sentía, era inexplicable.

Le sonreí con timidez al entrar. Estaba muy ruborizada aún pero en verdad, en verdad quería. Y él no necesitaba preguntármelo para saberlo. Me pegó a su cuerpo y me besó. Era otro beso intenso, como el otro, nuevos para mí. Continué con los botones de su camisa, sus labios me hacían volar y escuchaba sus latidos tan rápidos como los míos. Calor, eso también sentía.

Terminé. Mi vista se dirigió a su pecho. Tenía que verlo, tenía que saber cómo era exactamente. Tragué saliva y con algo de timidez puse las palmas de mis manos en su abdomen. Sus músculos marcados, sabía que muchos humanos no eran así. Subí poco a poco, sintiendo su suave y caliente piel, recorriendo sus formas.

Mis ojos subieron hasta su leve sonrisa. Me empiné y lo besé otra vez. No sabía si era mi impresión pero sentía que su temperatura había subido un poco más. Sentí sus manos por mi cintura y me estremecí. Subía mi camiseta. La corriente me quitaba el aliento. Me separé unos segundos y terminó de quitarme la prenda. Instintivamente cubrí mis pechos, que aunque tenía sujetador, nunca nadie me había visto así.

Sonrió.

—No tienes que cubrirte, eres perfección. —Me abrazó y sentí con más fuerza su calor.

Sentí que le pertenecía por completo y él a mí. Le había entregado mi cuerpo pero mi mente, mi alma, o lo que fuera, también, y era algo recíproco. Recapitulando, no podía nunca haber imaginado que terminaría aquí con él, pero lo estaba.

Me había dicho frases como «Dios, eres endemoniadamente preciosa», y que no podía creer que había «planeado llevarlo a la cama», me había hecho reír bajo, me había hecho mujer.

Mis piernas temblaban, todo mi ser vibraba. Sentir sus músculos, suaves, firmes. Ver los de sus hombros y sus brazos marcarse con cada movimiento. No dejó de besarme y tocarme. Conocí el cielo, aquel paraíso.

Repartió besos por mi rostro y suspiró pegando su frente a la mía. Quedamos varios minutos mirándonos.

—Auch —dijo casi en susurro.

—¿Qué?

—Me has arañado la espalda —se quejó sonriendo.

Me asusté y retiré mis manos, dándome cuenta de que mis uñas en punta aún estaban contra su piel.

—Perdón, perdón, perdón...

—No, tranquila, estoy bien. —Me besó y gimió bajo en su garganta mientras se removía contra mí—. Me encantas con todo eso.

Sonreí ampliamente.

—Tú me encantas a mí —confesé con un hilo de voz.

—Ah, ¿de verdad? —preguntó con ironía. Reí.

Me abrazó contra su cuerpo.

—Quédate aquí conmigo toda esta noche, ¿puedes?

—Mi madre se arrancará los pelos...

Me apretó y escurrió su rostro por mi cuello para darme besos.

—Quédate, quédate —repitió entre cada uno—. No sería la primera vez que desapareces, ya veremos qué hacer...

Asentí entre risas. Bueno, mi madre me mataría de todos modos. Medité mientras le acariciaba el pecho. Su piel un tanto húmeda, me gustaba, no lo había besado pero ya lo haría. Al volver le pediría ayuda a los gemelos. Y recordando eso...

—Quiero pedirte algo. —Empezó a acariciar mi cabello y pidió que continuara—. No quisiera que los demás supieran lo nuestro. —Suspiró

con pesadez y lo miré—. Por favor, es que no estoy acostumbrada a muestras de afecto en público y no sé... Puedes hablarme normal... Por favor.

Volvió a suspirar y sonrió.

—Bueno, si estás tranquila así. —Me dio un beso—. Como gustes, mi muy sexy gata salvaje.

Reí otra vez. Lo nuestro no había durado mucho y más fue el tiempo que nos extrañamos, sin embargo había sido tan intenso. Ahora estaba feliz, no me arrepentía de haber venido, ni de nada, debí entenderlo hacía tiempo pero al menos llegué a hacerlo.

Esa noche me quedé, cenamos juntos, y dormí en sus brazos luego de tocar el cielo otra vez con sus besos. No cambiaría eso nunca por nada.

